

及公寓。換，微地注。
，令凍，錄影機。
，監視機。
SBR

PHILIP K. DICK

LA PISTOLA DE RAYOS



Lectulandia

La búsqueda desesperada de una tabla de salvación en una carrera de mentiras.

Los Protocolos de Conversión del 2002 marcaron las pautas de la carrera armamentística entre las dos esferas de influencia de la Tierra. Lars Powderdry es uno de los hombres más importantes del Bloque Oeste: cuando cae en trance, es capaz de diseñar las armas más prodigiosas. Solo Lilo Topchev, su homóloga del Sector Este, es capaz de competir con él. Pero cuando una amenaza externa, que adopta la forma de satélites alienígenas, empieza a devastar sistemáticamente ciudades de ambos bandos, Powderdry y Topchev se verán forzados por sus respectivos gobiernos a colaborar en el diseño de un arma... una que funcione. Sin embargo, serán un dibujante de cómics y un juguetero peculiar los que tendrán la respuesta.

En esta novela, hasta ahora inédita en castellano, Philip K. Dick elabora una parodia de la guerra fría y la disuasión nuclear. Los personajes, obligados por las circunstancias a abandonar el cálido y confortante manto de la mentira asumida, bordean la esquizofrenia al verse abocados a una espiral de angustia e inseguridad. Cínica y socarrona, abarca tanto el homenaje al pulp más desafortunado en el que empezó su carrera como la semilla de la temática que marcaría su obra en conjunto: la inseguridad de la percepción y la incapacidad de aprehender la naturaleza íntima de la realidad.

Lectulandia

Philip K. Dick

La pistola de rayos

ePub r1.0

gertdelpozo 02.01.14

Título original: *The Zap Gun*
Philip K. Dick, 1967
Traducción: Albert Solé & Eva Feuerstein

Editor digital: gertdelpozo
Escaneado por: el nota
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PRESENTACIÓN

Es una falacia que existan Dicks menores.

El manual de instrucciones de la posmodernidad tiene muy claro, como lo tiene siempre sea cual sea la eventualidad a la que deba hacer frente, qué es lo que define la obra dickiana y la naturaleza básica de sus personajes: nada es lo que parece; nadie sabe quién es en realidad; nunca hay la menor esperanza de que exista una respuesta válida para el sinfín de preguntas que recorren y atraviesan la historia. Esa receta interpretativa permite que todavía se tenga como expresión máxima del ethos dickiano lo que nos muestra la pantalla durante el metraje de Blade Runner y, como contrapartida, que se desprecie olímpicamente un título como Asesinos cibernéticos por considerarlo mero metraje comercial prolongado a costa de un patrón de corte y confección que ha sido tomado en vano.

Eso es muy coherente, claro está, cuando se parte de la base de que es preciso negar toda posible trascendencia y se utiliza el instrumento cognoscitivo de que todos los conocimientos son intercambiables y solo pueden ser regulados de acuerdo con el valor de cambio que hayan alcanzado en la pasarela mediática del momento. Se olvida así, no obstante, que la vida y la obra de Dick estuvieron regidas —de manera casi obsesiva, casi maldita— por el hecho de que el segundo nombre de Philip Dick fuese Kindred, es decir, «parentesco».

A primera vista, entonces, la peripecia argumental y los protagonistas de La pistola de rayos encajan sin ninguna dificultad en ese partí pris ya especificado: tenemos a un par de diseñadores de moda armamentística que se ganan la vida vendiendo mentiras inexistentes que no pueden ser utilizadas en el mundo real y que, de pronto, ponen al descubierto la falsedad en que se había basado su existencia cuando una amenaza exterior —alienígena, claro está, y por más señas llegada de Sirio— hace que deban replanteárselo todo para salvar a una humanidad amenazada. La solución es encontrada en el último momento, las falsedades quedan más o menos puestas en su sitio y las maldades dictatoriales reciben su merecido.

Cierto, desde luego, porque todo eso está escrito en negro sobre blanco a lo largo de las páginas de la novela. Pero ese análisis y/o punto de vista, por hacerle el favor de llamarlo de alguna manera, se niega obstinadamente a aceptar la desesperada búsqueda de trascendencia que —cada uno a su manera— emprenden Lars Powderdry; Lilo Topchev y el insignificante fabricante de juguetes llamado Vincent Klug. Peor aún, se niega a plantearse —aunque solo sea como hipótesis de trabajo— la amenazadoramente clara posibilidad de que esa búsqueda de una salida cósmica, metadiscursiva y trascendental sea lo que realmente le interesa a Dick y que, sorpresa, la novela no solo se abstenga de negar su existencia sino que termine encontrándola entre las paredes de un juguete tan insignificante, a primera vista,

como el hombre que lo ha creado.

No se podía esperar otra cosa de un credo vergonzante como el de la posmodernidad, que evita mirar hacia delante más allá de sus cuatro paredes para no tener que enfrentarse al abismo de negrura que devuelve la mirada en cuanto se llega al final de los años: para el especialista en prêt-à-porter dickiano, que Lars Powderdry se obsesione —y obsesione a quien lo lee— preguntándose qué ha sido de su amante Maren Faine, o decida pasar muchos años aguardando la llegada de un hipotético medio de transporte en el tiempo para retroceder al momento crucial, no solo resulta incomprensible y chocante, sino que roza lo blasfemo. Dick, a través de Powderdry, lo ha dejado muy claro: sus muchos trances no le han permitido entrever a Dios, pero no dejará de volver la mirada en todas direcciones para dar con la deidad.

Albert Solé

LA PISTOLA DE RAYOS

**MAGNÍFICO RELATO DE LAS CONGOJAS
DEL LAMENTABILÍSIMO DISEÑADOR
DE MODA ARMAMENTÍSTICA ÍARS POWDERDRY,
QUE CONTIENE MUCHAS BELLAS HISTORIAS
PRESENTADAS POR ÉL MISMO EN PRECIOSOS COLORES
Y DELICIOSAMENTE EXPUESTAS DE MANERA NARRATIVA
COMO TEMAS DE GRAN HERMOSURA
Y DOTADOS DE UNA GENEROSA ABUNDANCIA
DE CUESTIONES DIVERSAS,
TODAS ELLAS MUY BUENAS Y ENCOMIABLES
A OJOS DE LOS HOMBRES,
Y DE LO QUE ESTUVO A PUNTO DE SER DE ÉL
A CAUSA DE CIERTAS FUERZAS
PARTICULARMENTE TEMIBLES**

**EXTRAORDINARIO ESPECTÁCULO DE CIENCIA FICCIÓN DE PHILIP
K. DICK**

¡LOS SATÉLITES ALIENÍGENAS ORBITAN LA TIERRA
Y LA ÚNICA ESPERANZA DE LA HUMANIDAD ES UN HISTORIETISTA
LOCO!

En los papeles estelares:

LARS POWDERDRY: El diseñador de moda armamentística más importante de Occidente, alucinogenitor e inadaptado.

LILO TOPCHEV: La principal dominguera y médium armamentística de Oriente.

VINCENT KLUG: Un diminuto y experimentado fabricante de juguetes, fracasado y retorcido personaje fuera de época.

ORAL GIACOMINI: El creador y dibujante de El Hombre Cefalópodo Azul de Titán.

Artistas invitados:

EL GENERAL NITZ, EL MARISCAL PAPONOVICH, LUCKY BAGMAN, HENRY MORRIS, SURLEY G.

FEBBS

Y

TODA LA POBLACIÓN DE LA TIERRA del siglo XXI, además de los conocidos maleantes del espacio exterior: LOS ESCLAVISTAS DE SIRIO.

Y como atracción adicional:

¡LA MISMÍSIMA PISTOLA DE RAYOS!

UNO

—Disculpe, señor Lars...

—Me temo que solo dispongo de un momento para hablar a sus espectadores. Lo siento. —Echó a andar, pero el autómata entrevistador de televisión, cámara en mano, le cortó el paso. La sonrisa metálica de la criatura destellaba confiadamente.

—¿Siente usted la proximidad de un trance? —inquirió esperanzadamente el entrevistador, como si tal cosa pudiera ocurrir ante uno de los sistemas de lentes alternas multifax de su cámara portátil.

Lars Powderdry suspiró. Desde la posición que ocupaba en el conducto peatonal podía divisar sus oficinas de Nueva York. Divisarlas, pero no llegar a ellas. Demasiadas personas, ¡los pursaps!, estaban interesadas en él, no en su trabajo. Y naturalmente, el trabajo era lo único que importaba.

—El factor tiempo —dijo cansinamente—. ¿Es que no lo entiende? En el mundo de la moda armamentística...

—Sí, hemos oído decir que ha estado recibiendo algo realmente espectacular —se entusiasmó el entrevistador, retomando el hilo de su discurso sin prestar atención, siquiera por deferencia, a lo que intentaba decir Lars—. Cuatro trances en una sola semana. ¡Y ahora ya le ha llegado casi todo! ¿Es eso correcto, señor Lars?

El autómata era idiota. Pacientemente, Lars trató de hacérselo entender. No se molestó en dirigirse a la legión de pursaps, en su mayor parte mujeres, que veían aquel programa de primera hora de la mañana, *Lucky Bagman los saluda*, o como quisiera que se llamase. Porque él, desde luego, no tenía ni idea. Su jornada laboral estaba sobrecargada hasta tal punto que no disponía de tiempo para distracciones tan insensatas como aquella.

—Mire —dijo, esta vez en tono amable, como si el entrevistador estuviera realmente vivo y no debiese su limitada y arbitraria consciencia al ingenio de la tecnología del Bloque Oeste del año 2004 d.C. Un ingenio, reflexionó Lars, que se desperdiciaba por completo al emplearlo con aquel fin... Aunque, pensándolo bien, ¿acaso se podía considerar que aquello era una abominación mucho mayor que la que representaba su propio campo de actividad? La reflexión no tenía nada de agradable.

Lars la mantuvo alejada de su mente y dijo:

—En la moda armamentística, un artículo siempre debe aparecer en un momento determinado. Mañana, la semana próxima o el mes que viene puede ser demasiado tarde.

—Cuéntenos de qué se trata —dijo el entrevistador, y pasó a quedar ávidamente pendiente de la respuesta. ¿Cómo podía nadie, ni siquiera el señor Lars de Nueva York y París, decepcionar a los millones de espectadores repartidos por una docena de países del Bloque Oeste? Fallarles de esa manera sería servir a los intereses del

Sector Este, o por lo menos aquel era el mensaje que deseaba transmitir el entrevistador. Pero no lo estaba consiguiendo.

—Francamente, eso no es asunto suyo —dijo Lars. Y pasó junto al pequeño grupo de peatones que se había congregado para mirar, alejándose del cálido resplandor de la exposición instantánea ante el público para encaminarse hacia la rampa de subida de Sr. Lars, S. A., un edificio de un solo piso que parecía situado de manera completamente intencionada entre una serie de rascacielos de oficinas cuyas dimensiones, por sí solas, anunciaban lo imprescindible de su función.

El tamaño físico, reflexionó Lars mientras llegaba al vestíbulo exterior, público, de Sr. Lars, S. A., era un criterio falso. Ni siquiera el entrevistador se dejaba engañar por él: lo que deseaba mostrar a su audiencia era Lars Powderdry, no las entidades industriales de fácil acceso. Por muy encantadas que fueran a sentirse dichas entidades al ver cómo sus expertos del departamento de adquiprop (adquisición de propaganda) se dirigían con voces atronadoras a los atentos oídos de los espectadores.

Las puertas de Sr. Lars, S.A., sintonizadas como estaban con el patrón de ondas cerebrales de Lars, se cerraron tras él. Lars quedó aislado, a salvo de la multitud boquiabierta cuya atención acababan de avivar los profesionales. Abandonados a su suerte, los pursaps se habrían mostrado razonables respecto al asunto; es decir, se habrían mostrado apáticos.

—Señor Lars...

—Sí, señorita Camauin. —Lars se detuvo—. Ya lo sé. El departamento de Diseño no consigue sacar nada en limpio del boceto 285. —Ya se había resignado a que ocurriera algo así. Después de verlo él mismo, tras el trance del viernes, sabía lo incomprensible que resultaba.

—Bueno, dicen que... —La señorita Camauin, joven, de escasa estatura y, por temperamento, muy mal equipada para ser portadora de las quejas ajenas que debía trasladar, titubeó.

—Hablaré directamente con ellos —le dijo Lars, compasivo—. Si he de ser franco, a mí me pareció una batidora de huevos autoprogramable montada sobre un juego de ruedas triangulares. —«¿Y qué se puede destruir —reflexionó— con eso?»

—Oh, creo que tienen la impresión de que es un arma magnífica —dijo la señorita Camauin, mientras sus pechos naturales aumentados con hormonas se movían en sincronía con la atención que les prestaba Lars—. Creo que lo que sucede es que no consiguen averiguar cuál es la fuente de energía. Ya sabe, la estructura érgica. Antes de que pase usted al artículo 286...

—Quieren que le preste un poco más de atención al 285. De acuerdo. —Aquello no lo molestaba. Se sentía inclinado a mostrarse afable, porque aquel era un agradable día de abril y la señorita Camauin (o, si se prefería, la señorita Cama) era lo bastante bonita para que cualquier hombre sintiera que la sangre volvía a correr por

sus venas. Incluso cuando dicho hombre era diseñador de modas o, como en el caso de Lars, diseñador de moda armamentística.

Incluso, pensó Lars, cuando dicho hombre era el mejor y único diseñador de moda armamentística de todo el Bloque Oeste.

Para encontrarle un equivalente, cosa harto dudosa en lo que concernía a Lars, habría que ir al otro hemisferio, al Sector Este. El bloque sinosoviético poseía, empleaba o como quisiera que hubiera decidido administrar aquel tipo de cosas (en cualquier caso, tenía a su disposición) los servicios de una persona como él.

Lars pensaba a menudo en aquella médium. Se llamaba Lilo Topchev, según le había comunicado la KACH, la agencia policial privada a escala planetaria. Disponía únicamente de un despacho y trabajaba en Bulganingrado, no en Nuevo Moscú.

En opinión de Lars, aquello indicaba que la señorita Topchev era bastante aficionada a la reclusión, pero la KACH nunca elaboraba los aspectos subjetivos de las personas a las que investigaba. Quizá, pensó Lars, la señorita Topchev hacía sus bocetos de armas a ganchillo... o los creaba, durante el trance, en mosaicos de alegres colores. Algo artístico, en cualquier caso. Tanto si le agradaba como si le desagradaba a su cliente o, para ser más exactos, al organismo a cuyas órdenes trabajaba: la oscura academia holística de cogs, completamente desprovista de adornos y boato, conocida como *SeRKeB*, que se había hecho cargo de todas las funciones de gobierno en el Sector Este y contra la que el hemisferio de Lars llevaba tantos decenios invirtiendo todos los recursos de que disponía.

Porque a un diseñador de moda armamentística había que mimarlo y atenderlo. Lars había conseguido establecerlo firmemente en su trayectoria profesional.

A fin de cuentas, no podían obligarlo a entrar en trance cinco días por semana. Y era probable que tampoco pudieran obligar a Lilo Topchev.

El equipo médico de Lars, formado por el doctor Todt y la enfermera Elvira Funt, ya lo había visto llegar. Ambos se pusieron de pie y se aproximaron respetuosamente, acompañados de Henry Morris, su cuasisubordinado cuasipsiónico. «Nunca se sabe—reflexionó Lars, pensando en sus ademanes entre alertas y llenos de alarma—cuándo puede llegar un trance.» La enfermera Funt iba seguida por su zumbante maquinaria intravenosa, y el doctor Todt, un producto de primera clase del incomparable mundo médico de Alemania Occidental, estaba listo para blandir delicados artilugios con finalidades distintas: en primer lugar, que durante el trance no se produjera ningún paro cardíaco, no se infartaran los pulmones y no se inhibiera excesivamente el funcionamiento del nervio vago, lo que provocaría una parada respiratoria y, en consecuencia, la asfixia; y en segundo lugar, pues sin ello, todo lo demás carecería de sentido, que la actividad mental desarrollada durante el estado de trance quedara asentada en un registro permanente, al que se pudiera acceder en todo momento después de que dicho estado hubiera llegado a su fin.

El doctor Todt era, por consiguiente, una figura absolutamente esencial en las actividades de Sr. Lars, S.A. Un equipo similar e igualmente habilidoso se mantenía a la espera en la delegación de París. Porque era frecuente que Lars Powderdry recibiera una emanación más potente en aquel lugar que en el siempre ajetreado Nueva York.

Y además Maren Faine, su amante, vivía y trabajaba allí.

El hecho de que les gustaran las mujeres era una de las flaquezas de los diseñadores de moda armamentística; o, como prefería suponer Lars y a diferencia de lo habitual entre sus miserables equivalentes del mundo de la indumentaria, algo que hablaba a su favor. Su predecesor, Wade, también había sido heterosexual y, de hecho, había muerto accidentalmente por una pequeña soprano del cuadro escénico del Festival de Dresde. El señor Wade padeció una fibrilación auricular en un momento francamente innoble: mientras se encontraba en la cama del apartamento vienés de la chica a las dos de la mañana, mucho después de que hubiera bajado el telón en la representación de *Las bodas de Fígaro* y Rita Grandi se hubiese despojado de las medias de seda, la blusa, etcétera; todo ello, como habían revelado los siempre alertas reporteros de los periodomésticos, para nada.

Así, a los cuarenta y tres años de edad, el señor Wade, el anterior diseñador de moda armamentística del Bloque Oeste, había abandonado el escenario y dejado vacante su esencial puesto. Pero había otras personas listas para entrar en escena y sustituirlo.

Era posible que aquello hubiese apresurado la desaparición del señor Wade. El trabajo propiamente dicho resultaba agotador, y la ciencia médica no sabía con exactitud hasta qué grado ni de qué modo. Y no había, reflexionó Lars Powderdry, nada que desconcertase tanto a una persona como el saber que no solo era indispensable sino que, a la vez, también era reemplazable. Se trataba de una paradoja de la índole que no le gustaba a nadie, excepto naturalmente a Segnac de las NU-O, el consejo de dirección gubernamental del Bloque Oeste, que se las había ingeniado para que siempre hubiera un sustituto bien visible entre bastidores.

«Y probablemente —pensó Lars— ahora mismo tienen a otro esperando.

»Yo les gusto —pensó—. Ellos se portan bien conmigo y yo me porto bien con ellos; el sistema funciona.

»Pero las máximas autoridades, que tienen a su cargo la vida de miles de millones de pursaps, no corren riesgos. Nunca cruzan haciendo caso omiso de los letreros de NO CRUZAR presentes en la vida de los cogs.»

No era que los pursaps fueran a derrocarlas, naturalmente. La sustitución seguiría una trayectoria descendente, con el punto de partida en el general George McFarlane Nitz, el comandante en jefe del Consejo de Segnac. Nitz podía derrocar a cualquiera. De hecho, si le surgía la necesidad (o quizá, meramente la oportunidad) de derrocarse

a sí mismo, Lars podía imaginarse la satisfacción que sentiría Nitz al desmontar a su propia persona, despojándola de la unidad de identificación cerebral gracias a la cual les olía bien a los autómatas centinelas que custodiaban Festung, en Washington.

Y francamente, considerando el aura policial que envolvía al general Nitz, la posibilidad de que empuñara la espada de fuego...

—Su tensión arterial, señor Lars. —El doctor Todt, adusto, sombrío y con un aspecto vagamente sacerdotal, fue hacia él seguido por su maquinaria—. Por favor, Lars.

De detrás del doctor Todt y la enfermera Elvira Funt surgió un hombre joven, delgado, calvo y pálido como la paja, pero de aspecto enormemente profesional, vestido de color verde sopa de guisantes, y con una carpeta debajo del brazo. Lars Powderdry lo llamó inmediatamente con un ademán. Las lecturas de la tensión arterial podían esperar. Aquel hombre era el enviado de la KACH, y llevaba algo.

—¿Podemos ir a su despacho privado, señor Lars? —preguntó el hombre de la KACH.

—Fotos —dijo Lars, mientras empezaba a andar en aquella dirección.

—En efecto. —El hombre de la KACH cerró cuidadosamente la puerta del despacho en cuanto hubieron entrado—. De los bocetos del... —Abrió la carpeta y examinó un documento fotocopiado—. Del miércoles pasado. Su código es el AA-335. —Después de haber encontrado un hueco en la mesa de Lars, empezó a esparcir las imágenes estereográficas—. Más una instantánea borrosa de un modelo de prueba que fue tomada en el laboratorio de montaje de la Academia Rostok... del... —volvió a consultar su hoja de especificaciones— código AA-330 del SeRKeb. —Se apartó para que Lars pudiera mirar las fotos.

Lars tomó asiento, encendió un puro Cuesta Rey Astoria y no inspeccionó las fotos. Sentía que se le empezaba a abotargar el cerebro, y el puro tampoco estaba ayudando en nada. No le hacía gracia la idea de husmear como un sabueso las imágenes de la producción de su equivalente del Sector Este, la señorita Topchev, obtenidas mediante el espionaje. ¡Que el Consejo de Segnac de las NU-0 se encargara de llevar a cabo el análisis! Lars ya se lo había dejado bastante claro al general Nitz en varias ocasiones, una de ellas en una reunión plenaria del Consejo, con todos los presentes medio encogidos dentro de sus más suntuosas y dignas prestigalas (sus capas, mitras, botas y guantes de prestigio), que probablemente complementaban con ropa interior de seda de araña, con ominosos eslóganes y ucases bordados en hilos multicolores.

Allí, en aquel solemne entorno, con la carga de Atlas que pesaba incluso sobre las espaldas de los proconsumios, aquellos seis bobos involuntarios que habían sido reclutados, durante el curso de la sesión, Lars había preguntado mansamente por qué, por el amor de Dios, no podían analizar las armas del enemigo.

No. Tajantemente. «Porque, y escúcheme con mucha atención, señor Lars, no son armas del Sector Este. Son los planos de sus armas. Los evaluaremos cuando hayan pasado del prototipo a la etapa de producción en las fábricas automatizadas —había entonado el general Nitz—. Pero en lo que concierne a esta fase inicial...» Y dedicó a Lars una mirada cargada de intención.

Tras encender un anticuado e ilegal cigarrillo, el pálido y calvo joven de la KACH murmuró:

—Tenemos algo más. Puede que no le interese, señor Lars, pero dado que, de todas maneras, parece estar esperando...

Hurgó en las profundidades de la carpeta.

—Estoy esperando porque odio esto —dijo Lars—. No porque desee ver nada más. No lo quiera Dios.

—Ummm. —El hombre de la KACH sacó de la carpeta una instantánea más, de veinte por veinticinco en acabado brillante, y se repantigó en el asiento.

No era estereográfica y estaba tomada desde una gran distancia, quizá incluso desde un satélite espía, y luego minuciosamente procesada, y en ella salía Lilo Topchev.

DOS

—Ah, sí —dijo Lars con gran cautela—. Lo pedí, ¿verdad? —De manera extraoficial, por supuesto. Como favor personal que le hacía la KACH, sin que nada figurase por escrito y corriendo lo que los de la vieja escuela llamaban un riesgo calculado.

—No es que se pueda decir gran cosa a partir de esto —reconoció el hombre de la KACH.

—Yo no puedo decir nada. —Lars seguía mirando, perplejo.

El hombre de la KACH se encogió de hombros con la despreocupación propia de un profesional y dijo:

—Volveremos a intentarlo. Verá, ella nunca va a ninguna parte ni hace nada. No se lo permiten. Puede que solo se trate de una tapadera, pero dicen que los estados de trance de la señorita Topchev tienden a llegar de manera involuntaria, con una pauta pseudoepiléptica. Nuestra conjetura, por supuesto extraoficial, es que puede que sea inducida por los fármacos que toma. No querrán que la señorita Topchev se caiga de pronto en mitad de un conducto público y que uno de sus viejos vehículos de superficie le pase por encima, dejándola hecha un sello.

—Lo que quiere decir con todo eso es que no quieren que la señorita Topchev se pase al Bloque Oeste.

El hombre de la KACH hizo un gesto filosófico.

—¿He acertado? —preguntó Lars.

—Me temo que no. La señorita Topchev cobra tanto como el mariscal Paponovich, el mandamás del SeRKeB. Dispone de un comu situado en el último piso de un rascacielos, con unas vistas magníficas, y tiene una doncella, un mayordomo y un aerodeslizador Mercedes Benz. Mientras siga cooperando...

—Basándome en esta imagen suya —dijo Lars—, ni siquiera sabría decir qué edad tiene. Y ya no hablemos de cuál es su aspecto.

—Lilo Topchev tiene veintitrés años.

La puerta del despacho se abrió, y Henry Morris, bajito, impuntual, descuidado y siempre al borde de ser relevado de su cargo, pero aun así esencial, se conjuró a sí mismo en el marco de referencia de ambos.

—¿Hay algo para mí?

—Venga aquí —dijo Lars, y señaló la imagen de Lilo Topchev.

El hombre de la KACH la devolvió rápidamente a la carpeta.

—¡Confidencial, señor Lars! Ya sabe; solo para sus ojos.

—El señor Morris es mis ojos —dijo Lars. Aquel era, evidentemente, uno de los funcionarios más difíciles de tratar con los que contaba la KACH—. ¿Cómo se llama usted? —le preguntó Lars, con el bolígrafo sobre el cuaderno.

Después de una pausa, el hombre de la KACH se relajó.

—Su afirmación carece de fundamento, pero haga usted lo que quiera con la imagen, señor Lars. —Volvió a dejarla en la mesa, sin ninguna expresión en aquel rostro de experto escaso de sol. Henry Morris rodeó la mesa para inclinarse sobre la imagen, entornando los ojos y frunciendo el ceño al tiempo que sus carnosas mejillas se agitaban mientras masticaba visiblemente, como si estuviera tratando de extraer algo enjundioso de la borrosa instantánea.

El videocomunicador de la mesa de Lars emitió un suave campanileo, y la secretaria, la señorita Grabhorn, dijo:

—Tiene una llamada de la delegación de París. La señorita Faine en persona, creo. —Un minúsculo vestigio de desaprobación en su voz, una ligerísima frialdad.

—Discúlpeme —se excusó Lars ante el hombre de la KACH. Pero luego, sin soltar el bolígrafo, añadió—: Dígame cómo se llama, de todas maneras. Solo para que quede constancia. Por si se diese el improbable caso de que quisiera volver a ponerme en contacto con usted.

—Me llamo Don Packard, señor Lars —dijo el hombre de la KACH, de mala gana y como si estuviera revelando algo repugnante. Se entretuvo jugueteando con las manos. La pregunta lo había puesto extrañamente incómodo.

Tras apuntar el nombre, Lars activó el videocomunicador con una pulsación y el rostro de su amante apareció en la pantalla, iluminado desde dentro como una hermosa calabaza de Halloween de oscura cabellera.

—¡Lars!

—¡Maren! —Su tono era de cariño, no de crueldad. Maren Faine siempre despertaba los instintos protectores de Lars. Y sin embargo, al mismo tiempo lo irritaba tal como podría irritarlo una niña muy querida. Maren nunca sabía cuándo había que parar.

—¿Estás ocupado?

—Sí.

—¿Vas a venir a París esta tarde? Podemos cenar juntos y luego, oh Dios mío, actúa un grupo de blue jazz muy *gleckik* que...

—Los grupos de blues no tocan jazz —dijo Lars—. Tocablos. —Miró de reojo a Henry Morris—. ¿Verdad que los grupos de blues no tocan jazz? —Henry asintió.

—Haces que me entren ganas de... —dijo Maren Faine, en tono bastante disgustado.

—Luego te llamo —le dijo Lars—. Querida. —Desconectó el video-comunicador—. Voy a echar un vistazo a los bocetos de las armas —le dijo al hombre de la KACH. Mientras tanto, el enjuto doctor Todt y la enfermera Elvira Funt habían entrado en su despacho sin llamar. Lars extendió el brazo en un acto reflejo para la primera medición de la tensión arterial del día, mientras Don Packard redistribía los

bocetos y empezaba a señalar los detalles que les habían parecido más significativos a los analistas de armas de muy poca categoría que trabajaban para la agencia policial planetaria.

Aquel día, de aquella manera, había empezado el trabajo en Sr. Lars, S.A. En cierto modo, pensó Lars, todo aquello era muy poco alentador. Aquella foto de la señorita Topchev que no servía de nada lo había dejado muy decepcionado, y tal vez fuera lo que había suscitado aquel súbito arranque de pesimismo. ¿O quedaba todavía más por llegar?

A las diez de la mañana, hora de Nueva York, tenía una cita con el representante del general Nitz, un coronel llamado... Dios, ¿cómo se llamaba? En cualquier caso, a aquella hora recibiría la reacción del Consejo a la última remesa de prototipos fabricados en San Francisco por Lanferman Asociados a partir de los primeros bocetos remitidos por Sr. Lars, S.A.

—Haskins —dijo Lars.

—Disculpe, ¿cómo dice? —dijo el hombre de la KACH.

—Es el coronel Haskins. ¿Sabía usted —le dijo con expresión meditabunda a Henry Morris— que últimamente Nitz ha estado evitando de manera sistemática tener nada que ver conmigo? ¿Ha tomado usted nota de ese insignificante detalle?

—Yo tomo nota de todo, Lars —dijo Morris—. Sí, eso figura en mi expediente de cascabeleos letales. —Cascabeleo letal... Unos expedientes muy bien escondidos a prueba de incendios, a prueba de guerras tercermundistas, a prueba de taladros de titanio, con un mecanismo que los haría detonar en el caso de que Morris muriera. Morris siempre llevaba encima un mecanismo activador, sensible a los latidos de su corazón. Ni siquiera Lars sabía dónde se encontraban los expedientes en aquel momento; probablemente estarían dentro de un búho de cerámica lacado, que incorporaría el sistema de guía del artículo 207 y estaría colocado en el cuarto de baño del novio de la novia de Morris. Y aquellos expedientes contenían todos los originales de todos los bocetos de armas que habían salido de Sr. Lars, S. A.

—¿Y qué significa eso? —preguntó Lars.

—Significa —dijo Morris, proyectando la mandíbula inferior hacia delante y haciéndola oscilar, como si esperara que fuera a desprendérsele— que el general Nitz lo desprecia.

—¿Por ese boceto? —dijo Lars, muy sorprendido—. El dos cero algo, ese virus p-termotrópico que puede sobrevivir en el espacio durante un periodo superior a...

—Oh, no. —Morris sacudió la cabeza en una vigorosa negativa—. El general Nitz lo desprecia porque se está engañando a usted mismo y a él. Solo que él ya no se deja engañar. A diferencia de usted.

—¿Cómo?

—Detesto tener que decirlo delante de todas estas personas —dijo Morris.

—¡Suéltelo de una vez! —dijo Lars. Pero se sentía enfermo. «Realmente le tengo pánico al Consejo —comprendió—. ¿Un cliente? ¿Es eso lo que es para mí? Jefe: esa es la palabra que se corresponde con la realidad. Segnac de las NU-0 me buscó, dio conmigo y fue construyéndome a lo largo de los años para que sustituyera al señor Wade. Yo estaba allí. Estaba preparado y esperando impaciente cuando murió Wade Sokolarian. Y este conocimiento que tengo ahora de que otra persona se encuentra a la espera en este preciso instante, preparada para entrar en acción el día en que yo sufra un paro cardíaco, o me falle algún órgano vital, o lo pierda; a la espera, también, por si yo llegara a plantearles dificultades...

»Y ya se las estoy planteando.»

—Packard —le dijo al hombre de la KACH—, su organización es independiente. Opera en cualquier lugar del mundo. Teóricamente, cualquiera puede contratar sus servicios.

—Teóricamente —confirmó Packard—. Pero eso se aplica a la KACH, no a mí personalmente. Yo ya estoy contratado.

—Creía que quería saber por qué lo desprecia el general Nitz —dijo Henry Morris.

—No —dijo Lars—. Guárdese para usted. —«Contrataré a alguien de la KACH —decidió—, a un auténtico profesional, para que inspeccione las NU-O, todo el aparato si es necesario, y averigüe qué traman realmente en lo que a mí concierne. Sobre todo, el nivel de éxito hacia el que han estado impulsando a su próximo médium armamentístico; ese es el aspecto crucial sobre el que necesito disponer de un conocimiento lo más exacto posible.

»¿Qué harían —pensó— si supieran con qué frecuencia se me pasa por la cabeza la idea de que siempre podría acudir al Sector Este? Si para garantizar su seguridad, para reforzar más aún la posición de autoridad absoluta que ostentan, intentarían reemplazarme...»

Trató de imaginar el tamaño, la forma y el color de alguien que lo seguía, dejando sus propias pisadas sobre las huellas que iba dejando él. Niño o joven, anciana u hombre de mediana edad entrado en carnes... Sin duda, psiquiatras del Bloque Oeste, uncidos al Estado en calidad de sirvientes, podían activar el talento psiónico de establecer contacto con el Otro Mundo, aquel universo hiperdimensional en el que entraba Lars durante los estados de trance. Wade había poseído aquel talento. Lilo Topchev también lo poseía. Y él mismo, en grandes cantidades. Así que no cabía duda de que otra persona lo poseía, en alguna parte.

Y cuanto más tiempo permaneciera él en su despacho, de más tiempo dispondría el Consejo para localizarla.

—¿Puedo decir una cosa? —dijo Morris en un tono impregnado de deferencia.

—De acuerdo. —Lars esperó, preparándose para lo que iba a oír a continuación.

—El general Nitz supo que pasaba algo cuando usted rechazó ese nombramiento honorífico de coronel de las Fuerzas Armadas de las NU-Oeste.

—¡Pero eso no fue más que una farsa! —dijo Lars, mirándolo fijamente—. Solo era un papel.

—No —dijo Morris—. Y usted sabía que no era así; cosa que ahora sabe todavía mejor que antes. Inconscientemente, de forma intuitiva. Desde el punto de vista jurídico, ese nombramiento habría hecho que usted quedara sometido al derecho militar.

—Es cierto —dijo el hombre de la KACH, sin dirigirse a nadie en concreto—. Después han ido llamando a filas prácticamente a todas las personas que recibieron esos nombramientos gratuitos. Ahora van de uniforme. —Su rostro había vuelto a adoptar una expresión de impasibilidad profesional.

—¡Dios! —Lars sintió que todo él se encogía por dentro. Lo de rechazar el nombramiento honorífico había sido un mero impulso momentáneo. Se había limitado a dar una respuesta de opereta a un documento de opereta. Y sin embargo, si lo analizaba más a fondo...

—¿Tengo razón? —le preguntó Henry Morris al tiempo que lo escrutaba con la mirada.

—Sí —dijo Lars después de una pausa—. Lo sabía. —Agitó la mano—. Bueno, da igual. —Volvió a centrar la atención en los bocetos de armas que había reunido la KACH. En cualquier caso, se trataba de algo más profundo; sus problemas con el Consejo de Segnac de las NU-0 se remontaban hasta bastante más atrás y llegaban más lejos que ningún plan descabellado, como el de conceder unos nombramientos honoríficos que de pronto se convertían en base jurídica para el reclutamiento forzoso. Sus objeciones estaban más relacionadas con un aspecto en el que no existían los documentos. Un aspecto en el que, de hecho, no quería pensar.

Mientras examinaba los bocetos de la señorita Topchev, Lars tuvo que hacer frente a aquel aspecto repelente de su trabajo: las vidas de todos ellos, incluidos los integrantes del Consejo.

—¡Armas! —le dijo al hombre de la KACH—. Llévese esto de aquí; métele en su sobre. —No había ni una sola arma entre todos aquellos bocetos.

—En lo que concierne a los proconsumios... —comenzó a decir Henry Morris.

—¿Qué es un proconsumio? —le preguntó Lars.

Morris, visiblemente perplejo, dijo:

—¿Qué quiere decir con eso de que qué es un proconsumio? Lo sabe muy bien. Se reúne con ellos dos veces al mes. —Movié la mano en un gesto lleno de irritación—. Usted sabe más sobre los seis proconsumios del Consejo que ninguna otra persona del Bloque Oeste. Hablemos claro, señor Lars: todo lo que hace usted es para ellos.

—Estoy hablando claro —dijo Lars sin perder la calma. Cruzó los brazos y se repantigó en su asiento—. Pero vamos a suponer que le hubiera dicho la verdad a ese autómatas de la televisión cuando me ha parado ahí fuera y me ha preguntado si había estado recibiendo algo realmente espectacular.

Hubo un silencio, y luego el hombre de la KACH se removió en su asiento y dijo:

—Por eso les gustaría verlo vestido de uniforme. De esa manera, nunca se encontraría delante de ninguna cámara de televisión, y así no llegaría a surgir ninguna oportunidad de que algo saliera mal. —Dejó los bocetos donde estaban, en la mesa de Lars.

—Quizá ya ha salido mal —dijo Morris, todavía estudiando a su jefe.

—No —dijo Lars sin dudar—. Si algo hubiera salido mal, usted lo sabría. —«En el lugar donde se alza Sr. Lars, S.A. —pensó— solo habría un agujero. Pulcro, preciso, sin que hubiera aparecido ni una sola perturbación en el funcionamiento de los rascacielos adyacentes. Y habría ocurrido en seis segundos aproximadamente.»

—Me parece que está usted como una cabra —decidió Morris—. Se pasa los días sentado detrás de su mesa mirando los bocetos de Lilo sin abrir la boca, y va enloqueciendo poco a poco. Cada vez que entra en trance, un trocito de su persona se desprende de usted. —Su tono se había vuelto áspero y cortante—. Eso tiene su precio, y el que usted está pagando es demasiado elevado. Y la consecuencia será que, un día, algún entrevistador de la televisión lo parará y dirá: «¿Qué se está cociendo, señor Lars?», y usted dirá algo que no debería decir. —El doctor Todt, Elvira Funt, el hombre de la KACH..., todos lo miraban con consternación; pero ninguno dijo ni hizo nada. Sentado detrás de su mesa, Lars contemplaba con expresión pétreas la pared del fondo y el original de Utrillo que le había regalado Maren Faine la Navidad del 2003.

—Hablemos de otra cosa —dijo al cabo de unos instantes de silencio—. Algo que no lleve implícito ningún dolor. —Dirigió un movimiento de cabeza al doctor Todt, quien tenía un aspecto más enjuto y sacerdotal que nunca—. Me parece que ya estoy preparado psicológicamente, doctor. Podemos inducir el autismo, si tiene preparados sus artilugios y todo lo demás que tenga que preparar. —Autismo; una referencia muy noble, llena de dignidad.

—Primero quiero un electroencefalograma —dijo el doctor Todt—. Solo como medida de seguridad. —Empujó hacia delante el electroencefalógrafo portátil. Los preparativos para el estado de trance del día, durante el cual Lars Powderdry perdería todo contacto con el universo factual compartido, el *koinos kosmos*, y entraría en aquel otro universo incomprensible, aparentemente un *idios kosmos*, un mundo puramente personal. Sin embargo, en él moraba una *aisthesis koine*, un algo común.

«Menuda manera —pensó Lars— de ganarse la vida.»

TRES

«¡Saludos! —decía la carta, entregada mediante correo instantáneo—. Ha sido usted seleccionado entre millones de sus amigos y vecinos.

»Ahora es usted proconsumio.»

«No puede ser», pensó Surley G. Febbs mientras releía el comunicado impreso. Era un documento muy escueto, en lo referente a las medidas, y tenía su nombre y su número fotocopiados. No parecía más serio que una notificación del comité de servicios de su edificio de comus en la que se le pidiese que votara sobre un incremento de las cuotas. Y sin embargo allí estaba, en su posesión, una prueba formal que, increíblemente, le abriría las puertas de Festung (Washington DC) y su kremlin subterráneo, el lugar más fuertemente custodiado de todo el Bloque Oeste.

Y no en calidad de turista.

«¡Me han considerado típico!», pensó Febbs. El mero hecho de pensarlo bastó para hacer que se sintiera típico. Febbs se sintió crecido, poderoso y ligeramente borracho, y de pronto le costaba mantenerse en pie. Le temblaban las piernas; atravesó con paso inseguro su sala de estar en miniatura y se sentó en su sofá de [imitación de] piel de fnul ioniano.

—Pero en realidad sé por qué me han escogido —dijo después en voz alta—. Porque las armas no tienen secretos para mí. —Una autoridad; aquello era él, gracias a todas las horas (seis o siete por noche, porque, como le había ocurrido a todo el mundo, sus veinte horas de trabajo semanales habían sido reducidas recientemente a diecinueve) que pasaba examinando una cinta educativa tras otra en la delegación principal de la biblioteca pública de Boise (Idaho).

Y no solo era una autoridad en lo referente a las armas. Febbs podía recordar con absoluta claridad todo lo que había aprendido a lo largo de su vida, como por ejemplo, lo relacionado con la fabricación del vidrio rojo en la Francia de principios del siglo xm. «Sé cuál es la zona exacta del Imperio bizantino de la que procedían los mosaicos del periodo romano que derritieron para elaborar el tan preciado vidrio rojo», se dijo, y se sintió invadido por una gran exultación. Ya iba siendo hora de que una persona como él, dotada de conocimientos universales, accediera al Consejo de Segnac de las NU-O en vez de los imbéciles habituales, todos aquellos pursaps de la plebe que solo leían los titulares de los periodomésticos y, naturalmente, las secciones de deportes y las tiras animadas; y, naturalmente, todas las garradas relacionadas con el sexo; y que, por lo demás, envenenaban sus mentes vacías con basura tóxica fabricada en serie y producida expresamente para ellos por las grandes corporaciones, como por ejemplo, IG Farben, que eran las que realmente lo controlaban todo, como sabían los que se enteraban de las cosas. Por no mencionar los mucho más inmensos conglomerados de electrónica, sistemas de guía y cohetes que fueron apareciendo

posteriormente, como por ejemplo Beimler AG, de Bremen, que en realidad era propietaria de General Dynamics, IBM y General Electric, como descubría cualquiera a quien se le ocurriese profundizar un poco en aquellas cuestiones. Tal como había hecho él.

«Espera a que me sienta en el Consejo enfrente del supremo comandante en jefe de las NU-O, el general George Nitz», se dijo.

«Seguro —pensó— que puedo darle más datos sobre los componentes incluidos, por ejemplo, en el oscilador senoidal homeostático antientrópico con conversión de fase Metro-gretel que utiliza Boeing ahora mismo en su cohete interplanar LL-40 ultraveloz que todos los supuestos expertos que hay en Festung (Washington DC) juntos.

»Vamos, que no me limitaré a sustituir al proconsumio cuyo tiempo de servicio en el Consejo acaba de expirar, motivo por el cual me ha llegado este impreso. Si consigo que esos botarates me escuchen, puedo sustituir a departamentos enteros.»

Ciertamente, aquello era mejor que escribir al servicio de correspondencia del periodoméstico *Star-Times* de Boise y al senador Edgewell, quien ya ni siquiera respondía con una simple carta enlatada porque estaba tan, apertura de comillas, ocupado, cierre de comillas. De hecho, superaba incluso a aquellos días gloriosos, hacía siete años, cuando a causa de la herencia de unos cuantos bonos gubernamentales emitidos por las NU-O, Febbs había publicado su propio boletín, que luego había enviado por correo instantáneo a personas escogidas al azar en la guía videofónica, así como, naturalmente, a todos los funcionarios de Washington. Aquello había, o muy bien podría haber, si en el poder no hubiera tantos pazguatos, comunistas y burócratas, alterado la historia... por ejemplo en lo tocante a acabar de una vez con la importación de todas aquellas moléculas de proteína causantes de múltiples enfermedades que llegaban periódicamente a la Tierra a bordo de las naves que regresaban de los planetas-colonia, y que eran las responsables de la gripe que él, Febbs, había contraído en 1999 y de la que no había llegado a recuperarse realmente, como le había explicado claramente al funcionario que tenía a su cargo el seguro sanitario en el lugar donde trabajaba él, la Corporación Cooperativa Nueva Era de Préstamos y Ahorros para la Financiación de Boise, donde se encargaba de examinar las solicitudes de préstamo en busca de posibles aprovechados.

Febbs no tenía rival a la hora de detectar a los oportunistas. Podía mirar a un solicitante, sobre todo si era negro, durante menos de un microsegundo y discernir la verdadera composición de su psicoestructura ética.

Era algo que sabía muy bien todo el mundo en la CCNEPAFB, incluido el señor Rumford, el director del servicio. Por mucho que, a causa de su codicia y sus egocéntricas ambiciones personales, hubiera saboteado deliberadamente las repetidas peticiones formales que había ido presentando Febbs, durante los últimos doce años,

de que se le concediera un aumento de sueldo superior al establecido en el convenio.

Aquel problema pertenecía al pasado. Como proconsumio, recibiría un sueldo muy elevado. Febbs recordó, y durante un instante se sintió bastante avergonzado, que entre otras muchas cosas que solía incluir en sus cartas al senador Edgewell figuraban quejas por el salario que recibían los seis ciudadanos reclutados por el Gobierno para entrar en el Consejo como proconsumios.

Así que ya solo quedaba ir al videófono para llamar a Rumford, quien probablemente todavía estaría desayunando en su piso del rascacielos, y decirle que se metiera el trabajo por donde le cupiera.

Febbs marcó el número y no tardó en encontrarse ante el señor Rumford, quien todavía llevaba la bata de seda hecha en Hong Kong.

Surley G Febbs inspiró profundamente y declamó:

—Señor Rumford, solo quería decirle...

Se interrumpió, intimidado. Algunas costumbres eran difíciles de erradicar.

—Acabo de recibir una notificación de Segnac de las NU-O, en Washington —oyó declarar a su voz, frágil y temblorosa—. Así que... ummm... ya puede ir buscando a o... otra p-persona que le haga todos esos trabajos s-sucios. Y en caso de que le interese, hará cosa de seis meses le concedí a un verdadero sacacuartos un préstamo de diez mil poscreds, y nunca lo devolverá.

Colgó el receptor con un golpe seco; estaba sudando, pero se sentía embargado por la reciente alegría que se había instalado en todos los rincones de su cuerpo.

«Y no le voy a decir quién es ese sacacuartos —se dijo—. Puede dedicar el tiempo libre a rebuscar entre la masa de registros acumulados, o pagarle a mi sustituto para que lo haga. Que le den, señor Rumford.»

Febbs entró en la minúscula cocina de su comu, descongeló un paquete de albaricoques estofados, su desayuno habitual, y lo calentó. Sentado a la mesa, que se extendía como una plancha desde la pared, comió y meditó.

«Espera a que la Organización se entere de esto», reflexionó. Se refería a los Guerreros Superiores de Ascendencia Caucásica de Idaho y Oregón, Sección Quince. En especial al Centurión Romano Skeeter W. Johnstone, quien hacía poco había degradado a Febbs del rango de Legionario de Clase Uno al de Ileta de Clase Cincuenta mediante un edicto disciplinario aa-35.

«Pronto tendré noticias del Cuartel General Pretoriano de la Organización, en Cheyenne —comprendió—. ¡De Klaus, el Emperador del Sol, en persona! Querrán hacerme Centurión Romano, y es probable que echen a Johnstone a la calle de una patada.»

Había muchos otros que también recibirían su merecido. Por ejemplo, aquella flaca bibliotecaria de la delegación principal de la bibliopública de Boise que le había denegado el acceso a las ocho cajas cerradas de microcintas con todas las novelas

pornográficas del siglo xx. «Esto significa que vas a perder tu empleo», se dijo Febbs, e imaginó la expresión que aparecería en aquel rostro, reseco y tan parecido a una enorme verruga, en cuanto recibiera la notificación del general Nitz en persona.

Mientras se comía los albaricoques estofados, Febbs visualizó la gran hilera de ordenadores instalados en Festung (Washington DC) mientras estos examinaban un millón tras otro de expedientes reducidos a tarjetas y todos los datos que contenían para determinar quién tenía hábitos de compra realmente típicos y quién se limitaba a fingirlos, como por ejemplo aquellos Stratton del comu de enfrente del suyo, que siempre trataban de parecer típicos, sin llegar a conseguirlo en el verdadero sentido ontológico del término.

«¡En definitiva —pensó Febbs alegremente—, soy el Hombre Universal de Aristóteles, eso que la sociedad lleva cinco mil años intentando producir genéticamente! ¡Y Univox-50R, en Festung (Washington DC) se ha dado cuenta por fin!

»Cuando por fin me presenten oficialmente un componente de un arma —pensó con sombría seguridad—, sabré aradearlo, vaya que sí. Pueden contar conmigo. Se me ocurrirá una docena de maneras de aradearlo, y todas serán adecuadas. Porque estarán basadas en mi conocimiento y mi habilidad.

»Lo raro es que todavía sigan necesitando a los otros cinco proconsumios. Quizá se den cuenta de eso. Quizá en vez de darme solo una sexta parte me den todos los componentes. Ya puestos, bien podrían hacerlo.

»La cosa iría así:

»General Nitz (asombrado): ¡Santo Dios, Febbs! Tiene usted toda la razón. Esta primera fase de la subunidad portátil de la bobina de inducción de campo de restricción del movimiento browniano se puede aradear fácilmente en una forma muy barata de mantener fría la cerveza en las excursiones, durante más de siete horas. ¡Buf! ¡Cáspita!

»Febbs: No obstante, general, me parece que sigue usted pasando por alto lo más importante. Si examina con más detenimiento mi informe oficial referente al...»

De repente sonó el videófono, cortando bruscamente el hilo de sus pensamientos. Febbs se levantó de la mesa del desayuno y corrió a responder a la llamada.

Una burócrata de mediana edad del Bloque Oeste apareció en la pantalla.

—¿Señor Surley G. Febbs, del Edificio Comunal de Apartamentos 300685?

—Sí —dijo él, nervioso.

—Ha recibido por correo instantáneo el aviso de su reclutamiento como proconsumio en el Consejo de Segnac de las NU-O, efectivo a partir del próximo martes.

—¡Sí!

—Lo llamo, señor Febbs, para recordarle que bajo ninguna circunstancia debe

usted informar a nadie, ni transmitir, revelar, exponer ni anunciar de cualquier otra manera a ninguna persona, organización, medio informativo o extensión autónoma que se encuentre capacitada para recibir, registrar y/o transmitir, comunicar y/o teleemitir datos, en cualquiera que sea su forma, que, por los cauces oficiales reglamentarios, ha sido usted nombrado legalmente proconsumio A del Consejo de Segnac de las NU-O, tal como se establece en la cláusula tercera de su notificación escrita, la cual está usted obligado a leer y observar estrictamente, bajo pena de incurrir en la correspondiente sanción legal.

Surley Febbs se desmayó interiormente. No había llegado a leer la notificación hasta el final. ¡Por supuesto que la identidad de los seis proconsumios del Consejo era una cuestión del más estricto secreto! Y él ya se lo había dicho al señor Rumford.

¿O no? Frenéticamente, trató de recordar cuáles habían sido las palabras exactas que había empleado. ¿No se había limitado a decir que acababa de recibir una notificación oficial? Oh, Dios. Si descubrían que...

—Gracias, señor Febbs —dijo la funcionaría, y cortó la conexión. Febbs se quedó de pie en silencio mientras volvía a reunir gradualmente las piezas dispersas de su ser.

«Tendré que volver a llamar al señor Rumford —comprendió—. Para asegurarme de que piense que dejo el trabajo por razones de salud. Algún pretexto. He perdido el comu, tengo que dejar la zona... ¡Cualquier cosa!»

Se dio cuenta de que estaba temblando.

Otra escena aterradora floreció en su mente.

«General Nitz (hoscamente, con amenaza): Así que lo dijo, Febbs.

»Febbs: Ustedes me necesitan, general. ¡Sí, de verdad! Yo puedo aradear mejor que ninguna de las personas a las que han reclutado antes: Univox-50R sabe lo que se hace. ¡En el nombre de Dios, señor! Tiene que darme la oportunidad de demostrar mi enorme valía.

»General Nitz (conmovido): Bueno, Febbs, está bien. Ya veo que no se parece usted en nada a los demás. Podemos permitirnos tratarlo de una manera diferente, porque en los largos años que he pasado tratando con toda clase de personas nunca había visto a nadie que fuese tan excepcional como usted, y sería una evidente pérdida para el Mundo Libre que ahora decidiese no seguir con nosotros y poner a nuestra disposición las ventajas de su conocimiento, su experiencia y su talento.»

Febbs volvió a sentarse a la mesa del desayuno y reanudó mecánicamente la ingestión que se había visto interrumpida.

«General Nitz: En realidad, Febbs, incluso me atrevería a afirmar...

»Oh, al diablo con todo», pensó Febbs con una creciente y abrumadora sensación de abatimiento.

CUATRO

Hacia el mediodía, el ingeniero jefe de Lanferman Asociados de San Francisco y Los Ángeles, la empresa que se encargaba de producir las maquetas, prototipos y demás a partir de los bocetos remitidos por Lars Powderdry, se presentó en la delegación de Nueva York de Sr. Lars, S.A.

Pete Freid, quien después de largos años de experiencia había llegado a sentirse allí como en su casa, entró en el despacho de Lars con paso rápido y decidido, los hombros caídos y el cuerpo encorvado, pero no por ello menos alto. Encontró a Lars bebiendo una solución de miel y aminoácidos sintéticos en una base de alcohol de veinte grados: un antídoto contra la pérdida de componentes orgánicos causada por el estado de trance que había tenido lugar a primera hora de la mañana.

—Han descubierto que lo que te estás echando al gaznate es una de las diez principales causas de cáncer de esófago y estómago —dijo Pete—. Más vale que lo dejes ahora mismo.

—No puedo —dijo Lars. Su cuerpo necesitaba aquella fuente de energía sustitutoria y, de todos modos, Pete estaba bromeando—. Lo que debería dejar... —comenzó a decir, pero se calló. Ya había hablado demasiado aquel día, y ante el hombre de la KACH, quien, si desempeñaba su trabajo mínimamente bien, recordaba, grababa y guardaba en un archivo permanente todo lo que oía.

Pete se puso a ir y venir por el despacho, encorvado para toda la eternidad por su excesiva altura y también, como reiteraba incansablemente, por sus «problemas de espalda». No estaba completamente claro en qué consistían sus problemas de espalda. A veces era un disco migrado. Otras veces, según los inacabables monólogos de Pete, se trataba de un desgaste discal; nunca acababa de establecer la distinción entre aquellas dos aflicciones, eternas y dignas de Job. Los miércoles, como aquel día, la causa era una vieja herida de guerra. Pete procedió a extenderse sobre ella.

—Sí, claro —le dijo a Lars, con las manos metidas en los bolsillos traseros del pantalón de faena. Pete había volado casi cinco mil kilómetros desde la Costa Oeste a bordo del reactor público vistiendo sus ropas manchadas de grasa del taller, con, como una concesión a la sociedad humana, una corbata arrugada que actualmente era negra pero quizá antes hubiera sido de vivos colores. La corbata colgaba como un cable de plomo de la camisa sudada y sin abrochar, como si, bajo antiguas condiciones de esclavitud, se hubiera utilizado periódicamente para conducir a Pete al matadero. Ciertamente, no lo habían llevado a pastar. A pesar del carácter errático y altamente ambulatorio de su actividad psicomotriz, Pete era un trabajador nato. Todos los demás aspectos de su vida, como su esposa y tres hijos, sus aficiones y sus amistades, eran desechados en cuanto llegaba el momento de ponerse a trabajar. Y para él, aquello ocurría a la hora de abrir los ojos, a las seis o las seis y media de la

mañana. A diferencia de lo que Lars consideraba neurológicamente normal en los seres humanos, Pete se levantaba temprano y sin el menor vestigio de sueño. A efectos prácticos, aquello era un defecto. Y después de haber estado atiborrándose de cerveza y pizza la noche anterior, hasta la hora de cierre de los bares, con Molly, su esposa, o sin ella.

—¿Qué quieres decir con eso de «Sí, claro»? —dijo Lars al tiempo que tomaba otro trago de su bebida especial. Se sentía bastante cansado; el estado de trance del día lo había enervado hasta tal punto que no le bastaba con el elixir químico para reponerse—. De acuerdo, lo que quieres decir es: «Sí, claro, debería dejar el trabajo». Ya sé cómo termina la frase. Francamente, la he oído tantas veces que podría...

Pete lo interrumpió, con la voz agitada, ronca y apremiante de costumbre.

—Qué vas a saber tú lo que quiero decir. ¡No digas tonterías! No escuchas nunca. Lo único que haces es ir al cielo y regresar con la palabra de Dios, y se supone que nosotros debemos creer a pies juntillas en todas las estupideces que apuntas, como ciertas... —Gesticuló, como con un tic, mientras su corpachón se estremecía bajo la camisa de algodón azul—. Fíjate en el inmenso servicio que le podrías prestar a la humanidad si no fueras tan vago.

—¿Qué servicio?

—¡Podrías resolver todos nuestros problemas! —Pete lo miró con cara de pocos amigos—. Si ahí arriba tienen realmente diseños de armas... —Señaló el techo del despacho con un vago movimiento del pulgar, como si, durante sus estados de trance, Lars se elevara literalmente—. Bueno, la ciencia debería investigarte. Por el amor de Dios, deberían estar investigándote en un laboratorio del Tecnológico de California, en vez de dejarte dirigir esta organización salida de un cuento de hadas.

—De hadas —repitió Lars.

—Vale, puede que no seas un hada. ¿Y qué? A mi cuñado le gustan los tíos, y no tengo nada que objetar. Que cada cual haga lo que le dé la gana. —La voz de Pete se elevó hasta convertirse en un grito que retumbaba y creaba ecos—. Mientras conserve la integridad, mientras sea lo que es realmente y no aquello que se le dice que haga. ¡En cambio, tú...! —Su tono se había vuelto cortante—. Tú haces lo que te dicen que hagas. ¡Te dicen que les traigas un hatajo de esbozos bidimensionales, y tú vas y se los traes!

Bajó la voz, gruñó y se frotó el labio superior cubierto de sudor. Después tomó asiento, extendió sus largos brazos hacia el montón de bocetos que había en la mesa de Lars y se dispuso a hacerse con ellos.

—No son estos —dijo Lars, sujetándolos.

—¿No? Entonces ¿qué son? A mí me parecen diseños. —Pete giró la cabeza y estiró el cuello, prolongándolo como si fuera un pistón, para mirar.

—Son del Sector Este —dijo Lars—. De la señorita Topchev. —El homólogo de

Pete en Bulganingrado o Nuevo Moscú, pues los soviéticos tenían a su disposición dos estudios de ingeniería especializados en diseño, la típica duplicación redundante propia de una sociedad monolítica, sería el encargado de llevar aquellos diseños a la etapa siguiente.

—¿Puedo verlos?

Lars le pasó los bocetos a Pete, quien acercó la nariz a las relucientes superficies hasta dejarla casi pegada a ellas, como si de pronto se hubiera vuelto miope. Después guardó silencio durante un rato mientras pasaba de una hoja a otra, y al fin gruñó y arrojó el montón de diseños a la mesa. O casi; los papeles cayeron al suelo.

Pete se inclinó a recogerlos, los arregló hasta dejarlos perfectamente alineados entre sí, y los dejó en la mesa, demostrando que no había pretendido faltar a las normas de educación.

—Son espantosos —dijo.

—No —dijo Lars. No más que los suyos, de hecho. La lealtad personal que Pete sentía hacia él era la que le movía las mandíbulas; la amistad agitaba la lengua del hombretón y, aunque Lars se lo agradecía, prefería que las cosas quedaran tan claras como fuera posible—. Pueden pasar a la fase de aradeo. Topchev está haciendo su trabajo. —Naturalmente, era posible que aquellos bocetos no fueran representativos. Los soviéticos tenían una considerable fama de ser capaces de despistar a la KACH. La agencia policial a escala planetaria era una presa fácil para la KVB, la policía secreta de los soviéticos. Lars no lo había mencionado cuando Don Packard había mostrado los bocetos, pero era muy probable que los soviéticos, al detectar la presencia de un agente de la KACH en su nivel interno de diseño de moda armamentística, hubieran enseñado únicamente lo que querían enseñar y hubieran mantenido a buen recaudo el resto. Era algo que siempre se debía dar por sentado.

O al menos él lo daba por sentado. Lo que hiciera Segnac de las NU-0 con el material que obtenía de la KACH ya era otra cuestión, y Lars lo ignoraba. La forma de actuar del Consejo podía ir desde la credulidad total (aunque no era muy probable) hasta el más absoluto cinismo. Lars, por su parte, trataba de encontrar un moderado término medio.

—Y la de esa instantánea tan borrosa es ella —dijo Pete—. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí. —Lars le mostró la imagen.

Pete volvió a poner la nariz sobre el objeto de su escrutinio.

—No hay manera de ver nada —decidió al cabo de un rato—. ¡Y pensar que la KACH cobra por proporcionar esto! Yo podría obtener mejor resultado entrando en la División de Investigación del Instituto de Bulganingrado para la Obtención de Material Defensivo armado con una Land Camera de Polaroid.

—Ese sitio no existe.

Pete alzó la mirada.

—¿Quieres decir que han abolido el departamento? Pero ella sigue en su cargo.

—Ahora, el que está al mando allí ya no es Víctor Kamow. Desapareció. Una afección pulmonar. Y el que manda ahora se llama... —Lars se volvió hacia el memorando que había sacado del informe entregado por el hombre de la KACH. Aquello era algo que sucedía continuamente en el Sector Este, y Lars no le daba la menor importancia—. Protocidas Menores, Subdivisión de Agricultura, Ministerio de Normas de Seguridad, que es la tapadera que utilizan para todas sus agencias de investigación sobre la guerra no bacteriológica. Como tú ya sabes. —Su cabeza se encontró con la de Pete cuando se puso a investigar la borrosa instantánea de Lilo Topchev, como si el tiempo bastara para obtener una imagen más discernible de aquel borrón.

—¿Qué te tiene tan obsesionado? —preguntó Pete.

Lars se encogió de hombros.

—Nada. El descontento divino, quizá. —Se sentía evasivo; el ingeniero de Lanferman Asociados era un observador demasiado agudo, demasiado competente.

—No, quiero decir... Pero antes...

Pete pasó expertamente sus largos y sensibles dedos manchados de oscuro por debajo del borde de la mesa de Lars, en busca de algún sistema de escucha. Como no encontró ninguno muy evidente, continuó:

—Estás asustado. ¿Sigues tomando pastillas?

—No.

—Mientes.

Lars asintió.

—Miento.

—¿Duermes mal?

—Así, así.

—Si ese culo de caballo de Nitz le ha echado mano a tu cabra...

—No tiene nada que ver con Nitz. Para remodelar un poco tu pintoresca manera de hablar, ese caballo de cabra de Nitz no le ha echado mano a mi culo. ¿Está usted satisfecho? ¿Señor?

—Pueden tirarse cincuenta años preparando a sustitutos para que ocupen tu puesto y no encontrar a nadie como tú —dijo Pete—. Yo conocía a Wade. Era bueno, pero no estaba a tu altura. Nadie lo está. Y mucho menos esa tipeja de Bulganingrado.

—Eso es muy amable por tu parte... —comenzó a decir Lars, pero Pete lo interrumpió violentamente.

—¡Ni amabilidad ni leches! Y en cualquier caso, no se trata de eso.

—No —dijo Lars—. No se trata de eso, y no insultes a Lilo Topchev.

Pete hurgó en el bolsillo de su camisa y sacó uno de aquellos puros baratos que vendían en la tienda de la esquina. Lo encendió y dejó que fuera echando humo

tóxico hasta que el despacho quedó invadido por una fétida nube. Indiferente, como si le diera igual, Pete hizo que el humo entrara en sus pulmones y saliera de ellos mientras meditaba en silencio.

Tenía aquella virtud/defecto: en opinión de Pete, cualquier cosa que no se entendiera se podía llegar a elucidar si se le daban vueltas durante el tiempo suficiente. En cualquier área. Incluso la de la psique humana. La maquinaria no era ni más ni menos complicada, según él, que unos cuantos órganos biológicos creados por dos mil millones de años de evolución.

Era, pensó Lars, una noción casi infantilmente optimista; databa del siglo xviii. A pesar de todas sus habilidades manuales y su genio para la ingeniería, Pete Freid era un anacronismo. Tenía una perspectiva del mundo propia de un alumno aventajado de séptimo.

—Yo tengo hijos —dijo Pete, masticando su puro, con lo que empeoraba algo ya bastante malo de por sí—. Tú necesitas una familia.

—Claro —dijo Lars.

—No, no lo digo en serio.

—Por supuesto que sí. Pero eso no hace que tengas razón. Yo sé muy bien qué es lo que me tiene tan preocupado. Mira.

Lars tocó los cierres codificados de un cajón de su mesa. El cajón, respondiendo al contacto de las yemas de sus dedos como una caja registradora, se abrió al instante. Lars sacó de él sus nuevos bocetos, los papeles que Pete había recorrido casi cinco mil kilómetros para ver. Se los pasó y experimentó la vaga sensación de culpa que siempre acompañaba aquel momento. Sintió que le ardían las orejas. No podía mirar directamente a Pete, de modo que se mantuvo ocupado con el programa de citas; cualquier cosa con tal de no tener que pensar durante aquel momento.

—Son magníficos —dijo Pete al cabo de un rato. Puso cuidadosamente sus iniciales en cada boceto, debajo del número oficial que había sido estampado, sellado y firmado por el burócrata en Segnac de las NU-O.

—Ahora volverás a San Francisco —dijo Lars—, montarás una maqueta de polinosequé y luego empezarás a trabajar en un prototipo funcional...

—De eso se encargan mis chicos —lo corrigió Pete—. Yo solo les digo lo que tienen que hacer. ¿Crees que me ensucio las manos? ¿Con polinosequés?

—Pete, ¿durante cuánto tiempo puede seguir esto? —dijo Lars.

—Eternamente —dijo Pete al instante. La combinación del optimismo ingenuo propio de un chico de séptimo y una resignación casi ferozmente amargada.

—Esta mañana —dijo Lars—, antes de que consiguiera entrar en el edificio, me ha acorralado uno de esos autómatas entrevistadores del programa de Lucky Bagman. Ellos se lo creen. Se lo creen de verdad.

—Así que se lo creen. A eso me refería. —Pete gesticuló agitadamente con su

puro barato—. ¿Es que no lo ves? Aunque hubieras encarado el objetivo de esa cámara de televisión, lo hubieses mirado a los ojos, por llamarlos de alguna manera, y hubieras dicho con voz tranquila y clara algo como: «¿Crees que estoy haciendo armas? ¿Crees que eso es lo que traigo cuando regreso del hiperespacio, de ese inexplicable reino de lo sobrenatural?»...

—Pero necesitan que se los proteja —dijo Lars.

—¿Contra qué?

—Contra cualquier cosa. Contra todo. Merecen ser protegidos, y creen que nosotros estamos haciendo nuestro trabajo.

—Las armas no ofrecen ninguna protección —dijo Pete tras una pausa—. Ya no. No desde... ya sabes. 1945. Cuando hicieron desaparecer del mapa esa ciudad japonesa.

—Pero —dijo Lars— los pursaps creen que esa protección existe. Parece existir.

—Y eso parece ser lo que reciben.

—Creo que estoy enfermo —dijo Lars—. Vivo en un mundo ficticio. Debería haber sido pursap. Sin mi talento como médium lo sería, y entonces no sabría lo que sé; no estaría en el interior mirando hacia fuera. Sería como uno de esos fans de Lucky Bagman y su programa de entrevistas de la mañana, que aceptan lo que se les dice y saben que es cierto porque lo han visto en esa gran pantalla con todos esos colores estereográficos, en toda su intensidad. Mientras estoy comatoso, sumido en el maldito trance, todo va estupendamente, porque allí me encuentro completamente involucrado. No hay nada que se mofe en un rincón de mi cerebro.

—¿Que se mofe? ¿Qué quieres decir? —Pete lo contempló con preocupación.

—¿Tú no tienes dentro algo que se ríe de todo? —Lars estaba asombrado.

—¡No, demonios! Algo dentro de mí dice que valgo el doble de los poscreds que me pagan; eso es lo que dice algo dentro de mí, y tiene toda la razón. Un día de estos hablaré del asunto con Jack Lanferman. —Pete lo miró con una ira justiciera ardiendo en los ojos.

—Creía que tú sentías lo mismo que yo —dijo Lars. Y ya puestos a pensar en el asunto, en realidad había dado por sentado que todos ellos, incluso el general George McFarlane Nitz, tenían la misma postura que él respecto a lo que hacían: carcomidos por la vergüenza, vivían afligidos por aquel sentimiento de culpa que hacía que a él le resultara imposible mirar a los ojos a nadie.

—Vamos a la esquina a tomar un café —dijo Pete.

—Sí, ya va siendo hora de hacer un descanso.

CINCO

Lars sabía que la cafetería, como institución, tenía una gran historicidad a sus espaldas. Aquel invento había disipado las telarañas de la mente de los intelectuales ingleses en el periodo de Samuel Johnson, erradicando para siempre toda la niebla heredada de los pubs del siglo XVII. El insidioso consumo de cerveza, oporto y aguardiente no había generado ni sabiduría ni un agudo ingenio ni poesía ni claridad política, sino un turbio resentimiento, mutuo y omnipresente, que había terminado por degenerar en fanatismo religioso. Aquello, junto con la viruela, había diezmado una gran nación.

El café había invertido la tendencia. La historia había dado un nuevo y decisivo giro... y todo a causa de unos cuantos granos helados que los defensores de Viena habían descubierto en la nieve, después de la retirada de los turcos.

Y allí, ya sentada a su mesa y con una taza en la mano, estaba la delicada y hermosa señorita Camauin, con sus pechos rematados por puntas plateadas bien visibles, de acuerdo con los dictados de la moda. La señorita Camauin saludó a Lars en cuanto entró.

—¡Señor Lars! ¿Por qué no se sienta conmigo?

—De acuerdo —dijo Lars, y Pete y él se acomodaron a los lados de la mujer.

Inspeccionando a la señorita Camauin con la mirada, Pete entrelazó los dedos y apoyó sus peludos brazos en la mesa. Luego le dijo:

—Eh, ¿cómo es que aún no ha conseguido quitarle el sitio a esa chica que lleva la delegación de Lars en París, esa Maren Nosecuantos?

—Señor Freid —dijo la señorita Camauin—, no estoy interesada sexualmente por nadie.

Pete sonrió y miró a Lars.

—Es muy directa.

«Franqueza —pensó Lars— en Sr. Lars, S. A. ¡Irónico! Un desperdicio.» Pero a fin de cuentas, la señorita Camauin no sabía qué estaba ocurriendo. Era sublimemente pursap. Como si se hubiera restablecido la era anterior al Derrumbamiento para aproximadamente cuatro mil millones de ciudadanos del Bloque Oeste y el Sector Este. La carga, que antaño era responsabilidad de todos, reposaba ahora única y exclusivamente sobre los cogs. Los *cognoscenti* habían aliviado a su raza de una maldición... si *cog* derivaba realmente de aquella palabra italiana y no, como sospechaba Lars, del término que empleaban los ingleses para referirse a los burócratas.

El arcaico término inglés siempre le había parecido casi sobrenaturalmente apropiado. *Cog*, 'engranaje'. Utilizar el dedo como una especie de engranaje para guiar o sostener los dados; es decir, para engatusar y timar; para hacer trampas.

«Pero yo también podría mostrar esa franqueza —pensó— si no supiera nada; no veo que tenga demasiado mérito. Desde la Edad Media, al bufón, dicho sea sin ánimo de ofenderla, señorita Camauin, siempre se le ha otorgado libertad para parlotear. Pero supongamos, solo por este momento, que mientras estamos en esta mesa, nosotros tres, dos engranajes masculinos y una chica pursap engalanada con elegantes remates plateados, cuya preocupación fundamental reside en un perpetuo afán de que sus sin duda preciosos pechitos puntiagudos resulten tan conspicuos como sea posible... Supongamos que yo pudiera pasar alegremente de un lado a otro tal como hace usted, sin necesidad de separar nítidamente lo que sé de lo que digo.

»Entonces se curaría la herida —decidió—. No más píldoras. No más noches sin poder o sin querer dormir.»

—Señorita Camauin —dijo—, en realidad estoy enamorado de usted. Pero le ruego que no me malinterprete. Estoy hablando de un amor espiritual, no camal.

—Muy bien —dijo la señorita Camauin.

—Porque —dijo Lars— yo la admiro.

—¿La admiras tanto —gruñó Pete— que no te puedes ir a la cama con ella? ¡Eso no son más que niñerías! ¿Cuántos años tienes, Lars? El verdadero amor consiste en irse a la cama, como en el matrimonio. ¿No tengo razón, señorita Comosellame? Si Lars la quisiera realmente...

—Déjame explicarlo —dijo Lars.

—Nadie quiere oír tu explicación —dijo Pete.

—Dame una oportunidad —dijo Lars—. Admiro su posición.

—«No tan perpendicular» —dijo Pete, citando a Marc Blitzstein, el gran compositor y poeta del siglo anterior.

Empezando a enfadarse un poco, la señorita Camauin dijo:

—Yo soy demasiado perpendicular. Eso es lo que acabo de decirle hace un momento. Y no solo eso...

Dejó de hablar, porque un hombrecillo entrado en años, con los últimos destellos de canas recubriendo irregularmente un cuero cabelludo de un rosado tan intenso que casi relucía, acababa de aparecer junto a su mesa. Lucía unas antiguas gafas de cristales, llevaba un maletín, y sus ademanes denotaban una mezcla de timidez y determinación, como si ya no le fuera posible volverse atrás pero le hubiese gustado poder hacerlo.

—Un vendedor —dijo Pete.

—No —dijo la señorita Camauin—. No va lo bastante bien vestido.

—Un repartidor de notificaciones procesales —dijo Lars; el caballero, anciano y no muy alto, tenía cierto aspecto oficial—. ¿Estoy en lo cierto? —preguntó.

—¿Señor Lars? —preguntó el anciano caballero con voz titubeante.

—Soy yo —dijo Lars; evidentemente, su conjetura había sido correcta.

—Es un coleccionista de autógrafos —dijo la señorita Camauin con aire triunfal—. Quiere su autógrafo, señor Lars; lo ha reconocido.

—No es un vagabundo —añadió Pete con voz pensativa—. Fíjate en ese alfiler de corbata. Eso es una auténtica piedra tallada. Pero hoy en día, ¿quién lleva...?

—Señor Lars —dijo el anciano caballero, y consiguió sentarse a duras penas en el borde del asiento. Depositó su maletín ante sí, haciendo a un lado el azúcar, la sal y las tazas de café vacías—. Perdona la molestia. Pero... Un problema... —Su voz era baja, frágil. Recordaba vagamente a Papá Noel y, sin embargo, quería hablar de negocios; resultaba más firme y menos sentimental. No había duendes que trabajaran para él y no había ido a repartir juguetes. Era un experto: se veía en su manera de rebuscar dentro del maletín.

Pete le dio un ligero codazo a Lars y señaló. Lars vio, junto a una mesa vacía cercana a la puerta, a dos hombres más jóvenes con vacuos rostros de bacalaos perdidos bajo las aguas: habían entrado en la cafetería junto con aquel anciano tan raro, y no los perdían de vista.

Lars se apresuró a meterse la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó el documento que siempre llevaba encima.

—Llame a un policía —le dijo a la señorita Camauin.

Ella parpadeó y se incorporó a medias en el asiento.

—Adelante —le dijo Pete hoscamente; luego, levantando la voz, añadió—: ¡Que alguien traiga a un policía!

—Por favor —dijo el anciano caballero en tono suplicante, aunque con una sombra de disgusto—. Solo unas palabras. Hay una cosa que no entendemos. —Había sacado del maletín unas relucientes instantáneas en color que Lars reconoció nada más verlas. Consistían en reproducciones acumuladas por la KACH de sus bocetos anteriores, de la secuencia 260 a la 265, además de imágenes de los planos finales que se habían dibujado a partir de ellos para presentárselos a Lanferman Asociados.

Desdoblando el documento, Lars le dijo al anciano:

—Esto que tengo aquí es una orden de alejamiento. ¿Sabe usted lo que pone en ella?

El anciano asintió, con reticencia y visible desagrado.

—Cualquier funcionario del Gobierno de la Unión Soviética —dijo Lars—, de la República Popular China, de Cuba, de Brasil, de la República Dominicana...

—Sí, sí —confirmó el anciano caballero al tiempo que asentía.

—... y cualquier otra de las entidades nacionales o étnicas que componen la entidad política conocida como *Sector Este*, queda obligado durante la vigencia de este mandamiento judicial a no acosar, molestar, crear problemas, amenazar ni golpear al beneficiario de dicho mandamiento, que soy yo, Lars Powderdry, y a

abstenerse de mantenerlo ocupado, o encontrarse en su compañía o en su proximidad inmediata, de tal manera que...

—De acuerdo —dijo el anciano caballero—. Soy funcionario soviético. Legalmente, no me está permitido hablar con usted; eso lo sabemos los dos, señor Lars. Pero este boceto suyo, el número 265... ¿Ve? —Dio la vuelta a la reluciente imagen realizada por la KACH para que Lars la examinara, y este fingió que no la veía—. Alguien de su personal escribió aquí que es... —el dedo regordete y lleno de arrugas siguió las palabras escritas al pie del boceto— es la «Pistola de la Evolución». ¿Correcto?

—Sí —dijo Pete en voz alta—, y ándese con cuidado o lo convertiré en limo protoplásmico.

—No, no me refiero al boceto del trance —dijo el funcionario soviético, y rio tímidamente—. Usted ha de tener un prototipo. ¿Es de Lanferman Asociados? ¿Usted se encarga de la realización y las pruebas? Sí, me parece que sí. Me llamo Aksel Kaminski. —Le tendió la mano a Pete—. ¿Usted es...?

Una nave patrulla de la policía de Nueva York se posó en el pavimento, delante de la cafetería. Dos policías uniformados bajaron a toda prisa, la mano sobre la funda del arma, y entraron por la puerta con miradas que abarcaban a todos los presentes, cualquier cosa o persona capaz de causar daños, actividad y/o movimiento; y, en especial, a quienes de cualquier manera, guisa o modo pudieran ser capaces de desenfundar un arma de su propiedad.

—Aquí —dijo Lars, en voz muy alta. Aquello le desagradaba, pero las autoridades soviéticas se estaban comportando como idiotas. ¿Cómo podían esperar que se les permitiría dirigirse a él así, abiertamente, en un lugar público? Se puso en pie y le tendió la orden de alejamiento al primero de los dos policías, que encabezaba el equipo.

—Esta persona —dijo, señalando al anciano funcionario del Sector Este, que permanecía con el ceño fruncido mientras tamborileaba nerviosamente con los dedos sobre su maletín— acaba de cometer un acto de desacato contra el Tribunal Superior de Justicia del condado de Queens, Sala Tres. Deseo que sea detenida. Mi abogado solicitará que se presenten cargos contra ella. Se supone que tengo que decirles eso —dijo. Esperó mientras los dos policías examinaban el documento legal.

—Lo único que quiero saber —dijo quejumbrosamente el anciano funcionario soviético— es la pieza 76, el número de usted. ¿A qué hace referencia?

Los dos policías se lo llevaron. En la puerta, los dos jóvenes silenciosos, elegantes y ultraaseados con ojos de bacalao que habían acompañado al anciano se apresuraron a ir tras su figura en retirada, pero no hicieron nada para interferir en las acciones de la policía. Estaban resignados y no mostraban emociones.

—Bueno, la verdad es que tampoco ha sido tan complicado —dijo Pete mientras

volvía a tomar asiento. No obstante, torció el gesto. Estaba claro que no lo había pasado nada bien—. Diez contra veinte a que es de la embajada.

—Sí. —Lars se mostró de acuerdo. Indudablemente, aquel hombre era de la embajada de la URSS, no del SeRKeB. Había recibido instrucciones y solo pretendía llevarlas a cabo, para satisfacer a sus superiores. Todos estaban metidos en aquella rueda de ejercicio para ratas. El encuentro tampoco había tenido nada de agradable para los soviéticos.

—Es curioso que estuvieran tan interesados en el 265 —dijo Pete—. No hemos tenido ningún problema con él. ¿Cuál de tus empleados crees que estará trabajando para la KACH? ¿Vale la pena hacer que los investigue el FBI?

—No existe ni una sola posibilidad —dijo Lars— de que el FBI, la CIA o ninguna otra agencia similar pueda sacar de su escondite al hombre que la KACH tiene infiltrado entre nuestro personal. Eso ya lo sabes. ¿Qué me dices de la gente de Lanferman Asociados? He visto imágenes de vuestras maquetas. —Naturalmente, él ya lo sabía, en cierto modo. Lo que lo inquietaba no era la verificación de que la KACH tenía a alguien dentro de Sr. Lars, S.A. y que, como consecuencia de ello, el Sector Este sabía tanto de su producción como sabía él de la producción de la señorita Topchev, sino que realmente le ocurriera algo al artículo 265. Porque era uno de sus favoritos. Lars lo había seguido con gran interés a lo largo de sus distintas fases. El prototipo, allá en las casi infinitas cámaras subsuperficiales de Lanferman, se pondría a prueba aquella semana.

Mejor dicho, se pondría a prueba en cierto modo.

Pero si Lars se permitía pensar en aquello durante el tiempo suficiente, tendría que abandonar su profesión. No culpaba a Jack Lanferman y, ciertamente, tampoco culpaba a Pete. Ninguno de los dos establecía las reglas ni definía el juego. Ambos permanecían cruzados de brazos, al igual que él, porque aquella era la ley de la vida.

Y en las cámaras subsuperficiales que conectaban a Lanferman Asociados de San Francisco con su «sucursal» de Los Ángeles (en realidad, simplemente era el extremo sur del titánico complejo subterráneo de la organización), el artículo 265, la Pistola de la Evolución, un nombre concebido a toda prisa, al que la industria había privado de cualquier posible persistencia al añadirle el término *operativa*, aquella superarma extraída del reino incomprensible dentro del cual buscaban a tientas los médiums armamentísticos, vería aquello que a los pursaps les gustaba considerar acción.

Algún tosco sucedáneo de víctima, susceptible de llegar al dominio público, sería sometido a los efectos de una ráfaga del artículo 265. Y todo aquello sería captado por los objetivos de los medios de comunicación, las revistas, los libros, los periodomésticos, la televisión; todo excepto los dirigibles llenos de helio que remolcaban rojos mensajes de neón.

Sí, pensó Lars; el Bloque Oeste podía añadir aquello al amplio repertorio de

medios de comunicación mediante el que se mantenía a los pursaps puros a la vez que sapientes. Las formas de comunicación luminosas debían cruzar muy lentamente el cielo nocturno, o, como se hacía en épocas anteriores, revolotear interminablemente alrededor de la torreta de un rascacielos, edificando así al público en la medida deseada. A causa de la naturaleza altamente especializada de dicho medio informativo, el mensaje se tendría que redactar con mucha sencillez, naturalmente.

El dirigible podía iniciar su viaje, reflexionó Lars, con una jugosa información. Por ejemplo, que la «acción» que veía el artículo 265 en aquellos momentos bajo la superficie de California era completamente falsa.

No sabrían apreciarlo. Los pursaps se pondrían furiosos. Pero las NU-O no, comprendió Lars. Podían asimilar sin ningún problema semejante filtración. Los cogs sobrevivirían a la publicidad de aquel y de cualquier otro de los datos cuya posesión los definía como la élite gobernante. No; serían los pursaps los que se derrumbarían. Y aquella era la parte que le hacía sentir a Lars la ira impotente que erosionaba, día tras día, su sentido de su propia valía y la de su trabajo.

«Sin moverme de esta cafetería, Joe's Sup & Sip —comprendió—, podría ponerme de pie y gritar: “Las armas no existen”. Y lo que obtendría con ello sería... unas cuantas caras pálidas y asustadas. Y unos instantes después, todos los pursaps que me hubieran oído echarían a correr, para salir de aquí lo más deprisa posible.

»Yo lo sé. Aksel Kandinski, o Kaminski, o como quiera que se llame, el amable y anciano funcionario de la embajada soviética, lo sabe. Pete lo sabe. El general Nitz y los que son como él lo saben.

»El artículo 265 tendrá tanto éxito como cualquiera de las cosas que he producido y produciré: la Pistola de la Evolución que, en teoría, haría a todas las formas de vida conscientes y altamente organizadas de un radio de diez kilómetros retroceder dos mil millones de años en la escala evolutiva, volviendo al más remoto pasado; las estructuras morfológicas articuladas deberían dar paso a algo parecido a una ameba, una sustancia viscosa invertebrada y sin aletas; un organismo unicelular, una simple molécula de proteína filtrable. Y esto lo presenciarán los pursaps que ven el resumen de noticias de las seis en la televisión, porque ocurrirá. En cierto sentido.

»Así, un fraude sustentado en otro fraude será escenificado ante las diversas cámaras. Y después de haberlo visto, los pursaps se podrán ir a la cama felices, sabiendo que sus vidas y las de sus hijos están protegidas, por obra del martillo de Tor, del enemigo; es decir, del Sector Este, que también se encuentra muy ocupado probando sus armas sembradoras de caos y destrucción.

»Dios se asombraría, y probablemente se sentiría muy complacido, ante la destrucción que pueden causar de verdad los artículos 260 a 280 cuando los fabriquen en Lanferman Asociados. Es el pecado griego de la *hubris* encarnado o, mejor dicho, plasmado en polinosequé y metal, a la manera del *logos*, con sistemas de respaldo

miniaturizados repartidos cuidadosamente por toda la estructura del mecanismo, por si se diera el caso de que algún componente del tamaño de un mosquito llegara a fallar.»

Y ni siquiera Dios, en el momento de transmitir el milagro original, la Creación, había recurrido a los sistemas de respaldo miniaturizados. El había puesto todos Sus huevos en una sola cesta tejida de forma imperfecta: la especie inteligente que ahora captaba en imágenes tridimensionales videomáticas y con sonido ultraestereofónico algo que no existía. «No te rías antes de intentarlo —pensó Lars—. Porque no resulta nada fácil obtener tomas nítidas tridimensionales videomáticas ultraestereofónicas de una cosa que no existe. Nosotros hemos tardado quince mil años en conseguirlo.»

—Los sacerdotes del antiguo Egipto —dijo en voz alta—. Allá por los tiempos de Herodoto.

—¿Cómo dices? —preguntó Pete.

—Los sacerdotes del antiguo Egipto utilizaban la presión hidráulica para abrir a distancia las puertas de los templos. Mientras levantaban los brazos y rezaban a dioses con cabeza de animal.

—No te entiendo —dijo Pete.

—¿Es que no lo ves? —dijo Lars, perplejo. A él le parecía muy obvio—. Es un monopolio, Pete. Eso es lo que tenemos, un maldito monopolio. Todo gira en torno a eso.

—Te has vuelto loco —dijo Pete, malhumorado. Acarició el asa de su taza vacía—. No dejes que el hecho de que ese lacayo del Sector Este haya entrado aquí te ponga nervioso.

—No ha sido por él. —Lars necesitaba de forma apremiante dejarlo muy claro—. Debajo de Monterrey, donde nadie puede ver lo que ocurre. Donde ponéis a prueba los prototipos. Ciudades que saltan por los aires, satélites derribados... —Se calló. Pete estaba señalando con la cabeza, en un gesto de advertencia, a la señorita Camauin y sus puntas plateadas—. Un satélite erizo —dijo Lars con mucho cuidado, pensando en el ejemplo más ominoso. Los erizos se consideraban completamente impenetrables, y de los más de setecientos satélites que orbitaban la Tierra en aquellos momentos, casi cincuenta eran erizos—. Artículo 221 —dijo—. El Pez Ionizante, que se descomponía a nivel molecular y se dispersaba en forma de gas...

—Cállate —dijo Pete ásperamente.

Se terminaron el café en silencio.

SEIS

Aquella noche, Lars Powderdry se reunió con Maren Faine, su amante, en la delegación de París de Sr. Lars, S. A., donde Maren tenía un despacho tan recargado como...

Lars trató de dar con la metáfora apropiada, pero los gustos estéticos de Maren eludían toda descripción. Con las manos en los bolsillos, miró a su alrededor mientras Maren desaparecía en el cuarto de baño para prepararse con vistas al mundo exterior. Para ella, la existencia empezaba en cuanto terminaba la jornada laboral, a pesar de que ocupaba un cargo muy alto. En circunstancias lógicas, todo debería girar en torno a su trabajo, y debería estar tan volcada en su vocación como la más oscura y adusta de las calvinistas.

Pero las cosas no habían salido así. Maren tenía veintinueve años, era tirando a alta, un metro setenta descalza, con el pelo rojo brillante. No, rojo no; su tono era el de la caoba pulida, no con el granulado fotográfico impreso de la madera artificial, sino como la auténtica. Sí, la autenticidad del color de pelo de Maren había quedado demostrada. Siempre se despertaba iluminada, con los ojos tan brillantes como... Demonios, pensó Lars. ¿Qué más daba? ¿A quién podían importarle aquellas cosas a las siete y media de la mañana? A aquella hora, una mujer hermosa, viva, tirando a alta, llena de colorido, grácil y musculosa era una ofensa para la razón y una abominación para la sexualidad, en el sentido de que uno se preguntaba qué hacer con ella. Al menos después de las primeras semanas. Resultaba difícil seguir y seguir...

Cuando Maren volvió al despacho con la chaqueta por los hombros, él dijo:

—En realidad, a ti te da igual lo que ocurre aquí.

—¿Te refieres a la empresa? ¿La sociedad anónima? —Sus ojos de gato se abrieron un poco más, llenos de una alegre jovialidad; iba muy por delante de él—. Mira, tienes mi *soma* durante la noche y mi mente durante todo el día. ¿Qué más quieres?

—Detesto la cultura —dijo Lars—. En serio. *Soma*. ¿Dónde has aprendido eso? —Se sentía hambriento, irritable, sin saber muy bien qué hacer. A causa de las jugarretas del cálculo contemporáneo de las zonas horarias, en realidad llevaba dieciséis horas sin meterse en la cama.

—Me odias —dijo Maren, con el tono que habría empleado un consejero matrimonial. El tono llevaba implícito «Conozco tus verdaderas motivaciones». Y también: «Y tú no».

Su amante lo miró a los ojos, sin ningún miedo de nada que él pudiera hacer o decir. Lars pensó que aunque, en teoría, podía despedirla de día, o echarla a patadas de su piso parisino de noche, en realidad carecía de poder sobre ella. Tanto si el trabajo significaba algo para Maren como si no era así, siempre podía conseguir un

buen empleo en cualquier parte. En cualquier momento. No necesitaba a Lars. Si se separaban, Maren lo echaría de menos durante cosa de una semana, y la pena la llevaría al extremo de ponerse a llorar inesperadamente después del tercer martini... pero aquello sería todo.

Si él perdiera a Maren, en cambio, la herida no se cerraría nunca.

—¿Quieres cenar? —le preguntó sin ningún entusiasmo.

—No —dijo Maren—. Quiero rezar.

Lars se la quedó mirando.

—¿Q-qué?

—Quiero ir a la iglesia, encender una vela y rezar —contestó tranquilamente—. ¿Qué hay de extraño en eso? Lo hago un par de veces por semana, ya lo sabes. Lo sabías cuando me... —Hizo una pausa, y luego terminó la frase con delicadeza—. Cuando me conociste. En el sentido bíblico. Te lo dije aquella primera noche.

—¿Una vela para qué? —Si se encendía una vela, tenía que ser para algo.

—Es un secreto —dijo Maren.

—Me voy a la cama —dijo Lars, sin saber muy bien cómo reaccionar—. Puede que para ti sean las seis, pero para mí son más de las dos de la mañana. Vamos a tu casa; allí puedes prepararme algo ligero para cenar. Luego dormiré un poco, y tú te puedes ir a rezar. —Echó a andar hacia la puerta.

—Me he enterado —dijo Maren— de que hoy ha conseguido llegar hasta ti un funcionario soviético.

Lars se sobresaltó.

—¿Dónde has oído eso?

—He recibido una advertencia. Del Consejo. Una reprimenda oficial a la empresa: nos recomiendan que tengamos cuidado con los ancianos bajitos.

—Lo dudo.

Maren se encogió de hombros.

—La delegación de París debería haber sido informada, ¿no te parece? Ha ocurrido en un lugar público.

—¡Yo no he buscado a ese idiota! Ha sido él quien ha venido a mi encuentro. Yo solo estaba tomándome un café. —Aun así, no pudo evitar sentirse inquieto. ¿Sería cierto que el Consejo había transmitido una reprimenda oficial? En tal caso, debería haber llegado a su conocimiento.

—Ese general —dijo Maren— cuyo nombre siempre se me olvida; el gordo al que le tienes tanto miedo. Nitz. —Sonrió, y la lanza giró dentro del costado de Lars—. El general Nitz se ha puesto en contacto con nosotros, en París, a través de la línea de vídeo de circuito ultracerrado, y ha dicho que debías tener más cuidado. Yo le he dicho que hablaría contigo. Él ha dicho...

—Te lo estás inventando. —Pero se daba cuenta de que no era así. Probablemente

había ocurrido en un plazo de una hora tras su encuentro con Aksel Kaminski. Maren había dispuesto de todo el día para retransmitirle la advertencia del general Nitz. Era muy propio de ella haber esperado hasta aquel momento, cuando su nivel de azúcar en la sangre estaba muy bajo y carecía de defensas—. Más vale que lo llame —dijo, casi para sí.

—Está en la cama. Consulta el gráfico de zonas horarias y busca Portland (Oregón). En cualquier caso, yo ya se lo he explicado todo. —Salió al vestíbulo y él la siguió, en un acto reflejo; juntos esperaron el ascensor que los llevaría a la plataforma de la azotea donde estaba aparcado su vehículo aéreo, propiedad de la empresa. Maren tarareaba alegremente, sacando de quicio a Lars.

—¿Cómo lo has explicado? —le preguntó.

—Le he dicho que llevabas mucho tiempo pensando que en caso de que no les gustes, de que aquí no te aprecien, tienes intención de «cambiar de chaqueta».

—¿Y cuál ha sido su respuesta? —dijo él, sin perder la calma.

—Dice que sí, que entiende que siempre puedes cambiar de chaqueta. Conoce perfectamente tu posición actual. De hecho, los militares del Consejo ya estuvieron hablando de ello el miércoles pasado durante su sesión extraordinaria a puerta cerrada en Festung (Washington DC).

Y en esa sesión, los subordinados del general Nitz informaron de que tenían otros tres diseñadores de moda armamentística listos para incorporarse. Tres nuevos médiums descubiertos por esos psiquiatras de la Clínica Wallingford de Saint George (Utah).

—¿Eso es verdad?

—Más o menos.

Lars llevó a cabo un rápido cálculo.

—En Oregón no son las dos de la mañana; es mediodía. Las doce exactas. —Dio media vuelta y echó a andar hacia el despacho de Maren.

—Olvidas —dijo Maren— el horario de Economización del Tiempo de Toliver.

—¡Pero en Oregón, el sol está en el centro del cielo!

—Pero según la ETT siguen siendo las dos de la mañana —dijo Maren pacientemente—. Déjalo estar y no llames al general Nitz. Si hubiera querido hablar contigo, habría llamado a la oficina de Nueva York, no aquí. Le caes mal; eso es lo que hay, a mediodía o a medianoche. —Sonrió agradablemente.

—Estás sembrando semillas de descontento —dijo Lars.

—Estoy diciendo la verdad —discrepó—. ¿Cu ese ce e te pe?

—No. No quiero saber cuál es mi problema.

—Tu problema...

—Olvidalo, ¿quieres?

—Tu problema —continuó Maren— es que te sientes incómodo cuando tienes

que hablar de mitos o, para emplear el término que utilizarías tú, mentiras. Por eso te pasas el día entero nervioso y sin saber qué hacer. Pero cuando alguien empieza a decirte la verdad, todo tu cuerpo reacciona con una especie de sarpullido psicósomático, y te sientes fatal.

—Ummm.

—La respuesta —dijo Maren—, al menos desde el punto de vista de quienes tienen que tratar contigo, con todo lo temperamental e imprevisible que eres, es contarte el mito...

—Oh, cállate de una vez. ¿Ha dado Nitz algún detalle sobre esos nuevos médiums que han descubierto?

—Claro. Un chaval tan gordo como Tweedledee, que siempre anda con una piruleta en la boca, muy desagradable. Una solterona de Nebraska. Un...

—Mitos —dijo Lars—. Contados de forma que parezcan verdades.

Eché a andar por el pasillo en dirección al despacho de Maren. Un momento después desbloqueaba el comunicador y marcaba la extensión de la sede administrativa del Consejo, en Festung (Washington DC).

Pero cuando la imagen cobró forma en la pantalla, Lars oyó un chasquido. La imagen se encogió ligeramente, aunque resultaba perceptible si se prestaba suficiente atención. Y al mismo tiempo se encendió una lucecita roja de advertencia.

El videocomunicador estaba pinchado en algún punto del cable de transmisión. Y no se habían limitado a añadir una bobina, sino que habían hecho una derivación. Lars cortó la conexión al instante, se levantó y volvió con Maren, que había dejado pasar un ascensor y estaba esperando serenamente a que él regresara.

—Tienes el comunicador pinchado.

—Ya lo sé —dijo Maren.

—¿Y no has llamado a PT&T para que vengan y quiten la conexión intermedia?

—Mira, de todos modos, ellos ya lo saben —dijo Maren con tranquilidad, como si hablara con alguien que se encontrase aquejado de severas limitaciones intelectuales. Una referencia suficientemente vaga, desde luego: ellos. O la KACH, la agencia neutral, contratada por el Sector Este, o una extensión del mismo Sector Este, como la KVB. Como Maren había dado a entender, en realidad daba igual. De cualquier manera, ellos siempre lo sabían todo.

Aun así, a Lars le resultaba irritante intentar comunicarse con su cliente a través de un conducto de comunicaciones pinchado de tal modo que no se había hecho ningún esfuerzo, ni siquiera meramente formal, para ocultar la introducción de un mecanismo electrónico hostil, altamente antinatural y que servía a intereses ajenos.

—Lo pusieron en algún momento de la semana pasada —dijo Maren pensativa.

—No tengo nada que objetar a que una pequeña clase social posea el monopolio del conocimiento —dijo Lars—. No me preocupa que solo haya unos cuantos cogs y

en cambio haya un montón de pursaps. En realidad, todas las sociedades están dirigidas por una élite.

—Y entonces, ¿cuál es el problema, querido?

—Lo que me molesta —dijo Lars mientras llegaba el ascensor de subida y entraban en él— es que la élite, en este caso, ni siquiera se toma la molestia de proteger ese conocimiento que la convierte en élite. —«Probablemente —pensó— existe un panfleto gratuito, distribuido por las NU-0 previa solicitud, que lleva por título algo del estilo de “así os gobernamos, muchachos, y ¿qué vais a hacer para IMPEDÍRNOSLO?”.»

—Tú tienes un cargo de autoridad —le recordó Maren.

—Ya veo que ese cerebro telepático tuyo sigue encendido —dijo Lars mirándola con cara de pocos amigos—. A pesar de la Ordenanza de Behren.

—La instalación me costó cincuenta millones —dijo Maren—. ¿De verdad crees que lo voy a llevar apagado? Mira cómo se gana el sustento. Me dice si eres fiel o si estás en algún comu con...

—Así que me lees el subconsciente.

—Te lo he leído. Y en cualquier caso, ¿por qué? ¿Quién quiere saber dónde guardas todas esas cosas feas que prefieres ignorar...?

—¡Léelo de todas maneras! Lee los aspectos de pronóstico. Lo que voy a hacer, la acción potencial que todavía se encuentra en fase germinativa.

Maren sacudió la cabeza.

—Qué palabras tan grandes y qué ideas tan pequeñas.

La respuesta de él la hizo reír. La nave, que acababa de pasar a la modalidad automática, había subido por encima del estrato del tráfico interurbano y se disponía a salir de la ciudad. En un acto reflejo, Lars le había dado instrucciones de que abandonara París..., solo Dios sabía por qué.

—Te analizaré, mi querido patito —dijo Maren—. Es realmente conmovedor eso a lo que no paras de dar vueltas en las profundidades de esa mente de segunda categoría que tienes; de segunda categoría, claro, siempre que no tengas en cuenta esa protuberancia del lóbulo frontal que te convierte en médium.

Lars esperó para oír solo la verdad.

—Esa vocecita interior no para de graznar —dijo Maren—. ¿Por qué tienen que creer los pursaps que no es así? ¿Por qué no se les puede decir la verdad y, después, ver cómo la aceptan? —Su tono se había vuelto compasivo. Insólitamente compasivo, para lo habitual en ella—. No puedes concebir la increíble verdad: no son capaces.

SIETE

Después de haber cenado fueron al piso que tenía Maren en París. Lars se dedicó a dar vueltas por la sala de estar, esperando mientras Maren se cambiaba de ropa para ponerse, como había dicho Jean Harlow en una película que no por antigua había envejecido, «algo un poco más cómodo».

Mientras paseaba encontró un dispositivo encima de una mesita de imitación de madera de tarsle. Le resultó vagamente familiar, de modo que lo cogió y lo observó con curiosidad, dándole vueltas. Era familiar y, sin embargo, completamente desconocido.

La puerta del dormitorio estaba entreabierta.

—¿Qué es esto? —preguntó Lars. Podía entrever la silueta de Maren, ataviada con ropa interior, que iba y venía entre la cama y el armario—. Esta cosa que parece una cabeza humana sin facciones. Del tamaño de una pelota de béisbol.

—Es del 202 —anunció Maren alegremente.

—¿Mi boceto? —Lars contempló el objeto. Aradeado. Aquel era el producto destinado a la venta al por menor por decisión de un proconsumio del Consejo—. ¿Qué hace? —preguntó al no encontrar ningún interruptor.

—Divertir.

—¿Cómo?

Maren apareció un instante en el hueco de la puerta, sin nada encima.

—Dile algo.

—Me divierto más con solo mirarte —dijo Lars—. Has engordado algo más de un kilo.

—Tú pregúntale algo a Orville —dijo Maren—. El Viejo Orville está haciendo furor. La gente se pasa días enteros encerrada con él, sin hacer nada más que preguntar y recibir respuestas. Sustituye a la religión.

—La religión no existe —dijo él, sintiéndose muy serio. Sus experiencias en el reino hiperdimensional lo habían desengañado de cualquier fe basada en los dogmas o la devoción. Si había alguien que estuviera cualificado para afirmar que poseía un conocimiento del «otro mundo», era él, y hasta el momento no había conseguido descubrirle ningún aspecto trascendental.

—Pues entonces cuéntale un chiste —dijo Maren.

—¿No puedo limitarme a dejarlo donde lo he encontrado?

—Realmente te da igual cómo se aradean tus artículos.

—Claro, eso es asunto suyo. —No obstante, trató de pensar en un chiste—. ¿Qué tiene seis ojos, se dirige a la entropía, lleva bombín...?

—¿Es que no puedes contarle un chiste serio? —dijo Maren. Volvió al dormitorio y continuó vistiéndose—. Lo que te pasa, Lars, es que eres polimórficamente

perverso.

—Ummm —dijo él.

—En el mal sentido. Instinto de autodestrucción.

—Mejor eso —respondió él— que el instinto de asesinato. —Quizá pudiera hacerle una pregunta al Viejo Orville—. ¿Estoy cometiendo un error al sentir pena de mí mismo? —le preguntó a la pequeña y dura esfera que sostenía en la mano—. ¿Al desobedecer al ayuntamiento? ¿Al hablar con un funcionario soviético durante el descanso del café? —Esperó; no ocurrió nada—. ¿Al creer —dijo— que quienes aseguran estar fabricando máquinas para matar, mutilar y causar grandes estragos deberían tener la integridad ética suficiente para hacer realmente máquinas que maten, mutilen y causen grandes estragos en vez de máquinas que no son más que un elaborado pretexto para terminar lanzando al mercado una novedad decadente y que en realidad no es nada, como tú? —Volvió a esperar, pero el Viejo Orville guardó silencio.

—Está estropeado —le dijo a Maren.

—Dale unos segundos. Tiene catorce mil piezas miniaturizadas, y funcionan de forma secuencial.

—¿Quieres decir que esta cosa cuenta con todo el sistema de guía del 202?

Lars contempló con horror al Viejo Orville. Sí, por supuesto; aquella esfera tenía exactamente el tamaño y la forma del sistema de guía del 202. Lars empezó a pensar en las posibilidades. El Viejo Orville podía resolver problemas introducidos oralmente, no mediante una cinta perforada o de óxido férrico, y en los cálculos empleaba ecuaciones hasta de grado sesenta. No era de extrañar que tardara en responderle. Las preguntas que acababa de hacerle Lars habían activado una estructura de primera magnitud.

Probablemente nunca conseguiría superar aquello en ninguno de sus bocetos. Y de pronto allí estaba, el Viejo Orville, una novedad recién lanzada al mercado para llenar el tiempo libre y el cerebro de hombres y mujeres cuyos trabajos habían degenerado hasta convertirse en una actividad psicomotriz repetitiva de tan bajo nivel que una paloma adiestrada habría podido llevarla a cabo mejor que ellos. ¡Dios! ¡Sus peores expectativas se habían hecho realidad!

«Al despertar Lars R —pensó, acordándose de los cuentos y las novelas de Kafka — una mañana, tras un sueño intranquilo, se encontró sobre su cama transformado en una monstruosa... ¿Qué? ¿Cucaracha?»

—¿Qué soy? —le preguntó al Viejo Orville—. ¡Olvídate de mis preguntas anteriores y responde solo a esta! ¿En qué me he convertido? —Estrujó furiosamente la esfera entre los dedos.

Maren, vestida con el pantalón de un pijama chino de algodón azul, estaba de pie en la puerta del dormitorio y observaba a Lars mientras este luchaba con el Viejo

Orville.

— Al despertar Lars P. una mañana, tras un sueño intranquilo, se encontró sobre su cama transformado en una... —Entonces se calló, porque el televisor acababa de hacer *pinggg* en el rincón de la sala de estar. Se estaba encendiendo solo. Iban a leer un boletín de noticias.

Olvidándose del Viejo Orville, Lars y Maren se volvieron hacia el televisor. Lars sintió que se le aceleraba el pulso. Las noticias de los boletines eran malas casi siempre.

La pantalla mostró una imagen fija en la que ponía «BOLETÍN DE NOTICIAS». Se oyó la voz del locutor, llena de calma profesional: «NASBA, la agencia espacial del Bloque Oeste en Cheyenne (Wyoming), anunció que un nuevo satélite, presumiblemente lanzado por la República Popular China o por Cuba Libertad para la Humanidad, está orbitando la Tierra a...».

Maren apagó el televisor.

—Menudo boletín.

—Yo estoy esperando a que llegue el día en que un satélite que ya se encuentre en el cielo lance un satélite por sí mismo —dijo Lars.

—Ya lo hacen. ¿No lees los periodomésticos? ¿No lees *Investigación y Ciencia*? ¿Es que no sabes nada? —Su desdén era mitad serio y mitad fingido—. Eres un *idiot savant*, como esos cretinos que se aprenden de memoria las matrículas, todos los números de videófono del área de Los Ángeles o los códigos postales de todas las localidades de América del Norte. —Regresó al dormitorio a buscar la parte superior del pijama.

En la mano de Lars, olvidado, el Viejo Orville se removi6 y habló.

Fue increíble. Lars parpadeó cuando el Viejo Orville le graznó la respuesta telepática verbal a una pregunta que ya había olvidado haber formulado.

—Señor Lars.

—Sí —dijo él, hipnotizado.

Acompañándose de crujidos y chirridos, el Viejo Orville se dispuso a exponer el resultado que lo había mantenido trabajando durante tanto tiempo. Aunque era un juguete, el Viejo Orville nunca optaba por lo más fácil. En su estructura se habían incluido demasiados componentes para que pudiera conformarse con salir del paso con cualquier respuesta graciosa.

—Señor Lars, ha planteado usted una pregunta ontológica. La estructura lingüística indoeuropea involucrada impide que se pueda llevar a cabo un análisis apropiado de la cuestión. ¿Desea usted reformular su pregunta?

Después de habérselo pensado durante un instante, Lars dijo:

—No.

El Viejo Orville guardó silencio y luego respondió:

—Señor Lars, usted es un rábano hendido.

Aunque le hubiera ido la vida en ello, Lars no habría sabido si reír o llorar.

—Shakespeare —dijo, hablándole a Maren, quien, ya razonablemente vestida del todo, se había reunido con él y también estaba escuchando—. Está citando.

—Por supuesto. Utiliza su enorme banco de datos. ¿Qué esperabas? ¿Un soneto recién compuesto? El Viejo Orville solo puede facilitar los datos que se le han introducido previamente. Solo puede seleccionar, no inventar. —Sinceramente perpleja, Maren dijo—: Bromas aparte, Lars, creo que careces de mente técnica y no posees ninguna capacidad intelectual que...

—Calla —dijo él. El Viejo Orville tenía algo más que ofrecer.

El aparato emitió un prolongado chirrido, como un disco puesto a menos revoluciones.

—También ha preguntado: «¿En qué me he convertido?». Se ha convertido usted en un exiliado. Un nómada. Que carece de hogar. Parafraseando a Wagner...

—¿Richard Wagner? —preguntó Lars—. ¿El compositor?

—Y dramaturgo y poeta —le recordó el Viejo Orville—. En *Sigfrido*, parafraseando de tal manera que quede descrita su situación actual: «Ich hab' nicht Bruder, noch Schwester, meine Mutter...»

Concluyendo, el viejo Orville dijo:

—«... kenn' ich nicht. Mein Vater...»

Entonces, la estructura recibió, integró y aceptó la observación de Maren, y puso en marcha sus engranajes electrónicos.

—El nombre «señor Lars» me ha despistado; pensaba que era usted noruego. Discúlpeme, señor Lars. Lo que pretendía decir es que, al igual que Parsifal, usted se encuentra *waffenlos*, desarmado... en sentido figurado y literal. En realidad no fabrica armas, como finge oficialmente su empresa. Y también se encuentra *waffenlos* en otro sentido, más crucial. Está indefenso. Al igual que el joven Sigfrido antes de matar al dragón, beber su sangre y entender el canto de los pájaros, o como Parsifal antes de que las Doncellas Flor le revelen su nombre, usted es inocente. Quizá en el mal sentido del término.

—No eres un bobo lleno de pureza —dijo Maren, siempre práctica, asintiendo—. Pagué sesenta poscreds por ti. Adelante, habla.

Fue a coger un purito del paquete que había encima de la mesa del salón.

El Viejo Orville estaba rumiando una decisión; como si pudiera decidir, en vez de, tal como había señalado Maren hacía un momento, limitarse a seleccionar datos de sus archivos. Finalmente dijo:

—Ya sé qué quiere. Se enfrenta a un dilema. Usted tiene un dilema, ahora. Pero nunca se lo ha planteado, nunca le ha hecho frente.

—¿En qué demonios consiste ese dilema? —quiso saber Lars, atónito.

—Señor Lars —dijo el Viejo Orville—, usted tiene el terrible miedo de que un día entrará en sus oficinas de Nueva York, se tumbará, entrará en trance, y revivirá sin ningún boceto que poder mostrar. En otras palabras, que habrá perdido su talento.

Excepto por la respiración levemente asmática de Maren mientras fumaba su purito García y Vega, la habitación quedó sumida en el silencio.

—Caray —dijo Lars, abatido. Se sentía como si de pronto se hubiera vuelto muy, muy pequeño; como si le hubieran arrancado todos los años de la edad adulta. Era una experiencia extraña.

Porque, naturalmente, aquel juguete, aquel nuevo dispositivo que acababa de ser lanzado al mercado y que era una perversión del diseño original producido por Sr. Lars, S. A., estaba en lo cierto. El miedo que sentía Lars estaba muy relacionado con el miedo a la castración. Y nunca desaparecía.

El Viejo Orville siguió desarrollando pesadamente su argumentación.

—La confusión consciente que experimenta usted en cuanto a la falsedad de sus diseños «de armas» es un problema falso, artificial. Oculta la realidad psicológica subyacente. Usted sabe perfectamente, como sabría cualquier ser humano en su sano juicio, que no existe absolutamente ningún argumento que sustente la producción de armas auténticas, ya sea en el Bloque Oeste o en el Sector Este. La humanidad fue salvada de la destrucción cuando los dos monolitos se reunieron secretamente a nivel plenipotenciario en Fairfax (Islandia) en 1992, para acordar el principio de la conversión de las espadas en arados, y luego, abiertamente, en el 2002, para ratificar los Protocolos de Conversión.

—Es suficiente —dijo Lars, mirando el objeto.

El Viejo Orville se calló.

Lars fue a la mesita y dejó el objeto encima, con manos temblorosas.

—¿Y esto divierte a los pursaps? —le preguntó a Maren.

—No hacen preguntas tan profundas. Hacen preguntas tontas, en plan broma. Bueno, bueno. —Escrutó a Lars con la mirada—. Así que durante todo este tiempo, eso que no parabas de decir, todos esos lamentos y quejas, «Dios, soy un farsante, estoy estafando a los pobres pursaps», todas esas memeces... —había enrojecido de indignación— no eran más que pura cháchara.

—Evidentemente —confirmó Lars, aún afectado—. Pero no lo sabía. No tengo psicoanalista; los detesto. También son unos farsantes. Sigmund Fraude.

—Miedo a la castración —dijo ella—. Miedo a la pérdida de la virilidad. Lars, estás asustado porque tus bocetos del trance no son diseños de armas auténticas. ¿Lo ves, mi patito querido? Temes que eso signifique que eres impotente.

El evitó que su mirada se encontrara con la de Maren.

—*Waffenlos* —dijo—. Eso es un eufemismo educado...

—Todos los eufemismos son educados. Está implícito en el término.

—... para la impotencia. No soy un hombre. —Miró a Maren.

—En la cama —dijo Maren— eres doce hombres. Catorce. Veinte. Simplemente increíble. —Lo miró con expresión esperanzada, para ver si aquello lo animaba un poco.

—Gracias —dijo él—. Pero la sensación de fracaso sigue ahí. Quizá ni siquiera el Viejo Orville ha conseguido llegar al fondo de la cuestión. El Sector Este tiene que estar involucrado en esto de alguna manera.

—Pregúntaselo al Viejo Orville —dijo Maren.

Lars volvió a coger la cabeza sin cara y dijo:

—¿De qué forma está implicado el Sector Este en todo este asunto, Viejo Orville?

Se hizo una pausa, mientras el complejo sistema electrónico zumbaba, y después el dispositivo respondió:

—Una foto borrosa, tomada desde muy lejos. Demasiado borrosa para permitirle averiguar lo que usted desea saber.

De pronto, Lars lo supo. Y trató de erradicar el pensamiento de su mente, porque su amante y colaboradora Maren Faine estaba de pie allí mismo junto a él, captando sus pensamientos, en una flagrante transgresión de las leyes de Occidente. ¿Lo habría percibido Maren, o había conseguido cortarlo él a tiempo, enterrándolo en su subconsciente, que era donde debería estar?

—Bueno, bueno —dijo Maren con voz pensativa—. Lilo Topchev.

—Sí —dijo él, fatalista.

—En definitiva —dijo Maren, y se manifestó la magnitud de su inteligencia, la razón por la que se le había otorgado un puesto del máximo nivel dentro de la organización de Lars; desgraciadamente para él, pensó Lars con abatimiento—. En definitiva, ves la solución al problema psicosexual de la dicotomía virilidad-esterilidad relacionada con el diseño de armas de la manera más estúpida posible. Tal como la verías si tuvieras diecinueve años...

—Iré a un buen psiquiatra —dijo él débilmente.

—¿Quieres tener una foto bien clara de esa miserable serpientita comunista? —La voz de Maren vibraba de odio, acusación, culpabilidad, furia; todo entremezclado, pero lo bastante claro para cruzar la habitación, llegar hasta Lars y golpearlo con fuerza. Él sintió el impacto, de lleno.

—Ajá —dijo estoicamente.

—Yo te la conseguiré. De acuerdo. Hablo en serio. Haré algo todavía mejor que eso: te explicaré con palabras cortas y sencillas, aptas para que las asimiles, cómo puedes conseguirla tú, porque personalmente y pensándolo bien prefiero no tener que involucrarme en algo tan... —buscó la palabra, el golpe bajo más contundente— tan ridículo.

—¿Cómo?

—En primer lugar, acepta de una vez esto: la KACH no te la conseguirá nunca. Si te entregaron una imagen borrosa, fue a propósito. Podrían haber conseguido una mucho mejor.

—No te sigo.

—La KACH —dijo Maren, como si le hablara a un niño por el cual sintiera muy poca simpatía— es lo que a ellos les gusta considerar neutral. Quítale a eso la nobleza autocomplaciente y llegarás a la verdad: la KACH sirve a dos amos.

—Oh, sí —dijo él, comprendiendo—. Nosotros y el Sector Este.

—Tienen que complacer a todos y no deben ofender a nadie. Son los fenicios del mundo moderno, los Rothschild, los Fuggar. Puedes contratar a la KACH para toda clase de servicios de espionaje, pero... luego obtienes una imagen borrosa de Lilo Topchev, tomada desde una gran distancia. —Suspiró; era muy sencillo y, sin embargo, a él había que deletreárselo para que lo entendiese—. ¿Eso no te recuerda nada, Lars? Piensa.

—La foto que tenía Aksel Kaminski —dijo él al fin—. Del boceto 265. Era inexacta.

—Oh, querido. Lo has captado, por fin lo has captado.

—Y —dijo él, con tono deliberadamente indiferente— tu teoría es que esas son sus normas: entregan lo suficiente para que los dos bloques sigan comprando, pero no lo suficiente para ofender a nadie.

—Correcto. Ahora mira. —Se sentó y empezó a dar nerviosas caladas al purito—. Te quiero, Lars; quiero que sigas siendo mío, para preocuparme por ti y hacerte enfadar; me encanta hacerte enfadar, por lo fácil que resulta. Pero no soy codiciosa. En realidad, tu eslabón débil psicológico, como ha dicho el Viejo Orville, se reduce a ese miedo que tienes de haber perdido la virilidad. Eso hace que seas como cualquier otro varón mayor de treinta años... Todo empieza a funcionar un poquito más despacio, y eso te asusta; percibes el desvanecimiento de la fuerza vital. Sigues siendo bueno en la cama, pero ya no eres tan bueno como la semana pasada, el mes pasado o el año pasado. Tu sangre, tu corazón, tu..., bueno, en cualquier caso, tu cuerpo lo sabe, y de esa manera también lo sabe tu mente. Yo te ayudaré.

—Entonces, ayúdame. En vez de soltarme discursos —dijo él.

—Ponte en contacto con el tal Aksel Kaminski.

Lars alzó la mirada hacia ella. Maren asentía pausadamente, indicando que lo decía en serio.

—Y —añadió—, le dices: Iván... Llámalo Iván. Eso siempre los saca de quicio. Puede que entonces te llame Joe o yanqui, pero tú no te preocupes por eso. «Iván —le dices—, quieres detalles sobre el artículo 265. ¿Es correcto eso, Iván? De acuerdo, camarada del este; yo te doy los detalles y tú me das una foto de la señorita Topchev, la diseñadora de armas. Una buena imagen, en color, quizá incluso tridimensional.

Quizá, sí, incluso una secuencia grabada en película para que luego pueda pasármela, con una bonita banda sonora de voz, por las noches, cuando quiera llenar esas horas en las que no tengo nada que hacer. Y quizá si tienes alguna secuencia subida de tono, que haga contonearse la pelvis, en la que ella esté...»

—¿Crees que lo hará?

—Sí.

«Y yo soy el jefe de la empresa —pensó Lars—; esta mujer es mi empleada. Obviamente, dentro de otro año, y teniendo en cuenta que yo ya tengo problemas psicológicos... Pero poseo el talento, la habilidad psiónica. Así que puedo conservar la baza ganadora.» Sintió la insustancialidad de la proeza que, no obstante, lo distinguía de los demás, cuando se comparaba con aquella mujer, su amante. Una vez propuesto por Maren, y en unos términos tan pintorescos, de pronto el trato con Kaminski parecía obvio, y sin embargo... Inexplicablemente, a Lars nunca se le habría ocurrido nada semejante por sí solo. ¡Increíble!

Y daría resultado.

OCHO

El jueves, Lars pasó la mañana en Lanferman Asociados examinando las maquetas, prototipos y simples y puras falsificaciones que habían concebido los ingenieros, los dibujantes y delineantes, los expertos en polinosequé, los genios de la electrónica y los locos de atar, toda aquella caterva de personas a las que Jack Lanferman pagaba un sueldo, y de un modo que a Lars siempre le parecía excéntrico.

Jack Lanferman nunca examinaba el trabajo que realizaban a cambio. Parecía creer que si recibía la remuneración adecuada, cualquier ser humano que se encontrara dotado de alguna clase de talento daría lo mejor de sí, sin necesidad de que se lo aguijoneara, sin patadas, empujones ni despidos, sin memorandos internos, sin nada.

Curiosamente, parecía estar en lo cierto. Porque Jack Lanferman no tenía que pasar el tiempo metido en su despacho. Vivía casi constantemente en uno de sus sibaríticos palacios del placer, y solo bajaba a la Tierra cuando había llegado el momento de ver algún producto ya fabricado antes de su comercialización.

En aquel caso, lo que al principio era el boceto 278 ya había pasado por todas las etapas de confirmación y había sido «probado en funcionamiento». Era, entre acompañantes innegablemente extraños, único. Por su parte, Lars Powderdry nunca había sabido si reír o llorar abiertamente cuando contemplaba el artículo 278, que había recibido la ominosa denominación, para complacer a los pursaps, quienes solo lo conocerían por aquel nombre, de *Rayo de Conservación Psíquica*.

Sentado en la pequeña sala de proyección subterránea situada en algún lugar del centro de California, con Pete Freid a un lado y Jack Lanferman al otro, Lars contempló el vídeo grabado en cinta ámpex del Rayo de Conservación Psíquica «en acción». Dado que se trataba de un arma antipersonal, el haz no se podía utilizar con la inmensa mole de algún navio espacial de combate que, después de que hubiera quedado en desuso, hubiera sido sacado de su órbita para hacerlo pedazos a una distancia de dieciocho millones de kilómetros. Se tenían que usar seres humanos como blanco. Ni a Lars ni a ningún otro le gustaba nada aquella parte.

En la demostración, el Rayo de Conservación Psíquica succionaba la mente a una pandilla de matones con cara de inútiles que habían sido detectados cuando trataban de hacerse con el control de una pequeña y aislada (es decir, patéticamente desvalida) colonia del Bloque Oeste en Ganímedes.

En la pantalla, los malos se quedaban paralizados ante la perspectiva de la entrada en acción del arma disgregadora que servía como instrumento del terror. Resultaba gratificante, pensó Lars. Como drama, era satisfactorio; porque los malos, hasta aquel momento, habían convertido la colonia en un caos. Como esperpentos a los que se hubiera dado vida en los antiguos carteles pintados de las películas, que luego

adornarían la entrada de los cines de barrio, los malos les habían arrancado la ropa a chicas, habían golpeado a ancianos hasta dejarlos reducidos a pulpa, habían prendido fuego a edificios venerables al modo de los soldados borrachos... Habían hecho, decidió Lars, de todo excepto quemar la biblioteca de Alejandría con sus dieciséis mil inapreciables e insustituibles pergaminos, incluidas cuatro tragedias de Sófocles que se perdieron para siempre.

—Jack —le dijo a Lanferman—, ¿no podrías haberlo ambientado en la antigua Palestina helenística? Ya sabes lo sentimentales que se ponen los pursaps en cuanto ven algo perteneciente a ese periodo.

—Lo sé —dijo Lanferman—. Fue cuando obligaron a Sócrates a morir.

—No exactamente —dijo Lars—. Pero la idea general es esa, sí. ¿No podías haber mostrado a tus androides abatiendo a Sócrates con sus pistolas láser? Habría sido una escena impactante. Naturalmente, habrías tenido que poner subtítulos o doblar los diálogos al inglés. Para que los pursaps pudieran oír las súplicas de Sócrates.

—Sócrates no suplicó; era estoico —murmuró Pete, absorto en la cinta de vídeo.

—De acuerdo —dijo Lars—. Pero al menos podía poner cara de preocupación.

El FBI, utilizando el artículo 278 por primera vez en toda la historia, como la película se encargaba de comunicar a la audiencia mediante el sereno comentario realizado nada menos que por Lucky Bagman, entró en acción. Los malos se pusieron pálidos y buscaron a tientas sus anticuadas pistolas láser o las armas que quisiera que llevaran; quizá Colts calibre 44 del modelo Frontier, pensó Lars ácidamente. En cualquier caso, todo había terminado para ellos.

Y el resultado habría conmovido, o en este caso derretido, a una piedra.

Era peor que el derrumbamiento de la casa de Atreo, decidió Lars. Ceguera, incesto, hijas y hermanas despedazadas por bestias salvajes... ¿qué realidad, en última instancia, era el peor destino que podía abatirse sobre un grupo de seres humanos? ¿La muerte lenta por inanición, como en los campos de concentración nazis, acompañada por palizas, trabajos inconcebiblemente duros, humillaciones arbitrarias y por último aquellas «duchas» que en realidad eran cámaras de gas donde se empleaba el cianuro de hidrógeno en forma de Zyklon B?

Sin embargo, el artículo 278 incrementaba el fondo de técnicas de que disponía la humanidad. Herramientas para herir y degradar. Aristóteles a cuatro patas, montado igual que si fuera un burro, con un bocado entre los dientes. Aquello era lo que querían los pursaps; aquel era, evidentemente, su placer. ¿O todo aquello no era más que una espantosa conjetura, esencialmente errónea?

El Bloque Oeste, su élite gobernante, creía que la gente se sentía reconfortada por las grabaciones de vídeo de aquella índole, difundidas, increíblemente, a la hora de cenar, exhibidas en forma de fotos fijas o mediante imágenes de color en el

periodoméstico de la hora del desayuno, para que fuesen ingeridas junto con los huevos y las tostadas. A los pursaps les gustaban las exhibiciones de poder porque se sentían impotentes. Ver cómo el Artículo 278 hacía picadillo a una banda de canallas desenfrenados les daba nuevos ánimos. El Artículo 278, una de las armas de proyectiles de alta velocidad que utilizaba el FBI, escupía su cargador en forma de dardos termotrópicos que localizaban sus blancos...

Y Lars apartó la mirada.

—Son androides —le recordó Pete lacónicamente.

—A mí me parecen humanos —dijo Lars entre dientes.

La película, horripilante para Lars, siguió su curso. Los malos, como cascarones vacíos, como pieles deshidratadas, vejigas deshinchadas, vagaban de un lado a otro; ni veían ni oían. En lugar de hacer volar por los aires un satélite, un edificio o una ciudad, habían extinguido un grupo de cerebros humanos de un soplido, como si fuesen velas.

—Quiero salir —dijo Lars.

Jack Lanferman lo miró con comprensión.

—Francamente, no sé por qué has tenido que entrar aquí. Sal y tómate una Coca-Cola.

—Tiene que verlo —dijo Pete Freid—. Es quien va a asumir la responsabilidad.

—De acuerdo. —Jack asintió, contemporizador, se inclinó hacia delante y le tocó la rodilla a Lars para atraer su atención, ya hecha añicos—. Mira, amigo mío. No es que el 278 se vaya a utilizar jamás. No es como si...

—Es como si —dijo Lars—. Es precisa y absolutamente, maldita sea, como si se fuera a utilizar. Tengo una idea. Reproduce la cinta hacia atrás.

Jack y Pete se miraron y luego miraron a Lars con expresión expectante. A fin de cuentas, nunca se sabía; incluso un enfermo podía tener una buena idea de vez en cuando. Un hombre al que se había hecho enfermar temporalmente.

—Primero muestras a esas personas tal como están ahora —dijo Lars—. Como criaturas sin mente, descerebradas, reducidas a máquinas de reflejos, quizá con los ganglios basales intactos, nada más. Así es como son al empezar. Entonces, las naves del FBI vuelven a insuflarles la esencia de la humanidad. ¿Lo captas? ¿He encontrado un ganador?

Jack se echó a reír.

—Muy gracioso. Tendrías que llamarla *Pistola Conferidora de Dones Psíquicos*. Pero no funcionaría.

—¿Por qué no? —dijo Lars—. Si yo fuera pursap, sé que me reconfortaría ver cómo se insufla la humanidad a unas cuantas ruinas descerebradas. ¿A ti no?

—Pero verás, amigo mío —señaló Jack pacientemente—, lo que aparecería como resultado de la acción del artículo sería una pandilla de delincuentes.

Cierto. Lars se había olvidado de aquello.

No obstante, en aquel momento habló Pete, y fue para ponerse de su lado.

—Pero si la cinta se reprodujera al revés no serían delincuentes callejeros, porque harían desaparecer las llamas de los museos ardiendo, reconstruirían los hospitales que habían estallado, cubrirían de ropa los cuerpos núbiles de las jóvenes desnudas, restaurarían las caras destrozadas a puñetazos de unos cuantos ancianos... Y en general, devolverían a los muertos a la vida, como si tal cosa y sin darle demasiada importancia.

—Ver eso les echaría a perder la cena a los pursaps —dijo Jack. Habló de manera categórica. Con autoridad.

—¿Qué es lo que mueve a los pursaps? —le preguntó Lars. Jack Lanferman lo sabría. Su trabajo consistía en saberlo, y se ganaba la vida gracias a aquel conocimiento.

—El amor —dijo Jack sin titubear.

—Y entonces, ¿por qué esto? —Lars señaló la pantalla. El FBI se estaba llevando los cascarones vacíos que habían sido hombres, reuniéndolos como si fueran bueyes aturcidos que hubiesen perdido el rumbo.

—En lo más profundo de su mente —dijo Jack con voz pensativa, en un tono que indicó a Lars que lo que iba a oír a continuación no era ninguna respuesta dada a la ligera, ninguna frivolidad—, al pursap le da miedo que existan realmente las armas como esta. Si no se las enseñáramos creería en su existencia de todas maneras. Y temería que de algún modo, por razones ignotas, se utilizaran contra él. Quizá no pagó a tiempo la licencia del aerocoche. O quizá hizo trampa en la declaración de la renta. O quizá... Quizá el pursap sabe, en el fondo de su ser, que ya no es tal como Dios lo hizo originalmente. Que de algún modo que no puede entender del todo, está corrupto.

—Se merece que lo apunten con el artículo 278 —dijo Pete, asintiendo.

—Pero está equivocado —dijo Lars fútilmente—. El pursap no se merece nada, nada en absoluto, que sea remotamente parecido al 278, al 240 o al 210; a ninguno de ellos. Él no se lo merece y ellos tampoco. —Volvió a señalar la pantalla.

—Pero el 278 existe —dijo Jack—. El pursap lo sabe, y cuando ve que lo utilizan de esta manera con una forma de vida más fea que él, entonces piensa: «Eh, puede que hayan pasado de largo sin verme. Quizá, como esos tipos son tan realmente malos, esos bastardos del Sector Este, no me apuntarán con el 278 y así podré irme a la tumba más tarde, no este año, sino digamos que dentro de cincuenta años». Lo que significa, y ese es el verdadero meollo de la cuestión, Lars, que de momento el pursap no tendrá que preocuparse por su muerte. Puede fingir que nunca morirá.

Después de una pausa, Pete dijo en tono sombrío:

—El único acontecimiento que realmente hace que el pursap se sienta seguro, que

realmente le hace creer que va a sobrevivir, es ver cómo otra persona paga el pato en su lugar. Otra persona, Lars, ha muerto por él.

Lars no dijo nada. ¿Qué podía decir? Sonaba correcto; tanto Pete como Jack estaban de acuerdo, y eran profesionales: ellos realizaban su trabajo de una manera intencionada, racional, mientras que él, como había señalado Maren, era un *idiot savant*. Poseía un talento, pero no sabía nada, absolutamente nada. Si Pete y Jack decían aquello, todo lo que podía hacer era asentir.

—El único error que se cometió alguna vez en esta área —dijo Jack pasados unos instantes—, en el campo de las armas disgregadoras, fue esa sandez, esa locura del arma universal de mediados del siglo xx. La bomba que hacía que todo el mundo saltara por los aires hecho pedazos.

Eso sí que fue un gran error. Eso iba demasiado lejos. Había que deshacerlo. Así que pasamos a las armas tácticas. Cada vez más y más especializadas; sobre todo dentro de la gama de las armas disgregadoras, de tal manera que no solo eran capaces de seleccionar el objetivo, sino que podían afectar emocionalmente. Yo estoy a favor de las armas disgregadoras; entiendo la idea. Lo más importante es que tienen un ámbito restringido. —Adoptó, para aumentar el efecto, un torpe acento étnico—. Cuando uhté tie'sa pihtola que hase ehtallá el mundo entero, señorito Lar, uhté da mucho miedo a tos los demás, pero lo que tie uhté no e un blanco. Uhté tiene... —Sonrió con una gran mueca de campesino—. Uhté tie un martillo con el que se golpea la cabeza uhté mimmo.

El acento y el intento de humor ya habían desaparecido cuando dijo:

—La bomba H fue un monstruoso error, la lógica surgida de la paranoia. El producto de un chalado paranoico.

—Hoy en día ya no quedan chalados así —dijo Pete en voz baja.

—Que nosotros sepamos —dijo Jack al instante.

Los tres se miraron.

En el otro extremo del continente, Surley G. Febbs dijo:

—Un billete exprés de ida al lado de la ventanilla, en primera, para un cohete 66-G que no sea de reacción con destino a Festung (Washington DC). Y haga el favor de darse prisa, señorita. —Depositó con mucho cuidado un billete de noventa poscreds en la superficie de bronce, ante la ventanilla de la empleada de la TWA.

NUEVE

Mientras esperaba su turno detrás de Surley G. Febbs en la cola que se había ido formando delante de la ventanilla de venta de billetes, reservas y facturación de la TWA, un caballero orondo y muy bien vestido con aspecto de hombre de negocios le estaba diciendo al individuo que aguardaba detrás de él:

—Fíjese en eso. Entérese de lo que se está cocinando en los cielos a nuestras espaldas en este mismo instante. Un nuevo satélite en órbita, y lanzado por ellos. No por nosotros. —Dobló la primera página de su ejemplar del periodoméstico de la mañana, para mostrarlo.

—Santo Dios —dijo obedientemente el hombre que tenía detrás. Naturalmente, Surley G. Febbs se puso a escuchar mientras esperaba a que le validaran el billete para Festung (Washington DC). Naturalmente.

—¿Será un erizo? —dijo el orondo caballero con aspecto de hombre de negocios.

—No. —El individuo que estaba haciendo cola detrás de él sacudió la cabeza en una vigorosa negativa—. Protestaríamos. ¿O cree que un hombre de la talla moral del general George Nitz les permitiría hacer algo semejante? Presentaríamos una protesta oficial en nombre del Gobierno tan deprisa que...

Surley Febbs se volvió y dijo:

—¿«Una protesta oficial»? ¿Está usted de broma? ¿Esa es la clase de líderes que tenemos? ¿De verdad cree que lo que hace falta son palabras? Si los del Sector Este pusieran en órbita ese satélite sin haber registrado las especificaciones en SINK-PA, nosotros... —agitó la mano—. Patapum. Abajo con él.

La empleada le entregó el billete y el cambio.

Luego, una vez instalado en su asiento de ventanilla del compartimiento de primera clase del cohete expreso, Febbs se encontró sentado junto a aquel caballero orondo y bien vestido con aspecto de hombre de negocios. Al cabo de unos segundos, pues el vuelo solo duraba quince minutos, reanudaron la solemne conversación. Estaban pasando por encima de Colorado, y divisaron brevemente las Rocosas allá abajo, pero, dada la nobleza de la conversación, ninguno de los dos prestó atención a la gran cordillera. Las Rocosas estarían allí más tarde, pero ellos podían no estar. Aquello era urgente.

—Sea un erizo o no lo sea —dijo Febbs—, cada mis del Sector Este es una naza.

—¿Eh? —dijo el orondo hombre de negocios.

—Cada misil del Sector Este es una amenaza. Esos tipos traman algo. —Algo muy malvado, se dijo Febbs, y se volvió para echar una ojeada al periodoméstico del orondo caballero con aspecto de hombre de negocios—. Veo que ese satélite es de un tipo nuevo. Sabe Dios qué puede contener. Francamente, creo que deberíamos lanzar ahora mismo un Aporreador de Cubos de Basura encima de Nuevo Moscú.

—¿Un Aporreador de Cubos de Basura? ¿Y eso qué es?

En un tono lleno de condescendencia, porque era muy consciente de que la gente de la calle no había investigado tan a fondo como él en la biblioteca pública, Febbs dijo:

—Es un misil que se disgrega en un amplio radio, en la atmósfera. «Atmósfera», de las palabras griegas *atmos*, que significa «vapor», «humo» o «aire», y *sfaira*, ‘esfera’. En la atmósfera, en cualquier caso, justo encima del cenpob, esto es, el centro de población, al cual se ha lanzado el misil. Colocamos el Judas Iscariote IV encima de Nuevo Moscú, lo ajustamos para que se abra a un kilómetro de la superficie y se esparza, y entonces caen del cielo las partículas miniadas, que quiere decir «miniaturizadas» intrínsecas, esto es, con programación homeostática...

No resultaba nada fácil comunicarse con la gente normal. Aun así, Febbs hizo todo lo que pudo para encontrar términos que pudiera comprender aquella oronda no entidad, aquella nont.

—Tienen el tamaño de un envoltorio de chicle. Flotan por la ciudad, sobre todo hacia los anillos de comus. Usted sabe qué es un comu, ¿verdad?

—Vivo en uno —farfulló el orondo caballero con aspecto de hombre de negocios. Febbs, impertérrito, prosiguió con su útil exposición.

—Son cams, es decir, camaleones: adoptan el color de cualquier cosa sobre la que se posen. Así pasan desapercibidas. Y se quedan inmóviles hasta que es de noche, digamos alrededor de las diez.

—¿Y cómo saben esas partículas cuándo son las diez de la noche? ¿Es que cada una lleva un reloj de pulsera? —El tono del orondo caballero con aspecto de hombre de negocios estaba teñido de una leve sombra de burla, como si imaginara que Febbs le estaba tomando el pelo.

—Lo saben por el descenso de la temperatura atmosférica —dijo Febbs con inmensa condescendencia.

—Oh.

—Alrededor de las diez de la noche, cuando todo el mundo está dormido. —Febbs disfrutaba con solo pensar en aquella arma estratégica en acción, con toda su precisión. Trazaba un camino muy estrecho, como la puerta que conducía a la salvación; era satisfactorio estéticamente. Resultaba ameno informarse sobre aquel Aporreador de Cubos de Basura sin necesidad de que llegara a entrar en acción.

—De acuerdo —dijo el orondo caballero—. Así que a las diez de la noche...

—Entonces empiezan —dijo Febbs—. Todas las cápsulas, completamente camufladas, se ponen a emitir un sonido. —Observó la cara del orondo caballero. Obviamente, aquel ciudadano no se molestaba en leer *Wep Weke*, la revista de información compuesta exclusivamente por imágenes, artículos y, de ser posible, los planos auténticos de todas las nuevas armas, tanto del Bloque Oeste como del Sector

Este, probablemente por medio de una agencia de recopilación de datos que le sonaba que se llamaba KICH, KUCH o KECH. Febbs poseía una colección de diez años de *Wep Weke*, completa, con las cubiertas delantera y posterior de todos los números intactas; su valor era incalculable.

—¿Qué clase de sonido?

—Un horrendo sonido burlón. Zumbante. Como... Bueno, tendría que oírlo usted mismo. Lo importante es que mantiene a la gente despierta. Y no quiero decir un poco despierta. Quiero decir que la mantiene completamente despierta. En cuanto llega el ruido de un Aporreador de Cubos de Basura que esté posado, por ejemplo, en el tejado del edificio, es imposible conciliar el sueño. Y cuatro días sin dormir... —Chasqueó los dedos—. No se puede llevar a cabo el trabajo. Quien sea se vuelve inservible, incluso para sí mismo.

—Fantástico.

—Y —dijo Febbs— hay bastantes probabilidades de que algunas cápsulas aterricen y se camuflen inmediatamente en los alrededores de la casa de un miembro del SeRKeB. Y eso podría significar el hundimiento del Gobierno.

—Pero —dijo el orondo caballero, con una sombra de preocupación en la voz— ¿no disponen ellos de dispositivos igualmente siniestros? Quiero decir que...

—El Sector Este respondería al ataque —dijo Febbs—. Por supuesto que sí. Probablemente sacaría del arsenal el Aislante a la Crema de Ovejas.

—Oh, sí —dijo el orondo hombre de negocios, asintiendo—. He leído algo sobre eso. Lo utilizaron el año pasado cuando se rebeló su colonia de lo.

—En el Bloque Oeste no hemos oído nunca el compuesto irritante que emplea el Aislante a la Crema de Ovejas —dijo Febbs—. Se dice que es indescriptible.

—He leído no sé dónde que una rata muerta en la pared...

—Mucho peor. Reconozco que ahí sí que han dado con algo serio. La sustancia desciende en forma de condensación desde un satélite Juliano el Apóstata tipo VI. Las gotas se esparcen por un área de, digamos, veinte kilómetros cuadrados. Y allí donde caen, penetran de forma intermol, intermolecular, y es imposible erradicarlas, ni siquiera con Supsolv-x, ese nuevo detergente del que disponemos ahora. Nada da resultado.

Febbs hablaba con mucha calma, para demostrar que se enfrentaba a aquella arma disgregadora sin inmutarse. Era un hecho inevitable, como las visitas periódicas al dentista; el Sector Este lo poseía y podía llegar a utilizarlo, pero incluso aquel Aislante a la Crema de Ovejas se podía contrarrestar con algo del Bloque Oeste que fuera todavía más eficaz.

Pero aquello no impedía a Febbs imaginarse el Aislante a la Crema de Ovejas sobre Boise (Idaho), y el efecto que tendría en el millón de habitantes de la ciudad. Cuando despertaran se encontrarían con el hedor, presente a nivel intermol por todas

partes: sobre los edificios y dentro de ellos, en los vehículos subsuperficiales, suprasuperficiales y de superficie, en las fábricas automatizadas... Y el hedor ahuyentaría a un millón de personas. Boise (Idaho) se convertiría en una ciudad fantasma, habitada solo por los mecanismos automáticos, que seguirían funcionando al no verse maldecidos por la posesión de narices... y por el olor.

Era algo que hacía reflexionar.

—Pero no lo utilizarán —dijo Febbs, en voz alta—. Porque nosotros podríamos responder, por ejemplo, con...

Repasó la fantásticamente amplia recopilación de datos que tenía embebidos en la mente. Febbs podía imaginar innumerables armas de represalia tales que harían que el Aislante a la Crema de Ovejas pareciera un juego de niños.

—Probaríamos —declaró, como si la decisión dependiera de él— con el Distorsionador de Notificación Cívica.

—Madre de Dios. ¿Y eso qué es?

—La solución definitiva —dijo Febbs—, en mi opinión, en lo que respecta a las armas o de a. —Eran las iniciales de «ojo de aguja», el término esotérico empleado en los círculos armamentísticos del Bloque Oeste, como el Consejo al que él (¡alabado fuera el Señor en su sabiduría!) había pasado a pertenecer. Y la ojodeagujidad era la principal dirección que habían estado siguiendo las armas desde hacía ya casi medio siglo. Significaba, simple y llanamente, que las armas estaban dotadas del efecto más preciso concebible. En teoría era posible imaginar un arma, que aún no se habría construido y probablemente ni siquiera la habría percibido en sus trances el señor Lars, capaz de acabar con una persona determinada en un instante determinado en un cruce de calles determinado de una ciudad determinada del Sector Este. O del Bloque Oeste, ya puestos. El Sector Este, el Bloque Oeste: ¿qué más daba dónde fuera? Lo importante sería la existencia del arma en sí. El arma perfecta.

Dios, con cuánta claridad podía concebirlo Febbs dentro de su mente. Uno se sentaría, él se sentaría, en una habitación. Ante él habría un panel de control con indicadores... y un solo botón. Febbs leería los indicadores y tomaría nota de las coordenadas. El tiempo, el espacio, la sincronicidad de los factores dimensionales, avanzarían hacia la fusión.

Y Gafne Rostov (aquel era el nombre por el que se conocía habitualmente al ciudadano enemigo medio) se encaminaría con paso rápido y decidido hacia aquel punto, para llegar en aquel preciso instante. Y entonces, él, Febbs, apretaría el botón, y Gafne Rostov...

Ummm. ¿Desaparecería? No, aquello era demasiado mag. Demasiado mágico. No se correspondería con la situación real. Gafne Rostov, un burócrata sin importancia de alguno de los ministerios temporales de presupuesto reducido del Gobierno soviético, alguien con un sello de caucho, una mesa y un despacho atiborrado, no

desaparecería simplemente, sino que sería convertido.

Aquella era la parte que hacía estremecer de auténtico deleite a Febbs. Fue lo que le ocurrió en aquel momento, haciendo que el orondo caballero que estaba sentado junto a él se apartara ligeramente y enarcara una ceja.

—Convertido —dijo Febbs— en alfombra.

El orondo hombre de negocios se quedó mirándolo.

—En alfombra —repitió Febbs, irritado—. ¿Qué pasa, es que no lo entiende? ¿O es que la tradición judeocristiana le ha alterado el juicio? ¿Se puede saber qué clase de patriota es usted?

—Soy un patriota —se defendió el orondo hombre de negocios.

—Con ojos de cristal —dijo Febbs—. Que parezcan naturales. Claro que si no tuviera una buena dentadura, blanca y regular, si tuviera empastes antiestéticos o no se pudieran retirar las manchas amarillas del esmalte dental, se podría hacer un tapiz. Plano. —La cabeza se podía desechar.

El orondo hombre de negocios, visiblemente nervioso, se puso a leer el periodoméstico.

—Ahora le explicaré en cuatro palabras en qué consiste el Distorsionador de Notificación Cívica —dijo Febbs—. Es un arma o de a, pero no de terror. No es terminal. Eso significa que no mata. Pertenece a la clase conf.

—Ya sé lo que quiere decir conf —se apresuró a murmurar el orondo caballero, con los ojos fijos en el periodoméstico. Era evidente que no le apetecía seguir con la conversación, por razones que a Febbs se le escapaban. Quizá, decidió Febbs, se sentía culpable por su ignorancia en lo referente a un asunto tan importante—. Significa «confusión». Algo que desorienta.

—El Distorsionador de Notificación Cívica —dijo Febbs— basa su funcionamiento en la necesidad que tiene la sociedad actual de que todos los impresos oficiales, una vez rellenos, se miniaturicen y se registren por triplicado, cuadruplicado o quintuplicado. Hay que hacer tres, cuatro o cinco copias del impreso en todos los casos. El funcionamiento del arma es relativamente sencillo. Después de fotocopiarlas, todas las microcopias se transmiten por cable coaxial a unos depósitos de expedientes, situados por lo general debajo de la superficie y alejados de los centros de población, para protegerlos en caso de conflicto armado a gran escala. Para que sobrevivan, ya sabe. Porque los registros oficiales tienen que sobrevivir. Así que el Distorsionador de Notificación Cívica se lanza de tierra a tierra, digamos que de Terranova a Pekín. He elegido Pekín porque es la gran concentración de instituciones cívicas sinosurasiática de esa mitad del Sector Este; ahí es donde se origina la mitad del total de sus registros. Cuando hace impacto, el Distorsionador de Notificación Cívica taladra el suelo y se oculta en cuestión de microsegundos, sin dejar rastros visibles. Y entonces extiende pseudópodos que exploran el subsuelo hasta que entran

en contacto con un cable coaxial que lleve datos a un archivo. ¿Lo ve?

—Ummm —dijo con desgana el orondo hombre de negocios, mientras trataba de seguir leyendo—. ¿Cree que la configuración de ese nuevo satélite indica que podría incluso...?

—Y el Distorsionador —dijo Febbs— actúa en ese cable coaxial de un modo para el que la palabra *inspirado* no es ninguna exageración. Desvía los bytes, de manera que las versiones dejan de coincidir. En definitiva, la segunda copia de los documentos originales ya no coincide con la primera. La tercera difiere de la segunda con un grado de distorsión más elevado. Si existe una cuarta copia, esta se reconstituye de tal manera que...

—Si tanto sabe de armas —lo interrumpió el orondo hombre de negocios en claro tono de discrepancia—, ¿por qué no está en Festung (Washington DC)?

Surley G Febbs, con un atisbo de sonrisa, dijo:

—Estoy allí, amigo. Espere y verá. Oirá hablar de mí. No olvide mi nombre: Surley G Febbs. ¿Se le ha quedado bien grabado en la memoria? Surley Febbs. Con efe de fungosidad.

—Solo quiero que me responda a una cosa —dijo el orondo hombre de negocios—. Francamente, señor Febbs, con efe de fungosidad, no quiero oír ni una palabra más; ya no lo aguanto. Ha dicho «alfombra». ¿A qué venía eso? ¿Por qué una alfombra? «Ojos de cristal», ha dicho.

Y algo acerca de que parezcan naturales. —Incómodo, con una aversión palpable, dijo—: ¿Qué quería decir usted con eso!?

—Quería decir —repuso Febbs sin perder la calma— que debería quedar algo como recordatorio. Para tener constancia de que se ha conseguido. —Buscó, y encontró, el término apropiado para expresar sus emociones, su intención—. Un trofeo.

—Nos disponemos a tomar tierra en el Campo Abraham Lincoln —espetó el altavoz—. Los medios de transporte de superficie hasta Festung (Washington DC), cincuenta y seis kilómetros al este de aquí, están a su disposición por un ligero coste adicional; conserve el recibo de su billete para solicitar la tarifa ultrarreducida.

Febbs miró afuera por primera vez en el viaje y vio debajo de él, gratificante, su nueva morada, el enorme centro de población que era la capital del Bloque Oeste. La fuente de la que emanaba toda autoridad. Autoridad que él había pasado a compartir.

Y gracias al inmenso fondo de su conocimiento, la situación mundial empezaría a animarse rápidamente. Aquello era algo que Febbs, basándose en aquella conversación, podía prever sin dificultad.

«Espera a que yo tome parte en la sesión a puerta cerrada del Consejo, allá en la sala del kremlin subsuperficial, con el general Nitz, el señor Lars y todos los demás tipos —se dijo—. El equilibrio de poder entre el Este y el Oeste se verá alterado

radicalmente. Y enseguida se enterarán de ello en Nuevo Moscú, Pekín y La Habana.»

El cohete empezó a descender con un siseo de los reactores de frenado.

«Pero ¿cuál es la mejor manera —se preguntó Febbs— de servir a mi bloque? No voy a recibir esa sexta parte, ese único componente, que se le da a cada proconsumio para que lo aradee. A mí no me basta con eso. No después de esta conversación. Porque me ha hecho ver las cosas claras. Soy un experto de primera categoría en armamento; aunque, lo reconozco, no tengo ninguno de esos títulos formales que dan en las universidades o en la Academia Militar de las Fuerzas Aéreas de Cheyenne. ¿Aradear? ¿Es eso todo lo que puedo ofrecer como resultado de un conocimiento tan único y un talento tan excepcional que habría que remontarse al Imperio romano, o incluso antes, para encontrar equivalentes?

»No, qué demonios —comprendió Febbs—. Eso de aradear es para la gente de la calle. Yo lo soy, desde el punto de vista estadístico y por lo que respecta a los ordenadores, pero además soy Surley Grant Febbs, como le acabo de decir a este hombre que tengo sentado junto a mí. Existen muchas personas normales. Siempre hay seis en el Consejo. Pero solo hay un Surley Febbs.

»Yo quiero el arma completa.

»Y cuando llegue allí y me sienten con ellos oficialmente, me haré con ella. Tanto si les gusta como si no.»

DIEZ

Cuando Lars Powderdry y los demás salieron de la sala en la que se había proyectado la cinta del artículo 278, alguien que había estado esperando fue hacia ellos.

—¿Señor Lanferman? —Respirando a grandes boqueadas, el individuo mal vestido, de ojos como botones cosidos y cuerpo con forma de pera que no parecía muy fiable acarreaba una enorme maleta de muestras. Se interpuso en su camino, cortándoles la escapatoria—. Concédame un minuto. Permítame que le diga un par de cosas... ¿De acuerdo?

Los encuentros con empresarios de segunda como aquel hombre, Vincent Klug, eran uno de los dolores de cabeza de Jack Lanferman. Dadas las circunstancias era difícil saber por quién había que sentir más pena: si por Jack Lanferman, que era poderoso, robusto y amante de las cosas caras, aparte de lo cual estaba muy ocupado y no disponía de tiempo que perder, puesto que al ser un hedonista su tiempo se podía convertir en placer físico y no había que darle más vueltas al asunto, o por Klug.

Vincent Klug llevaba años rondando por allí. Solo Dios sabía cómo había conseguido acceder a la zona subsuperficial de Lanferman Asociados. Probablemente, alguien que ocupaba un puesto sin importancia se había compadecido y había entreabierto la compuerta unos centímetros al darse cuenta de que, si no entraba, Klug seguiría siendo una plaga desaliñada que nunca se daría por vencida. Pero aquel acto de clemencia tirando a egoísta por parte de uno de los minúsculos empleados que tenía Lanferman sobre la superficie había tenido el único resultado de transferir la plaga un nivel hacia abajo, literalmente. O hacia arriba, desde un punto de vista simbólico. Porque ahora, Klug ocupaba una posición que le permitía molestar al jefe.

Klug sostenía que el mundo necesitaba juguetes.

Aquella era la respuesta de Klug a cualquier problema con que tuvieran que vérselas los miembros serios de la sociedad: pobreza, delitos sexuales motivados por trastornos mentales, demencia senil, alteración de los genes a causa del exceso de exposición a la radiación... Fuera cual fuera el problema, Klug abría su enorme maleta de muestras y extraía de ella la solución. Lars había oído explayarse sobre aquello al fabricante de juguetes en varias ocasiones: la vida era insoportable, de modo que había que mejorarla. Tal como era, resultaba invivible. Tenía que haber alguna escapatoria. La higiene mental, moral y física así lo exigía.

—Mire esto —le dijo Klug con un jadeo entrecortado a Jack Lanferman, quien se había detenido indulgentemente, al menos por el momento. Klug se arrodilló y depositó una figura en miniatura en el suelo del pasillo. Luego, con una inesperada rapidez que hizo que sus movimientos se volvieran borrosos, fue añadiendo una

figura tras otra hasta que hubo una docena de ellas en corro, y después sacó de la maleta una ciudadela que presentó a la pequeña congregación.

No cabía duda; la ciudadela era una fortaleza armada. No arcaica como, por ejemplo, un castillo medieval, pero tampoco contemporánea. Era un objeto extravagante, y Lars se sintió intrigado.

—Este juego —explicó Klug— se llama *Captura*. Estos de aquí... —señaló las doce figuras, y Lars descubrió que eran soldados extrañamente uniformados— quieren entrar. Y esto... —Klug señaló la ciudadela— quiere mantenerlos fuera. Si cualquiera de ellos, solo uno, consigue entrar, el juego ha terminado. Los atacantes ganan. Pero si el Monitor...

—¿El qué? —dijo Jack Lanferman.

—Esto. —Klug acarició afectuosamente la ciudadela—. Tardé seis meses en instalar el sistema de circuitos. Si esto aniquila a los doce soldados atacantes, ganan los defensores. Sigamos.

Extrajo otro artículo de la maleta de muestras.

—Esto es la interfaz del jugador que maneja a los atacantes, si ese es el bando que ha escogido, o el Monitor, si va con los defensores.

Le tendió el objeto a Jack, quien, no obstante, declinó cogerlo.

—Bueno —dijo Klug con filosofía—, en cualquier caso, esto es un ordenador de muestra que hasta un niño de siete años sabría programar. Puede jugar un máximo de seis personas. Los jugadores se turnan...

—Está bien —dijo Jack Lanferman pacientemente—. Ha construido un prototipo. ¿Qué pretende que haga con él?

—Quiero que lo analice para averiguar cuánto costaría producirlo en una fábrica automatizada —dijo Klug rápidamente—. En tandas de quinientos. Para empezar. Y me gustaría que se hiciera en sus fábricas, porque son las mejores del mundo.

—Eso ya lo sé —dijo Lanferman.

—¿Lo hará?

—Klug, usted no puede permitirse el coste de analizar este artículo —dijo Lanferman—. Y aunque pudiera, luego ni siquiera podría empezar a reunir la cantidad necesaria para que mis fábricas produjeran aunque solo fuese cincuenta unidades, así que ya no hablemos de quinientas. Ya lo sabe, Klug.

Sudando y tragando saliva, Klug titubeó. Luego dijo:

—¿Mi crédito no sirve, Jack?

—Su crédito sirve. Cualquier crédito sirve. Pero usted no dispone de crédito. Ni siquiera sabe lo que significa esa palabra. El crédito es...

—Sí que lo sé —interrumpió Klug—. Consiste en aflojar la mosca más tarde por algo que se compra ahora. Pero si dispusiera de quinientas unidades listas para el mercado de otoño...

—Permita que le haga una pregunta —dijo Lanferman.

—Claro, Jack. Señor Lanferman.

—¿Cómo, dentro de ese extraño cerebro suyo, concibe usted la forma de hacer publicidad del producto? Porque este juguete tendría un coste muy elevado a todos los niveles, sobre todo al por menor. No podría comercializarlo a través del comprador de una cadena de autotiendas. Tendría que ir dirigido a las familias de los cogs y anunciarse en las revistas para cogs.

—Ummm —dijo Klug.

Lars habló.

—Klug, permítame preguntarle una cosa.

—Señor Lars —dijo Klug, apresurándose a ofrecerle la mano.

—¿De verdad cree que un juego de guerra constituye un producto moralmente adecuado para los niños? ¿Cómo encaja esto en esa teoría suya sobre «mejorar las iniquidades de la vida moderna...»?

—Oh, espere un momento —dijo Klug, levantando la mano—. Espere, señor Lars.

—Estoy esperando. —Esperó.

—Por medio de la captura, el niño aprende la futilidad de la guerra.

Lars lo miró con escepticismo. «Y un cuerno va a aprender eso», pensó.

—No, hablo en serio. —La cabeza de Klug subió y bajó vigorosamente en un convencido y resuelto asentimiento de autoafirmación—. Oiga, señor Lars; sé cómo va la cosa. Coyunturalmente, lo reconozco, mi empresa está en bancarrota, pero todavía dispongo de información privilegiada de los cogs. Lo comprendo, y simpatizo con ello. Créame. Le aseguro que cuenta usted con toda mi simpatía, y no podría estar más de acuerdo con lo que está haciendo. Sinceramente.

—¿Qué estoy haciendo?

—No me refiero únicamente a usted, señor Lars, aunque usted es una de las más eminentes... —buscó febrilmente el medio de expresar sus convicciones, ahora que por fin tenía público. Para Klug, observó

Lars, el público consistía en cualquier número de personas superior a cero y con una edad superior a los dos años. Daba igual que se tratara de un cog o de un pursap, ya que Klug se pondría a suplicar en cualquier caso. Porque lo que hacía, lo que quería, era extremadamente importante.

—Idee algún juguete sencillo, Klug —dijo Pete Freid. Su tono era amable—. Algo que las cadenas de autotiendas puedan vender por cuatro chavos. Quizá con una sola pieza móvil. Podrías producirle unos cuantos millares de unidades, ¿verdad, Jack? ¿Si te trajera un artículo verdaderamente sencillo? —Se volvió hacia Vincent Klug—: Proporcioneme las especificaciones técnicas del juguete y yo le construiré el prototipo, y puede que hasta me encargue del análisis de costes. Quiero decir en mi

tiempo libre, naturalmente —se apresuró a explicarle a Jack.

—Puedes utilizar nuestros talleres —dijo Lanferman con un suspiro—. Pero por el amor de Dios, no te mates intentando sacar de apuros a este tipo. Klug ya se dedicaba a la juguetería, y era un fracasado, antes de que tú salieras de la universidad. Ha tenido un montón de oportunidades y las ha desaprovechado todas.

Klug estaba mirando el suelo con expresión consternada.

—Soy una de las más eminentes, ¿qué? —le preguntó Lars.

—Una de las más eminentes fuerzas constructivas y curativas de que dispone nuestra sociedad enferma —dijo Klug sin levantar la cabeza—. Y a ustedes, que son tan pocos, nunca se les debe hacer ningún daño.

Después de un intervalo apropiado, Lars, Pete Freid y Jack Lanferman se desternillaron de risa.

—Está bien —dijo Klug. Con una especie de filosófico agachar los hombros más propio de un perro apaleado que de un ser humano, empezó a recoger sus doce diminutos soldados y su ciudadela-Monitor. Tenía un aspecto cada vez más sombrío y abatido, y estaba claro que se disponía a irse; lo que, para él, no tenía nada de habitual. De hecho, era algo inaudito.

—No interprete nuestra reacción como un... —comenzó a decir Lars.

—No la he malinterpretado —dijo Klug con una voz que parecía llegar de muy lejos—. Lo último que ninguno de ustedes quiere oír es que no están satisfaciendo las inclinaciones enfermas de una sociedad depravada. Les resulta más fácil fingir que los ha comprado un mal sistema.

—Es el razonamiento más extraño que he oído en mi vida —dijo Jack Lanferman, sinceramente perplejo—. ¿Y tú, Lars?

—Creo que sé a qué se refiere, pero no es capaz de expresarlo —repuso Lars—. Lo que quiere decir es que nos dedicamos a diseñar y fabricar armas, y eso nos hace sentir que tenemos que ser duros. Ese es nuestro primer y gran deber, como se dice en el libro de oraciones. Las personas que inventan y construyen máquinas con las cuales se hace pedazos a otras personas deberían ser muy negativas. Pero nos hacemos querer.

—Sí —dijo Klug, asintiendo—. Se hacen querer. El amor es la base de las vidas. Todos lo comparten, pero especialmente usted, Lars. Compárense con las espantosas agencias policiales y militares, que son los verdaderos y horribles personajes que ostentan el poder. Comparen sus motivaciones con las de la KACH en particular, y con las del FBI y la KVB. Con las del SeRKeB y Segnac. Las bases sobre las que operan...

—La base de mi vida es la irritación gastrointestinal —dijo Pete—. Sobre todo los sábados a última hora de la noche.

—Yo tengo problemas de colon —dijo Jack.

—Yo tengo cistitis crónica —dijo Lars—. Siempre se me están formando bacterias, sobre todo cuando bebo demasiado zumo de naranja.

Con una última mueca de tristeza, Klug cerró su enorme maleta de muestras.

—Bueno, señor Lanferman —dijo mientras empezaba a alejarse con el cuerpo encorvado bajo el peso de la maleta, encogiéndose gradualmente como si el aire fuera escapando poco a poco de su interior—. Le agradezco el tiempo que me ha dedicado.

—Acuérdese de lo que le he dicho, Klug —dijo Pete—. Proporcionéme algo que tenga una sola pieza móvil, y...

—Muchísimas gracias —dijo Klug y, con una especie de vaga dignidad, dobló la esquina del pasillo. Se había ido.

—Está chalado —dijo Jack al cabo de un rato—. Mirad lo que acaba de ofrecerle Pete: su tiempo y su habilidad. Y yo le he ofrecido nuestros talleres. Pero se ha ido. —Jack sacudió la cabeza—. Es que no me lo puedo creer. No consigo entender qué es lo que mueve a ese hombre. Después de todos estos años.

—¿De verdad nos hacemos querer? —preguntó Pete—. No, hablo en serio. Quiero saberlo. Que alguien lo diga.

La respuesta definitiva, irrefutable, provino de Jack Lanferman:

—¿Y qué diablos importa eso?

ONCE

Y sin embargo importaba, pensó Lars mientras salía de San Francisco a bordo de un expreso de alta velocidad para regresar a la sede de Nueva York. Dos principios gobernaban la historia: el que estaba inspirado por el poder y el, en palabras de Klug, curativo, fútilmente denominado *amor*.

Dejándose llevar por un impulso reflejo, Lars examinó la última edición del periodoméstico que la azafata había depositado consideradamente ante él. Tenía un gran titular:

El nuevo satélite no es de Sector Este, según el SeRKeB.

Conjeturas a escala planetaria sobre su origen.

Se pide a Segnac de las NU-O que investigue.

La investigación había sido solicitada, descubrió Lars, por una misteriosa y difusa organización llamada *Senado de los Estados Unidos*. El portavoz era una sombra transparente llamada *presidente Nathan Schwarzkopf*. Al igual que la Liga de Naciones, los organismos de aquel tipo se autoperpetuaban, incluso a pesar de que ya no fueran ni siquiera sociedades dedicadas a organizar desfiles y cenas de gala.

Y en la URSS, una entidad igualmente desprovista de sustancia llamada *Soviet Supremo* ya se habría puesto a chillar nerviosamente a aquellas alturas pidiendo que alguien se interesara por el nuevo satélite inexplicado, uno entre más de setecientos, pero aun así peculiar.

—¿Puedo disponer de un videófono? —le preguntó Lars a la azafata de la nave.

Le llevaron un videófono a su asiento y lo conectaron. Lars no tardó en encontrarse hablando con la encargada de las labores de filtrado en la centralita de comunicaciones de Festung (Washington DC).

—Póngame con el general Nitz. —Lars dio su código de cog, compuesto de veinte partes, y lo verificó introduciendo el pulgar en la ranura del videófono. Los kilómetros de dispositivos interconectados analizaron y transmitieron su huella dactilar y, en la centralita del kremlin subsuperficial, el circuito lo puso obedientemente en comunicación con el funcionario humano que ocupaba el primer lugar en la larga progresión que desempeñaba las funciones de escudo entre el general Nitz y... bueno, la realidad.

El expreso ya había iniciado su lento deslizamiento de bajada hacia el Campo Wayne Morse cuando Lars consiguió llegar al general Nitz.

El rostro en forma de zanahoria se materializó en la pantalla del videófono: era ancho por la parte de arriba y se estrechaba hasta acabar casi en punta, con ojos horizontales, apagados, profundamente hundidos en las órbitas y unos cabellos canosos que parecían —y bien podían ser— artificiales, pegados con cola. Y luego, apretado alrededor de la tráquea, aquel maravilloso cuello de uniforme impregnado

de insignias y duro como el hierro colado. Las medallas, de aspecto impresionante, no se apreciaban a simple vista. Quedaban por debajo del radio de acción del escáner de la cámara de vídeo.

—General —dijo Lars—, presumo que el Consejo se encuentra reunido. ¿Voy directamente allí?

Con sarcasmo, pues era su forma habitual de dirigirse a la gente, el general Nitz ronroneó:

—¿Por qué, señor Lars? Dígame por qué. ¿Pretendía llegar a ellos flotando hasta el techo de la sala de reuniones, o acaso pretendía transmitir mensajes por espiritismo, dando golpecitos en la mesa?

—«A ellos» —dijo Lars, desconcertado—. ¿A quiénes se refiere, general?

El general Nitz colgó sin responder.

La pantalla en blanco contempló a Lars; su vacío era un reflejo del tono de voz de Nitz.

Por supuesto, pensó Lars, él era insignificante en una situación de semejante magnitud. El general Nitz tenía muchas más cosas de las que preocuparse.

Bastante afectado, Lars se recostó en el asiento y soportó la más bien brusca toma de tierra de la nave, efectuada a toda prisa como si el piloto estuviera impaciente por sacar el vehículo del cielo. No era el momento más apropiado para buscarle las cosquillas al Sector Este, pensó Lars con amargura. «Probablemente estarán tan nerviosos como los integrantes del Consejo de Segnac de las NU-O, si no más... si es cierto que no son ellos quienes han puesto ese satélite en los cielos. Y evidentemente los creemos.

»Y ellos, a su vez, nos creen a nosotros. Menos mal que todavía podemos comunicarnos hasta ese punto. Indudablemente, ambos bloques ya habrán pasado revista a los peces chicos: Francia, Israel, Egipto y Turquía. Tampoco es ninguno de ellos. Así que no ha sido nadie. *Q. e. d.*»

Lars cruzó a pie la pista azotada por el viento y llamó con la mano a un aerocoche autónomo.

—¿Su destino, señor o señora? —preguntó el aerocoche mientras Lars se introducía en él.

Era una buena pregunta. No le apetecía ir a Sr. Lars, S.A. Lo que fuese que estaba teniendo lugar en el cielo empequeñecía sus actividades comerciales; evidentemente, empequeñecía incluso las actividades del Consejo. Tal vez pudiera inducir al aerocoche a que lo llevara hasta Festung (Washington DC); que probablemente, a pesar del sarcasmo del general Nitz, era el sitio en el que tenía que estar. A fin de cuentas, era miembro del Consejo y debería asistir a sus sesiones oficiales. Pero...

«No me necesitan», comprendió. Era así de sencillo.

—¿Conoces un buen bar? —le preguntó al aerocoche.

—Sí, señor o señora —respondió el circuito autónomo del aerocoche—. Pero solo son las once de la mañana. Solo un borracho bebe a las once de la mañana.

—Pero es que tengo miedo —dijo Lars.

—¿Por qué, señor o señora?

—Porque ellos tienen miedo. —«Mis clientes —pensó—. O mis jefes, o lo que quiera que sea el Consejo. Allí la ansiedad se ha ido extendiendo gradualmente hacia abajo y ha seguido su curso hasta llegar a mí. En ese caso, ¿cómo se sentirán los pursaps?

»¿Es la ignorancia de alguna ayuda en esta situación?»

—Dame un videófono —le dijo al aerocoche.

Un videófono salió del compartimiento con un crujido para posarse pesadamente en su regazo, y Lars marcó el número de Maren, en la delegación de París.

—¿Te has enterado? —dijo, cuando el rostro de Maren apareció por fin ante él en una miniatura gris. El videófono ni siquiera disponía de pantalla en color, así de arcaicos eran los circuitos.

—¡Me alegro de que hayas llamado! —dijo Maren—. Están apareciendo toda clase de cosas en, ya sabes, la consigna de la estación de autobuses Greyhound en Topeka. Son de la Geldthaler Gemeinschaft. De ellos. Es increíble.

—¿No será un error? —interrumpió Lars—. ¿No han lanzado ese nuevo satélite?

—Es lo que juran y perjuran. Nos ruegan que los creamos. No. En el nombre de Dios. Madre. El suelo ruso. Lo que se te ocurra. Lo más increíble de todo es que ellos, y estoy hablando de los oficiales con más responsabilidad, la totalidad de los veinticinco hombres y mujeres que componen el SeRKeb, están arrastrándose por el suelo. Sin dignidad, sin reservas. Quizá tengan la conciencia increíblemente culpable; no lo sé. —Maren parecía cansada; sus ojos habían perdido el brillo habitual.

—No —dijo él—. Es el temperamento eslavo. Es una manera de dirigirse a los demás, una especie de invectiva. ¿Qué proponen concretamente? ¿O eso ha ido directamente al Consejo y no ha pasado por nosotros?

—Ha ido directamente a Festung. Todas las líneas están abiertas; algunas están tan oxidadas que es imposible que puedan transmitir una señal, y sin embargo la transmiten. Ahora las están utilizando; quizá porque en el otro extremo todo el mundo está gritando a pleno pulmón. ¡Lars, te juro por Dios que uno de ellos se ha echado a llorar!

—Dadas las circunstancias, resulta fácil entender por qué me ha colgado Nitz —dijo Lars.

—¿Has hablado con Nitz? ¿Has conseguido que te comunicaran con él? Escucha. —Su voz estaba dominada por la intensidad—. Ya se ha llevado a cabo un intento de depositar armas en el satélite alienígena.

—Alienígena —repitió él, aturdido.

—Y los equipos de armas robóticas se han desvanecido. Iban protegidos hasta las cejas y un poco más arriba, pero ahora ya no están, simplemente.

—Probablemente los habrán convertido en átomos de hidrógeno —dijo Lars.

—La operación ha sido organizada y realizada por nosotros —dijo Maren—. ¿Lars?

—Sí.

—Ese funcionario soviético que se fue de la lengua. Era del Ejército Rojo.

—Lo que más me preocupa —dijo Lars— es que de pronto me encuentre fuera, como Vincent Klug. Es una sensación realmente terrible.

—Quieres hacer algo. Y ni siquiera puedes irte de la lengua.

Él asintió.

—Lars —dijo Maren—, ¿es que no lo entiendes? Todo el mundo está fuera de esto; el Consejo, el SeRKeB..., están fuera, porque no existe ningún «dentro». Aquí no, por lo menos. Es por eso por lo que ya estoy empezando a oír la palabra *alienígena*. ¡Es la peor palabra que he oído en mi vida! Tenemos tres planetas y siete lunas que podemos considerar nuestros, y ahora de pronto... —Apretó la mandíbula con una mueca de cansancio.

—¿Puedo contarte una cosa?

—Sí —dijo Maren, asintiendo.

—Mi primer impulso. Ha sido. Saltar —dijo con voz enronquecida.

—¿Estás volando? ¿Vas en un aerocoche?

Lars asintió, incapaz de hablar.

—Está bien. Ven a París. Cueste lo que cueste. ¡Paga! Tú llega aquí, y entonces tú y yo juntos...

—No conseguiría llegar —dijo Lars. «Porque saltaría en algún punto del trayecto», comprendió. Y vio que ella también lo comprendía.

Sin perder la calma, con aquella impresionante frialdad femenina propia de la Madre Tierra, aquel equilibrio sobrenatural al que podían apelar las mujeres cuando no quedaba otro remedio, Maren dijo:

—Mira, Lars. Escúchame. ¿Me estás escuchando?

—Ajá.

—Aterriza.

—De acuerdo.

—¿Quién es tu médico? Aparte de Todt.

—No tengo ningún médico aparte de Todt.

—¿Abogado?

—Bill Sawyer. Lo conoces. Ese que tiene la cabeza como un huevo duro, pero del color del plomo.

—Perfecto —dijo Maren—. Toma tierra en la oficina de Sawyer. Pídele que te

redacte un mandamiento judicial.

—No te sigo. —Volvía a sentirse con ella como un niño pequeño, obediente pero confuso. Teniendo que hacer frente a hechos que sobrepasaban su reducida capacidad.

—El mandamiento tiene que ir dirigido al Consejo —dijo Maren—.

Y en él se exigirá que te permitan asistir a la sesión. Es tu derecho legal, Lars. Hablo en serio. Tienes el derecho legal, conferido por Dios, de entrar en esa sala de conferencias de las profundidades del kremlin, ocupar tu asiento y tomar parte en todo lo que se decida allí.

—Pero no tengo nada que ofrecerles —dijo él con un hilo de voz—. No tengo nada. ¡Nada! —Agitó las manos, suplicante.

—Sigues teniendo derecho a estar presente —dijo Maren—. No me preocupa esa bola de estiércol del cielo; me preocupas tú. —Y, para asombro de Lars, se echó a llorar.

DOCE

Tres horas después, pues fue lo que tardó su abogado en conseguir que un juez del Tribunal Superior de Justicia firmara el mandamiento, Lars subió a un tren directo que viajaba por el interior de un túnel neumático y salió disparado de Nueva York a Festung (Washington DC). El viaje duró ochenta segundos, incluido el tiempo de frenado.

Lo siguiente que supo Lars fue que estaba en el tráfico de superficie de la avenida de Pensilvania, en el centro de la ciudad, avanzando a paso de tortuga hacia el discreto y trascendentalmente modesto edificio superficial que servía de entrada al auténtico kremlin subsuperficial de Festung (Washington DC).

A las cinco y media de la tarde estaba, junto con el doctor Todt, ante un joven agente de las Fuerzas Aéreas, que empuñaba un rifle láser, y le presentó su mandamiento judicial sin decir palabra.

Aquello llevó cierto tiempo. Una serie de cargos, residuos del gobierno de Harding, tenían que leer, examinar, certificar y firmar el mandamiento. Pero al cabo de un rato, Lars descendía en compañía del doctor Todt en un silencioso ascensor hidráulico con rumbo a la subsuperficie, la mismísima subsuperficie, varios niveles por debajo.

Con ellos, en el ascensor, iba un capitán del Ejército, que tenía un aspecto pálido y tenso.

—¿Cómo ha conseguido entrar? —le preguntó el capitán; evidentemente, se dedicaba a transportar despachos o alguna estupidez semejante—. ¿Cómo se las ha arreglado para abrirse paso a través de toda la madeja urdida por los de seguridad?

—He mentido —dijo Lars.

No hubo más conversación.

Se abrieron las puertas del ascensor; los tres salieron de él. Lars, con el doctor Todt, que había guardado silencio a lo largo de todo el viaje y durante la dura prueba de presentar el mandamiento, caminó y caminó hasta llegar a la última y más elaborada de las barreras de seguridad que aislaba del exterior al Consejo de Segnac de las NU-O, reunido en sesión.

El arma que de tanto en tanto los apuntaba directamente a él y al doctor Todt procedía, observó Lars con orgullo, de un diseño de Sr. Lars, S.A. Introdujo todos los documentos por una estrecha rendija del Mamparo, transparente pero impenetrable, que iba desde el suelo hasta el techo. Al otro lado del mamparo, un funcionario canoso, encorvado bajo el taimado peso de la experiencia y con una impasible sabiduría grabada en sus rasgos de ave de presa, inspeccionó la documentación de Lars y el mandamiento. Estuvo sopesándolos durante un tiempo excesivo... pero quizá no fuera excesivo. ¿Quién podía decirlo, en una situación como aquella?

—Puede usted pasar, señor Powderdry —dijo el anciano y eficiente funcionario mediante un altavoz de la pared—. Pero su acompañante, no.

—Es mi médico —dijo Lars.

—Por mí como si es su madre —dijo el viejo funcionario canoso. El mamparo se escindió, dejando una abertura de la anchura justa para que Lars la atravesara; una alarma empezó a sonar inmediatamente en cuanto lo hizo—. Lleva un arma —dijo el viejo funcionario filosóficamente, y tendió la mano—. Démela.

Lars se sacó de los bolsillos todos los objetos que llevaba para que fueran inspeccionados.

—No hay ninguna arma —dijo—. Llaves, bolígrafo y monedas. ¿Ve?

—Déjelo todo aquí. —El viejo funcionario señaló con un dedo y Lars vio abrirse una ventanilla en la pared. Una funcionaría de ojos endurecidos alargaba una pequeña cesta de alambre a través de ella.

Lars echó en la cesta todo el contenido de sus bolsillos y luego, siguiendo instrucciones, el cinturón con hebilla metálica y en último lugar, como si estuviera soñando, pensó, los zapatos. Sus pies envueltos en los calcetines lo llevaron hasta la gran sala y, sin el doctor Todt, Lars abrió la puerta y entró.

Mike Dowbrowsky, el ayudante principal del general Nitz, también general, pero de tres estrellas, alzó la mirada hacia él desde la mesa de juntas. Lo saludó inexpresivamente con un movimiento de cabeza y señaló perentoriamente un asiento vacío, junto a él. Lars fue hasta allí y aceptó el asiento sin producir ningún ruido. El debate había seguido su curso sin ninguna pausa, ningún reconocimiento de la entrada de Lars.

Un hombre de aduana, Gene Algo, tenía la palabra. De pie y en calcetines, gesticulaba y hablaba con voz estridente. Lars adoptó una expresión de solemne atención, pero en realidad simplemente se sentía cansado. Estaba descansando dentro de sí mismo. Había conseguido entrar. Lo que ocurría en aquel momento se le antojaba un anticlímax.

—Aquí tenemos al señor Lars. —El general Nitz interrumpió de repente a Gene Algo, sobresaltando a Lars, quien se apresuró a erguirse en el asiento, controlándose para no estremecerse visiblemente.

—He venido tan deprisa como he podido —dijo estúpidamente.

—Señor Lars —dijo el general Nitz—, les hemos dicho a los rusos que sabíamos que mentían. Que eran ellos los que habían puesto el BX-3, nuestro código para el nuevo satélite, ahí arriba. Que habían transgredido la sección diez de los Protocolos de Conversión del 2002. Que transcurrida una hora, si no reconocían haberlo puesto en órbita, teníamos intención de lanzar un misil tierra-aire y derribarlo.

Se hizo el silencio. El general Nitz parecía estar esperando a que Lars dijera algo. Así que Lars dijo:

—¿Y qué ha contestado el Gobierno soviético?

—Que nos enviará con mucho gusto todos los datos sobre el satélite que han obtenido sus estaciones de seguimiento —dijo el general Mike Dowbrowsky—, para que nuestro misil fijase el blanco con la mayor exactitud posible. Y así lo ha hecho. En realidad, nos ha suministrado espontáneamente material adicional, sobre un campo de distorsión que sus instrumentos han detectado y los nuestros no; rodea al BX-3 en una deformación espacial cuya finalidad evidente es la de despistar a los misiles termotrópicos.

—Creía que habían enviado un equipo de armas robóticas con amplificadores de percepción —dijo Lars.

Después de una pausa, el general Nitz dijo:

—Aunque llegue a cumplir cien años, Lars, le seguirá diciendo a todo el mundo, incluido yo, que nunca se envió ningún equipo de armas robóticas con amplificadores de percepción. Por tanto, el infundio de que dicho «equipo» ha sido vaporizado no es más que otra invención de esos idiotas de los periodistas. Y si no basta con eso, dirá que fue una invención, completamente deliberada y motivada por el habitual afán de sensacionalismo, de esa personalidad televisiva... ¿cómo se llamaba?

—Lucky Bagman —dijo Molly Neumann, una proconsumia.

—Que para un ser como Bagman sería completamente natural soñar con mantener engañada a su audiencia haciéndole creer que dispone de acceso directo a Festung (Washington DC), aquí. Cosa de la que carece —añadió—. Tanto si les gusta como si no.

Después de una pausa, Lars dijo:

—¿Y ahora qué, general?

—¿Ahora qué? —El general Nitz juntó las manos sobre la pila de memorandos, microdocumentos, informes y resúmenes burocráticos que cubría su parte de la gran mesa—. Bueno, Lars...

Alzó la mirada; el cansado rostro parecido a una zanahoria, corrompido por una diversión completamente imprevista, inimaginable y vana.

—Por extraño que pueda sonar, Lars, alguien que se encuentra en esta sala, alguien que tiene derecho a tomar parte en esta reunión, ha llegado a sugerir, y se reirá, a sugerir que lo persuadamos a usted a que nos obsequie con uno de sus numeritos de canto y baile, ya sabe, con el banjo y la cara pintada de negro, uno de sus... —Las facciones parecidas a una zanahoria temblaron convulsivamente—. Sus trances. ¿Puede usted obtener un arma del espacio hiperdimensional, Lars? Responda sinceramente. ¿Puede conseguirnos algo que nos permita derribar el BX-3? Y le ruego que no intente tomarme el pelo, Lars. Límitese a decir que no, y no someteremos su expulsión a votación; nosotros seguiremos con lo nuestro e intentaremos pensar en alguna otra cosa.

—No, no puedo —dijo Lars.

Los ojos del general Nitz destellaron durante un momento; era, posiblemente pero no muy probablemente, compasión.

Fuese lo que fuese, solo duró un instante. Después volvió a instaurarse el brillo de costumbre, sardónico y vidrioso.

—En cualquier caso ha sido usted sincero, como le he pedido. Quien pide un no por respuesta, obtiene un no por respuesta. —Ladró una carcajada.

—Podría intentarlo —sugirió una mujer llamada Min Dosker con una voz extrañamente aguda y aristocrática.

—Sí —dijo Lars, mordiendo el cebo antes de que el general Nitz pudiera hacerse con él y salir corriendo—. Permítame que le aclare que...

—No haga aclaraciones —dijo el general Nitz lentamente—. Se lo ruego, como un favor personal. La señora Dosker, Lars, es del SeRKeB. No se lo había dicho, pero... —Se encogió de hombros—. Así que, en vista de eso, no nos obsequie con un interminable discurso sobre su modo de actuación y lo que puede y no puede hacer. No estamos siendo enteramente francos a causa de la presencia de la señora Dosker. —Miró a la representante del SeRKeB y añadió—: Lo comprendes, ¿verdad, Min?

—Sigo pensando —dijo la señora Dosker— que su médium armamentístico podría intentarlo. —Sacudió con irritación sus microdocumentos, haciendo bastante ruido.

—¿Qué me dice de la suya? —quiso saber el general Dowbrowsky—. ¿Esa tal Topchev?

—Se me ha informado —dijo la señora Dosker— de que Lilo Topchev está... —Titubeó; obviamente, ella, también, se veía obligada a mostrar cierto grado de reticencia.

—Muerta —rechinó el general Nitz.

—¡Oh, no! —dijo la señora Dosker, horrorizada, como una maestra de la escuela dominical baptista que se escandalizara ante una palabra inapropiada.

—Probablemente la ha matado la tensión —dijo Nitz con voz lánguida.

—No. La señorita Topchev se encuentra... en estado de shock. No obstante, comprende plenamente la situación. La mantienen sedada en el Instituto Pavlov de Nuevo Moscú, y por el momento no puede trabajar. Pero no está muerta.

—¿Cuándo...? —preguntó uno de los proconsumios, una nulidad masculina—. ¿Saldrá pronto del shock? ¿Pueden predecirlo?

—Dentro de unas horas, esperamos —dijo la señora Dosker enfáticamente.

—Muy bien —dijo el general Nitz, en un tono súbitamente resuelto; se frotó las manos y torció el gesto, mostrando sus dientes amarillos, irregulares y naturales. Dirigiéndose a Lars, dijo—: Powderdry, señor LarS, Lars, como sea... me alegro de que haya venido. Sí, de verdad. Sabía que vendría. Las personas como usted no

pueden soportar que les cuelguen el videófono.

—¿Qué clase de persona...? —comenzó a decir Lars, pero el general Bronstein, sentado al otro lado del general Dowbrowsky, le lanzó una mirada que lo hizo callar y, ¡maldición!, sonrojarse. El general Nitz dijo:

—¿Cuándo estuvo por última vez en Fairfax (Islandia)?

—Hace seis años —dijo Lars.

—¿Y antes de eso?

—Nunca.

—¿Quiere ir allí?

—Iría a cualquier sitio. Iría a ver a Dios en persona. Sí, me encantará ir.

—Magnífico. —El general Nitz asintió—. La Topchev debería salir del shock, digamos, a medianoche, hora de Washington. ¿Correcto, señora Dosker?

—Sin lugar a dudas —dijo la representante del SeRKeB, mientras su cabeza subía y bajaba como una enorme calabaza incolora sobre su grueso tallo.

—¿Ha probado alguna vez a trabajar con otro médium armamentístico? —le preguntó a Lars uno de los hombres de adquiprop, porque tenía que ser de adquiprop.

—No. —Afortunadamente, fue capaz de arreglárselas para que no le temblara la voz—. Pero para mí será un auténtico placer combinar mi habilidad y mis años de experiencia con los de la señorita Topchev. De hecho... —Titubeó hasta que consiguió encontrar una manera suficiente política de concluir la frase—. Llevo mucho tiempo pensando que semejante fusión podría resultar extraordinariamente provechosa para ambos bloques.

—Tenemos al psiquiatra de la Clínica Wallingford —dijo el general Nitz con un tono deliberadamente despreocupado—. Actualmente hay propuestos tres nuevos médiums... ¿Es ese el plural adecuado? No. Aún no se han puesto a prueba de manera concluyente, pero podríamos recurrir a ellos. —Miró a Lars y, con una abrupta sequedad, dijo—: Eso a usted no le gustaría nada, señor Lars; no le haría ninguna gracia. Así que se lo ahorraremos. Por el momento.

Alzando la mano derecha, el general Nitz esbozó un gesto parecido a un tic. En el otro extremo de la sala, un joven oficial del Ejército de los Estados Unidos se agachó y activó un comunicador de vídeo. Hablando por el micrófono de garganta que llevaba implantado, parlamentó con unas personas que no se hallaban presentes en la sala; después se incorporó y señaló el comunicador, para indicar que todo, fuera lo que fuera, estaba preparado.

Una cara cobró forma en el comunicador de vídeo, una desconcertante fuente de esencia humana cuyo ligero temblor indicaba que la señal estaba siendo transmitida, a través de algún satélite, desde un lugar considerablemente alejado.

Señalando a Lars, el general Nitz dijo:

—¿Puede ponerse nuestro muchacho a pensar con su chica?

Los ojos distantes del rostro tembloroso escrutaron a Lars desde la pantalla del comunicador, mientras el joven oficial se encargaba de traducir por el micrófono.

—No —dijo la cara de la pantalla.

—¿Por qué no, mariscal? —dijo Nitz.

Era la cara del máximo dignatario y autoridad suprema del Sector Este, presidente del Comité Central del Partido Comunista y secretario del SeRKeB. El hombre de la pantalla, que anunciaba la decisión de no realizar la fusión, era el mariscal soviético del Ejército Rojo. Maxim Paponovich. Y aquel hombre, que en todo lo relativo a aquella cuestión tenía más poder que ninguna otra persona viviente del mundo, dijo:

—Debemos mantenerla alejada de la publicidad. No se encuentra bien. Ya sabe; ¿enferma? Lo siento. Es una lástima. —Y, como un gato, paponovich observó a Lars, con ojos que parecían arder, en busca de su reacción, como si estuviera leyéndolo a partir de un código sobradamente descifrado y conocido desde hacía ya mucho tiempo.

Lars se puso en pie respetuosamente y dijo:

—Mariscal Paponovich, comete usted un terrible error. La señorita Topchev y yo somos las dos personas a las que se debería recurrir para resolver el problema. ¿Se opone la Unión Soviética a buscar una solución para esta situación tan grave?

La cara, que lo odiaba de forma palpable, siguió haciéndole frente desde la pantalla.

—Si no se me permite cooperar con la señorita Topchev —dijo Lars—, colaboraré con los servicios de seguridad del Bloque Oeste y me olvidaré de todo este asunto. Pero le ruego que lo reconsidere, por el bien de los miles de millones de personas que viven en el Sector Este. Y estoy dispuesto a hacer público nuestro intento de combinar nuestros talentos, independientemente de la decisión que tome este Consejo. Dispongo de acceso directo a medios de comunicación, como los autómatas entrevistadores de Lucky Bagman. Y su negativa...

—Sí —dijo el mariscal Paponovich—. La señorita Topchev estará en Fairfax (Islandia), en un plazo de veinticuatro horas. —Y la expresión de su rostro decía: «Solo nos ha obligado a hacer lo que ya teníamos intención de hacer. Y acaba de asumir toda la responsabilidad, así que si la cosa sale mal será usted el responsable. Por tanto, hemos ganado. Gracias».

—Gracias, mariscal —dijo Lars, y volvió a sentarse. Le daba igual haber sido manipulado hábilmente. Lo que importaba era que en un plazo de veinticuatro horas conocería por fin a Lilo Topchev.

TRECE

Dado el delicado estado psicológico de la señorita Topchev, no habría tenido ningún sentido que Lars fuera a Islandia inmediatamente, de modo que disponía de tiempo que dedicar al proyecto sugerido por Maren.

Fue en persona, en lugar de recurrir al videófono, a la Embajada soviética de Nueva York, entró en el moderno edificio de alquiler exorbitante y preguntó por el señor Aksel Kaminski a la joven sentada detrás de la primera mesa que vio.

La Embajada parecía sumida en un evidente estado de frenesí. La confusión reinaba por doquier, como si todo el personal estuviera recogiendo las cosas o quemando expedientes o, como mínimo, cambiando de sitio en la mesa de la merienda, como en Alicia. Alguien iba a recibir una taza limpia, decidió Lars mientras veía correr de un lado a otro a los funcionarios de la URSS, grandes y pequeños, y alguien más iba a recibir una taza sucia. Sin duda, los jefazos obtendrían lo primero. Sería la mayoría de pursaps la que se encontrase recolocada en circunstancias menos satisfactorias.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a un joven funcionario con granos y aspecto desgarrado, quien estaba inspeccionando rápidamente lo que parecían ser imágenes no confidenciales proporcionadas por la KACH.

—Se ha llegado a un acuerdo con Segnac de las NU-0 —le explicó el joven, con acento extranjero— para utilizar estas oficinas de la planta baja para el intercambio de información. Naturalmente —añadió como explicación, contento de poder hacer una pausa en un trabajo carente de valor creativo—, el verdadero lugar de reunión está en Islandia, no aquí; esto es solo para el material de rutina. —Su rostro lleno de granos mostraba el intenso desagrado que le inspiraba la nueva sarta de tareas que acababa de caerle encima. No era el satélite alienígena lo que tenía tan disgustado a aquel insignificante empleado en el universo de la burocracia oficial. Eran las monótonas labores que le imponía la situación; una situación, reflexionó Lars, a causa de la cual era posible que a aquel joven no le esperasen muchos años más durante los cuales padecer la carga de sus ingratas tareas.

Los dos bloques contaban con auténticas montañas de artículos científicos, técnicos, culturales y políticos de propiedad común que pasaban continuamente de unas manos a otras como las cartas en el juego de la mona. Tanto el Este como el Oeste estaban de acuerdo en que no valía la pena contratar a una organización de espionaje profesional como la KACH, ni siquiera a sus propias policías secretas nacionales, para que se hicieran con copias de informes concernientes a la producción de yogur de soja en las regiones cubiertas por la tundra del noreste de la URSS. La cantidad de documentación no confidencial incluida en el grupo ascendía, diariamente, a la fuga de agua que amenazaba con derrumbar el dique de la

burocracia.

—¡Señor Lars!

Lars se levantó.

—Señor Kaminski, ¿cómo está usted?

—Fatal —dijo Kaminski. Tenía aspecto de estar cansado, agobiado y sobrecargado de trabajo, como un mecánico retirado que antaño hubiera sido competente—. Esa cosa de ahí arriba. ¿Quiénes son? ¿Se lo ha preguntado usted, señor Lars?

—Sí, señor Kaminski —contestó pacientemente—. Me lo he preguntado.

—¿Sabe —dijo Kaminski— lo que acaban de decir en su canal televisivo de noticias? Lo he visto en mi despacho; el aparato ha hecho ese ruido de campanilleo que emite para llamar la atención y se ha encendido solo. —Siguió hablando, con la cara grisácea y la voz convertida en un balbuceo atropellado—. Perdóneme, señor Lars, por ser portador de malas noticias, como el soldado espartano que regresó de la batalla de las Termopilas. Pero... ahora hay un segundo satélite alienígena en órbita.

A Lars no se le ocurrió nada que decir.

—Venga a sentarse a mi despacho —dijo Kaminski, y lo guió a través de la confusión hasta una pequeña habitación adyacente. Luego cerró la puerta y se volvió hacia él. Cuando volvió a hablar, su voz era más pausada; había perdido parte de la tensión histérica propia de un anciano—. ¿Té?

—No, gracias.

—Mientras usted esperaba para verme —dijo Kaminski— han lanzado ese segundo satélite. Así que ahora sabemos que pueden poner en órbita todos los satélites que quieran. Centenares, si les da la gana. Nuestro cielo. Piense. No alrededor de Júpiter o de Saturno, en el perímetro donde solo tenemos satélites y naves de apoyo, sino aquí. Han prescindido de lo fácil. Puede que también les resulte fácil esto —añadió—. Esos dos satélites, indudablemente, han sido depositados desde naves. Puestos como si fueran huevos, no lanzados y luego detenidos en el plano orbital. Nadie ha visto ninguna nave. Ningún dispositivo de vigilancia ha captado nada. Naves intersistémicas alienígenas de antimateria.

Y nosotros que siempre habíamos pensado...

—Pensábamos —dijo Lars— que nuestro gran adversario extraterrestre eran esos fungiformes subepidérmicos de Titán que imitaban la forma de los objetos domésticos cotidianos. Algo que parecía un jarrón y en cuanto se le volvía la espalda atravesaba la barrera dérmica y se trasladaba al epiplón, de donde solo se podía extirpar quirúrgicamente.

—Sí —refrendó Kaminski—. Yo los odiaba; en una ocasión vi uno, no imitando un objeto, sino en forma quística, tal como lo describe usted. Listo para el bombardeo con cobalto. —Parecía físicamente muy enfermo—. Pero, señor Lars, ¿no cree que

eso nos dice algo? Conocemos las posibilidades. Quiero decir que más bien sabemos que no las conocemos.

—Ningún ampliador de percepción ha proporcionado ninguna información sobre la morfología de esos... —La única denominación que había oído hasta el momento era *alienígenas*—. Esos adversarios —concluyó.

—Por favor, señor Lars —dijo Kaminski—. Usted y yo podemos dedicar un poco de tiempo a hablar de cosas menos complicadas. ¿Qué deseaba? No ha venido a enterarse de la mala noticia, supongo. Alguna otra cosa. Lo que sea. —Se sirvió un té frío y oscuro.

—He de reunirme con Lilo Topchev en Fairfax tan pronto como se encuentre preparada psicológicamente para ello. Aquella vez, en la cafetería, usted me preguntó por un componente de aquellos...

—No hay necesidad de llegar a un acuerdo. He olvidado la cuestión de las armas. Ahora ya no aradeamos, señor Lars. Nunca volveremos a aradar.

Lars gruñó como un animal.

—Sí —dijo Kaminski—. Nunca más. Usted y yo —no el usted y el yo individuales, sino las totalidades etnológicas, el Este y el Oeste— superamos el salvajismo y el desperdicio; éramos inteligentes; llegamos a ser compañeros, llegamos a acuerdos, ya sabe, sellados con un apretón de manos, nuestras palabras en el Protocolo del 2002. Ahora hemos vuelto a quedarnos, ¿que es lo que dice la Biblia judeocristiana? Sin hojas.

—Desnudos —dijo Lars.

—Y ahora Juana Nadie —dijo Kaminski—, ¿o cómo lo llaman ustedes? El pupas. El pupas lee en su periodoméstico cosas sobre dos satélites de una clase nueva que no son nuestros, quizá se preocupa un poco y se dice: «¿Cuáles de las nuevas armas modernas proporcionarán mejores resultados contra esta aparición? ¿Esta? ¿No? Entonces, aquella. O aquella otra». —Kaminski movió la mano como señalando un arma inexistente que podría haber ocupado la totalidad de su pequeño despacho; la amargura convirtió su voz en un gemido—. El jueves, primer satélite de ellos. El viernes, segundo satélite de ellos. Así que el sábado...

—El sábado —dijo Lars— utilizamos el artículo 241 del catálogo de armamento y la guerra ha terminado.

—El artículo 241. —Kaminski rio entre dientes—. Eso me suena, gracias. Para uso exclusivo contra formas de vida dotadas de exoesqueleto; el artículo 241 disuelve la quitina y la convierte en huevo escalfado, ¿correcto? Sí, al pursap le encantaría eso. Recuerdo la cinta de vídeo con el 241 en espectacular acción que piratearon los de la KACH. Fue una suerte que pudieran localizar en Calisto unas formas de vida quitinosas a las cuales humillar; de lo contrario, la demostración gráfica no habría sido eficaz. Hasta yo me sentí muy conmovido. Allá en las profundidades de

California, en las catacumbas de Lanferman Asociados. Tiene que ser muy emocionante observar todos esos procesos creativos en distintos estados. ¿Correcto?

—Correcto —dijo Lars, impasible.

Kaminski cogió de la mesa un documento fotocopiado de una sola página, lo que para aquella época representaba toda una anomalía.

—Esto es una hoja informativa que va a entregar la embajada a los medios de comunicación del Bloque Oeste. Extraoficialmente, ¿entiende? Lina «filtración». Los periodomésticos y los entrevistadores de televisión oyen «accidentalmente» una conversación y se hacen una idea general de los planes del Sector Este, etcétera etcétera. —Le pasó el documento a Lars.

Lars lo cogió y le bastó con echarle una mirada para entender la estrategia del SeRKeB.

«Asombroso —pensó mientras leía la fotocopia del documento de una sola página del Sector Este—. Les da igual comportarse como idiotas con tal de impedir que su idiotez se divulgue a los cuatro vientos. Y en este preciso instante. No después de que despachemos a los alienígenas —comprendió— o de que sucumbamos ante ellos; lo que quiera que vaya a suceder. Paponovich, Nitz y los segundones anónimos están redactando documentos a toda prisa, no solo para proteger a cuatro mil millones de seres humanos de una ingente amenaza que se cierne, literalmente, sobre nuestras cabezas, sino para no mojarse el miserable culo.»

La vanidad humana. Incluso en los lugares más altos.

—Gracias a este documento, ahora puedo esbozar una nueva teoría acerca de Dios y la creación —le dijo a Kaminski.

Asintiendo cortésmente y con el rostro pálido como la cera, Kaminski esperó en silencio.

—De pronto entiendo toda la historia del derrumbamiento del hombre —dijo Lars—. Por qué salieron mal las cosas. Es un gran libro blanco.

—Es usted sabio, señor Lars —dijo Kaminski, con cansada apreciación—. Estoy completamente de acuerdo; lo sabemos, ¿verdad? El Creador cometió un grave error y, en vez de corregirlo, se inventó una tapadera que demostraba que el responsable era otro. Un inútil mítico que quiso que las cosas fuesen de esa manera.

—Así que un insignificante subcontratista del Cáucaso —dijo Lars— perderá su contrato con el Gobierno y será demandado. El director de esta fábrica automatizada, y no puedo pronunciar su nombre ni el de la fábrica, va a descubrir algo que no sabía.

—Ya se ha enterado —dijo Kaminski—. Bien, y ahora dígame a qué ha venido a la Embajada.

—Quería una buena imagen, tridimensional y en color, si es posible incluso animada, si disponen ustedes de ella, de la señorita Topchev.

—Por supuesto. Pero ¿no puede usted esperar un día?

—Quiero estar preparado de antemano.

—¿Por qué? —Los ojos de Kaminski relucían una anciana agudeza.

—Ya veo que no ha oído hablar de los retratos prenupciales —dijo Lars.

—Ah. El argumento de muchas obras de teatro, óperas y leyendas heroicas; exprimido hasta el agotamiento; se debería enterrar para siempre. ¿Lo dice en serio, señor Lars? Entonces es usted un perturbado. Tiene lo que en su Bloque Oeste se denomina *problemas*.

—Ya lo sé.

—La señorita Topchev es una anciana marchita, y está más arrugada que un viejo bolso de cuero. Debería estar en un asilo, y ahí es donde estaría si no fuera por ese talento de médium que posee.

El golpe casi acabó con Lars; se sintió calcificar.

—Acaba usted de estirar la pata —dijo Kaminski—. Lo siento, señor Lars. Un experimento psicológico al estilo de Pavlov. Lo lamento y le pido disculpas por ello. Recapacite. Usted va a ir a Fairfax para salvar a cuatro mil millones de personas. No para encontrar una amante con la que sustituir a Maren Faine, con la que comparte las *Liebesnachte* por el momento. Igual que la encontró a ella para sustituir a... ¿cómo se llamaba? ¿Betty? La anterior, la que según la KACH tenía unas piernas preciosas.

—Dios —dijo Lars—. Siempre esa KACH. Cosas vivas convertidas en datos que se venden por centímetros.

—A cualquier comprador, además —le recordó Kaminski—. A su enemigo, a su amigo, a su esposa, a su jefe o, peor aún, a sus empleados. La agencia sobre la que el chantaje crece como el moho. Pero como descubrió usted en esa instantánea borrosa de la señorita Topchev, siempre se retiene algo. Para mantener la intriga. Para asegurarse de que luego necesite más aún, a pesar de todo. Mire, señor Lars; yo tengo una familia, una esposa y tres hijos, en la Unión Soviética. Con dos satélites de ellos en nuestro cielo, pueden matarlos para hacerme daño. Podrían hacerle daño a usted, quizá si su amante de París muriera de alguna manera espantosa, contaminada, inoculada con...

—De acuerdo, de acuerdo.

—Solo quiero hacerle una petición; eso es todo. Usted estará en Fairfax para encargarse de que no nos pase nada parecido. Rezo a Dios para que Lilo Topchev y usted imaginen alguna obra maestra que sirva de escudo; somos niños que jugamos al amparo de la armadura de un padre. ¿Ve? Si se olvida de eso...

Kaminski se sacó una llave del bolsillo y abrió con ella un anticuado cajón de su mesa.

—Esto es de mi propiedad. Muy pasado de moda. —Lo que sostenía en la mano, el cañón cuidadosamente apuntado lejos de Lars, era un arma automática que lanzaba proyectiles mediante una explosión—. Como funcionario de una organización que

nunca puede echarse atrás, que habría que quemar, destruir, para que dejara de existir, puedo adelantarle una noticia. Antes de que parta con rumbo a Fairfax le dirán que no hay manera de regresar. Cometimos un error en algún sitio. Un fallo de una nave base, algún satélite de seguimiento de órbita alejada o un satélite solar. Y por esa causa, un sistema de retransmisión o quizá un amplificador de percepción no hizo nada. —Se encogió de hombros, guardó en el cajón el arma automática de mano y volvió a cerrarlo escrupulosamente con su llave—. Ya no sé lo que me digo.

—Debería ir a ver a un psiquiatra mientras siga destinado aquí en el Bloque Oeste —dijo Lars. Dio media vuelta para salir del despacho de Kaminski. Abrió la puerta y salió a la sala principal, que bullía de actividad.

Kaminski empezó a seguirlo; se paró delante de la puerta del despacho y dijo:

—Lo haría yo mismo.

—¿Qué haría? —Lars se volvió, brevemente.

—Con lo que le he enseñado, eso que tengo guardado bajo llave en la mesa.

—Oh. —Lars asintió—. Está bien. Tomo nota.

Se abrió paso, aturdido, por entre la multitud de burócratas sin importancia de la embajada, que correteaban de un lado a otro, salió por la puerta principal y se encontró en la acera.

«Han perdido el juicio —se dijo—. Siguen creyendo que en una situación realmente apurada, cuando de verdad importa, las cosas se pueden resolver así. Su evolución durante los últimos cincuenta años ha sido superficial. Por debajo siguen siendo los mismos de siempre.

»Así que no solo nos enfrentamos a la presencia de dos satélites alienígenas que orbitan nuestro mundo —comprendió Lars—, sino que además tenemos que soportar, con todo este estrés para el que no estábamos preparados, un regreso a la espada desenvainada del pasado. Así que todos los pactos, los acuerdos y los tratados, la consigna de la estación de autobuses Greyhound de Topeka (Kansas), la Geldthaler Gemeinschaft de Berlín, hasta Fairfax... Todo eso no era más que una cortina de humo.

Y el Este y el Oeste la compartíamos. La culpa es tan nuestra como suya, con el afán de creer y optar por el camino más fácil. Quién me ha visto y quién me ve. Lo que he hecho en esta crisis ha sido encaminarme directamente a la embajada soviética.

»Y ¿que he conseguido con eso? Ver una vieja arma automática que apuntaba, por consideración hacia los aspectos técnicos de la seguridad corporal, al techo y no a mi cavidad abdominal.

»Pero ese hombre tenía razón. Kaminski no fanfarroneaba ni se dejaba llevar por la histeria, sino que me decía la verdad. Si Lilo y yo fracasamos, nos destruirán. Entonces, los bloques dirigirán la mirada hacia algún otro lugar en busca de ayuda.

La pesada carga pasará a recaer sobre Jack Lanferman y sus ingenieros, muy especialmente Pete Freid; y que Dios se apiade de ellos si tampoco lo consiguen, porque nos seguirán a la tumba a Lilo y a mí.

»Tumba —pensó—, había un himno que te preguntaba dónde está tu victoria. Yo puedo indicártelo. Está aquí. Soy yo.»

Mientras llamaba con un gesto a un aerocoche que pasaba por allí, de pronto cayó en la cuenta. «Y ni siquiera he conseguido aquello para lo que había entrado en ese edificio; no he podido hacerme con una imagen clara de Lilo.»

También en aquello estaba en lo cierto Kaminski. Lars Powderdry tendría que esperar hasta la reunión de Fairfax. Y cuando llegara no estaría preparado.

CATORCE

Ellos llegaron muy entrada la noche, cuando Lars estaba durmiendo en su piso de Nueva York.

—Ella ya se encuentra bien, señor Lars. ¿Querrá hacer el favor de vestirse? Nosotros recogeremos el resto de sus cosas y se las enviaremos después. Iremos directamente a la azotea. Nuestra nave está esperando allí. —El que estaba al mando de los hombres del FBI o de la CIA o solo Dios sabía qué clase de hombres, en cualquier caso profesionales y acostumbrados a estar despiertos y cumpliendo con sus obligaciones a aquellas horas de la noche, comenzó, para incredulidad de Lars, a revolverle los armarios y los cajones de la cómoda, para colocar sus ropas en un montón circular, con la eficacia silenciosa de una máquina; los demás estaban por todas partes, cumpliendo sus respectivas misiones. Lars se quedó allí de pie, sumido en una somnolencia aturrida impregnada de cierta irritación animal.

Pero la plena consciencia terminó por emerger de aquel estado de confusión, y entonces se encaminó hacia el cuarto de baño andando lentamente sobre los pies descalzos.

Mientras se lavaba la cara, un policía le habló como si tal cosa desde la otra habitación.

—Ahora ya tienen tres allí arriba —le dijo.

—Tres —dijo Lars estúpidamente mientras encaraba su rostro, lleno de arrugas y todavía encogido por el sueño, en el espejo. El pelo le colgaba sobre la frente como un manojo de algas secas, y tendió la mano automáticamente en busca de un peine.

—Tres satélites. Y este tercero es distinto, o eso es lo que dicen las estaciones de seguimiento.

—¿Un erizo? —dijo Lars.

—No, solo distinto. No es un sistema de observación. No recaba información. Los dos primeros sí que lo hacían; puede que ya hayan cumplido su misión.

—Ya han demostrado —dijo Lars—, al permanecer allí arriba, que no podemos derribarlos. —No hacía falta meter un montón de equipo avanzadísimo en los dos satélites para averiguarlo y, en realidad, bien podrían haber estado huecos.

Los policías llevaban las habituales capas de estilo «poder en la sombra» y parecían, con sus cabezas afeitadas, unos monjes excesivamente dados al ascetismo. Subieron a la azotea del edificio. El hombre que iba a la derecha de Lars, de piel rubicunda, dijo:

—Tenemos entendido que esta tarde ha visitado la Embajada soviética.

—Así es —dijo Lars.

—Esa orden judicial que tiene usted...

—Únicamente les prohíbe abordarme —dijo él—. Yo puedo abordarlos. Ellos no

disponen de ninguna orden judicial.

—¿Ha habido suerte? —dijo el policía.

Aquello lo confundió. Reflexionó en silencio unos instantes, incapaz de responder. ¿Significaba aquella pregunta que los hombres de la CIA o el FBI sabían por qué había acudido a Kaminski? Al fin, mientras atravesaban la pista de la azotea en dirección a la nave del Gobierno, de un tipo que le resultaba conocido, clase Persecución, con gran autonomía, Lars dijo:

—Bueno, me ha dejado muy clara su postura. Si eso se puede considerar suerte.

La nave se elevó. Nueva York quedó atrás rápidamente y enseguida se encontraron sobrevolando el Atlántico. Las luces, las moradas del hombre, muy por debajo de ellos, fueron empequeñeciéndose y se perdieron de vista. Lars, mirando hacia atrás, sintió una pena ansiosa, quizá incluso neurótica; experimentó una sensación de aguda e intensa pérdida. Una pérdida que nunca podría ser compensada, en toda la eternidad.

—¿Qué planes tiene? —preguntó el policía sentado a los controles.

—Daré la más absoluta, total, completa, exhaustiva, holística e incondicional impresión —dijo Lars— de que estoy siendo franco, ingenuo, abierto, sincero, veraz, prolijo, verboso...

—Bastardo idiota... ¡Nuestras vidas están en juego! —replicó el policía.

—Ustedes son cogs —dijo Lars, sombrío.

Los dos policías asintieron.

—Entonces ya saben —dijo Lars— que puedo proporcionarles un dispositivo, un componente aradeado procedente de un sistema de guía de sesenta etapas, que les encenderá los puros e interpretará nuevos cuartetos de cuerda de Mozart como música de fondo mientras otro dispositivo, un componente aradeado procedente de algún otro sistema multiplex, les servirá la comida e incluso se encargará de masticársela, y en caso de que sea necesario, echará todas y cada una de las pepitas dentro de un dispositivo que...

—Ya veo —le dijo uno de los dos policías a su compañero— por qué odian tanto a estos diseñadores de moda armamentística. No se toman en serio nada.

—No —dijo Lars—. Se equivoca. No es eso lo que me pasa. ¿Quiere saber qué me pasa? ¿Cuánto falta para que lleguemos a Fairfax?

—No mucho —dijeron los policías al unísono.

—Haré cuanto esté en mi mano —dijo Lars—. Lo que me pasa es que he fracasado en mi trabajo. Y eso a un hombre le duele; lo llena de miedo. Pero se me paga, o hasta ahora se me ha pagado, por ser un fracasado. Eso era lo que se quería de mí.

—¿Cree usted, Powderdry —dijo el policía que iba sentado junto a él— que la tal Lilo Topchev y usted lo conseguirán? ¿Antes de que ellos... —señaló hacia arriba, un

gesto casi piadoso, como el de un antiguo labrador que arase la tierra y viera su trabajo quemado una y otra vez— suelten aquello para lo que estén configurando su red de satélites de forma que realice los cálculos necesarios? ¿Para que, cuando lo suelten, haga impacto exactamente donde quieren que caiga? Como por ejemplo, y esta es mi teoría, en pleno Pacífico, para convertirlo en vapor y hervimos a todos como si fuéramos un montón de langostas de Maine.

Lars guardó silencio.

—No lo va a decir —dijo el policía que manejaba los controles, con un tono curiosamente dividido. Porque en su voz había ira, pero también pena. Hablaba con el tono de un niño, y Lars se sintió conmovido. Pensó que él mismo también tenía que haber sonado así, algunas veces.

—En la Embajada soviética me han dicho —dijo Lars—, y completamente en serio, que si Lilo y yo no damos con nada o solo damos con las pseudoarmas con las que nos ganamos la vida desde hace decenios, nos matarán a los dos. Y lo harán..., si no se adelantan ustedes.

—Nos adelantaremos —dijo tranquilamente el policía que estaba sentado a los controles—. Porque estaremos más cerca. Pero no inmediatamente; habrá un intervalo apropiado.

—¿Han recibido esas órdenes? —preguntó Lars, con curiosidad—. ¿O ha sido idea suya?

No hubo respuesta.

—No pueden matarme los dos bloques —dijo Lars, un débil intento de ser filosófico y despreocupado. No consiguió ser lo primero, y no apreciaron lo segundo—. Tal vez sí que puedan —añadió—. San Pablo dice que un hombre puede volver a nacer. Puede morir y regresar a la vida. Así que si un hombre puede nacer dos veces, ¿por qué no va a poder ser asesinado dos veces?

—En su caso —dijo el policía que iba junto a él— no sería un asesinato.

Optó por no especificar qué sería en realidad. Quizá, pensó Lars, fuese algo innombrable. Sintió el peso de su mezcla de odio y miedo y, a pesar de todo, también confianza. Todavía albergaban esperanzas, igual que Kaminski. Llevaban años pagándole por no producir ningún artefacto verdaderamente letal y de pronto, con una absoluta ingenuidad, lo agarraban de la manga, suplicando, como había suplicado Kaminski; y aun así estaba la desagradable presencia velada de la amenaza, de darle muerte en caso de que fracasara.

Lars estaba empezando a entender muchos aspectos de la sociedad de los cogs de las que nunca había sido consciente.

Estar dentro, saber cómo funcionaban las cosas en realidad, no les había hecho la vida más soportable. Al igual que él, los cogs seguían sufriendo. No estaban atiborrados de orgullo, repletos, como le había dicho alguien recientemente, de

hubris. El saber lo que ocurría realmente los ponía nerviosos; por la misma razón por la que el no saberlo permitía la multitud, a los pursaps, dormir tranquilos. La carga excesiva de la madurez, la responsabilidad, pesaba sobre los cogs... incluso sobre aquellas no entidades, aquellos dos policías, más los que indudablemente estarían en su piso en aquel momento, metiendo todas sus capas, camisas, zapatos, corbatas y ropa interior en cajas y maletas.

Y la esencia de la carga era que sabían, como sabía Lars, que su destino estaba en manos de unos idiotas. Era así de sencillo. Idiotas tanto en el Este como en el Oeste, idiotas como el mariscal Paponovich y el general Nitz... Idiotas, comprendió Lars, y sintió que las orejas le ardían y se le ponían rojas, como él mismo. Porque lo que tanto llenaba de pavor a los círculos dirigentes era precisamente la mortalidad del liderazgo. El último «superhombre», el Hombre de Hierro definitivo, había sido Iósef Stalin. Desde entonces... mortales insignificantes, meros ocupantes de cargos que hacían tratos y llegaban a acuerdos.

Y con todo, la alternativa era aterradoramente peor; y todos ellos, los pursaps incluidos, lo sabían en cierto modo.

De pronto, aquella alternativa se les presentaba con la forma de tres satélites alienígenas en su cielo.

—Ahí está Islandia —dijo el policía que manejaba los controles, arrastrando las palabras como si no tuvieran tanta importancia.

Las luces de Fairfax brillaban debajo de ellos.

QUINCE

Las luces resplandecían, creando un túnel de blancura dorada por el que caminaba Lars. El viento que cortaba hasta la médula, procedente de los glaciares que se alzaban al norte, tiraba impetuosamente de él mientras avanzaba rápidamente, seguido por los dos policías. Ellos también estaban temblando, y los tres fueron con la mayor rapidez posible hacia el edificio más próximo.

La puerta del edificio se cerró tras ellos, y el calor los rodeó. Se detuvieron, jadeando. Los policías tenían la cara terriblemente roja e hinchada, no tanto a causa de las repentinas alteraciones atmosféricas como de las tensiones, como si hubieran temido quedar abandonados a su suerte allí fuera.

Cuatro miembros de la KVB, la policía secreta soviética, ataviados a la antigua usanza con trajes de lana pasadísimos de moda, anteriores al auge de la capa, estrechos zapatos Oxford de afilada puntera y corbatas de punto, surgieron de la nada. Era como si hubieran utilizado una supertecnología para desprenderse de las paredes de la antecámara en la que Lars y los dos policías estadounidenses del Bloque Oeste esperaban jadeantes.

Sin un solo sonido, en un lento y ritualizado momento de la verdad, los policías del Bloque Oeste y la policía secreta soviética intercambiaron identificaciones. Lars decidió que debían de llevar cinco kilos de acreditaciones por cabeza. El intercambio de tarjetas, carteras y claves encefálicas se hizo eterno.

Y nadie dijo nada. Ninguno de los seis miró siquiera a ninguno de los demás. Toda la atención permanecía rígidamente concentrada en las identificaciones.

Lars se apartó, encontró una máquina de chocolate caliente, introdujo una moneda y no tardó en tener su taza de papel; se quedó bebiendo de pie. Estaba cansado y era consciente de que le dolía la cabeza y no se había molestado en afeitarse. Se daba cuenta perfectamente del aspecto poco apropiado, degradado y simplemente lamentable que presentaba.

Y en aquel momento. En aquellas circunstancias.

Cuando los policías del Bloque Oeste hubieron concluido su intercambio de identificaciones con sus homólogos del Sector Este, dijo en tono cáustico:

—Me siento como una víctima de la Gestapo. Sacado de la cama en plena noche, sin afeitarse y con mi peor ropa, para tener que enfrentarme a...

—No va a tener que enfrentarse a un *Reichsgericht* —dijo uno de los policías del Sector Este, que lo había oído. Hablaba inglés con una precisión un poco artificial, probablemente porque lo había aprendido con educintas. Lars pensó inmediatamente en los robots, los androides y la maquinaria en general; no era un buen presagio. Se acordó de que aquella manera de hablar plana y monocorde solía estar asociada a ciertas subformas de enfermedad mental; de hecho, a las lesiones cerebrales en

general. Gimió en silencio. Acababa de comprender a qué se refería T.S. Eliot cuando decía que el mundo no terminaría con una explosión, sino con un gemido. El mundo terminaría con su inaudible gemido de queja ante el aspecto mecánico de quienes lo mantenían —y aquella era su verdadera situación, tanto si le gustaba afrontarlo como si no— en cautividad.

El Bloque Oeste, por razones que, naturalmente, no le confiarían para que las asimilara ni para que las apreciase, permitía que el encuentro con Lilo Topchev tuviera lugar bajo la jurisdicción de la Unión Soviética. Tal vez aquello indicara las pocas esperanzas que tenían el general Nitz y su séquito de que de aquello saliera algo de valor.

—Lo siento —le dijo al policía soviético—. No sé ni una palabra de alemán. Tendrá que explicármelo. —O si no, habría que consultárselo al Viejo Orville, allá en el piso. En aquel otro mundo, ahora perdido.

—Por supuesto. Los yanquis no hablan lenguas extranjeras —dijo el policía—. No obstante, su empresa tiene una delegación en París. ¿Cómo se las arregla?

—Me las arreglo —dijo Lars— teniendo una amante que habla francés, así como italiano y ruso, y que es tremenda en la cama, cosas todas ellas que puede encontrar en su expediente sobre mí. Es la directora de mi delegación de París. —Se volvió hacia los dos policías estadounidenses que lo habían llevado hasta allí—. ¿Se marchan?

—Sí, señor Lars —respondieron sin la menor señal de culpa ni preocupación. Un coro griego de abdicación de la responsabilidad humana, moral. Lars se quedó atónito. ¿Y si los soviéticos decidían no devolverlo? ¿Adonde acudiría el Bloque Oeste para obtener sus diseños de armas a partir de aquel momento? Suponiendo, naturalmente, que la apropiación de la atmósfera terrestre por parte de los satélites alienígenas fuera contenida...

Pero en realidad nadie creía que fuera a ocurrir.

Aquello era. Sí, era por aquello por lo que ahora era prescindible.

—Acompáñenos, señor Lars. —Los cuatro hombres de la KVB soviética se dispusieron a su alrededor y lo escoltaron mientras subía una rampa y atravesaba una sala de espera en la que había hombres y mujeres normales, individuos, sentados, esperando la llegada de un medio de transporte o de unos parientes. «Increíble —pensó Lars—; igual que un sueño.»

—¿Puedo parar a comprar una revista? —preguntó.

—Ciertamente. —Los cuatro hombres de la KVB lo condujeron a un gran expositor y lo observaron, como si fueran sociólogos, mientras Lars buscaba algo para leer que pudiera ser de su agrado. «¿La Biblia? —pensó—. O quizá debería probar lo contrario.»

—¿Qué les parece esto? —les preguntó a los hombres de la KVB al tiempo que

les mostraba un cómic impreso en colores baratos y chillones—. *El Hombre Cefalópodo Azul de Titán*. —Por lo que podía ver, era la basura más infame que había a la venta en aquel enorme mostrador. Lars pagó con una moneda de los Estados Unidos al dependiente automático y este le dio las gracias con su voz nasal y enlatada.

Mientras los cinco reanudaban la marcha, uno de los hombres de la KVB le preguntó:

—¿Tiene por costumbre leer cosas de ese tipo, señor Lars? —Su tono no podía ser más educado.

—Tengo una colección completa que se remonta hasta el volumen uno, número uno —dijo Lars.

No hubo respuesta; solo una sonrisa ceremoniosa.

—Sin embargo, ha perdido bastante —añadió Lars—. Durante el último año. —Enrolló el cómic y se lo metió en el bolsillo.

Después, mientras sobrevolaban los tejados de Fairfax a bordo de un aero vehículo del Gobierno militar de la URSS, desenrolló el cómic y le echó una mirada a la tenue luz cenital.

Naturalmente, nunca había examinado semejante basura. Era interesante. El Hombre Cefalópodo Azul, siguiendo una larga y muy honorable tradición, destruía edificios, dejaba fuera de combate a los bribones y se camuflaba al principio y al final de cada episodio como Jason Saint James, un gris operario de ordenadores. Aquello también, era habitual, por razones que se perdían en la oscuridad de la historia del arte de los cómics, pero tenía algo que ver con Nina Whitecotton, la chica de Jason Saint James, quien escribía una columna gastronómica para el *Chronicle-Times* de Monrovia, un periodoméstico mítico que se vendía en toda Africa Occidental.

La señorita Whitecotton, curiosamente, era negra. Y también lo eran todos los demás humanos de la tira cómica, incluido el Hombre Cefalópodo Azul cuando adoptaba la forma mortal de Jason Saint James. Y el escenario era, en todos los episodios, «una gran área metropolitana de algún lugar de Ghana».

El cómic iba dirigido al público afroasiático. Por algún capricho del mecanismo automático de distribución planetaria, había aparecido en Islandia.

En el segundo episodio, el Hombre Cefalópodo Azul se veía despojado temporalmente de sus superpoderes a causa de un meteorito de zulario, un raro metal «procedente del sistema de Betelgeuse». Y el dispositivo electrónico mediante el cual el ayudante del Hombre Cefalópodo Azul, Harry North, un catedrático de física de Leopoldville, le devolvía los poderes perdidos, justo a tiempo para que acabase con los monstruos llegados de «Agakana, el cuarto planeta de Próxima», era asombrosamente parecido al artículo 204 diseñado por Lars.

«¡Qué raro!» Lars siguió leyendo.

En el episodio número tres, con el que concluía el cómic, otra máquina que le resultaba particularmente familiar, aunque no consiguió situarla, entró en acción gracias a la astuta ayuda del siempre oportuno Harry North. El Hombre Cefalópodo Azul volvió a alzarse con la victoria, esta vez sobre las criaturas procedentes del sexto planeta de Orionus. Y menos mal que triunfaba, porque aquellas criaturas eran una auténtica abominación; el dibujante se había superado a sí mismo.

—¿Lo encuentra interesante? —preguntó uno de los hombres de la KVB.

«Lo encuentro —pensó Lars— interesante en la medida en que el guionista y/o el ilustrador han utilizado los servicios de la KACH para piratear algunas de mis ideas de mayor interés tecnológico. ¿Habría base para presentar una demanda civil?»

Sin embargo, aquel no era el momento apropiado. Lars dejó a un lado el cómic.

El aerocoche se posó en una azotea. El motor dejó de girar, e inmediatamente le abrieron la puerta para que se apeara.

—Se trata de un motel —le explicó uno de los hombres de la KVB con su manera de hablar artificialmente precisa—. La señorita Topchev ocupa la totalidad del establecimiento. Hemos desalojado a los otros huéspedes y asimismo hemos apostado centinelas para que se encarguen de la seguridad. No serán molestados.

—¿De verdad? ¿Por tus niños?

El hombre de la KVB reflexionó mientras le daba vueltas a la frase.

—Pueden llamar en cualquier momento para solicitar asistencia —dijo al fin—. Y, naturalmente, también pueden encargar bocadillos, café, licores...

—¿Medicamentos?

El hombre de la KVB volvió la cabeza. Como búhos solemnes, los cuatro miraron a Lars.

—Estoy tomando medicamentos —explicó Lars—. Creía que la KACH también les había informado de eso. ¡Dios, los tomo a todas horas!

—¿Qué medicamentos? —La pregunta había sido formulada con cautela y, muy posiblemente, con suspicacia.

—Escalatio —dijo Lars.

Aquella fue la gota que colmó el vaso. Consternación.

—¡Pero, señor Lars! ¡El escalatio tiene un efecto tóxico sobre el cerebro! ¡No llegaría a vivir seis meses!

—También tomo conjoricina —dijo Lars—. Contrarresta la toxicidad metabólica. Los mezclo, pulverizo con una cucharilla de café redondeada, convierto la mezcla en un precipitado hidrosoluble y me la inyecto...

—¡Pero, señor, se moriría! De convulsiones vasomotrices. En un plazo de media hora. —Los cuatro policías soviéticos parecían realmente consternados.

—El único efecto secundario que he notado es que moqueo un poco —dijo Lars.

Los cuatro hombres de la KVB debatieron, y luego uno de ellos le dijo a Lars:

—Traeremos a su médico del Bloque Oeste, el doctor Todt, por vía aérea, para que supervise sus procesos de inyección de medicamentos. Nosotros no podemos asumir semejante responsabilidad. Esa combinación de estimulantes ¿es imprescindible para que tenga lugar su estado de trance?

—Ajá.

Los hombres de la KVB volvieron a debatir entre ellos.

—Baje —le dijeron al final—. Se reunirá con la señorita Topchev, quien, que sepamos, no necesita fármacos. Quédese con ella hasta que hayamos traído al doctor Todt y sus dos medicamentos.

Lo miraron severamente.

—¡Debería habérselo dicho, o haberse traído los medicamentos y al doctor Todt! Las autoridades del Bloque Oeste no nos informaron. —Saltaba a la vista que se hallaban sinceramente enfadados.

—De acuerdo —dijo Lars, y echó a andar hacia la rampa de bajada.

Al cabo de un momento, acompañado por uno de los hombres de la KVB, se detuvo ante la puerta de la habitación de motel de Lilo Topchev.

—Tengo miedo —dijo en voz alta.

El hombre de la KVB llamó a la puerta.

—¿Lo asusta, señor Lars, la idea de oponer su talento al de nuestra médium? — La burla que se insinuaba en su tono era enorme.

—No, no se trata de eso —dijo Lars. «Lo que temo —pensó— es que Lilo resulte ser como dijo Kaminski, un saco de huesos y piel marchita, reseco y ennegrecido como el cuero de un bolso que se ha tirado a la basura. Consumida, quizá, por las exigencias de su vocación. Solo Dios sabe a qué la habrán obligado sus “clientes”. Porque en esta parte del mundo son mucho más duros e implacables... como nosotros hemos sabido en todo momento.

»De hecho —comprendió—, eso podría explicar por qué quería el general Nitz que nuestro esfuerzo conjunto en el diseño de armas tuviera lugar bajo la jurisdicción del Sector Este, y no del Bloque Oeste. Tal vez piense que funcionará mejor bajo su mando.

»En definitiva —pensó Lars, abatido—, durante todos estos años no he estado dando todo lo que podía llegar a dar de mí. Pero aquí, bajo la jurisdicción de la KVB, bajo la vigilancia del SeRKeB, el organismo más poderoso de la Unión Soviética, será distinto.»

El general Nitz confiaba más en la capacidad del Sector Este para obtener resultados de sus empleados que en la de su propia organización. Qué incomprensible y sorprendente resultaba aquel pequeño toque final, y aun así, qué verosímil.

«Y —comprendió Lars— yo también lo creo.

»Porque en realidad es muy probable que sea así.»

La puerta se abrió para revelar a Lilo Topchev.

Llevaba un jersey negro, unos pantalones y unas sandalias, y el cabello recogido en una coleta. No aparentaba, no tenía, más de diecisiete o dieciocho años. Su figura era la de una adolescente que empezara a alcanzar la madurez. En una mano sostenía un puro de forma incorrecta, torpemente, en un obvio intento de parecer adulta, para impresionarlos a él y al hombre de la KVB.

—Soy Lars Powderdry —dijo Lars con voz enronquecida.

Sonriendo, ella le tendió la mano. Era pequeña, suave, fresca, aplastable; la aceptó cautelosamente, con la máxima deferencia. Tenía la impresión de que un apretón desafortunado podría dejarla lesionada para siempre.

—Hola —dijo ella.

El hombre de la KVB lo introdujo en la habitación de un empellón. Y la puerta se cerró a sus espaldas, con el hombre de la KVB al otro lado.

Estaba a solas con Lilo Topchev. El sueño se había convertido en realidad.

—¿Hace una cerveza? —preguntó ella. Cuando habló, Lars observó que sus dientes eran impecablemente regulares, diminutos e iguales. Como los de una alemana. Nórdica, no eslava.

—Hablas el inglés de coña —dijo—. Me preguntaba cómo resolverían el problema del idioma. —Suponía que habría una tercera rueda, un intérprete competente y que intentaría pasar desapercibido, pero que siempre estaría presente—. ¿Dónde lo has aprendido? —le preguntó.

—En el colegio.

—¿De verdad? ¿Nunca has estado en el Bloque Oeste?

—Es la primera vez que salgo de la Unión Soviética —dijo Lilo Topchev—. De hecho, la mayor parte del Sector Este, sobre todo las zonas dominadas por los chinos, me está vedada. —Mientras se dirigía a paso rápido y decidido a la cocina de aquella lujosa suite de motel más o menos de clase cog para coger la lata de cerveza, de pronto hizo un gesto que atrajo la atención de Lars. Señaló la pared del fondo con un movimiento de la cabeza. Y entonces, vuelta hacia él y de espaldas a la pared, formó con los labios, sin emitir sonido, la palabra *vigilancia*.

Un sistema audiovisual controlaba diligentemente todas sus acciones. Por supuesto. No podía ser de otra manera. «He aquí el hacha —pensó Lars, acordándose de 1984, el gran clásico de Orwell—. Solo que en este caso sabemos que nos vigilan y, al menos teóricamente, los espías son nuestros buenos amigos. Ahora, todos somos amigos. Aunque, como dijo Aksel Kaminski, y no mentía, si Lilo y yo no conseguimos saltar como es debido a través del aro envuelto en llamas, nuestros buenos amigos nos asesinarán.

»Pero ¿quién puede culparlos? Eso se le pasó por alto a Orwell. Ellos podrían tener razón y nosotros podríamos estar equivocados.»

Lilo le dio la cerveza.

—Que haya mucha suerte —le dijo con una sonrisa.

«Ya estoy enamorado de ti», pensó él.

«¿Nos matarán —pensó— por eso? Que Dios se apiade de ellos en caso de que lo hagan. Porque ni ellos ni su civilización conjunta, el Este y el Oeste, serían merecedores de sobrevivir a ese precio.»

—¿Qué era eso de los medicamentos? —dijo Lilo—. Te he oído hablar fuera con los policías. ¿Es cierto o solo estabas, ya sabes, poniéndoles el trabajo un poco más difícil?

—Es cierto —dijo Lars.

—No he entendido los nombres de los medicamentos. A pesar de que tenía la puerta abierta y estaba escuchando.

—Escalatio.

—¡Oh, no!

—Y conjoricina. Los pulverizo, los mezclo...

—Ya he oído esa parte. Y te inyectas la mezcla; lo haces de verdad. Creía que solo lo decías para liarlos. —Lo contempló con una expresión de solemne dignidad a la que se superponía cierta diversión. Lo que sentía no era desaprobación ni conmoción, y tampoco se trataba de la indignación moral que había experimentado el hombre de la KVB, simple por naturaleza. Con ella se trataba de algo rayano en la admiración.

—Así que no puedo hacer nada hasta que llegue mi médico —dijo Lars—. Lo único que puedo hacer... —tomó asiento en una silla negra de hierro forjado— es beber cerveza y esperar. —«Y mirarte».

—Tengo medicamentos.

—Dicen que no tomas nada.

—Lo que digan tiene el valor del túnel hecho por un gusano en un montón de estiércol. —Se volvió hacia el receptor audiovisual que acababa de señalar con la cabeza—. ¡Y eso va por usted, Geschenko!

—¿Quién es ese?

—El comandante del servicio de inteligencia del Ejército Rojo que está al frente del equipo de vigilancia de la KVB y que verá la cinta que están grabando en este preciso instante. ¿No es así, comandante? —le dijo al dispositivo de vigilancia.

—Verás —le explicó tranquilamente a Lars—, soy una convicta.

El se la quedó mirando.

—Quieres decir que cometiste un delito tipificado por la legislación, fuiste juzgada y...

—Fui juzgada y se me declaró culpable. Todo funciona como un seudo... no sé cómo llamarlo. Un mecanismo; eso es: un mecanismo. Mediante el cual en este

momento soy, a pesar de todas las garantías políticas y civiles que contiene la Constitución de la URSS, una persona inhabilitada. No tengo derecho a recurrir a los tribunales soviéticos; ningún abogado puede sacarme de aquí. No soy como tú. Sé mucho de ti, Lars, o señor Lars. O señor Powderdry, como prefieras. Ya sé cuáles son tus circunstancias en el Bloque Oeste. ¡Cómo he envidiado a lo largo de los años tu posición, tu libertad y tu independencia!

—Crees que podría hacerles un corte de mangas en cualquier momento —dijo Lars.

—Sí. Lo sé. La KACH me lo contó; llegó hasta mí, a pesar de los habitantes del estercolero como Geschenko.

—La KACH te mintió —dijo Lars.

DIECISÉIS

Lilo *parpadeó*. El puro apagado y la lata de cerveza temblaron.

—Ahora me tienen en su poder tanto como te han tenido a ti —dijo Lars.

—¿No te ofreciste voluntario para venir a Fairfax?

—¡Oh, claro que sí! —Asintió—. De hecho, me encargué personalmente de venderle la idea al mariscal Paponovich. Nadie me obligó a venir; nadie me puso una pistola en la cabeza. Pero alguien sacó una vieja pistola del cajón de una mesa, me la enseñó y me lo dijo.

—¿Un hombre del FBI? —Los ojos de Lilo eran enormes, como los de una niña que oyerá contar las proezas de personajes fabulosos.

—No, no era un hombre del FBI, técnicamente. Era un amigo del FBI, en este mundo lleno de amistad y cooperación en que vivimos. No tiene importancia; no tenemos por qué deprimimos hablando de esto. Pero deberías saber que podrían haber acabado conmigo en cualquier momento. Y cuando importó, me lo hicieron saber.

—Así que no has sido tan diferente —dijo Lilo con voz pensativa—. Había oído decir que eras toda una *prima donna*.

—Y es cierto —dijo Lars—. Soy una persona bastante difícil. No soy alguien con quien se pueda contar. Pero aun así, pueden conseguir de mí lo que quieran. ¿Qué otra cosa importa?

—Supongo que nada más —dijo ella, obedientemente.

—¿Qué medicamentos tomas?

—Formofano.

—Suena como una nueva marca de espejos unidireccionales. —A Lars no le sonaba de nada—. O un cartón de leche que se abre solo y se vierte encima de los cereales sin derramar una gota.

—El formofano es raro —dijo Lilo, entre tragos, torpes y adolescentes, de su lata de cerveza—. No está disponible en el Oeste. Lo fabrica una empresa de Alemania Oriental que desciende de algún antiguo cártel farmacéutico prenazi. De hecho, se fabrica... —Se detuvo. Obviamente, estaba considerando si sería prudente terminar la frase—. Se fabrica expresamente para mí —dijo, al fin.

Bien, ya estaba hecho; se lo había dicho.

—El Instituto Pavlov de Nuevo Moscú pasó seis meses analizando mi metabolismo cerebral para averiguar qué se podía hacer con vistas a... mejorarlo. Al final dieron con esa fórmula, la fotocopiaron y se la entregaron a Chemie AG. Y cada mes, Chemie AG produce sesenta pastillas de un cuarto de gramo de formofano.

—¿Y qué hace?

—No lo sé —dijo Lilo, con mucho cuidado.

Él sintió miedo. Por ella. Por lo que habían hecho y podían volver a hacer en

cuanto quisieran.

—¿No notas ningún efecto? —preguntó—. ¿Una inmersión más profunda en el estado de trance? ¿Una duración mayor? ¿Menos efectos secundarios? Tienes que notar algo. Una mejora de los bocetos. Tienen que estar dándotelo para mejorar tus bocetos.

—O para evitar que muera —dijo Lilo.

El miedo de Lars se intensificó.

—¿Por qué ibas a morir? Explícate. —Mantuvo la voz baja, desprovista de afecto; le salió despreocupada—. Pese a la naturaleza epileptoide de...

—Soy una persona muy enferma —dijo Lilo—. Mentalmente, sufro lo que llaman depresiones. No son depresiones y lo saben; por eso he pasado y siempre pasaré mucho tiempo en el Instituto Pavlov. No resulta nada fácil mantenerme en funcionamiento, Lars. Es así, y hay que aceptarlo. Es un obstáculo que hay que superar todos los días, y el formofano ayuda. Me alegro de que me lo proporcionen, porque no me gustan las «depresiones» o lo que quiera que sean. ¿Sabes en qué consisten? —Se inclinó hacia él, apremiante—. ¿Quieres saberlo?

—Claro.

—Una vez me dediqué a observarme la mano. Se reseco, murió y se convirtió en la mano de un cadáver. Se pudrió hasta quedar reducida a polvo. Después se convirtió en la totalidad de mí; dejé de vivir. Y luego... volví a vivir. De otra manera, en la otra vida que seguirá a esta. Después de la muerte... Di algo. —Esperó.

—Bueno, eso debería interesar a las instituciones religiosas establecidas. —Fue todo lo que se le ocurrió, por el momento.

—¿Crees, Lars, que nosotros dos podemos hacer lo que quieren? —le preguntó Lilo—. ¿Podemos dar con una «pistola de rayos»? Ya sabes. Un arma, detesto decirlo, un arma de verdad.

—Claro.

—¿De dónde la vamos a sacar?

—Del lugar que... visitamos. Como si tomáramos psilocibina. Que, como sabrás, está relacionada con la epinefrina, una hormona suprarrenal. Pero a mí siempre me ha gustado pensar en ello como si estuviéramos tomando teonanácatl.

—¿Y eso qué es?

—Una palabra azteca. Significa «carne de dios» —le explicó—. La conoces por el nombre de su alcaloide: mescalina.

—¿Tú y yo visitamos el mismo lugar?

—Probablemente.

—¿Y dónde has dicho que está? —Ladeó la cabeza, esperando, escuchando, observando—. No lo has dicho. ¡No lo sabes! Yo sí.

—Entonces dímelo.

—Si tomas formofano —dijo Lilo. Se levantó y desapareció en la otra habitación. Regresó con dos pastillas blancas, que le tendió.

Por motivos que no conocía y, en realidad, francamente no le interesaban, Lars procedió obedientemente, sin siquiera una protesta verbal, a tragarse las dos pastillas con la cerveza. Se le quedaron atascadas en la garganta durante un momento. Parecieron quedarse pegadas, y luego dejaron atrás el punto desde el cual habría sido posible expulsarlas mediante una tos. El fármaco había pasado a formar parte de él. Fueran cuales fueran los efectos y las consecuencias a largo plazo, había ingerido aquel producto químico impulsado por la confianza. Ya estaba hecho, y no había que darle más vueltas.

Confianza, comprendió, no en el fármaco sino en Lilo Topchev.

—Cualquiera que haga eso es... una persona que ha fracasado. —Le dijo Lilo, para su sobresaltada sorpresa. Parecía triste, pero no decepcionada. Era como si la confianza de Lars le hubiera reforzado algún profundo pesimismo instintivo. ¿O se trataba de algo más? ¿El fatalismo eslavo, tal vez?

Lars tuvo que reír; la estaba caricaturizando. Cuando en realidad todavía no sabía nada de ella y, por el momento, no podía descifrarla en lo más mínimo.

—Vas a morir —dijo Lilo—. Me das miedo, y llevaba mucho tiempo esperando a que se me presentara la ocasión de hacer esto. —Sonrió—. Siempre me han dicho que si yo les fallase, los agentes de la KVB que operan en el Bloque Oeste te secuestrarían, te llevarían a Bulganingrado y te utilizarían, y a mí me tirarían a lo que llaman *el basurero de la historia*. A la antigua usanza. La de Stalin.

—Ni se me pasa por la cabeza que me estés diciendo la verdad —dijo él.

—No crees que has venido hasta tan lejos solo para que yo te asesine.

Él asintió.

—Tienes razón —suspiró Lilo después de una pausa.

Él sintió que se le distendía el cuerpo de puro alivio, y su respiración se reanudó.

—Me das miedo —continuó Lilo—. Es verdad que me amenazaron, y siempre tenía la amenaza colgada sobre la cabeza, hasta que llegó un momento en que ya no soportaba ni siquiera pensar en ti. Y supongo que vas a morir. Todos los demás mueren. Es lo que ha pasado siempre, hasta ahora. Pero no a causa de lo que te acabo de dar. Es un estimulante del metabolismo cerebral parecido a la serotonina; es exactamente lo que he dicho, y te lo he dado porque estoy terriblemente interesada en ver el efecto que tiene en ti. ¿Sabes lo que quiero hacer? Probar tus dos medicamentos junto con el mío. No nos limitaremos a combinar el talento. También combinaremos los estimulantes metabólicos, a ver qué sale. Porque... —titubeó como una niña, patentemente sombría pero llena de emoción al mismo tiempo— tenemos que conseguirlo, Lars. Es necesario.

—Lo conseguiremos —la tranquilizó.

Y entonces, mientras estaba sentado allí con la lata de cerveza en la mano (se había puesto a examinarla distraídamente y había reparado en que era una cerveza danesa, oscura, excelente), sintió que le hacía efecto el medicamento.

De pronto, con una oleada tan terrible como un incendio, el efecto se hizo abrumador y Lars se levantó, tambaleándose, con las manos extendidas. La lata de cerveza cayó y rodó, mientras su contenido manchaba la alfombra, oscuro, espumeante, horrible, como si un gran animal hubiera sido sacrificado allí y se le escurriera la vida de las venas sin que pudiera hacer nada por evitarlo. «Como si — pensó Lars— acabara de adentrarme en la muerte, a pesar de todo lo que me ha dicho ella. ¡Santo Dios! Me he abierto en canal en un esfuerzo por... obedecer.

»¿A qué estoy obedeciendo? —se preguntó—. La muerte puede hacerse pasar por otra cosa. Puede pedirle a alguien la piel con palabras enigmáticas y hacerle pensar que es algo completamente distinto, una alta autoridad, alguna cualidad espiritual y libre de la cual se debería disfrutar. Eso es lo único que quiere uno, verse complacido. Y en lugar de eso... ya es suyo. No de ellos, sino de la muerte. A ellos también les encantaría, pero no están en disposición de pedirlo.

»Sin embargo, ese alguien la entrega gratuitamente, antes de tiempo. Eso a ellos no les gustaría nada. La tiranía tiene su propio ritmo. No aprecia que uno se precipite hacia ella prematuramente más que se intente retroceder sin ser visto, quedarse atrás, alejarse, que pretenda huir de cualquier otra manera. Ni siquiera, Dios no lo permita, más que la posibilidad de que se plante cara.»

—¿Qué ocurre? —La voz de Lilo, distante.

—Tu serotonina me ha hecho efecto —dijo con dificultad—. No el que debería. El alcohol, la cerveza. Quizá. Puedes... decirme. —Dio un paso hacia adelante, dos—. El cuarto de baño.

Lilo lo guio, asustada. Él distinguió el aleteo de su pelo como las alas de un murciélago, su rostro marcado por el auténtico miedo mientras lo conducía.

—No te preocupes —dijo él—. Voy al... —Y entonces pereció.

El mundo se había esfumado; Lars estaba muerto y se encontraba en un mundo terrible, lleno de luz, que ningún hombre había conocido jamás.

DIECISIETE

Había un hombre, casi semejante a un ídolo, tallado en la claridad pétrea de su estructura facial. Se hallaba inclinado sobre Lars, con un elegante uniforme que incluía un grupo de condecoraciones de distintos colores.

—Ahora está vivo —dijo el hombre.

Dos representantes de la profesión médica permanecían inmóviles junto a él. Llevaban unas batas blancas que llegaban hasta el suelo. Lars vio el equipo de emergencia institucional, tremendamente caro, grandes máquinas provistas de conductos, indicadores y motores autosuficientes, todo ello en febril funcionamiento. El aire olía a ionización altamente positiva y a productos químicos. Vio una mesa con varios instrumentos, uno de los cuales reconoció: se empleaba para practicar ectasias traqueales de emergencia.

Pero aquellos médicos soviéticos no habían tenido que utilizarlo con él. Había vuelto en sí a tiempo.

El dispositivo de vigilancia, comprendió. Oculto en la pared, suministrando continuamente su material visual y auditivo. Montando guardia con vistas a sus propios y siniestros fines ulteriores. Lo habían visto desplomarse y habían pedido ayuda, a tiempo para salvarlo.

No le habría bastado con llegar al cuarto de baño.

—¿Comandante Geschenko? —le dijo al oficial uniformado y condecorado del Ejército Rojo, con su cuello almidonado y sus hombreras de gala.

—Sí, señor Lars. —A causa del alivio, el oficial se había quedado pálido y había adquirido un aspecto gomoso—. Ha sido el nervio vago. Algo relacionado con el bulbo raquídeo y, sobre todo, con el esófago; no he entendido del todo. Pero la situación ha sido excepcionalmente apurada, durante uno o dos minutos. Naturalmente, en el último momento lo habrían refrigerado y se lo habrían llevado por vía aérea. Pero... —Agitó la mano.

—Ha estado cerca. —Lars se mostró de acuerdo—. He sentido la proximidad. —Ya podía ver a Lilo Topchev. Estaba acurrucada junto a la pared del fondo, encogida sobre sí misma y mirándolo fijamente.

—¿Crees que lo he hecho a propósito? —dijo Lilo.

Su voz era lejana y apenas audible para él. Durante un momento creyó que eran imaginaciones suyas, pero luego se dio cuenta de que ella había hecho realmente la pregunta. Y se dio cuenta de la respuesta. Conocía la verdad.

Pero en voz alta, principalmente para protegerla, dijo:

—Un accidente.

—Lo ha sido —dijo Lilo débilmente.

—Me parece que todos somos conscientes de eso —dijo el comandante

Geschenko, con un dejo de tensa irritación—. Una reacción alérgica.

«¿Cree a Lilo? —se preguntó Lars—. ¿Un hombre con esa ocupación? ¿O es que se supone que yo no debo saberlo?

»No, señor —pensó—; a usted no lo habrá engañado. Usted es un profesional. Y hasta yo puedo distinguir un accidente de un acto deliberado. Esto ha sido deliberado. Ella lo ha intentado y después se ha asustado porque también habría supuesto su fin. Ha tenido que comprenderlo al ver que el medicamento empezaba a surtir efecto, la violencia de la respuesta somática. En el fondo, todo se reduce a que no es adulta. No podía preverlo.

»Pero ¿por qué? —se preguntó—. ¿Por miedo a que yo la sustituya? O por un miedo de un tipo completamente distinto.

»Un miedo mucho más racional.»

—Es el arma —dijo, dirigiéndose a Lilo.

—Sí. —Ella asintió rígidamente.

—Has pensado que vendría —dijo él—. Por medio de nosotros, como ellos esperaban.

—Sería excesivo —dijo Lilo.

El comprendió.

—Los viejos tiempos, antes de los Protocolos —dijo—. Cuando no había ningún acuerdo. Ningún fraude. Cuando todo se hacía de verdad.

—Estaban regresando —dijo ella en un susurro—. Lo noté nada más verte. Lo haríamos juntos y entonces estaría hecho, y nadie podría cambiarlo. Llegaríamos con nuestra consciencia ampliada hasta allí donde ellos no pueden ir, ni siquiera tomando una combinación de mescalina, psilocibina, *Psilocibe mexicana*, *Stropharia cubensis* y dietilamida de ácido d-lisérgico; no pueden seguimos. Y lo saben.

Irritado, el comandante Geschenko le dijo en voz alta, casi un grito:

—¡Los satélites! ¡Tres! ¿Me oyes? ¡Y habrá un cuarto, y un quinto, y será el fin de todos nosotros!

—Está bien —dijo ella, con serenidad—. Te he oído. No cabe duda de que tienes razón. —Sonaba derrotada.

A Lars, el comandante Geschenko le dijo con una furia sardónica y acida:

—No cabe duda. —Escrutó a Lars, buscando su reacción.

—Nunca tendrá que preocuparse por mí ni por mi actitud —dijo Lars con dificultad—. Ella está equivocada, emocionalmente. Veo claramente por qué la han tenido siempre vigilada. Lo entiendo perfectamente. A partir de ahora, quiero que el doctor Todt...

—El doctor Todt llegará dentro de unos minutos —le aseguró el comandante Geschenko—. Y estará con usted constantemente, así que la oportunidad de que ella intente alguna otra treta psicopática con la que defenderse de un ataque imaginario no

será ni remotamente posible.

Y si usted quiere, además, uno de nuestros oficiales del cuerpo médico puede...

—Basta con Todt —dijo él, y se incorporó.

—Espero que tenga razón —dijo el comandante Geschenko, con un tono que parecía indicar que tenía serias reservas—. En cualquier caso, respetaremos sus preferencias en este asunto. —A Lilo le dijo—: ¿Sabe que podrían procesarla?

Ella no dijo nada.

—Quiero correr el riesgo —dijo Lars—. Quiero seguir trabajando con ella. En realidad, todavía no hemos empezado a trabajar. Deberíamos, ahora mismo; me parece que la situación así lo exige.

Con las manos temblorosas, sin decir palabra, Lilo Topchev volvió a encender el puro. Haciendo como si Lars no estuviera allí, con la mirada fija en la cerilla que tenía en la mano, exhaló una bocanada de humo gris.

Entonces él supo que no confiaría en ella durante mucho, mucho tiempo. Ni siquiera la entendería.

—Oiga —le dijo al comandante Geschenko—, ¿cuenta usted con la autoridad necesaria para pedirle apague ese puro? Hace que me resulte difícil respirar.

Dos hombres de la KVB de paisano fueron inmediatamente hacia Lilo.

Ella tiró al suelo el puro encendido, desafiante.

La habitación quedó sumida en el silencio mientras todos la miraban.

—No va a recogerlo —dijo Lars—. Pueden esperar eternamente.

Un hombre de la KVB se agachó, cogió el puro y lo aplastó en un cenicero cercano.

—Pero trabajaré contigo —dijo Lars—. ¿Me sigues? —La observó con gran atención, tratando de averiguar qué pensaba y sentía en aquel momento, pero no vio nada. Ni siquiera los profesionales que había alrededor de él parecían tener ninguna pista. «Ha conseguido eludimos —pensó—. Tendremos que seguir adelante sobre esta mala base. Y además tiene nuestra vida en esas manos infantiles suyas.

»Santo Dios —se dijo—, ¡menudo desastre!»

El comandante Geschenko lo ayudó a levantarse. Todos los presentes trataron de ayudar, estorbándose entre sí en una escena de película muda que, en cualquier otro momento, Lars habría encontrado muy graciosa. El comandante se lo llevó a un extremo de la habitación en el que los dos podrían hablar a solas.

—Entenderá por qué hemos podido llegar hasta usted tan pronto —dijo Geschenko.

—Ella me ha señalado los receptores de audio y vídeo —dijo Lars.

—Y entenderá por qué se han instalado.

—Eso me da igual.

—Lilo Topchev realizará su trabajo —le aseguró el comandante Geschenko—. La

conocemos. Al menos hemos tratado de acumular suficientes datos para poder predecirlo.

—Sin embargo, no previeron esto.

—Lo que no previmos —dijo Geschenko— fue que un preparado benigno para el metabolismo cerebral de Lilo resultaría tóxico para el suyo. Y lo que nos tiene perplejos es que ella lo supiera, a menos que se tratase de una conjetura por su parte.

—No creo que se tratase de ninguna conjetura.

—¿Los médiums tienen algún poder precognitivo?

—Quizá —dijo Lars—. ¿Está enferma en el sentido clínico?

—¿Quiere decir psicológicamente? No. Lilo Topchev es capaz de todo; está llena de odio, no somos de su agrado y no quiere cooperar. Pero no está enferma.

—Prueben a dejar que se marche —dijo Lars.

—¿Que se marche? ¿Adonde?

—A cualquier sitio. Pónganla en libertad. Aléjense de ella. Déjenla sola. No lo entiende, ¿verdad? —Era evidente que estaba perdiendo el tiempo, pero aun así, decidió seguir intentándolo. El hombre al que se estaba dirigiendo no era un idiota ni un fanático. Geschenko solo se hallaba firmemente atrapado en las garras de su entorno—. ¿Sabe usted qué es una fuga? —le preguntó al comandante.

—Sí. Una huida.

—Déjela correr hasta que haya corrido lo suficiente para... —Titubeó.

En tono burlón, Geschenko dijo, con la sabiduría de una edad que no se confinaba a la suya, que no estaba limitada a aquel mundo soviético de su aquí y ahora:

—¿Para qué, señor Lars?

Aguardó una respuesta.

—Quiero sentarme con ella y empezar cuanto antes con el trabajo que tenemos que llevar a cabo —dijo Lars con obstinación—. A pesar de todo. No deberíamos permitir que lo que ha sucedido cause ningún retraso, porque eso estimularía su tendencia a tomar medidas para disolver el esfuerzo cooperativo que tenemos que emprender. Así que haga salir de aquí a todos los demás y déjeme ver a mi médico.

—Me gustaría hacerle un multifásico —dijo el doctor Todt.

Lars le puso la mano en el hombro y dijo:

—Ella y yo tenemos que trabajar. Ya haremos las pruebas en algún otro momento. Cuando volvamos a Nueva York.

—*De gustibus* —dijo con un tono lleno de fatalismo el doctor Todt, alto, taciturno y de puntiaguda nariz— *non est disputandum*. Creo que está loco. No nos han revelado la fórmula de ese veneno, así que no podemos analizarla. Solo Dios sabe qué le ha hecho.

—No me ha matado, y tendremos que conformarnos con eso. En cualquier caso, mantenga los ojos bien abiertos todo el tiempo durante nuestro estado de trance. Y si

tiene algún dispositivo de medición que quiera conectarme...

—Oh, sí. Lo supervisaré continuamente por electrocardiograma y electroencefalograma. Pero solo a usted. No a ella. No es paciente mía, así que ellos pueden asumir la responsabilidad. —El tono del doctor Todt estaba cargado de veneno—. ¿Sabe lo que opino?

—Que debería irme a casa —dijo Lars.

—El FBI puede sacarlo de...

—¿Tiene las cápsulas de escalatio y conjoricina?

—Sí, y demos gracias a Dios de que esta vez no se las vaya a inyectar. Es la primera decisión racional que ha tomado —dijo Todt, y le entregó dos pequeños sobres abultados.

—No me atrevo a inyectármelo. Podría potenciar el efecto de ese maldito veneno. —Había captado la advertencia. Tardaría cierto tiempo en volver a correr riesgos, incluso con aquellos medicamentos con cuya acción estaba familiarizado. O con la que imaginaba que estaba familiarizado.

Lars fue hacia Lilo Topchev y se detuvo ante ella, que le devolvió la mirada sin inmutarse.

—Bueno —dijo a modo de introducción apaciguadora—. Supongo que podrías haberme dado cuatro pastillas en vez de dos. Podría haber sido peor.

—Oh, demonios —dijo ella con gesto trágico—. Me rindo. No hay manera de escapar de esta estúpida fusión de nuestras mentes, ¿verdad? Tengo que dejar de ser un individuo, en la escasa medida en que me lo han permitido hasta ahora. ¿No te sorprenderías, señor Lars, si resultara que he sido yo la que ha puesto esos satélites allí arriba? ¿Por medio de un talento parapsicológico del que nadie sabe nada todavía? —Sonrió alegremente. La idea parecía complacerla, aunque solo se trataba de una fantasía, patentemente falsa—. ¿Te asusta oírme decir eso?

—No.

—Seguro que podría asustar a alguien. Cielos, si yo dispusiera de acceso a los medios de comunicación, como... Quizá podrías decirlo por mí; podrías citarme.

—Empecemos —dijo Lars.

—Si trabajas al unísono conmigo —dijo Lilo Topchev en voz baja—, te prometo que te ocurrirá algo. No sigas adelante con esto. Por favor.

—Ahora —dijo él—. Con el doctor Todt presente.

—El doctor Muerte.

—Perdona, ¿cómo dices? —Aquello lo había dejado perplejo.

—Así es —dijo el doctor Todt desde detrás de él—. Eso es lo que significa mi nombre en alemán. Tiene toda la razón.

—Y eso es lo que veo —dijo Lilo, mitad para sí, en lo que casi era un canturreo—. Veo la muerte. Si seguimos adelante.

El doctor Todt le tendió un vaso de agua a Lars.

—Para su medicación.

Como si siguiera un ritual, como hacía antes de cada estado de trance, Lars se tragó una cápsula de escalatio y otra de conjoricina. Las ingirió, en vez de inyectárselas. El método difería, pero el resultado, esperaba, sería exactamente el mismo.

Observándolo con los ojos entornados, el doctor Todt dijo:

—Si el formofano, que tan esencial es para ella, resulta tóxico para usted, porque le inhibe el sistema nervioso simpático, podría preguntarse en qué manera se distingue la estructura de su talento parapsicológico del de ella. Porque eso es una clara prueba de que existe una diferencia. Radical, de hecho.

—¿No cree que ella y yo podamos operar juntos?

—Probablemente no —dijo el doctor Todt en voz baja.

—Supongo que pronto lo sabremos —dijo Lars.

Lilo Topchev, apartándose de su sitio junto a la pared del fondo, fue hacia él y dijo:

—Sí, supongo que así será.

Le brillaban los ojos.

DIECIOCHO

Cuando Surley Febbs llegó a Festung (Washington DC), se asombró al descubrir que, a pesar de que su documentación identificativa era meticulosamente perfecta, no podía entrar.

A causa de los satélites alienígenas hostiles se habían implantado nuevas medidas, formalidades y procedimientos de seguridad. Los que ya estaban dentro se quedaban dentro. Surley G. Febbs, por el contrario, estaba fuera.

Y por consiguiente, allí se quedó.

Abatido, sentado en un banco de un parque del centro, desde el que contemplaba con apática frustración a un grupo de niños que jugaban, Febbs se preguntó: «¿Para esto he venido? ¡Quiero decir que, bueno, esto no tiene nombre! Me notifican que he pasado a ser proconsumio y luego, cuando comparezco, van y no me hacen caso».

No había quien lo entendiera.

«Y todo eso de los satélites no es más que una excusa —comprendió—. Los muy cabrones quieren, simplemente, conservar el monopolio del poder. Cualquier persona con dos dedos de frente y que tenga un poco de ojo para estos asuntos, que haya dedicado mucho tiempo a estudiar la mente humana y la sociedad, como he hecho yo, puede verlo a la legua.

»Lo que necesito es un abogado —decidió—. Un asesor jurídico de primera fila, cuyos servicios podría contratar si quisiera.»

Pero no le apetecía ponerse a gastar dinero inmediatamente.

¿Debería acudir a los periodomésticos, entonces? Pero sus páginas estaban llenas de llamativos titulares sensacionalistas referentes a los satélites. Aquello era lo único que le importaba a la gran masa de los saps; les daban igual cosas como los valores humanos y lo que se hacía a ciertos ciudadanos. Como de costumbre, el ignorante palurdo medio estaba completamente cautivado por la basura del día. No así Surley G. Febbs. Pero aquello seguía sin abrirle la entrada del kremlin de debajo de Festung (Washington DC).

Una anciana aparición tambaleante ataviada con lo que parecían los muy zurcidos, remendados y lavados restos de un uniforme militar apareció por el sendero del parque. Fue lentamente hacia el banco en el que estaba sentado Febbs, titubeó y tomó asiento con un ruidoso crujir de articulaciones.

—Buenas tardes —dijo el viejo con un graznido oxidado. Suspiró, tosió y se frotó con el dorso de la mano los labios húmedos, que recordaban el aspecto del hígado.

—Mmmmmm —gruñó Febbs. No tenía ganas de hablar, y menos con aquel espantapájaros harapiento. Debería estar en un asilo para veteranos, se dijo, dándoles la lata a otros veteranos boches; todos aquellos viejos que ya no servían para nada y deberían llevar mucho tiempo muertos.

—Fíjese en esos crios. —El anciano veterano de guerra señaló y Febbs no pudo evitar mirar en aquella dirección—. Juegan a la tula ¿Sabe usted de dónde viene el nombre? De «tú la llevas». —El veterano rio. Febbs gimió—. Eso se remonta a antes de que usted naciera. Los juegos no cambian nunca. El mejor juego que se ha inventado jamás es el Monopoly. ¿Ha jugado alguna vez?

—Mmmmmm —dijo Febbs.

—Tengo un tablero de Monopoly —dijo el viejo veterano de guerra—. No lo llevo encima, pero sé dónde puedo hacerme con él. En el club. —Volvió a señalar; su dedo era como una ramita de un árbol en invierno—. ¿Quiere jugar?

—No —dijo Febbs claramente.

—¿Por qué no? Es un juego para adultos. Yo lo juego todo el tiempo, a veces hasta ocho horas al día. Siempre compro las propiedades de alto precio que hay al final, como el parque...

—Soy proconsumio —dijo Febbs.

—¿Y eso qué es?

—Un alto cargo del Bloque Oeste.

—¿Es usted militar?

—Ni hablar. —¡Militares! ¡Culos gordos!

—El Bloque Oeste —dijo el viejo veterano— está dirigido por militares.

—El Bloque Oeste —dijo Febbs— es una *Gestalt* económica y política donde la responsabilidad de que funcione con eficacia recae en última instancia sobre los hombros de un Consejo heterogéneo formado por...

—Ahora están jugando al *snum* —dijo el viejo veterano.

—¿Qué?

—El *snum*. Me acuerdo de ese juego. ¿Sabía usted que estuve en la Gran Guerra?

—Pues qué bien —dijo Febbs, y decidió que ya iba siendo hora de ponerse en movimiento. En su estado de ánimo actual, después de que se le hubiera negado su derecho legal a ocupar un asiento en el Consejo de Segnac de las NU-O, no estaba dispuesto a escuchar un prolijo relato de las «hazañas» de aquella reliquia senil, harapienta y cargada de achaques.

—Era el encargado de mantenimiento de un GDT. Y estaría en mantenimiento, pero iba de uniforme. Estuvimos en primera línea. ¿Ha visto alguna vez un GDT en acción? Una de las mejores armas tácticas que se han inventado nunca, pero siempre tenía problemas en el dispositivo de alimentación. Una sobrecarga y se quemaba toda la torreta. Probablemente se acordará. O quizá eso era antes de su época. Bueno, el caso es que teníamos que evitar que la retroalimentación...

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Febbs, retorciéndose de irritación mientras se levantaba del banco y se disponía a alejarse.

—Un cono de dispersión se desprendió del sistema de válvulas hidráulicas y me

dio de lleno —estaba diciendo el viejo veterano mientras Febbs se alejaba.

A cualquier cosa llamaban Gran Guerra, se dijo Febbs. Alguna revuelta sin importancia en alguna colonia. Algún pequeño disturbio que no duraría más de un día. ¡Y lo del GDT! A saber qué viejo montón de chatarra pasada de moda sería aquello; probablemente, algún modelo perteneciente a la antiquísima serie 100. Debería ser obligatorio eliminar a los operarios junto con sus armas; era una vergüenza que un viejo desecho humano como aquel hiciera perder el tiempo a las personas realmente valiosas.

Como se había visto obligado a irse del parque, Febbs decidió hacer un nuevo intento de entrar en el kremlin.

—¡Esto es una transgresión de la constitución del Bloque Oeste! —le decía al guardia que estaba de servicio en la entrada—. Si yo no estoy presente, eso que tienen reunido allí abajo no es más que un falso consejo de opereta. Nada de lo que decida es legal sin mi voto. Llame a su superior inmediato, a su oficial de servicio. ¡Dígaselo!

El centinela siguió mirando hacia delante con expresión pétrea.

De pronto, un enorme aerocoché negro del Gobierno apareció sobre ellos y descendió hacia la pista de cemento que se encontraba más allá del puesto del guardia. El centinela se apresuró a empuñar un transmisor-receptor de vídeo y empezó a dar órdenes.

—¿Quién es? —preguntó Febbs, devorado por un hormiguero de curiosidad.

El aerocoché tomó tierra. Y de él salió... el general George Nitz.

—¡General! —chilló Febbs; su voz atravesó la barrera reforzada controlada por el guardia hasta llegar al hombre uniformado que acababa de aparecer—. ¡Soy uno de los suyos! Tengo papeles que demuestran que soy un representante legal asignado al Consejo, un proconsumio, y exijo que ejerza ahora mismo su autoridad para que me dejen entrar, o de lo contrario presentaré una demanda civil por agravios o algo parecido! ¡Todavía no he consultado a ningún abogado, pero le aseguro que hablo en serio, general! —Su voz se desvaneció mientras el general Nitz seguía su camino y desaparecía dentro del edificio superficial que constituía la ínfima parte de Festung situada por encima del suelo.

Un frío viento de Washington DC sopló alrededor de las piernas de Febbs. No había más sonido que el de la voz del guardia, que daba instrucciones por su videófono.

—Maldita sea —dijo Febbs, lleno de desesperación.

Un pequeño y bastante maltrecho aerocoché civil de alquiler fue hacia la barrera y se detuvo ante ella. Se bajó una mujer de mediana edad que llevaba un anticuado abrigo de paño de color gris oscuro. Se acercó al guardia y dijo, tímidamente pero con cierto aire de firmeza:

—Joven, ¿cómo puedo llegar al Consejo de Segnac de las NU-O? Me llamo Martha Raines y me acaban de nombrar proconsumia. —Hurgó en el bolso en busca de pruebas con que respaldar su afirmación.

El guardia bajó el videófono y dijo:

—No se admite a nadie con un pase a partir de la clase AA, señora. Desde las seis de esta mañana, zona temporal ciento cincuenta, se encuentra vigente la normativa prioritaria de seguridad para clasificación en situaciones de emergencia. Lo siento, señora. —Volvió a dirigir su atención hacia el videófono.

Febbs se acercó, pensativo, a la mujer de mediana edad.

—Señorita, me encuentro exactamente en la misma lamentable situación que usted —dijo Febbs—. Nos están negando el ejercicio de nuestras prerrogativas legales, y he considerado seriamente la posibilidad de litigar contra las partes responsables.

—¿Es por esos satélites? —preguntó Martha Raines con una vocecita de ratón. Pero sus sospechas casi igualaban las de Febbs—. Tiene que ser por eso. Todo el mundo está ocupadísimo con los satélites y no se preocupa por nosotros. He venido directamente desde Portland, en Oregón, y no merezco que se me trate así; he renunciado voluntariamente a mi tienda de tarjetas de felicitación, se la he traspasado a mi cuñada, para poder cumplir con mi deber patriótico. ¡Y fíjese ahora! Ya estoy viendo que no nos van a admitir. —Parecía más perpleja que enfadada—. Esta es la quinta entrada en la que lo intento —le explicó a Febbs, satisfecha de tener por fin un público comprensivo—. He probado las puertas C y D, incluso la E y la F, y ahora esta. Y siempre me dicen lo mismo. Tienen que estar siguiendo instrucciones. —Asintió con solemnidad. Todo estaba extraordinariamente claro, de un modo que no resultaba propio del Bloque Oeste.

—Vamos a entrar —dijo Febbs.

—Pero si todas estas puertas...

—Daremos con los otros cuatro proconsumios —decidió Febbs—. Actuaremos en grupo, y no se atreverán a negarnos la entrada a todos. Que nos mantengamos separados es lo que les ha permitido imponernos su voluntad. Dudo seriamente de que vayan a rechazarnos a los seis, porque eso significaría que se han estado llevando a cabo las sesiones decisorias en el marco de una deliberada ilegalidad. ¡Y seguro que si los seis nos dirigiéramos a uno de esos autómatas entrevistadores de la televisión, como los del programa de Lucky Bagman, y se lo contáramos, enseguida dejarían de hablar de esos satélites el tiempo suficiente para exigir que se hiciera justicia!

De hecho, Febbs había visto a varios entrevistadores de televisión desde que había comparecido en la puerta principal. Todas las agencias informativas permanecían en un constante estado de alerta, a la caza de noticias relacionadas con los satélites.

Ya solo quedaba reunir a los otros cuatro proconsumios. Y mientras Martha Raines y él estaban de pie allí, otro aerocoche civil de alquiler empezó a descender; en su interior iba sentado un hombre joven de aspecto frustrado y nervioso, y Febbs tuvo la aguda intuición de que era otro proconsumio recién reclutado.

«¡Y cuando hayamos entrado —se declaró sombríamente Febbs—, les haremos sudar tinta! Entonces le diremos a ese culo gordo del general George Nitz adonde tiene que ir.»

Febbs ya odiaba al general Nitz... por no haberle prestado ninguna atención. Nitz no sabía que las cosas estaban a punto de cambiar. Pronto tendría que escuchar, como aquella vez, en los viejos tiempos, cuando el senador Joe McCarthy, aquel gran estadounidense del siglo anterior, había obligado a escuchar a los culos gordos. En la década de 1950, Joe McCarthy los había mandado a freír espárragos, y había llegado el momento de que Surley Febbs y otros cinco ciudadanos típicos, armados con unos documentos de identidad completamente irrefutables que certificaban su importante condición de representantes de dos mil millones de seres humanos, hicieran lo mismo.

Cuando el nervioso joven salió de su aerocoche, Febbs fue resueltamente hacia él.

—Me llamo Surley Febbs —le dijo con expresión sombría—. Y esta señora de aquí es Martha Raines. Somos proconsumios recién convocados. ¿Usted también?

—S-sí —dijo el joven, tragando saliva con un súbito movimiento de la garganta—. He intentado entrar por la puerta E y luego por...

—Olvídelo —dijo Febbs, y se sintió más animado y seguro de sí mismo. Acababa de divisar a un autómatas de la televisión que avanzaba hacia ellos.

Lleno de ira, Febbs fue al encuentro del entrevistador, seguido obedientemente por los otros nuevos proconsumios. Parecían alegrarse de ir tras él y dejar que se encargara de hablar.

Habían encontrado a su líder.

Y Febbs se sintió transformado. Ya no era un hombre. Había pasado a ser una Fuerza Espiritual.

La sensación no podía resultar más agradable.

DIECINUEVE

Lars, sentado frente a Lilo, apenas podía ver nada y se limitaba a observarla con suma atención mientras el doctor Todt rondaba por allí, sin perder de vista en ningún momento las cintas que iban excretando el electroencefalógrafo y el electrocardiógrafo que había conectado a su paciente. «Pero —pensó Lars— esta chica va a mantener su promesa. Esta situación acabará por tener consecuencias negativas. Ya me doy cuenta, y en esto soy un cero a la izquierda. El Bloque Oeste ya me ha buscado tres sustitutos. Y es indudable que en el Este existen más médiums.»

Pero su enemigo, su antagonista, no era el Sector Este con su KVB; las autoridades soviéticas ya habían demostrado su intenso deseo de echarle una mano. Le habían salvado la vida. Su némesis se encontraba sentada frente a él: una muchacha de dieciocho años que llevaba un jersey negro, unas sandalias y unos pantalones ceñidos, y el pelo recogido en una coleta. Una muchacha que, impulsada por el odio y el miedo, ya había realizado, a modo de presentación, el primer movimiento destructivo en su dirección.

«Pero —pensó— física y sexualmente, y eso último de una manera asombrosa, eres tan condenadamente atractiva...

»¿Cómo serás por debajo de ese jersey, sin esos pantalones y descalza, sin siquiera esa cinta de pelo? ¿Será posible que tú y yo coincidamos en esa dimensión? ¿O los dispositivos de vigilancia representan un obstáculo insalvable? A mí me daría igual que toda la academia de cadetes del Ejército Rojo examinara esas cintas. Pero a ti no. Eso intensificaría tu odio, y no solo hacia ellos, sino también hacia mí.»

Los medicamentos empezaban a hacerle efecto. No tardaría en perder el conocimiento, y lo siguiente que sabría sería que el doctor Todt lo estaba reanimando, y entonces habría, o no habría, un boceto. La producción era automática, neurológicamente hablando; o llegaba o no llegaba.

—¿Tienes algún amante? —le dijo a Lilo.

Ella frunció las cejas ominosamente.

—¿Qué más da?

—Es importante.

—Lars —dijo el doctor Todt—, su electroencefalograma indica que está...

—Lo sé —dijo él, y tuvo dificultad para articular las palabras; la mandíbula se le había quedado entumecida—. Lilo —dijo—, yo tengo una amante. Dirige mi delegación de París. ¿Lo sabías?

—¿Qué? —Ella seguía mirándolo con suspicacia.

—Yo dejaría a Maren por ti —dijo Lars.

Vio cómo se suavizaba la expresión de Lilo. Su risa de deleite llenó la habitación.

—¡Maravilloso! ¿Lo dices en serio?

Lo único que pudo hacer él fue asentir, porque ya había quedado atrás el momento en que era posible el habla. Pero Lilo vio el asentimiento, y el resplandor que irradiaba de su rostro creció hasta convertirse en un nimbo dorado. La mismísima gloria.

—Señorita Topchev —dijo una seca voz profesional por un altavoz de la pared—, tiene que sincronizar su patrón de ondas alfa con el del señor Lars para la fase de trance. ¿Quiere que le envíe a un médico?

—No —dijo ella rápidamente. El nimbo se desvaneció—. ¡No quiero ver a nadie del Instituto Pavlov! Puedo hacerlo yo sola. —Se levantó de su asiento y se arrodilló junto a Lars. Apoyó la cabeza en la suya, y parte del resplandor que irradiaba se filtró a causa del contacto físico. Lars lo sintió como puro calor.

—Dentro de veinticinco segundos, el señor Lars estará en trance —le dijo nerviosamente el doctor Todt a Lilo—. ¿Podrá conseguirlo? ¿Su estimulante del metabolismo cerebral?

—Ya me lo he tomado. —Parecía irritada—. ¿No puede irse para que estemos solo nosotros dos? Supongo que no. —Suspiró—. Lars —dijo—, señor Powderdry. No has tenido miedo ni siquiera al darte cuenta de que te estabas muriendo; yo estaba delante y vi que lo sabías. Pobre Lars. —Le despeinó los cabellos, torpemente—. ¿Y sabes una cosa? Ahora seré yo quien te diga algo a ti. Sigue con tu amante de París, porque ella probablemente te quiere, y yo no. Vamos a ver qué clase de arma podemos hacer entre los dos. Nuestro bebé.

—No puede responder, pero lo oye —dijo el doctor Todt.

—Vaya prole para dos desconocidos —dijo Lilo—. ¿Que haya intentado matarte nos convierte en amigos? ¿Buenos amigos? Uña y carne, esa es la expresión, ¿no? O amigos del alma. Sí, eso me gusta. —Lilo le rodeó la cabeza con las manos y se la apretó contra la rasposa lana negra del jersey.

El sintió la negra y suave rasposidad; el movimiento de elevación y descenso de la respiración de Lilo. «Separado —pensó— de ella por fibra orgánica y sin duda por una capa subyacente de ropa interior sintética, y puede que por una capa adicional, así que tres capas me separan de lo que hay dentro, y sin embargo parece separada de mis labios por el espesor de un papel.

»¿Siempre será así?»

—Quizá podrías morir en esta postura, Lars —dijo Lilo en voz baja—. Como si fueras mi hijo. Tú en vez del boceto. Un bebé que no sería nuestro, sino mío. —Se dirigió al doctor Todt—. Yo también empiezo a entrar en trance. No se preocupe; él y yo iremos juntos. ¿Qué haremos en ese reino donde no existen ni el espacio ni el tiempo y al que no puede seguimos? ¿Se lo imagina?

—Eso solo Dios lo sabe. —La voz de Todt llegó a los oídos de Lars como si procediera de muy lejos.

Y luego desapareció. La suave rasposidad negra se esfumó de golpe. Por encima de todo, y en primer lugar.

Pero se esforzó por retenerla, con inútiles zarpazos; sin embargo, se encontró con que en vez de la esbelta figura de la señorita Topchev sus dedos aferraban, grotescamente y de manera espantosamente decepcionante, un bolígrafo.

En el suelo había un boceto de trazos apresurados. Había regresado. Parecía imposible, algo que no se podía aceptar ni creer. Excepto por el miedo que sentía; aquello lo hacía real.

—Interesante, Lars —dijo el doctor Todt mientras examinaba el boceto con suma atención—. Por cierto, ha pasado una hora. Ha salido del trance con el diseño de... —rio entre dientes; el doctor Muerte reía entre dientes— un antiguo motor de vapor portátil.

Lars, medio mareado, se irguió, recogió el boceto y vio, entre aturdido y lleno de incredulidad, que el doctor Todt no bromeaba. Un simple motor de vapor portátil, antiguo. Era demasiado gracioso para intentar siquiera reírse de ello.

Pero aquello no era todo.

Lilo Topchev yacía en el suelo, encogida e inmóvil, como un androide terminado de fabricar y después desechado por razones desconocidas, y además, arrojado desde una inmensa altura. Sus dedos apretaban un papel. En él había otro boceto y, como vio Lars al instante a pesar de su estado semiconsciente, no era ningún artilugio arcaico. El había fracasado, pero Lilo no.

Tomó el boceto de sus rígidos dedos. Aún estaba ida.

—Dios —dijo ella con voz muy nítida—. ¡Qué dolor de cabeza! —No se movió; ni siquiera abrió los ojos—. ¿Cuál es el resultado? ¿Sí? ¿No? ¿Solo es algo aradeable? —Esperó, con los ojos firmemente cerrados—. Que alguien me responda, por favor.

Lars se dio cuenta enseguida de que el boceto no era obra de ella. Era obra de él, también, al menos en parte. Algunas líneas le resultaban ajenas; las había visto en el material que le había entregado la KACH a lo largo de los años. Lilo había hecho una parte y él se había encargado del resto; habían manejado el bolígrafo al unísono. ¿Habrían llegado al extremo de sujetarlo simultáneamente? Si fuera así, el doctor Todt lo sabría. Al igual que los capitostes soviéticos que examinaban las grabaciones audiovisuales, y más tarde, también lo sabría el FBI cuando le transmitieran las cintas... O quizá incluso se había hecho un arreglo para suministrar el resultado a la vez a las dos agencias de espionaje.

—Lilo —dijo—, levanta.

Ella abrió los ojos y alzó la cabeza. Tenía el rostro desencajado por la tensión, con las facciones rígidamente esculpidas, que recordaban las de un halcón.

—Estás horrible —dijo él.

—Soy horrible. Soy una delincuente, ya te lo he dicho. —Se levantó tambaleante, dio un traspié y poco faltó para que se desplomara; el doctor Todt la sujetó, inexpresivo—. Gracias, doctor Muerte —dijo ella—. ¿Te dijo la KACH que por regla general salgo del trance con el estómago revuelto? Llévame al cuarto de baño, doctor Muerte. Deprisa. Y fenotiacina; ¿tienes? —Se alejó con paso tambaleante, todavía sujeta por el doctor Todt.

Lars se quedó sentado en el suelo con los dos bocetos en las manos. Uno, de un motor de vapor portátil. El otro...

Parecía, pensó, una ratonera inteligente autónoma, homeostática y termotrópica. Solo que para ratas con un coeficiente intelectual de 230 como mínimo, o que hubieran vivido mil años; ratas mutantes que nunca habían existido y, si todo marchaba bien dentro del gran esquema general de las cosas, nunca llegarían a existir.

Lars supo, intuitivamente y sin lugar a dudas, que aquel dispositivo nunca llegaría a funcionar.

Y entonces, en la nuca de Lars, un gigante exhaló un estertor de terror. El frío del fracaso le heló los huesos mientras seguía sentado allí, meciéndose adelante y atrás en el suelo de la habitación de motel al tiempo que escuchaba el sonido lejano del vómito de la muchacha de la cual se había enamorado.

VEINTE

Después, tomaron café. Él, Lilo Topchev, el doctor Todt y el oficial del Ejército Rojo que los custodiaba y protegía contra su demencia interior: el comandante Tibor Apostokaguan Geschenko, del servicio de inteligencia del Ejército Rojo. Los cuatro alzaron las tazas en lo que Lars Powderdry sabía que era un brindis por la ruina.

—Ha sido un fracaso —dijo Lilo de repente.

—Y tanto. —Lars asintió sin mirarla a los ojos.

En un gesto típicamente eslavo, Geschenko acarició el aire como un sacerdote, con la mano abierta.

—Paciencia. Por cierto. —Un movimiento de cabeza, y un ayudante fue hacia su mesa circular con un periodoméstico escrito en caracteres cirílicos. Ruso—. Hay otro satélite alienígena en el cielo. Y se han recibido informes de que algún tipo de campo, una deformación del nosequé electromagnético... No entiendo de qué se trata, ya que no soy físico. Pero ha afectado a su ciudad de Nueva Orleans.

—¿Afectado? ¿Cómo?

Geschenko se encogió de hombros.

—¿Ha desaparecido? Enterrada o escondida. En cualquier caso, se han cortado las comunicaciones y los dispositivos de medición ultrasensibles situados en las proximidades registran una disminución de la masa. Y una barrera opaca oculta lo que ocurre; un campo relacionado con el de los satélites. ¿No era eso aproximadamente lo que preveíamos? —Sorbió deliberadamente el café.

—No lo entiendo —dijo Lars con voz tensa. Y mientras tanto, el tambor del miedo resonaba obstinadamente en su interior.

—Esclavistas —añadió Geschenko—. No aterrizan. Creo que van capturando sectores de la población y han empezado por Nueva Orleans. —Se encogió de hombros—. Acabaremos con ellos, no se preocupen. En 1941, cuando los alemanes...

—¿Con un motor de vapor portátil? —Lars se volvió hacia Lilo—. Esta es la verdadera y noble razón por la que intentaste matarme, ¿verdad? ¡Para que nunca tuviéramos que llegar a este momento, sentamos aquí y beber café de esta manera!

—Le está poniendo en bandeja una salida muy fácil, señor Lars —dijo el comandante Geschenko, con suma agudeza psicológica—. Eso no tiene nada de sano, porque hace que a ella le resulte todavía más fácil negarse a asumir la responsabilidad. —A Lilo le dijo—: Esa no fue la razón.

—Di que lo fue —le dijo Lars.

—¿Por qué?

—Porque así podré pensar que querías ahorramos a ambos incluso el conocimiento de esto. Que era una forma de misericordia.

—Los caminos del subconsciente son inescrutables —dijo Lilo.

—¿Cómo que el subconsciente? —dijo el comandante Geschenko enfáticamente, recitando su doctrina—. Eso es un mito. Es una respuesta condicionada, señorita Topchev, como ya sabe. Mire, señor Lars; no hay mérito alguno en lo que está tratando de hacer. La señorita Topchev está sujeta a la legislación de la Unión Soviética.

Lars suspiró y se sacó del bolsillo el cómic enrollado que había comprado en el enorme expositor de la terminal espacial. Se lo pasó a Lilo: el Hombre Cefalópodo Azul de Titán y sus Asombrosas Aventuras entre los Fieros Protoplasmas de Ocho Lunas Mortíferas. Ella lo aceptó con curiosidad.

—¿Qué es esto? —le preguntó, mirándolo con los ojos muy abiertos.

—Una ventana al mundo exterior —dijo Lars—. Lo que sería la vida para ti si pudieras venir conmigo, dejar a este hombre y al Sector Este.

—¿Esto es lo que se vende en el Bloque Oeste?

—En el oeste de África, mayormente —respondió él.

Lilo fue pasando las páginas del cómic e inspeccionó los pésimos dibujos impregnados de sensacionalismo barato. Mientras tanto, el comandante Geschenko tenía la mirada perdida en el vacío, sumido en lúgubres reflexiones: su perfecto y límpido rostro mostraba la desesperación que había mantenido alejada de su voz hasta el momento. Estaba pensando, indudablemente, en la noticia de lo ocurrido en Nueva Orleans... como habría hecho cualquier hombre que estuviera en su sano juicio. Y no cabía duda de que el comandante estaba cuerdo. «Él nunca miraría un cómic —comprendió Lars—. Pero Lilo y yo, en cambio... Llegados a este punto, ya no estamos completamente cuerdos. Y tenemos buenas razones, habida cuenta de la magnitud de nuestro espectacular fracaso.»

—¿Notas algo extraño en este cómic? —le preguntó a Lilo.

—Sí —dijo ella, asintiendo vigorosamente—. Han utilizado varios de mis bocetos.

—¡Los tuyos! —Él solamente se había fijado en sus bocetos de armamento—. Déjame echarle otra ojeada.

Ella le enseñó la página.

—¿Ves? Mi gas lobotomizador. —Señaló al comandante Geschenko—. Llevaron a cabo las pruebas con prisioneros políticos y emitieron el resultado por televisión. Igual que en este cómic; el gas hace que las víctimas repitan incesantemente la última serie de instrucciones, a causa de los daños en la corteza cerebral. El dibujante se lo aplica a las Bestias de Doble Cerebro Llegadas de ío; entendía lo que hacía el arma BBA-81D, así que tuvo que ver la cinta de televisión que se creó en los Urales. Pero la cinta no se emitió hasta la semana pasada.

—¿La semana pasada? —Lleno de incredulidad, Lars volvió a coger el cómic.

Obviamente había sido impreso mucho antes. Tenía fecha del mes anterior, y tal vez llevara sesenta días puesto a la venta en el quiosco. Se volvió de repente hacia Geschenko—. Comandante, ¿puedo ponerme en contacto con la KACH?

—¿Ahora? ¿Inmediatamente?

—Sí —dijo Lars.

El comandante Geschenko cogió el cómic de las manos de Lars sin decir nada y lo hojeó. Luego se levantó e hizo un gesto; un ayudante cobró existencia, y los dos hombres se pusieron a hablar en ruso.

—No está pidiendo que te traigan a un hombre de la KACH —dijo Lilo al cabo de un momento—. Está dando instrucciones para que la KVB investigue la editorial que publica este cómic, en Ghana. —Después le habló al comandante Geschenko en ruso. Lars sintió, con desdicha, el profundo aislamiento lingüístico de los estadounidenses; Lilo tenía razón. La marca de la provincia, se dijo, y deseó saber qué decían. Los tres se referían una y otra vez al cómic, y al fin, el comandante Geschenko se lo entregó a su ayudante.

El ayudante partió con él, rápidamente. La puerta se cerró con un ruidoso portazo, como si el ayudante estuviera muy enfadado.

—Eh, eso era mío —dijo Lars. Aunque en realidad daba igual.

—Vendrá un hombre de la KACH —dijo Lilo—. Pero no inmediatamente. No van a hacer lo que has pedido. Primero investigarán por su cuenta y luego te dejarán intentarlo a ti.

—Quiero que se me devuelva a la jurisdicción del FBI —le dijo Lars al poderoso oficial de espionaje del Ejército Rojo—. Ahora mismo. Insisto en ello.

—Termínese el café.

—Algo marcha mal —dijo Lars—. Tiene que ver con ese cómic. Lo sé por sus ademanes; han descubierto o pensado algo. ¿De qué se trata? —Se volvió hacia Lilo—. ¿Lo sabes?

—Están enfadados —dijo Lilo—. Creen que la KACH le ha suministrado reproducciones a la editorial que publica ese cómic. Eso los irrita. No les importa que el Bloque Oeste tenga acceso a esa información, pero esto ya es ir demasiado lejos.

—Estoy de acuerdo —dijo Lars. «Pero me parece que hay algo más —se dijo—. Sé que lo hay; he visto demasiada agitación aquí.»

—Está el asunto del tiempo —dijo el comandante Geschenko. Se sirvió otra taza, pero ya se había enfriado por completo.

—¿La editorial que publica el cómic recibió los bocetos demasiado pronto? —preguntó Lars.

—Sí —confirmó el comandante Geschenko.

—¿Incluso para la KACH?

—Sí.

—No me lo puedo creer —dijo Lilo, impresionada.

El comandante Geschenko la miró brevemente y sin ninguna emoción en los ojos.

—No se lo entregaron ellos —dijo Lilo—. Y no cabe duda de que no pudimos ser nosotros.

—El último episodio de la revista —dijo el comandante Geschenko—. Cuando estaba prisionero en un asteroide completamente yermo, el Hombre Loquesea Azul diseñaba una fuente de energía provisional, un motor de vapor. Para reactivar el transmisor muerto de su nave casi destruida, después de que el suministro de energía normal hubiera sido borrado de la existencia por... —torció el gesto— las Flores Carnívoras Seudonómicas de Ganímedes.

—Entonces, recibimos los bocetos de él —dijo Lars—. Del dibujante de esa revista.

—Es posible —dijo el comandante Geschenko mientras asentía muy despacio como si, movido por la más intensa cortesía y únicamente por esa razón, estuviera dispuesto a tomar en consideración semejante posibilidad.

—Entonces no es de extrañar...

—No es de extrañar —dijo el comandante Geschenko, antes de tomar un trago de café frío— que ustedes no puedan llevar a cabo su función. No es de extrañar que no haya ninguna arma cuando la necesitamos. Cuando debemos tenerla. ¿Cómo podría haberla, viniendo de semejante fuente?

Levantó la cabeza y contempló a Lars con un orgullo peculiarmente amargo y acusador.

—Pero si simplemente estamos leyendo la mente de algún dibujante de cómics —dijo Lars—, ¿cómo va a haber nada?

—Oh, ese dibujante —dijo el comandante Geschenko desdeñosamente— tiene mucho talento. Una mente inventiva. No pase por alto eso. Nos ha mantenido funcionando durante largo tiempo, amigo mío. Tanto al Este como al Oeste.

—Esta es la peor noticia... —comenzó a decir Lars.

—Pero es interesante —dijo el comandante Geschenko. Su mirada fue de Lars a Lilo—. Patética.

—Sí, patética —dijo Lars pesadamente.

VEINTIUNO

—Supongo que te das cuenta de lo que significa esto —dijo Lilo, sombría, después de una pausa—. Ahora pueden acudir directamente a él, a quienquiera que dibuje ese horrendo cómic. No nos necesitan, Lars; nunca volverán a necesitamos.

—¿Acudir a él para qué, señorita Topchev? —murmuró el comandante Geschenko, con cáustica pero muy cultivada cortesía—. ¿Qué cree usted que tiene? ¿Cree que se ha guardado algo?

—No hay nada más —dijo Lars—. Es su trabajo: se dedica a escribir el guión de un cómic. Sus invenciones han sido siempre completamente espurias.

—Pero durante todo el tiempo —señaló el comandante Geschenko a su manera educada, suave y demoledoramente insultante—, eso era justo lo más apropiado para nuestras necesidades. Ya no. El Hombre Cefalópodo Azul de Titán no puede surcar el espacio y derribar a los satélites alienígenas a puñetazos. No podemos llamarlo, porque no aparecerá. Una sátira sobre nosotros mismos nos ha tenido engañados durante años. Al dibujante le resultará divertido. Obviamente, es un degenerado. Esa zafia historieta, y veo que está en inglés, la lengua oficial del Bloque Oeste, lo deja bien claro.

—No lo culpen de que telepáticamente, de alguna manera inexplicable, hayamos estado captando sus ideas —dijo Lars.

—No van a «culparlo» —dijo Lilo—, se limitarán a estudiarlo. Lo capturarán y lo llevarán a la Unión Soviética, al Instituto Pavlov, donde probarán con todo cuanto esté en su mano para obtener de él lo que no han conseguido obtener de nosotros. Solo por si acaso lo tiene. Me alegro de no estar en su lugar —añadió. De hecho, parecía aliviada. Porque, tal como ella entendía la situación, la presión había dejado de recaer en ella, y, en su inmadurez, era lo único que importaba.

—Si tanto te alegras —dijo Lars—, al menos no lo demuestres. Intenta disimular.

—Empiezo a pensar —dijo Lilo— que eso es exactamente lo que se merecen. —Rio entre dientes—. Es muy gracioso. Lo siento por ese dibujante del sur de Ghana, pero ¿no puedes reírte, Lars?

—No.

—Entonces estás tan loco como él. —Despectivamente, con una nueva y animosa superioridad, señaló con un gesto al comandante Geschenko.

—¿Puedo usar el videófono? —le preguntó Lars al comandante Geschenko.

—Supongo. —Geschenko volvió a llamar a un ayudante y le habló en ruso; Lars se encontró escoltado por el pasillo hasta una cabina de videófono.

Marcó el número de Lanferman Asociados en San Francisco y preguntó por Pete Freid.

Pete parecía tener muchísimo trabajo y no encontrarse de humor para recibir

llamadas. Al ver de quién se trataba, esbozó un escueto saludo.

—¿Cómo es?

—Joven —dijo Lars—. Atractiva físicamente, yo diría que sexy.

—Entonces han terminado tus problemas.

—No —dijo Lars—. Curiosamente, mis problemas no han terminado. Quiero encargáros un trabajo. Podéis cobrármelo. Si no puedes o no quieres hacerlo tú mismo...

—No me sueltes un discurso. Limítate a decir de qué se trata.

—Quiero todos los números de *El Hombre Cefalópodo Azul de Titán* —dijo Lars—. Una colección completa desde el número uno, volumen uno. Es un cómic tridimensional —añadió—. Ya sabes, de esos tan estridentes que empiezan a menearse en cuanto se miran. Quiero decir que, bueno, las chicas se menean: el pecho, la zona pélvica, todo lo meneable. Los monstruos babean.

—De acuerdo. —Pete se escribió un recordatorio—. *El Hombre Cefalópodo Azul de Titán*. Lo he visto, aunque no se crea para Norteamérica. Mis crios parecen hacerse con él, no sé cómo. Es uno de los peores, pero no es ilegal, no es abiertamente pornográfico. Como tú dices, las chicas se menean, pero al menos no...

—Examina todos los números —dijo Lars—. Con tus mejores ingenieros. A fondo. Haz una lista de todas las armas que se utilizan en todas las secuencias. Comprueba cuáles son nuestras y cuáles son del Sector Este. Dibuja planos con todas las especificaciones, tan precisos como puedas, basándote en los datos del cómic.

—De acuerdo. —Pete asintió—. Bueno, sigue.

—Haz una tercera lista de todas las armas que no sean nuestras ni del Sector Este. Es decir, de las armas que nos resulten desconocidas. Puede que no haya ninguna, pero puede que sí. Si es posible, elabora planos exactos; quiero prototipos y...

—¿Lilo y tú habéis dado con algo?

—Sí.

—Bien.

—Con un motor de vapor. Portátil, antiguo.

Pete lo miró.

—Lo dices en serio.

—Lo digo en serio.

—Os van a hacer picadillo.

—Eso ya lo sé —dijo Lars.

—¿Puedes marcharte? ¿Regresar al Bloque Oeste?

—Puedo intentarlo; puedo salir corriendo. Pero en este momento hay cosas más importantes que hacer. Ahora, escúchame con atención. El segundo trabajo, que en realidad será el que realices en primer lugar. Ponte en contacto con la KACH.

—Entendido. —Escribió.

—Que investiguen a todos los responsables de los preparativos, los dibujos, los artilugios que se inventan y el guión. En definitiva, que averigüen todo lo que puedan sobre las personas que crean todo el material que contiene el cómic *El Hombre Cefalópodo Azul de Titán*.

—De acuerdo. —Pete volvió a escribir.

—Es urgente.

—Es urgente. —Lo anotó—. ¿Y a quién le entrego el resultado?

—Si he vuelto al Bloque Oeste, a mí. Si no, a ti mismo. Siguiendo trabajo.

—Dispere, Señor Dios.

—Llama a la sede del FBI en San Francisco por una línea de emergencia. Que den instrucciones al equipo que tienen destacado en Fairfax (Islandia) para que... — Y entonces se calló, porque la pantalla acababa de quedarse en blanco. El videófono se había apagado.

En algún lugar a lo largo de la línea, la policía secreta soviética, que había estado controlando la llamada desde el primer momento, acababa de cortar la conexión.

Lo asombroso era que no lo hubiese hecho antes.

Lars salió de la cabina, se detuvo y empezó a pensar. Un poco más allá esperaban dos hombres de la KVB. No había ninguna otra salida.

Sin embargo, había agentes del FBI ocultos en algún lugar de Fairfax. Si conseguía llegar hasta ellos, quizá podría...

Pero los hombres del FBI tenían órdenes de cooperar con la KVB. Se limitarían a devolvérselo al comandante Geschenko.

«Seguimos en ese mundo maravilloso —pensó—, en que todos cooperan; maravilloso excepto para la única persona que ha dejado de cooperar y a la que le gustaría salir. Porque ya no hay salida y todos los caminos llevan de vuelta aquí.»

Ya puestos, sería mejor que prescindiera de los intermediarios y tratara directamente con el comandante Geschenko.

Así que, de mala gana, regresó a la habitación del motel.

Geschenko, el doctor Todt y Lilo Topchev seguían sentados a la mesa, bebiendo café y leyendo el periodoméstico. Estaban conversando en alemán. «Malditos políglotas», se dijo Lars mientras tomaba asiento.

—*Wie geht's?* —le preguntó el doctor Todt.

—*Ich bin traurig* —dijo Lilo—. *Können Sie es nicht sehen?* ¿Qué ha pasado, Lars? ¿Has hablado con el general Nitz y le has pedido que te lleve a casa? Y él habrá dicho: «No, y no me moleste, porque ahora se encuentra bajo la jurisdicción de la KVB, a pesar de que se supone que Islandia es neutral». *Nicht wahr?*

—Comandante —le dijo Lars a Geschenko—, solicito permiso oficialmente para hablar de mi situación a solas con un representante de la agencia policial de los Estados Unidos, el FBI. ¿Me lo concede?

—Eso es fácil —dijo Geschenko. La repentina entrada en la habitación de un hombre de la KVB los sorprendió a todos, Geschenko incluido. El recién llegado se dirigió al comandante y le entregó un documento mecanografiado, no fotocopiado—. Gracias —dijo Geschenko, y leyó el documento en silencio. Después levantó la cabeza para mirar a Lars—. Su idea me parece buena: me refiero a lo de hacerse con todos los números anteriores de *El Hombre Cefalópodo Azul de Titán* y solicitar a la KACH una investigación minuciosa de los creadores del cómic. Nosotros, naturalmente, ya estamos haciendo las dos cosas, pero no hay motivo para que ustedes no puedan duplicar el trabajo. No obstante, para ahorrar tiempo, y me permito recordarle que, en nuestra situación, el tiempo es esencial, me tomaré la libertad de sugerirle que pida a esos colaboradores suyos de San Francisco con los que acaba de hablar que nos transmitan cualquier información útil que descubran. A fin de cuentas, una ciudad estadounidense ha recibido el primer ataque.

—Si puedo hablar con un hombre del FBI, sí —dijo Lars—. Si no, no.

—Ya le he dicho que eso es fácil. —Geschenko volvió a dirigirse en ruso a su ayudante.

—Le está diciendo que salga de la habitación —dijo Lilo—, espere fuera durante cinco minutos y luego regrese y diga, en inglés, que no es posible localizar al equipo del FBI destacado en Fairfax.

El comandante Geschenko la fulminó con la mirada y dijo, irritado:

—Aparte de todo lo demás, podría ser juzgada en un tribunal soviético por haber interferido en las operaciones de seguridad. Se la acusaría de traición, un delito que se castiga con la muerte por fusilamiento. Teniendo en cuenta todo eso, ¿por qué no cierra usted la boca aunque solo sea una vez en la vida? —Parecía estar realmente enfadado; había perdido la compostura y su rostro había adquirido un tono rojo oscuro.

—Sie können das sowjetische Gericht nehmen und... —*empezó a murmurar Lilo.*

Interrumpiéndola, el doctor Todt dijo firmemente:

—Mi paciente, el señor Powderdry, parece sufrir un estrés considerable, debido sobre todo a esta última conversación. ¿Tendría usted alguna objeción, comandante, a que le administrase un tranquilizante?

—Adelante, doctor —rezongó Geschenko. Luego despidió a su ayudante con un seco ademán sin, observó Lars, haberle dado nuevas instrucciones.

El doctor Todt sacó de su negro maletín de médico varios frascos, una lata plana y unas cuantas carpetas llenas de aquellas muestras gratuitas que las grandes empresas farmacéuticas éticas distribuían en cantidades increíbles por todo el planeta, con nuevos fármacos que todavía no se habían puesto a prueba ni comercializado; siempre había tenido un cargante interés por las novedades farmacológicas. Calculando en susurros para sí, Todt empezó a rebuscar entre todos aquellos objetos,

absorto en su propio e idiosincrático universo.

Una vez más, entró un ayudante y le entregó un documento a Geschenko. El comandante lo examinó en silencio y dijo:

—Tengo información preliminar sobre el dibujante que ha creado esa abominación del Hombre Azul. ¿Desean oírla?

—Si —dijo Lars.

—No me interesa ni un poco —dijo Lilo.

El doctor Todt seguía rebuscando en su atestado maletín negro.

El comandante Geschenko leyó el documento que acababa de recibir y le resumió a Lars la información reunida a toda velocidad por el aparato de espionaje soviético.

—El dibujante se llama Oral Giacomini. Blanco, de origen italiano, emigró a Ghana hace diez años. Siempre está entrando y saliendo de una clínica psiquiátrica de Calcuta que no tiene muy buena reputación. Sin el electroshock y los inhibidores talámicos, Giacomini se encontraría en un estado permanente de retraimiento autístico causado por la esquizofrenia.

—Vaya —dijo Lars.

—Además, fue inventor. Por ejemplo, su Rifle de la Evolución. Llegó a construir uno, hará cosa de doce años, y lo patentó en Italia. Probablemente para utilizarlo contra el Imperio Austrohúngaro. —Geschenko dejó el documento en la mesa; el café lo manchó de inmediato, pero no pareció importarle un carajo. El comandante estaba tan disgustado como él—. Las ideas de Oral Giacomini, según el análisis de los psiquiatras de segunda de Calcuta, consisten en grandiosos pero inútiles delirios esquizofrénicos sobre la dominación mundial. ¡Y esta es la no entidad lunática cuya mente ustedes —sacudió el puño, fútilmente, ante Lars y Lilo— han considerado adecuada como fuente de inspiración para sus «armas»!

—Bueno —dijo Lars—, el mundo del diseño armamentístico es así.

El doctor Todt cerró el maletín de médico y los miró.

—¿Tiene mi tranquilizante? —preguntó Lars. El doctor Todt tenía algo en las manos, ocultas sobre el regazo.

—Tengo —dijo el doctor Todt— una pistola láser. —La enseñó, apuntando con ella al comandante Geschenko—. Sabía que la tenía en algún sitio del maletín, pero había ido a parar debajo de todo lo demás. Queda detenido, comandante, por retener en contra de su voluntad a un ciudadano del Bloque Oeste.

Sacó otro objeto, un diminuto sistema de comunicación auditiva, con micrófono, auricular y antena. Se lo puso y habló por el micrófono del tamaño de una pulga.

—¿Señor Connors? Con el señor J.F. Connors, por favor. —Explicó a Lars, a Lilo y al comandante Geschenko—: Connors está al mando de las operaciones del FBI aquí en Fairfax. Hmmm. ¿el señor J.F. Connors? Sí. Estamos en el motel. Sí. Apartamento número seis. Donde nos han dejado al llegar. Evidentemente, tienen

intención de trasladar al señor Powderdry a la Unión Soviética cuando lleven a la señorita Topchev, y están esperando el transporte. Hay agentes de la KVB por todas partes, así que... bien, de acuerdo. Gracias. Y gracias de nuevo. —Apagó el sistema de comunicaciones y volvió a dejarlo en el maletín.

Los cuatro se quedaron sentados sin decir nada, y no tardaron en oír un súbito estallido de actividad al otro lado de la puerta de la habitación de motel. Gruñidos, respiraciones trabajosas, golpes ahogados, una pelea de gatos carente de voces y llena de confusión que duró varios minutos. El comandante Geschenko pareció tomárselo con filosofía, aunque no con satisfacción. Lilo, por su parte, parecía petrificada; estaba muy erguida en el asiento, con una expresión sombría en el rostro.

La puerta se abrió como impulsada por un resorte. Un hombre del FBI, uno de los que habían llevado a Islandia a Lars, se asomó, apuntando a cuanto había en la habitación con la pistola láser, gracias a la capacidad del arma para incluirlos a todos como blancos. Sin embargo, no disparó, sino que se limitó a entrar, seguido por un segundo hombre del FBI quien, de alguna manera, había perdido la corbata en el altercado.

El comandante Geschenko se levantó de su asiento, se desabrochó la pistolera y les entregó el arma a los hombres del FBI sin decir palabra.

—Ahora regresaremos a Nueva York —le dijo a Lars el primer hombre.

El comandante Geschenko se encogió de hombros. Ni Marco Aurelio habría sido capaz de mostrar una resignación más estoica.

Mientras el doctor Todt y Lars iban hacia la puerta con los dos hombres del FBI, Lilo Topchev dijo de improviso:

—¡Lars! Quiero ir con vosotros.

Los dos hombres del FBI se miraron. Después, uno habló por el micro que llevaba en la solapa y conversó inaudiblemente con un superior invisible. Después le dijo bruscamente a Lilo:

—Dicen que de acuerdo.

—Puede que no te guste —dijo Lars—. Recuerda, querida: los dos hemos caído en desgracia.

—Sigo queriendo ir —dijo Lilo.

—Está bien —dijo Lars, y pensó en Maren.

VEINTIDÓS

En el parque de Festung (Washington DC), el viejo veterano de guerra, vestido con sus ropas raídas, farfullaba para sus adentros y contemplaba jugar a los niños, y entonces vio llegar, avanzando sin prisas por el ancho sendero de grava, a dos alféreces de la Academia de las Fuerzas Aéreas del Bloque Oeste, jóvenes de diecinueve años de cara aseada, pulcramente rasurada pero cautivadora e insólitamente inteligente.

—Bonito día —les dijo el viejo desecho, saludándolos con un movimiento de cabeza.

Los dos alféreces se detuvieron un instante. Fue suficiente.

—Luché en la Gran Guerra —dijo el anciano con una risita llena de orgullo—. Vosotros no habéis entrado nunca en combate, pero yo sí; era el encargado de mantenimiento de un GDT de primera línea. ¿Habéis visto alguna vez el retroceso de un GDT debido a la sobrecarga, cuando falla el fusible del cable de alimentación y el campo de inducción tiene un cortocircuito? Afortunadamente, me encontraba a cierta distancia, así que sobreviví. Hospital de campaña. Una nave, quiero decir. Cruz Roja. Pasé varios meses en cama.

—Caray —dijo uno de los alféreces, por deferencia.

—¿Eso fue en la revuelta de Calisto, hace seis años? —preguntó el otro.

La anciana silueta mohosa se balanceó con un súbito estallido de frágil hilaridad.

—Fue hace sesenta y tres años. Después tuve un taller de reparaciones. Hasta que empecé a sufrir hemorragias internas y tuve que dejarlo, salvo para los pequeños trabajos. Electrodomésticos y demás. Soy el rey de los swibbles; puedo arreglar un swibble que en otras circunstancias... —Jadeó, sin aliento.

—¡Pero hace sesenta y tres años! —dijo el primer alférez. Hizo cuentas—. Demonios, eso fue durante la segunda guerra mundial; en 1940. —Los dos se quedaron mirando al viejo veterano.

—No, en el 2005 —graznó la silueta encorvada, tan enjuta y vieja que parecía hecha con cuatro palos—. Me acuerdo porque lo pone en mi condecoración. —Cerró una mano de dedos temblorosos sobre su raído tabardo. Este pareció desintegrarse mientras el anciano tiraba de él, reduciéndolo cada vez más a polvo. Al final les enseñó una pequeña estrella metálica sujeta a la tela descolorida de su camisa.

Los dos jóvenes oficiales se inclinaron, y leyeron las cifras y las letras que sobresalían de la superficie de metal.

—Eh, Ben. Aquí pone «2005».

—Sí. —Los dos oficiales se quedaron mirando la pequeña estrella de metal.

—Pero eso es el año que viene.

—Les diré cómo los vencimos en la Gran Guerra —dijo el viejo veterano con un

jadeo entrecortado, muy contento de tener público—. Fue una guerra muy larga; qué cuernos, parecía que no se iba a terminar nunca. Pero ¿qué se puede hacer contra el campo de distorsión del GDT? Y eso fue lo que descubrieron. ¡Anda que no se llevaron una sorpresa! —Rio y se limpió la saliva de los labios hundidos—. Al final dimos con ello, aunque naturalmente, antes tuvimos todos esos fracasos. —Tosió con expresión de disgusto y escupió en la gravilla—. Esos diseñadores de armas no tenían ni idea. Malditos estúpidos.

—¿Quién era el enemigo? —preguntó Ben.

El viejo veterano tardó un buen rato en comprender la pregunta, y después, su disgusto fue tan profundo que resultó abrumador. Se levantó del banco y se apartó con pasos tambaleantes de los dos jóvenes oficiales.

—Ellos. ¡Los esclavistas de Sirio!

Después de una pausa, el otro alférez se sentó al otro lado del banco y, pensativamente, le dijo a Ben:

—Me parece que... —Hizo un gesto.

—Sí —dijo Ben—. Abuelo —le dijo al anciano—. Escúcheme. Vamos a bajar.

—¿Bajar? —El anciano se encogió, confuso y asustado.

—Al kremlin —dijo Ben—. Debajo de la superficie. Donde está reunido el Consejo de Segnac de las NU-O. El general Nitz. ¿Sabe quién es el general George Nitz?

El veterano se puso a pensar, murmurando para sus adentros mientras trataba de recordar.

—Bueno, era el mandamás —dijo al fin.

—¿En qué año estamos? —preguntó Ben.

El anciano lo miró alegremente.

—No pueden engañarme. En el 2068. O... —Los ojos que habían estado reluciendo durante unos instantes se opacaron, vacilantes—. No, en el 2067; casi me pillan. Pero no lo ha conseguido, ¿verdad? ¿Tengo razón? ¿2067? —Dio un codazo de complicidad al joven alférez.

—Yo me quedo con él —le dijo Ben a su compañero—. Tú consigue un coche militar, oficial. No debemos perderlo.

—Bien. —El oficial se levantó y echó a correr en dirección a las instalaciones de superficie del kremlin. Y lo más extraño de todo era que mientras corría no paraba de preguntarse una y otra vez, sin que aquello viniera a cuento, como si tuviera alguna relevancia, qué demonios era un swibble.

VEINTITRÉS

En el nivel subsuperficial de Lanferman Asociados, más o menos debajo de la localidad californiana de San José, Pete Freid estaba sentado ante su gran banco de trabajo, con las máquinas y herramientas inertes, silenciosas, apagadas.

Tenía ante sí un ejemplar de aquel cómic tan poco civilizado, *El Hombre Cefalópodo Azul de Titán*, el número de octubre del 2003. En aquel momento, moviendo lentamente los labios, estaba leyendo la entretenida aventura «¡El Hombre Cefalópodo Azul se enfrenta a la Diabólica Cosa de Tierra que se Abrió Paso hasta la Superficie de ío después de Dos Mil Millones de Años Hibernando en las Profundidades!». Había llegado a la viñeta en que el Hombre Cefalópodo Azul, después de haber vuelto en sí gracias a los frenéticos esfuerzos telepáticos de su ayudante, conseguía convertir el Detector de Radiaciones Portátil de Tipo G en un Emanador Bipolar Ionizante Catódico-Magnético.

Con aquel Emanador, el Hombre Cefalópodo Azul amenazaba a la Diabólica Cosa de Tierra cuando esta intentaba llevarse a la señorita Whitecotton, la tetuda novia del Hombre Azul. La criatura había conseguido desabrochar la blusa de la señorita Whitecotton de tal manera que un pecho, y solo uno, pues aquella era la ley internacional, la estricta normativa que se aplicaba severamente al material de lectura infantil, quedaba expuesto a la luz parpadeante del cielo de ío. El pecho palpitaba cálidamente, meneándose cuando Pete pulsaba el activador de meneos. Y el pezón se dilataba como una diminuta bombilla rosada, se elevaba en tres dimensiones y se encendía y apagaba, se encendía y apagaba... y seguiría haciéndolo hasta que se consumiera la pila laminar de cinco años de duración de la cubierta posterior de la revista.

A medida que Pete golpeaba el pulsador auditivo, los adversarios hablaban con voz enlatada, por orden. Pete suspiró. Llevaba anotadas dieciséis «armas» sacadas de las páginas que había inspeccionado hasta el momento. Y mientras tanto, Nueva Orleans, después Provo y por último, según acababan de decir por televisión, Boise (Idaho) ya no estaban. Habían desaparecido tras el telón gris, como ya habían empezado a llamarlo los noticieros y los periodomésticos.

El telón gris de la muerte.

El videófono de su mesa emitió un sonido metálico. Pete alargó el brazo y lo encendió. El rostro de Lars, ensombrecido por la preocupación, apareció en la pantalla.

—¿Ya has vuelto? —preguntó Pete.

—Sí. Estoy en mi despacho de Nueva York.

—Estupendo —dijo Pete—. Oye, ¿a qué te vas a dedicar ahora que Lars, S. A. de Nueva York y París ha quedado *kaputt!*

—¿Acaso tiene importancia? —preguntó Lars—. Se supone que dentro de una hora tengo que reunirme con el Consejo ahí abajo, en el kremlin. Han decidido quedarse bajo la superficie, por si los alienígenas dirigen lo que sea que dirijan hacia la capital. Tengo entendido que su maquinaria no llega al subsuelo, así que te aconsejo que no salgas a la superficie.

Pete asintió con expresión sombría. Al igual que Lars, se sentía somáticamente enfermo.

—¿Cómo se lo está tomando Maren?

—Pues... No he hablado con ella —dijo Lars, titubeante—. El hecho es que, bueno, me he traído a Lilo Topchev. Ahora está aquí.

—Dile que se ponga.

—¿Por qué?

—Para echarle un vistazo.

El rostro alegre y sencillo de una joven de tez clara, ojos extrañamente severos, vigilantes, y una boca tensamente fruncida, apareció en la pantalla. Parecía asustada y... dura.

«Vaya —pensó Pete—. ¿Y te has traído deliberadamente a esta niña? ¿Puedes con ella? Creo que yo no podría —decidió—. Parece difícil.

»Pero eso está bien —recordó Pete—. Te gustan las mujeres difíciles. Eso forma parte de tu perversa forma de ser.»

Cuando las facciones de Lars volvieron a aparecer, Pete dijo:

—Supongo que eres consciente de que Maren te sacará las tripas. No conseguirías engañarla con ninguna invención, ni con ese artilugio telepático que lleva ilegalmente ni sin él.

—No pretendo engañar a Maren, Pete —dijo Lars con voz monocorde—. Pero francamente, me da igual. Cada vez estoy más convencido de que esas criaturas, sean lo que sean y vengan de donde vengan, esos constructores de satélites, nos tienen bien cogidos.

Pete guardó silencio. No le parecía apropiado discutir, así que se mostró de acuerdo.

—Cuando he hablado con Nitz por videófono me ha dicho algo bastante raro —dijo Lars—. Algo de un viejo veterano de guerra; no lo he entendido del todo. No obstante, tenía que ver con un arma; Nitz me ha preguntado si había oído hablar de un dispositivo llamado *GDT*. Le he dicho que no. ¿A ti te suena?

—No —dijo Pete—. No existe ningún arma con un nombre semejante. La KACH lo habría dicho.

—Puede que no —dijo Lars—. Hasta luego. —Cortó la conexión, y la pantalla se apagó con un último parpadeo.

VEINTICUATRO

Las medidas de seguridad, descubrió Lars en cuanto hubo tomado tierra, habían aumentado aún más; tardó más de una hora en entrar. Al final hizo falta que un ayudante que llevaba mucho tiempo en el cargo y contaba con la máxima confianza del Consejo comprobara personalmente, cara a cara, quién era y a qué se debía su presencia. Después, Lars emprendió el descenso para tomar parte en la que muy bien podía resultar, comprendió, la última reunión de todos los miembros de Segnac de las NU-O.

Estaban tomando las últimas decisiones.

En mitad de su discurso, el general Nitz dedicó un momento, inesperadamente, a dirigirse a Lars.

—Se ha perdido usted muchas cosas, ya que se encontraba en Islandia. La culpa no ha sido suya. Pero ha surgido algo, como le he indicado por videófono. —El general Nitz dirigió una inclinación de cabeza a un joven oficial, que puso en marcha inmediatamente un reproductor audiovisual intrínseco homeoprogramado, con pantalla de treinta pulgadas, situado en un rincón de la sala, enfrente del instrumento que ponía en contacto al Consejo, cuando era necesario, con el mariscal Paponovich y el SeRKeB, en Nuevo Moscú.

Cuando se calentó el aparato, un anciano apareció en la pantalla. Estaba muy delgado, y llevaba los restos remendados de un peculiar uniforme militar.

—... y entonces les dimos una buena paliza —decía con voz vacilante—. No se lo esperaban; todo les había estado saliendo a pedir de boca.

Obedeciendo a una seña del general Nitz, el oficial se inclinó y detuvo la cinta ámpex; la imagen quedó congelada y sin sonido.

—Quería que le echase un vistazo —le dijo el general Nitz a Lars—. Ricardo Hastings. Veterano de una guerra que tuvo lugar hace unos sesenta años... desde su punto de vista, al menos. Durante todo este tiempo, a lo largo de meses, años quizá, este anciano ha estado sentándose todos los días en un banco del parque público, junto a las instalaciones superficiales de la fortaleza, tratando de conseguir que alguien lo escuchara. Y por fin, alguien le ha prestado atención. ¿A tiempo? Tal vez sí. Tal vez no. Eso ya lo veremos. Depende de los recuerdos que contenga su cerebro, y nuestro examen ya ha revelado que sufre demencia senil. Nos interesan, concretamente, sus recuerdos del arma de la cual fue encargado de mantenimiento durante la Gran Guerra.

—El Generador de Distorsiones Temporales —dijo Lars.

—Estamos casi seguros —se cruzó de brazos y se apoyó en la pared que había detrás de él, como si fuera un profesor— de que fue por la acción, tal vez acumulativa y residual, de esa arma, de su constante proximidad con ella, y sobre

todo con versiones defectuosas, por lo que terminó, de un modo que no comprendemos, viniendo a parar aquí. En lo que, para él, es casi un siglo en el pasado. Ricardo Hastings está demasiado ido para darse cuenta; simplemente, no lo entiende. Pero eso carece de importancia. Ya hemos establecido que esa «Gran Guerra» que para él tuvo lugar hace muchos años, cuando era joven, es la guerra que se libra actualmente. Ricardo Hastings ya ha podido contar bastantes cosas sobre la naturaleza y el origen de nuestro enemigo; gracias a él hemos averiguado algo, al fin, sobre los alienígenas.

—Y ahora esperan que les proporcione —dijo Lars— el arma que acabó con ellos.

—Esperamos hacernos con cualquier cosa que podamos obtener —dijo Nitz.

—Pónganlo en manos de Pete Freid —dijo Lars.

El general Nitz se llevó la mano a la oreja con expresión interrogativa.

—Ya está bien de cháchara —dijo Lars—. Lleven a ese anciano a Lanferman Asociados, y que sus ingenieros se pongan a trabajar.

—Supongamos que muere.

—Supongamos que no. ¿Cuánto cree que tarda un hombre como Pete Freid en convertir una idea inicial en diagramas a partir de los que se puede hacer un prototipo? Pete Freid es un genio. Podría coger un dibujo de un gato hecho por un niño y decirle si el organismo representado cubre sus excrementos o se va después de haberlos evacuado, dejándolos tirados. En este momento tengo a Pete Freid leyendo todos los números atrasados de *El Hombre Cefalópodo Azul de Titán*. Que lo deje y se ponga a trabajar con Ricardo Hastings.

—He hablado con Freid —dijo Nitz—. Y...

—Ya lo sé —dijo Lars—. Pero al diablo con toda esta charla. Que lleven ahora mismo a Hastings a California o, mejor aún, que venga a Pete. No me necesita a mí; no necesita a ninguna de las personas que hay en esta sala. A quien necesita es a él. De hecho, me voy. —Se levantó—. No quiero seguir tomando parte en esto. Me largo, hasta que ponga a trabajar a Freid en el asunto de Hastings. —Se puso en pie y caminó hacia la puerta.

—Quizá lo probaremos primero a usted con Hastings —dijo el general Nitz—. Y luego traeremos a Freid. Mientras llega...

—Solo se tardan veinte minutos —dijo Lars— o menos en traer a un hombre desde California hasta Festung (Washington DC).

—Pero, Lars, lo siento, el viejo tiene demencia senil. ¿Sabe usted literal, realmente, lo que eso significa? Establecer un puente verbal que lleve hacia él parece una tarea casi imposible. Así que por favor, desde los restos de esa mente suya a los que no se puede acceder de la forma normal...

—Bien —decidió Lars sobre la marcha—. Pero quiero que antes se lo notifiquen

a Freid. Ahora. —Señaló el videófono que había encima del extremo de la mesa ocupado por Nitz.

Nitz levantó el auricular, dio la orden y colgó.

—Una cosa más —dijo Lars—. Ya no estoy solo.

Nitz lo miró sin decir nada.

—Tengo a Lilo Topchev —dijo Lars.

—¿Va a trabajar? ¿Puede hacer su trabajo aquí con nosotros?

—¿Por qué no? Tiene la capacidad. Tanta como yo haya tenido alguna vez.

—De acuerdo —decidió Nitz—. Los llevarán al hospital de Bethesda, donde está ingresado el anciano. Vaya a recogerla. Pueden entrar los dos en ese extraño estado de trance que queda más allá de mi comprensión.

Y mientras tanto, Freid vendrá hacia aquí.

—Estupendo —dijo Lars, satisfecho.

Nitz se las arregló para sonreír.

—Para ser una *prima donna*, sabe ponerse firme.

—No me pongo firme —dijo Lars— porque sea una *prima donna*, sino porque estoy demasiado asustado para esperar. Tengo demasiado miedo de que nos capturen mientras no nos ponemos firmes.

VEINTICINCO

A bordo de un aerocoche gubernamental de alta velocidad pilotado por un corpulento sargento profesional con aspecto de sentirse muy aburrido, llamado Irving Blaufard, Lars se apresuró a regresar a Nueva York y a Sr. Lars, S. A.

—Esta tipa... —dijo el sargento Blaufard—. La diseñadora de armas soviética. Ya sabe, esa.

—Sí —dijo Lars.

—¿Ha cambiado de chaqueta?

—Ajá.

—Caramba —dijo el sargento Blaufard, impresionado.

El aerocoche, como una piedra, inició un vertiginoso descenso hacia la azotea de la sede de Sr. Lars, S.A., la pequeña edificación entre imponentes colosos.

—Este sitio que tiene usted aquí es realmente pequeño —dijo el sargento Blaufard—. Quiero decir, ¿el resto es subsuperficial?

—Me temo que no —dijo Lars con estoicismo.

—Bueno, supongo que no necesita un montón de equipo.

El aerocoche, expertamente pilotado, se posó en la familiar pista de la azotea. Lars se apeó de un salto, corrió hacia la rampa móvil de bajada, y un momento después avanzaba por el pasillo que conducía a su despacho.

Se disponía a abrir la puerta cuando Henry Morris apareció por la salida lateral, normalmente cerrada con llave.

—Maren está en el edificio.

Lars se quedó mirándolo, con la mano en el picaporte.

—De acuerdo, de acuerdo —Henry asintió—. De algún modo, quizá a través de la KACH, Maren se ha enterado de que te has traído de Islandia a la Topchev. Puede que los agentes de la KVB destinados en París la hayan puesto al corriente para vengarse. Vete a saber cómo ha sido.

—¿Todavía no ha llegado hasta Lilo?

—No. La hemos interceptado en el vestíbulo exterior.

—¿Quién está con ella?

—Bill y Ed McEntyre, del departamento de Diseño. Pero está realmente disgustada. No parece la misma chica, Lars. En serio. Está irreconocible.

Lars abrió la puerta de su despacho. Al fondo, de pie junto a la ventana, sola en la habitación, Lilo contemplaba Nueva York.

—¿Lista para salir? —dijo Lars.

Lilo, sin volverse, dijo:

—Lo he oído; tengo un oído terriblemente bueno. Ha venido tu amante, ¿verdad? Sabía que ocurriría esto. Fue lo que previ.

El intercomunicador de la mesa de Lars zumbó, y su secretaria la señorita Grabhorn, esta vez con pánico y no con desdén, dijo:

—Señor Lars, Ed McEntyre dice que la señorita Faine se les ha escapado a Bill Manfredi y a él y que ha salido al vestíbulo público en dirección a su despacho.

—Está bien —dijo Lars; agarró del brazo a Lilo, la sacó del despacho y la condujo por el pasillo hacia la rampa de subida más próxima. Ella se dejaba llevar pasivamente, como una muñeca de trapo; Lars tuvo la sensación de estar acarreado un simulacro ultraligero desprovisto de vida y motivación. Resultaba extrañamente desagradable. ¿Sería quizá que a Lilo ya le daba igual todo, o simplemente era demasiado para ella? Lars no disponía de tiempo para explorar las ramificaciones psicológicas de su inercia. La subió a la rampa y los dos ascendieron, dirigiéndose nuevamente hacia la azotea, con su pista y el aerocoche del Gobierno que esperaba en ella.

Cuando Lilo y él llegaron al tejado y se bajaron de la rampa, una figura se manifestó en el extremo superior de la otra rampa de subida con que contaba el edificio. Era Maren Faine.

Tal como había dicho Henry Morris, costaba reconocerla. Llevaba su elegante capa de piel de wub venusiano larga hasta los tobillos, tacones, un sombrerito con encaje, unos grandes pendientes hechos a mano y, curiosamente, nada de maquillaje, ni siquiera pintalabios. Su rostro estaba extrañamente opaco, como si fuera de paja. Tenía un aspecto sepulcral, como si la muerte hubiera viajado con ella a través del Atlántico desde París y estuviese en la azotea; la muerte posada en sus ojos, acechando desde ellos como un pájaro, impasible, pero con una aviesa determinación.

—Hola —dijo Lars.

—Hola, Lars —dijo Maren, mesuradamente—. Hola, señorita Topchev.

Durante un momento, nadie habló. Lars no recordaba haberse sentido tan incómodo en toda su vida.

—¿Qué te cuentas, Maren? —dijo por fin.

—Me han llamado directamente desde Bulganingrado —dijo Maren—. Alguien del SeRKeB o que actuaba en su nombre. No me lo he creído hasta que me lo ha confirmado la KACH.

Sonrió y metió la mano en el bolso, del estilo de las sacas de cartero, que le colgaba del hombro por una tira de cuero negro.

La pistola que sacó Maren era el arma más pequeña que Lars hubiera visto jamás.

El primer pensamiento que le vino a la mente fue que aquella maldita cosa era un juguete, un arma de pega que le había salido a Maren en una máquina expendedora de chicles. Lars se quedó mirándola, tratando de distinguirla con mayor exactitud mientras recordaba que, a fin de cuentas, él era experto en armas, y entonces se dio cuenta de que era auténtica. Italiana, un diseño especial para bolsos de mujer.

Junto a él, Lilo preguntó:

—¿Cómo se llama usted? —Hablabla a Maren en tono educado, racional, incluso afable; Lars, asombrado, se volvió a mirarla.

Siempre se aprendía algo nuevo de la gente. Lilo lo dejó completamente anonadado; en aquel momento crítico, mientras hacían frente a la peligrosa arma diminuta empuñada por Maren, Lilo Topchev se había comportado con madurez, como toda una dama, tan digna socialmente como si acabara de entrar en una fiesta en la que abundaran los cogs más elegantes. Había dado la talla y se había convertido, o al menos fue aquello lo que pensó Lars, en el paradigma de la calidad, la esencia, la sustancia de la que estaba hecha la humanidad. Nadie podría volver a convencerlo de que un ser humano no era más que un animal que caminaba erguido, llevaba un pañuelo en el bolsillo y distinguía el jueves del viernes; o cualquiera que fuese el criterio... Incluso la definición del Viejo Orville, tomada de Shakespeare, se revelaba como lo que era realmente: una mordaz e insultante vacuidad. «Menuda sensación —pensó Lars—, no solo amar a esta chica sino además admirarla.»

—Soy Maren Faine —dijo Maren, como si tal cosa. Ella no estaba impresionada. Lilo le tendió la mano esperanzadamente, en un signo evidente de amistad.

—Encantada de conocerla —empezó—; creo que podemos...

Maren alzó la diminuta pistola y disparó.

El pequeño artilugio, cargado de suciedad y, sin embargo, relucientemente impoluto, expulsó lo que antaño se habría considerado una bala de fragmentación, en su estado primordial de desarrollo tecnológico.

Pero la munición había evolucionado a lo largo de los años. Seguía poseyendo el ingrediente esencial, el de dispersarse cuando entraba en contacto con su blanco, pero también hacía unas cuantas cosas más. Sus fragmentos continuaban detonando, recogiendo una cosecha inacabable que se propagaba hacia fuera, alrededor del cuerpo de la víctima y hacia cuanto hubiese cerca de él.

Lars se tiró al suelo instintivamente, volvió la cara y se encogió sobre sí mismo; el animal que había en él se acurrucó en posición fetal, con las rodillas levantadas, la cabeza entre ellas y los brazos alrededor del cuerpo, consciente de que no podía hacer nada por Lilo. Aquello había terminado, terminado, para siempre. Los siglos podrían pasar como gotas de agua, incesantemente, y Lilo Topchev no reaparecería nunca en el devenir de la humanidad.

Lars estaba pensando para sus adentros como una máquina lógica creada para calcular y analizar fríamente, sin dejarse influir por el entorno: «Yo no he diseñado esto, no esta arma. Esto es anterior a mí. Es un monstruo viejo, muy antiguo. Esto es todo el mal heredado, traído del pasado, transportado al umbral de mi vida y depositado en él, arrojado para destruir todo lo que valoro, lo que necesito, deseo proteger. Todo ha quedado borrado, con la simple presión del índice en un interruptor

de metal que forma parte de un mecanismo tan pequeño que se podría tragar, devorar en un intento de cancelar su existencia en un acto de gula; la gula que la vida siente por la vida.»

Pero ya nada podría cancelarlo.

Cerró los ojos y se quedó inmóvil; no le importaba que a Maren le diera por volver a disparar, esta vez contra él. Si sentía algo, era un deseo, un anhelo, de que Maren le pegase un tiro.

Abrió los ojos.

La rampa de subida ya no estaba. Ni la pista de la azotea del edificio. No había ninguna Maren Faine, ninguna arma diminuta fabricada en Italia. Ningún despojo yacía cerca de él; no veía los restos, pegajosamente orgánicos, palpitando y descomponiéndose, recién creados, la despiadada malignidad resultante de la acción del arma. Vio, aunque no lo entendió, una calle urbana, y ni siquiera de Nueva York. Percibió un cambio en la temperatura, en la composición del aire. A lo lejos había montañas coronadas de nieve; tenía frío y se estremeció; miró en torno a sí; oyó el estruendo lleno de cláxones del tráfico de superficie.

Le dolían las piernas; los pies. Y tenía sed.

Un poco más adelante, al lado de un bazar automatizado, vio una cabina de videófono. Entrando en ella, con el cuerpo rígido y embotado a causa de la fatiga y un sinfín de dolores, Lars cogió la guía y leyó su cubierta.

Seattle (Washington).

«Y el tiempo —pensó—. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Una hora, tal vez? ¿Meses? Años. —Esperaba que fuera un periodo lo más largo posible, una fuga disociativa que se hubiera prolongado interminablemente; ahora estaría viejo, resecao por el viento y completamente podrido por dentro, desechado—. Esta fuga no debería haber terminado nunca, ni siquiera ahora.» Y entonces, increíblemente, la voz del doctor Todt resonó en su cerebro mediante el poder parapsicológico que le había sido otorgado a Lars; la voz, igual que en el vuelo de regreso desde Islandia, tarareaba y murmuraba para sí: no podía entender las palabras y, sin embargo, tenían un tono terrible, por el mundo que evocaban mientras el doctor Todt canturreaba una vieja balada de derrota. *Und die Hunde schnurren an den alten Mann*. Y entonces, de pronto, se lo tradujo. «Y los perros gruñen —dijo el doctor Todt dentro de la mente de Lars— al viejo.»

Lars introdujo una moneda en la ranura del videófono y marcó el número de Lanferman Asociados en San Francisco.

—Póngame con Pete Freid.

—El señor Freid ha tenido que ausentarse por cuestiones de negocios —dijo alegremente la telefonista de Lanferman—. Ahora no es posible ponerse en contacto con él, señor Lars.

—¿Puedo hablar con Jack Lanferman, entonces?

—El señor Lanferman también está... Supongo que a usted se lo puedo decir, señor Lars. Los dos están en Festung (Washington DC). Se fueron ayer. Tal vez pueda localizarlos allí.

—De acuerdo. Gracias. Lo haré. —Cortó la conexión.

A continuación llamó al general Nitz. Su llamada fue subiendo paso a paso por la escala jerárquica y, por fin, cuando Lars ya se disponía a darse por vencido y colgar, se encontró frente al rostro del comandante en jefe.

—La KACH no conseguía dar con usted —dijo Nitz—. El FBI y la CIA, tampoco.

—Los perros gruñían —dijo Lars—. Me gruñían a mí. Los he oído. En toda mi vida, Nitz, no los había oído nunca.

—¿Dónde está?

—En Seattle.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—Lars, tiene usted un aspecto realmente horrible. Y ¿sabe qué hace y dice? ¿Qué es eso de los perros?

—No sé qué son —dijo él—. Pero los he oído.

—Ella sobrevivió seis horas —dijo el general Nitz—. Pero, naturalmente, no había ninguna esperanza; de todos modos, ya ha pasado todo, o puede que lo sepa.

—No sé nada.

—Celebraron el funeral, pensando que usted podía aparecer en cualquier momento, y hemos seguido intentando localizarlo. Naturalmente, sabrá lo que le ocurrió a usted.

—Entré en estado de trance.

—¿Y acaba de salir de él?

Lars asintió.

—Lilo está con...

—¿Qué? —dijo Lars.

—Lilo está en Bethesda. Con Ricardo Hastings. Tratando de crear un boceto utilizable; hasta el momento ha realizado varios, pero...

—Lilo está muerta —dijo Lars—. Maren la mató con una Beretta calibre doce, italiana, que dispara proyectiles de fragmentación. Yo estaba delante.

El general Nitz lo miró fijamente y dijo:

—Maren Faine disparó la Beretta del doce que llevaba. Tenemos el arma, los fragmentos del proyectil y sus huellas dactilares en la pistola. Pero se mató a sí misma, no a Lilo.

—No lo sabía —dijo Lars tras una pausa.

—Bueno —dijo el general Nitz—, cuando se disparó la Beretta, alguien tenía que morir. Esas balas de fragmentación son así. Es un milagro que no acabara con ustedes tres.

—¡Fue un suicidio! Deliberado. Estoy seguro. —Lars asintió—. Probablemente, Maren no tenía intención de matar a Lilo, por mucho que ella misma lo creyera. —Dejó escapar un tembloroso suspiro lleno de cansancio y resignación. Una resignación que no era de índole filosófica ni estoica, sino un simple darse por vencido.

No podía hacer nada. Todo había sucedido durante su estado de trance, su fuga disociativa. Hacía mucho, mucho tiempo. Maren estaba muerta; Lilo estaba en Bethesda; él, después de un viaje interminable a ninguna parte, al vacío, había acabado en el centro de Seattle, tan lejos como podía llegar, evidentemente, de Nueva York y de lo que había tenido lugar, o de lo que él creía que había tenido lugar, allí.

—¿Puede volver aquí? —dijo el general Nitz—. ¿Para ayudar a Lilo? Porque no consigue nada. Se toma su fármaco, ese somnífero que hacen en Alemania del Este, entra en trance, evidentemente en la proximidad de Ricardo Hastings y sin ninguna otra mente cerca que la distraiga y, sin embargo, cuando sale del trance solo tiene...

—Los mismos bocetos de siempre. Procedentes de Oral Giacomini.

—No.

—¿Está seguro? —Su mente maltrecha y entumecida despertó de pronto.

—Esos bocetos son completamente distintos de cualquier cosa que haya hecho hasta el momento. Pete Freid los ha examinado y está de acuerdo. Y ella también. Y siempre son lo mismo.

Lars sintió terror.

—Siempre, ¿qué?

—Cálmese. No son de ninguna arma, de nada remotamente parecido a un «Generador de Distorsiones Temporales». Esos bocetos muestran la sustancia anatómica, fisiológica y orgánica de... —El general Nitz titubeó, tratando de decidir si debía decirlo por aquel videófono que probablemente estaría pinchado por la KVB.

—Dígalo —le pidió Lars, crispado.

—De un androide. De un tipo muy poco habitual, pero aun así, un androide. Muy parecido a los que utiliza Lanferman Asociados en sus pruebas de armamento subterráneas. Ya sabe a qué me refiero. Tan humano como sea posible.

—Estaré allí en cuanto pueda —dijo Lars.

VEINTISÉIS

Lars fue recibido en la inmensa pista de aparcamiento que ocupaba toda la azotea del hospital militar por tres jóvenes marines impecablemente uniformados, que lo escoltaron inmediatamente, como si fuese un dignatario, o quizá, reflexionó él, un delincuente, o una *Gestalt* que combinara ambas cosas, por una rampa de bajada hasta el piso de alta seguridad en que tenía lugar «eso».

«Eso». Sin ninguna palabra que hiciera referencia a los seres humanos. Lars observó el intento de deshumanizar la actividad en la que iba a tomar parte.

—Sigue siendo mejor que caer en las manos, si es que tienen, de unos esclavistas alienígenas procedentes de algún lejano sistema solar —comentó a su escolta de marines.

—¿A qué se refiere?

—A cualquier cosa.

El marine más alto, y era realmente alto, dijo:

—En eso tiene toda la razón.

Mientras el grupo atravesaba la última barrera de seguridad, Lars le dijo al marine alto:

—¿Ha visto usted a ese viejo veterano de guerra, al tal Ricardo Hastings?

—Solo un momento.

—¿Qué edad diría que tiene?

—Tal vez noventa años. Cien. Más, todavía.

—Yo no lo he visto nunca —dijo Lars

Delante de ellos, la última puerta, dotada de algún supersentido, ya que preveía con exactitud cuántas personas tendrían derecho a pasar por ella, se abrió momentáneamente, y Lars vio al otro lado a personal sanitario con bata blanca.

—Pero voy a hacer una apuesta con usted —dijo, mientras la puerta inteligente emitía un chasquido para indicar que se había dado cuenta de su paso por ella— sobre la edad de Ricardo Hastings.

—De acuerdo.

—Seis meses —dijo Lars.

Los tres marines se quedaron mirándolo;

—No —dijo Lars—. Rectifico. Cuatro meses.

Entonces siguió andando, dejando atrás a su escolta, porque había visto a Lilo Topchev más adelante.

—Hola —le dijo.

Ella se volvió de inmediato.

—Hola. —Sonrió, durante un fugaz instante.

—Creía que estabas en casa de Piglet —dijo él—. Visitando al cerdito.

—No —dijo ella—. Estoy en casa de Pooh, visitando al osito.

—Cuando esa Beretta disparó...

—Oh, Dios. Yo pensé que me había dado y tú pensaste que me había dado; estabas seguro, y no podías mirar. ¿Debería haber sido yo? En fin, el caso es que no fui yo. Y yo habría hecho lo mismo; si hubiese pensado que te apuntaba a ti, no habría mirado. Lo que he decidido, y he estado pensando y pensando, sin parar... Estaba preocupadísima por ti, por tu paradero: entraste en trance y, simplemente, te fuiste. Pero después de pensar en tu amante decidí que no debía de haber disparado esa pistola hasta entonces. No podía tener ni idea de lo que hacía.

—Y ahora, ¿qué?

—He estado trabajando. Oh Dios, cómo he trabajado. Ven a la habitación de al lado a conocerlo. —Encabezó la marcha con expresión sombría—. ¿Te han dicho que no he conseguido nada?

—Podría ser peor, teniendo en cuenta lo que nos hacen una vez por hora, aproximadamente. —Durante el viaje desde el este, Lars había averiguado hasta dónde llegaba el volumen de población trasladado a la inexistencia, al menos en lo que a la Tierra concernía, por el enemigo. Era grotesco. Como calamidad, no tenía ningún precedente histórico.

—Ricardo Hastings dice que esos alienígenas provienen de Sirio —dijo Lilo—. Y tal como sospechábamos, son esclavistas. Son quitinosos y tienen una estructura fisiológica que se remonta a millones de años. En los planetas de su sistema, a poco menos de nueve años luz de aquí, los animales de sangre caliente no llegaron a evolucionar más allá del estadio de los lémures. Son arbóreos, con un hocico parecido a los de los zorros; casi todos son nocturnos y algunos tienen cola prensil. Así que para ellos solo somos unas rarezas sintientes, unos organismos como los caballos de tiro pero altamente organizados, dotados de cierta habilidad manual. Admiran nuestro pulgar. Podemos realizar todos los trabajos básicos, pero no nos tienen en más consideración que nosotros a las ratas.

—Pero nosotros siempre estamos haciendo pruebas con las ratas. Intentamos descubrir cosas.

—Porque tenemos la curiosidad de los lémures —dijo Lilo—. Haz un ruido raro y sacaremos la cabeza de la madriguera para ver qué es. Ellos no. Al parecer, las formas de vida quitinosas, incluso las altamente evolucionadas, siguen siendo básicamente máquinas de reflejos. Habla de ello con Hastings.

—No estoy interesado en hablar con él —dijo Lars.

Más adelante, detrás de una puerta abierta, estaba sentado lo que parecía un esqueleto de palotes vestido, cuyo rostro retraído, de expresión vacua y arrugado como una calabaza, giraba lentamente como impulsado por un motor. Los ojos no parpadeaban. Las facciones no mostraban ninguna emoción. El organismo se había

ido deteriorando hasta convertirse en una máquina con percepción. Los órganos sensoriales se movían despreocupados de un lado a otro recogiendo datos, aunque solo Dios sabía cuántos llegaban al cerebro, donde quedaban registrados y entendidos. Quizá ninguno en absoluto.

Apareció un personaje conocido, con un portapapeles en la mano.

—Sabía que acabaría por reaparecer —le dijo el doctor Todt a Lars, pero aun así parecía enormemente aliviado—. ¿Se fue andando?

—Probablemente —dijo Lars.

—No se acuerda.

—De nada —dijo Lars—. Pero estoy cansado.

—Existe la tendencia —dijo el doctor Todt— incluso entre los pacientes de psicosis graves, a recorrer grandes distancias a pie, si tienen suficiente tiempo. El recurso del nomadismo. Aunque en la mayoría de los casos no tienen suficiente tiempo. En cuanto a usted, no disponemos de nada de tiempo. —Se volvió hacia Ricardo Hastings—. En cuanto a él, ¿por dónde va a empezar?

Lars examinó la vieja figura encorvada.

—Por una biopsia.

—No lo entiendo.

—Quiero que se le extraiga una muestra de tejido. Me da igual de dónde, de cualquier parte.

—¿Por qué?

—Además de someterla a un análisis microscópico, quiero que le hagan la prueba del carbono —dijo Lars—. ¿Qué grado de precisión alcanza el nuevo método de datación mediante carbono 17 B?

—Fracciones de año. Meses.

—Eso era lo que pensaba. De acuerdo: no habrá ningún boceto, ningún trance ni ninguna otra actividad por mi parte hasta que se conozca el resultado de la prueba del carbono.

El doctor Todt hizo un gesto.

—¿Quién puede cuestionar las decisiones de los Inmortales?

—¿Cuánto tardará?

—Podemos tener el resultado a las tres de la tarde.

—Bien —dijo Lars—. Voy a ver si consigo una ducha, un par de zapatos nuevos y creo que una capa nueva. Para animarme un poco.

—Todas las tiendas están cerradas. Se ha advertido a la gente de que permanezca debajo de la superficie durante el estado de emergencia. Las áreas que ya han sido tomadas incluyen...

—No me recite una lista. La he oído mientras venía.

—¿De verdad que no va a entrar en trance? —dijo el doctor Todt.

—No. No hay ninguna necesidad. Lilo ya lo ha intentado.

—¿Quieres ver mis bocetos, Lars? —dijo Lilo.

—Les echaré un vistazo. —Tendió la mano, y al cabo de un momento le entregaron una pila de bocetos. Lars los sometió a un breve examen y vio lo que esperaba, ni más ni menos. Los dejó en una mesa cercana.

—Muestran una estructura bastante elaborada —observó el doctor Todt.

—Son bocetos de un androide —dijo Lilo, esperanzada, sin quitarle los ojos de encima a Lars.

—Son de él —dijo Lars. Señaló la vieja figura encorvada, con su cabeza parecida a una torreta que giraba incesantemente—. O de eso, más bien. No has captado el contenido de su mente. Lo que has captado son los ingredientes anatómicos que constituyen su base bioquímica. Lo que lo hace funcionar. El mecanismo artificial que es. Yo sé que es un androide —añadió—, y sé que la prueba de carbono de la biopsia lo confirmará. Lo que quiero averiguar es su edad exacta.

—¿Por qué? —preguntó el doctor Todt con la voz quebrada, después de unos instantes de silencio.

—¿Cuánto tiempo llevan los alienígenas entre nosotros?

—Una semana.

—Dudo —dijo Lars— que un androide tan perfecto como este se pueda construir en una semana.

—Entonces, el constructor sabía... —dijo Lilo—. Si estás en lo cierto...

—Oh, qué demonios —dijo Lars—. Pues claro que estoy en lo cierto. Echales una mirada a tus propios bocetos y dime si no son de «Ricardo Hastings». Hablo en serio. Adelante. —Cogió los bocetos y se los tendió; ella los aceptó con un gesto reflejo y los fue examinando de uno en uno, asintiendo levemente mientras los contemplaba como sin verlos.

—¿Quién puede haber construido un androide tan logrado? —dijo el doctor Todt, mirando los dibujos que sostenía Lilo—. ¿Quién cuenta con las instalaciones y las habilidades necesarias, por no mencionar el... talento, para concebir algo semejante?

—Lanferman Asociados —dijo Lars.

—¿Alguien más? —dijo el doctor Todt.

—No que yo sepa. —A través de la KACH, tenía una noción bastante exacta de cuáles eran las instalaciones de que disponía el Sector Este. Ellos no tenían nada comparable. En realidad nada era comparable a Lanferman Asociados, que a fin de cuentas, se extendía por debajo de la superficie desde San Francisco hasta Los Ángeles: un organismo económico e industrial de ochocientos kilómetros de longitud.

Y la fabricación de androides que podían pasar, bajo un atento escrutinio, por auténticos seres humanos, era una de sus principales actividades.

—Si no hubiera sido por ese accidente, cuando el aumento de la tensión

sobrecargó... —comenzó a decir Ricardo Hastings con voz cascada.

Lars fue hacia él y lo interrumpió bruscamente.

—¿Tu programación es intrínseca?

Los viejos ojos carentes de brillo se clavaron en él. Pero no hubo respuesta; la boca hundida en aquel rostro no se movió.

—Vamos, vamos —dijo Lars—. Qué eres, ¿intrínseco o teledirigido? ¿Eres homeostático o recibes instrucciones del exterior? Francamente, yo diría que eres completamente intrínseco. Preprogramado. —Se volvió hacia Lilo y el doctor Todt y dijo—: Eso explica lo que consideran demencia senil. La repetición de ciertas unidades semánticas estereotipadas que aparecen una y otra vez.

—Chico, menuda paliza les dimos —farfulló Ricardo Hastings con voz pastosa—. No se lo esperaban; creían que ya nos tenían en el bote. Nuestros diseñadores de armas no habían conseguido nada. Los alienígenas creían que podían presentarse aquí como si tal cosa y apoderarse de todo, pero les dimos una buena lección. Lástima que ustedes no se acuerden; todo eso fue antes de su época. —El anciano, o la máquina, rio entre dientes y miró el suelo sin verlo al tiempo que su boca se estremecía en una mueca de deleite.

—No me trago —dijo Lars, e hizo una pausa— la idea del arma del viaje en el tiempo.

—Nos los quitamos de encima a todos —farfulló Ricardo Hastings—. Mandamos hasta el último de esos malditos satélites suyos fuera de este vector temporal, a un millar de años en el futuro, y todavía siguen ahí. Je, je. —Sus ojos, momentáneamente, se iluminaron con un atisbo de vida—. Orbitando un planeta deshabitado, salvo, quizá, por las arañas y los protozoos. Lo siento por ellos. También nos quitamos de encima todas las naves que habían enviado aquí; con el GDT las enviamos al pasado remoto; ahora están listas para invadir la Tierra en la época de los trilobites. Esa sí que será una conquista fácil para ellos. Que aporreen a los trilobites hasta someterlos a su voluntad. —El viejo veterano dejó escapar un bufido triunfal.

A las dos y media, después de una espera que Lars no habría vuelto a soportar por nada del mundo, un auxiliar del hospital llevó el resultado de la prueba de carbono de la muestra de tejido extraída del anciano.

—¿Qué ha salido? —preguntó Lilo, poniéndose de pie con movimientos lentos y envarados sin apartar la mirada del rostro de Lars, tratando de percibir su reacción, de compartirla con él.

Lars le tendió la hoja.

—Léelo tú misma.

—Dímelo tú —repuso ella con un hilo de voz.

—El análisis microscópico muestra que el tejido es indudablemente humano, no sinté... es decir, no de un androide. El proceso de datación mediante carbono 17 B

aplicado a la muestra indica que esta tiene entre ciento diez y ciento quince años de edad. Y posiblemente, pero no probablemente, un poco más.

—Estabas equivocado —dijo Lilo.

Lars asintió y dijo:

—Sí.

Ricardo Hastings rio entre dientes para sí.

VEINTISIETE

«En este asunto —se dijo Lars Powderdry—, mi fracaso ha sido tan absoluto como cuando, en el momento en que más necesitábamos las armas, fui incapaz de proporcionárselas. Ni en un solo momento he resultado de ninguna utilidad, excepto, naturalmente, en la situación antigua, ese juego inofensivo al que han estado jugando el Sector Este y el Bloque Oeste durante todos estos años, esa era del ardeo en la que engañábamos a la multitud, a los pursaps de todas partes, por su propio bien y a expensas de sus propensiones.

»Y sin embargo, yo traje a Lilo a Washington. Tal vez eso se debería consignar en los registros como un logro. Pero ¿qué logré con eso, aparte del horrendo suicidio de Maren Faine, quien tenía todas las razones del mundo para seguir viviendo, para disfrutar de una vida plena y feliz?»

—Mi escalatio y mi conjoricina, por favor —le dijo al doctor Todt—. El doble de la dosis habitual. —A Lilo le dijo—: Y el producto de esa empresa de Alemania Oriental sobre el cual tienes el monopolio. Quiero que esta vez doubles la toma. Es el único modo que se me ocurre de incrementar tu sensibilidad, y quiero que seamos tan sensibles como pueda soportar nuestro organismo. Porque probablemente solo haremos un intento auténtico.

—Estoy de acuerdo —dijo Lilo, sombría.

La puerta se cerró detrás de Todt y el personal del hospital. Lars y Lilo, con Ricardo Hastings, quedaron aislados del mundo.

—Esto puede matarnos a cualquiera de los dos o a ambos, o provocamos secuelas permanentes —le dijo Lars a Lilo—. Los efectos tóxicos sobre el hígado o el cerebro...

—¡Calla! —dijo Lilo. Y, con un vaso de agua, se tragó sus pastillas.

El hizo lo mismo.

Luego se sentaron el uno enfrente del otro durante un momento, sin prestar atención al anciano que farfullaba y babeaba entre ellos.

—¿Te recuperarás alguna vez de la muerte de Maren? —preguntó Lilo.

—No. Nunca.

—¿Me culpas? No, te culpas a ti mismo.

—La culpo a ella —dijo Lars—. Por tener esa asquerosa y diminuta Beretta, en primer lugar; nadie debería llevar encima un arma semejante, ni siquiera tenerla; no vivimos en la selva.

Dejó de hablar. La medicación estaba surtiendo efecto; le paralizó la mandíbula, como lo habría hecho una sobredosis de fenotiacina, y Lars cerró los ojos, sufriendo. La dosis, tremendamente excesiva, lo estaba arrastrando, y ya no podía ver, experimentar la presencia de Lilo Topchev. Lástima, pensó. Y después sintió pena y

dolor, en lugar de miedo, mientras la nube se condensaba a su alrededor, el familiar descenso, ¿o era un ascenso?, esta vez intensificado, magnificado más allá de toda proporción razonable, por la sobredosis deliberada de los dos fármacos.

«Espero —pensó, aferrándose a la esperanza— que ella no se vea obligada a soportar esto; espero que para ella todo sea más fácil, porque saberlo hará que me resulte un poco menos difícil de soportar.

—Sí, les dimos una buena paliza —farfulló Ricardo Hastings, riendo, resollando, babeando.

—¿Se la dimos? —consiguió decir Lars.

—Sí, señor Lars —dijo Ricardo Hastings. Y el balbuceo que antes era gárrulo y trivial parecía haberse aclarado de algún modo, haberse vuelto completamente lúcido—. Pero no con nada llamado *Generador de Distorsiones Temporales*. Eso no es más que una invención, y empleo el término en su sentido más negativo: un bulo. —El anciano rio, pero esta vez ásperamente. De una manera distinta.

—¿Quién es usted? —dijo Lars, con extrema dificultad.

—Soy un juguete ambulante —respondió el anciano.

—¡Un juguete!

—Sí, señor Lars. En origen, un componente de un juego de guerra inventado por Empresas Klug. Haga mi boceto, señor Lars. Su homóloga, la señorita Topchev, está haciendo bocetos, sin duda, pero se limita a repetir, sin llegar a comprenderla, la presentación visual carente de valor que fue producida anteriormente... y que pasó por alto todo el mundo salvo usted. La señorita Topchev me está dibujando a mí. Dio usted justo en el clavo.

—Pero es viejo.

—El señor Klug dio con una solución técnica muy sencilla. Previo la posibilidad, de hecho, la inevitabilidad, de que aplicaran el nuevo método de datación mediante carbono 17 B. Así que estoy constituido por modificaciones de materia orgánica perteneciente a una *cosecha* cuya antigüedad supera ligeramente los cien años. Si no le disgusta la palabra cosecha.

—No me disgusta —dijo Lars, o lo pensó. Ya no sabía si estaba hablando en voz alta—. Pero no me lo creo —dijo.

—Entonces considere esta posibilidad —dijo Hastings—. Soy un androide, tal como usted sospechaba, pero fui construido hace más de un siglo.

—¿En 1898? —preguntó Lars con un profundo desdén—. ¿En un insignificante taller de Nebraska que se dedicaba a hacer carruajes? —Rio o, en cualquier caso, trató de hacerlo—. No me venga con esas. Deme otra teoría que encaje con lo que usted y yo sabemos que son los hechos.

—¿Le gustaría probar suerte con la verdad, señor Lars? Solo por esta vez. ¿Oyéndola abiertamente, sin que se le oculte nada? ¿Se siente capaz? ¿Sinceramente?

¿Está usted seguro?

Después de una pausa, Lars dijo:

—Sí.

La voz suave y susurrante, que en aquella relación del trance profundo quizá solo consistiera en un pensamiento, pasó a informarlo:

—Señor Lars, soy Vincent Klug.

VEINTIOCHO

—El empresario de poca monta. El hombre de los juguetes, marginado, medio chiflado y al que nadie da crédito, en persona —dijo Lars.

—Eso es. No un androide, sino un hombre igual que usted, solo que viejo, muy viejo. Al final de mis días. No tal como usted me conoció, como me vio en el nivel subterráneo de Lanferman Asociados. —La voz era cansada, monótona—. He vivido mucho tiempo y he visto muchas cosas. Presencié la Gran Guerra, como he dicho. Como les conté a todos aquellos que quisieran escucharme mientras estaba sentado en aquel banco del parque. Sabía que acabaría por llegar la persona apropiada, y así fue. Me llevaron dentro.

—¿Y fue operario de mantenimiento en la guerra?

—No. Ni de esa ni de ninguna otra arma. Un instrumento que deforma el tiempo existe, existirá, pero no será ningún factor decisivo en la Gran Guerra contra los esclavistas alienígenas de Sirio. Esa parte me la inventé. Dentro de sesenta y cuatro años, en el 2068, lo usaré para regresar.

»Usted no lo entiende. Puedo retroceder hasta aquí desde el año 2068, y ya lo he hecho. Aquí estoy. Pero no puedo traer nada. Armas, objetos, noticias, ideas, la más minúscula novedad de la industria del entretenimiento para pursaps... Nada. —Habla con vehemencia rayana en la amargura—. ¡Adelante! Sondéeme telepáticamente, juguete con mi memoria y extráigame el conocimiento de los seis próximos decenios. Obtenga los planos del Generador de Distorsiones Temporales. Y déselos a Pete Freid, de Lanferman Asociados, en California; consiga una orden de fabricación inmediata, que preparen un prototipo sin perder un instante y lo utilicen contra los alienígenas. ¡Adelante! ¿Sabe qué ocurrirá? Eso hará que yo deje de existir, señor Lars. —La voz lo traspasaba, ensordecedora, cruel. Corrompida por el resentimiento y la futilidad de la situación—. Y cuando yo haya dejado de existir, ya que con eso se habrá creado un curso temporal alternativo, también dejará de existir el arma. Y se creará una oscilación perpetua, conmigo atrapado dentro.

Lars guardó silencio. No iba a discutirlo. Parecía evidente, y lo aceptaba.

—El viaje en el tiempo —dijo el anciano y consumido Klug, procedente de dentro de sesenta y cuatro años— es uno de los mecanismos más rígidamente limitados que ha conseguido el sistema de investigación institucional. ¿Quiere saber exactamente lo limitado que me encuentro, señor Lars, en este momento, que para mí se remonta a más de sesenta años? Sé lo que ocurrirá y no puedo decir nada... No puedo informarle; no puedo ser un oráculo. ¡Nada! Lo único que puedo hacer, y es muy poco, pero tal vez sea suficiente (sé, de hecho, si será suficiente, pero ni siquiera puedo correr el riesgo de decirle eso), es dirigir su atención hacia cierto objeto, artefacto o aspecto de su entorno actual. ¿Ve? Hacia algo que tiene que existir ya. Su

presencia no puede depender en ningún sentido de que yo haya vuelto de su futuro.

—Ummm —dijo Lars.

—Ummm —murmuró Vincent Klug, burlándose de él.

—Bueno —dijo Lars—. ¿Qué puedo decir? Ya está dicho. Acaba de explicármelo con pelos y señales.

—Pregúnteme algo.

—¿Por qué?

—¡Usted límitese a preguntar! Por algo he regresado, ¿no es evidente? Dios, estoy atrapado por este maldito principio... Se llama... —Klug se calló, atragantándose de impotencia y furia.

—Ni siquiera puedo darle el nombre del principio que me limita —añadió, cada vez con menos fuerza. La batalla por comunicarse sin sobrepasar la estrecha línea de lo adecuado lo consumía palpablemente.

—Juegos de adivinanzas —dijo Lars—. Claro, a usted le gustan los juegos.

—Exactamente. —Un resurgimiento de energía palpitó en la voz reseca como el polvo—. Haga conjeturas. Yo, por mi parte, responderé si puedo.

—Algo que existe ahora, en nuestro tiempo, en el año 2004.

—¡Sí! —Una emoción frenética, nerviosa, vibrante; el furioso restablecimiento de la fuerza vital, en respuesta.

—Usted, en la actualidad, no es cog. Está fuera, es indudable. Ya ha intentado hacérselo ver a los de Segnac de las NU-O; pero dado que no es cog, nadie quiere escucharlo.

—¡Sí!

—¿Un prototipo funcional?

—Sí. Fabricado por Pete Freid. En sus ratos libres. Después de que Jack Lanferman le diera permiso para utilizar los talleres de la empresa. Pete Freid es condenadamente bueno; puede fabricar cosas condenadamente deprisa.

—¿Dónde se encuentra ahora el dispositivo?

Un largo silencio. Después, con voz entrecortada y transida de dolor:

—Temo... decir... demasiado.

—Lo tiene Pete.

—N-no.

—Está bien. —Lars reflexionó—. ¿Por qué no trató de comunicarse con Lilo? —preguntó después—. ¿Cuando ella entró en trance y sondeó su mente?

—Porque —susurró Klug cansinamente con su voz reseca— ella es del Sector Este.

—Pero el prototipo...

—Sé lo que va a ocurrir. Esta arma, señor Lars, es únicamente para el Bloque Oeste.

—¿Está el arma —dijo Lars— en Festung (Washington DC) en estos momentos?

—Si el arma se encontrara aquí, yo no estaría hablando con usted —replicó acerbamente la voz del anciano Vincent Klug, consumido por el ángel exterminador—. Habría regresado a mi propio periodo. Francamente —añadió—, tengo mucho que perder al estar aquí, amigo mío. La medicina de mi era puede mantenerme con vida de forma perdurable. Sin embargo, en este año, el 2004, no es así. —Su voz palpitaba con el ritmo de la fatiga y el desprecio entrelazados.

—De acuerdo, ese dispositivo —dijo Lars, y suspiró—, esa arma se ha originado en mi propio tiempo y no proviene del futuro. Usted encargó el prototipo. Cabe suponer que funciona. ¡Así que se lo habrá llevado a su minúscula fábrica o a dondequiera que trabaje usted! —Reflexionó durante un buen rato, recapitulándolo todo mentalmente una y otra vez—. Muy bien —dijo por fin—. No necesito preguntarle nada más, y no hay por qué forzar las cosas. Más vale no correr más riesgos. ¿Está de acuerdo?

—Estoy de acuerdo —dijo Klug—, si le parece que puede seguir adelante por sí solo... con lo que sabe ahora y nada más que eso.

—Daré con ello.

Obviamente, tenía que ponerse en contacto inmediatamente con el Vincent Klug de aquel periodo y sacarle el dispositivo. Pero se daba cuenta de que el Vincent Klug del año 2004, aunque hubiera inventado el dispositivo, no lo reconocería como un arma.

Por tanto, no sabría cuál era el objeto que necesitaban; Klug podía, con sus típicamente erráticas y descabelladas actividades de marginado, poseer una docena, dos docenas, de artefactos en todos los estadios posibles, desde el primer boceto en el tablero de dibujo hasta los artículos producidos por las fábricas automatizadas y ya listos para comercializarse.

Había roto demasiado pronto el contacto con el anciano Vincent Klug del año 2068.

—Klug —dijo de inmediato, apremiante—. ¿De qué clase de juguete se trata? ¡Una indicación! Deme alguna pista. ¿Un juego de tablero? ¿Un juego de guerra? —Escuchó.

En sus oídos, como palabras, no como pensamientos recibidos telepáticamente, la voz senil farfulló:

—Sí, desde luego que les dimos una buena paliza a esos esclavistas alienígenas; seguro que no se esperaban que pudiéramos echar mano de nada. —El anciano resollaba, reía de puro deleite—. Nuestros diseñadores de armas. Menudo hatajo de inútiles estaban hechos. O eso creían los alienígenas.

Lars abrió los ojos. Estaba temblando, y le dolía la cabeza de una manera espantosa. Entornó los ojos con una mueca de dolor bajo el intenso resplandor de las

luces del techo. Vio a Lilo Topchev junto a él, encorvada e inerte, con un bolígrafo en la mano... sobre una hoja en blanco.

El estado de trance que lo había puesto en contacto telepático con la oscurecida mente interior del viejo «veterano de guerra» Vincent Klug había terminado

Bajó la vista y vio su propia mano que empuñaba un bolígrafo, su propio papel. No había ningún boceto, naturalmente; Lars no se sintió sorprendido.

Pero el papel no estaba en blanco.

Contenía una frase escrita con un laborioso garrapateo, como si la hubieran trazado los dedos torpes y faltos de habilidad de un niño, no los suyos.

La frase rezaba:

El [ilegible,
una palabra corta]
en el laberinto.

El algo en el laberinto. ¿Un animal? Tal vez. Le pareció distinguir una eme. Y la palabra constaba de seis letras, de las cuales la segunda, de pronto estaba seguro, mientras la escrutaba, era una o.

Se levantó, salió con paso tambaleante de la habitación y fue abriendo una puerta tras otra hasta que por fin encontró a alguien, un celador del hospital.

—Quiero un videófono —le dijo.

Por fin se sentó a una mesa en la que había un videófono. Marcó con dedos temblorosos el número de Henry Morris, en sus oficinas de Nueva York.

Henry apareció en la pantalla.

—Ponte en contacto con Vincent Klug, el fabricante de juguetes —le dijo Lars—. Tiene un producto para niños, una especie de laberinto. Ha pasado por Lanferman Asociados y ha salido de allí. Existe un prototipo funcional. Lo hizo Pete Freid.

—De acuerdo —dijo Henry, asintiendo.

—En ese juguete —dijo Lars— hay un arma que podemos utilizar contra los alienígenas... y ganar. No le digas a Klug por qué quieres el juguete. Cuando lo tengas, envíamelo a Festung (Washington DC), por correo instantáneo, para no perder tiempo.

—De acuerdo —dijo Henry Morris.

Después de cortar la conexión, Lars se recostó en el asiento, volvió a coger el papel y examinó de nuevo la frase que había garrapateado. ¿Qué podía ser aquella palabra borrosa, por Dios? Casi la tenía...

—¿Cómo estás? —Apareció Lilo Topchev, frotándose la frente y tratando de arreglarse el pelo mientras lo miraba con ojos legañosos—. Dios, tengo el estómago revuelto. Y otra vez no tengo nada. —Se dejó caer en el asiento que había enfrente de él y apoyó la cabeza en las manos. Luego, con un suspiro, se levantó y estiró el cuello

para mirar el papel que Lars tenía en la mano—. ¿Te ha salido esto? ¿Durante el trance?

Frunció el ceño, moviendo los labios.

—El algo en el laberinto. Esa segunda palabra... —Guardó silencio un momento, y luego dijo—: Ah, ya veo lo que pone.

—¿Lo ves? —Lars bajó el papel y, por algún motivo, sintió frío.

—La segunda palabra es *hombre* —dijo Lilo—. «El hombre en el laberinto», eso es lo que has escrito durante el trance. ¿Qué significará?

VEINTINUEVE

Después, debajo de la superficie, Lars tomó asiento en una de las silenciosas y enormes salas de reuniones de la fortaleza de Washington DC, la capital de todo el Bloque Oeste y sus dos mil millones de habitantes. (En el momento, bastantes menos, ya que la población se había reducido considerablemente. Pero Lars optó por no pensar en ello y mantuvo la atención centrada en otra cosa.)

El paquete que le había enviado Henry Morris por correo instantáneo se encontraba delante de él, todavía envuelto. Una nota de Henry lo informaba de que aquel objeto era el único laberinto de juguete producido por Empresas Klug y fabricado por Lanferman Asociados durante los seis últimos años.

Era aquello, aquel pequeño objeto cuadrado.

Incluía el folleto impreso por la fábrica de Vincent Klug. Lars ya lo había leído varias veces.

En sí mismo, el laberinto era bastante sencillo, pero representaba una barrera infranqueable para su morador, atrapado en él. Porque siempre se encontraba, inevitablemente, un paso por delante de su víctima. El morador no podía ganar, por muy rápida, astuta o inagotablemente que se retorciera, correteara, se retirase, volviera a intentarlo y buscara la combinación apropiada (porque tenía que haber una que fuese apropiada, ¿verdad?). Nunca podía escapar. Nunca podía llegar a la libertad. Porque el laberinto, accionado por su pila de diez años de duración, cambiaba constantemente.

«Menudo juguete —pensó Lars—. Menuda idea de lo que constituye la diversión.»

Pero aquello no era nada; aquello no explicaba lo que tenía encima de la mesa. Porque era un juguete psicológicamente complejísimo, tal como se explicaba en el folleto. El aspecto innovador, el ingrediente de inspiración mediante el cual el fabricante de juguetes Vincent Klug esperaba impulsar aquel artículo hasta convertirlo en un éxito de ventas, era el factor empático.

Pete Freid, sentado junto a Lars, dijo:

—Demonios, yo lo fabriqué. Y no veo que tenga nada que pueda convertirlo en un arma de guerra. Y Vincent Klug tampoco, porque hablé del juguete con él, antes y después de hacer el prototipo. Sé muy bien que esa no era su intención.

—En eso tienes toda la razón —dijo Lars. Porque ¿qué motivos podía tener el juguetero Vincent Klug de entonces para interesarse de repente por las armas de guerra? El Vincent Klug posterior, en cambio...

Sabía mucho más.

—¿Qué clase de persona es Klug? —le preguntó a Pete.

Pete hizo un gesto.

—Demonios, ya lo has visto. Da la impresión de que basta con clavarle un alfiler para que se le escape el aire y se desinflen como un globo.

—No me refiero a su aspecto físico —dijo Lars—. Quiero decir que... Bueno, ¿cómo es por dentro? Lo que hay realmente en su interior, la maquinaria que lo impulsa.

—Extraña forma de expresarlo.

—¿Por qué? —Lars sintió una súbita inquietud.

—Bueno, me has recordado uno de los proyectos que me trajo Klug, hace mucho. Varios años. Siempre andaba dándole vueltas, pero al final lo dio de lado. Cosa de la que me alegré.

—Androides —dijo Lars.

—¿Cómo lo has sabido?

—¿Qué quería hacer con los androides?

Pete se rascó la cabeza y frunció el ceño.

—No conseguí entenderlo del todo. Pero no me gustaba nada. Siempre que lo sacaba, le decía que no.

—¿Quieres decir —dijo Lars— que quería que los construyeras? ¿Quería que Lanferman Asociados invirtiera su experiencia en este campo en su proyecto de los androides, pero por alguna extraña razón no llegó a...?

—Siempre hablaba con vaguedad. En cualquier caso, quería que pareciesen lo más humanos posible. Siempre me daba una sensación incómoda. —Todavía tenía el ceño fruncido—. De acuerdo, reconozco que Klug es un personaje complejo. He trabajado con él, pero no puedo decir que lo entienda, igual que no alcancé a entender qué pretendía él con el proyecto de los androides. El caso es que al final lo abandonó y se concentró en... —señaló el laberinto— esto.

«Bueno —pensó Lars—, así que eso explica los bocetos de androides que hizo Lilo.»

El general Nitz, que había estado sentado en silencio frente a ellos, dijo:

—La persona que maneja este laberinto, si lo he entendido bien, se identifica emocionalmente con esa cosa. —Señaló al diminuto morador del laberinto, que en aquellos momentos se encontraba inerte porque el interruptor estaba en la posición de apagado—. Esa criatura de ahí. ¿Qué es esa criatura? —Entrecerró los ojos para mirarla, revelándole a Lars que era ligeramente miope—. Parece un oso. O un wub venusiano; ya saben, esos animalitos regordetes que tanto les gustan a los niños... Hay un enclave fenotípico de ellos aquí, en el zoo de Washington. Dios, los crios nunca se cansan de mirar esa colonia de wubs.

—Eso es porque los wubs venusianos poseen una facultad telepática limitada —dijo Lars.

—Cierto —dijo el general Nitz—. Al igual que el delfín de la Tierra, como

terminaron por descubrir; no es un caso único. Y dicho sea de paso, esa era la razón por la que la gente siempre tenía la impresión de que los delfines eran inteligentes. Sin saber por qué. Era...

Lars accionó el interruptor, y la criatura regordeta, peluda, adorable y que recordaba a un oso o a un wub empezó a moverse.

—Fíjense en ella —dijo Lars, casi para sí.

Pete rio entre dientes mientras la criatura rebotaba como una pelota en una barrera que acababa de interponerse inesperadamente en su camino.

—Qué gracioso —dijo Lars.

—¿Qué pasa? —preguntó Pete, sorprendido por el tono y dándose cuenta de que algo iba mal.

—Demonios, es muy divertido —dijo Lars—. Fíjate en cómo se esfuerza por salir. Y ahora mira esto. —Tras mirar el folleto, pasó las manos por los lados del laberinto hasta que localizó los pulsadores—. El control de la izquierda aumenta el nivel de dificultad del laberinto. Y la perplejidad, por consiguiente, de su víctima. El control de la derecha reduce...

—Yo lo fabriqué —observó Pete—. Ya sé todo eso.

—Lars, usted es muy sensible —dijo el general Nitz—. Por eso lo calificamos de difícil. Y eso fue lo que lo convirtió en médium del diseño de armas.

—Una *prima donna* —dijo Lars. No le quitaba los ojos de encima a la víctima parecida a un wub, parecida a un oso, regordeta y adorable, que se debatía entre las barreras cambiantes que constituían la deseo-razonadora configuración del laberinto.

—Pete —dijo pasados unos instantes—, ¿no incorpora el juguete un elemento telepático? ¿Para que el usuario se enganche?

—Sí, hasta cierto punto. Es un circuito con respuesta de baja intensidad. Lo único que crea es una tenue sensación de identificación entre el niño que maneja el laberinto y la criatura atrapada. —Al general Nitz le explicó—: Verá, la teoría psiquiátrica es que este juguete enseña al niño a preocuparse por los otros seres vivos. Alienta sus tendencias empáticas inherentes; el niño quiere ayudar a la criatura, y ese pulsador de la derecha le permite hacerlo.

—Sin embargo, está el otro pulsador —dijo Lars—. El de la izquierda.

—Bueno —dijo Pete, condescendiente—, es necesario desde el punto de vista técnico, porque si solo fuera posible reducir el nivel de dificultad, la criatura saldría del laberinto directamente. Terminaría la partida.

—Así que hacia el final —dijo Lars—, y para que continúe la partida, se deja de pulsar el mando que reduce la dificultad y se pulsa el que la aumenta. Entonces, los circuitos del laberinto reaccionan incrementando el nivel de dificultad al que se enfrenta la criatura atrapada. De modo que, en vez de fomentar las tendencias de compenetración, este juguete podría fomentar las tendencias sádicas.

—¡No! —dijo Pete al instante.

—¿Por qué no? —preguntó Lars.

—Por el circuito telepático de empatía. ¿Es que no lo entiendes, chalado? El crío que maneja el laberinto se identifica con la víctima. Es la víctima. Tiene la impresión de estar en el laberinto; en eso consiste la empatía. Ya lo sabes. Demonios, hay tantas probabilidades de que le ponga las cosas más difíciles a esa criatura como de que... se apuñale.

—¿Qué ocurriría —dijo Lars— si se incrementara la intensidad de la respuesta del circuito telepático de empatía?

—Que el crío se engancharía más aún —dijo Pete—. La distinción emocional entre él y la víctima atrapada dentro del laberinto... —Se detuvo y se pasó la lengua por los labios.

—Y supongamos —continuó diciendo Lars— que también se modificaran los mandos, de forma que los dos pulsadores tendieran, aunque de forma vaga, a aumentar las dificultades que experimenta la víctima del laberinto. ¿Sería factible, técnicamente?

Pasados unos instantes, Pete dijo:

—Claro.

—¿Y se podría producir en las fábricas automatizadas en grandes cantidades?

—¿Por qué no?

—Esa criatura regordeta de Venus, el wub. Es una forma de vida extraterrestre, un organismo completamente ajeno a nosotros. Sin embargo, a causa de sus facultades telepáticas, crea una relación empática con nosotros. ¿Crees que un circuito como el de este juguete podría afectar de la misma manera a cualquier forma de vida inteligente altamente evolucionada?

—Es posible. —Pete asintió—. ¿Por qué no? Cualquier forma de vida suficientemente inteligente para recibir las emisiones se vería afectada.

—¿Incluso una forma de vida quitinosa que no es más que una especie de máquina dotada de reflejos? —dijo Lars—. ¿Que ha evolucionado a partir de antepasados dotados de exoesqueleto? ¿No de mamíferos? ¿No de criaturas con sangre caliente?

Pete miró al general Nitz.

—Lars quiere que incrementemos la intensidad de la respuesta —dijo nervioso, tartamudeando de ira— y modifiquemos los controles manuales de manera que el usuario del laberinto quede tan enganchado que no pueda dejar de jugar cuando quiera, y tampoco pueda aminorar la severidad de las barreras que inhiben a la dichosa víctima del laberinto. Y el resultado...

—Podría inducir una rápida y completa desintegración mental —dijo Lars.

—Y tú quieres que Lanferman Asociados reestructure esta cosa y la produzca en

grandes cantidades en su red de fábricas automatizadas. Y que la distribuya entre ellos. —Señaló hacia arriba con el pulgar—. De acuerdo. Pero no las podemos distribuir entre los alienígenas de Sirio o de dondequiera que vengan; eso escapa a nuestro control.

—Claro que podemos —dijo el general Nitz—. Puede haber grandes cantidades de este producto en los centros de población que van tomando los alienígenas. De manera que cuando se hagan con nosotros, también se hagan con esos productos.

—Sí —dijo Pete.

—¡Adelante con ello! Empiece a producir —le ordenó el general Nitz.

Pete miró el suelo con expresión sombría mientras su mandíbula se movía frenéticamente.

—Es atacarlos por el lado decente. Porque si no lo tienen, esto... —señaló furiosamente el laberinto de juguete de la mesa— no tendrá ningún efecto sobre ellos. La persona que concibió esto ataca a seres vivos por el lado bueno. Y eso es lo que no me gusta.

El general Nitz cogió el folleto que acompañaba al laberinto de juguete y leyó:

—Se trata de un juguete muy avanzado psicológicamente: enseña al niño a amar, respetar y valorar a otras criaturas vivientes, no por lo que puedan hacer por él, sino por sí mismas. —Dobló el folleto, se lo arrojó a Lars y le preguntó a Pete—: ¿Cuándo lo tendrán disponible?

—Doce o trece días.

—Que sean ocho.

—De acuerdo. Ocho. —Pete reflexionó, se pasó la lengua por el labio inferior reseco, tragó saliva y dijo—: Es como ocultar una bomba en un crucifijo.

—Brindo por eso —dijo Lars. Y manipulando los dos pulsadores, uno a cada lado del laberinto, redujo paulatinamente el nivel de dificultad a que se enfrentaba la entrañable y regordeta víctima parecida a un wub. Fue poniéndole las cosas cada vez más fáciles hasta que pareció que estaba a punto de alcanzar la salida.

Y en aquel preciso instante pulsó el mando de la izquierda. Los circuitos del laberinto se alteraron de forma inaudible, y una última barrera, completamente inesperada, se interpuso en el camino de la víctima, deteniéndola justo cuando ya percibía la libertad.

Lars, el operario, conectado por la tenue señal telepática que emanaba del juguete, sintió el sufrimiento; no era punzante, pero tenía la intensidad suficiente para hacer que se arrepintiera de haber tocado el pulsador de la izquierda. Pero ya era demasiado tarde para lamentarlo, porque la víctima del laberinto había vuelto a quedar completamente atrapada.

«No cabe duda —comprendió Lars—. Tal como pone en el folleto, este juguete fomenta la identificación con los demás y la bondad.

»Pero ahora nos toca a nosotros ponernos manos a la obra. A los cogs, que gobernamos esta sociedad; que tenemos en nuestras manos la responsabilidad de proteger a nuestra especie. A cuatro mil millones de seres humanos que nos están mirando. Y... nosotros no fabricamos juguetes.»

TREINTA

Después de que los esclavistas alienígenas de Sirio hubieran retirado sus satélites (al final eran ocho los que orbitaban la Tierra), la vida de Lars Powderdry empezó a volver a la normalidad.

Lars se alegraba.

Pero estaba muy cansado, comprendió una mañana mientras despertaba lentamente en la cama de su piso de Nueva York y veía a su lado la oscura masa de los cabellos de Lilo Topchev. Aunque se sintió complacido, pues Lilo le gustaba, la quería y era feliz de que sus vidas siguieran el mismo rumbo, se acordó de Maren.

Y entonces ya no se sintió tan complacido.

Se levantó, salió del dormitorio y entró en la cocina. Se sirvió una taza del café recién hecho que mantenía caliente constantemente un pequeño dispositivo aradeado conectado a la cocina, completamente corriente por lo demás.

Sentado a la mesa, solo, se bebió el café y volvió la mirada hacia la ventana para contemplar los rascacielos de comus que se elevaban al norte.

«Habría sido interesante —pensó—, conocer la opinión de Maren sobre el arma que usamos en la Gran Guerra, el modo en que conseguimos quitárnoslos de encima. Para ellos, perdimos el valor. Cabe pensar que los quitinosos ciudadanos de los planetas de Sirio seguirán siendo esclavistas y seguirán poniendo satélites alrededor de otros planetas.

»Pero no aquí.»

Y el Consejo de Segnac de las NU-O, y los cogs del Sector Este, ataviados con sus mejores galas, seguían considerando la utilidad de introducir el Arma en el sistema de Sirio...

«Creo —pensó— que a Maren le habría parecido muy divertido.»

Lilo, con su camión rosa y parpadeando con somnolienta perplejidad, apareció en la puerta de la cocina.

—¿No hay café para mí?

—Claro —dijo Lars, levantándose para coger una taza y un platillo—. ¿Sabes de dónde viene la palabra *caridad*? —preguntó después, mientras le servía el café del obediente artilugio conectado a la cocina.

—No. —Lilo se sentó a la mesa, contempló con expresión muy seria el cenicero con sus restos moribundos de los puros del día anterior y torció el gesto.

—De la palabra latina *caritas*. Que significa «amor» o «cariño».

—Bueno.

—Pero no en latín clásico. No procede directamente del verbo *carere*. La creó san Jerónimo como traducción de la palabra griega *ágape*, que tiene un significado más amplio.

Lilo bebió su café en silencio.

—*Ágape* —dijo Lars, volviendo la cabeza hacia la ventana para contemplar los rascacielos de viviendas de Nueva York—, en el contexto de la Biblia de san Jerónimo, significaba «amor», «reverencia por la vida». Esa acepción se ha perdido, pero conservamos la cualidad.

—Ummm.

—Y los alienígenas también la poseían —dijo él—. Y fue a eso a lo que recurrimos para acabar con ellos.

—Hazme un huevo.

—Muy bien. —Lars pulsó unos cuantos botones de la cocina.

—¿Puede pensar un huevo? —dijo Lilo, apartando brevemente la taza de café.

—No.

—¿Puede sentir lo que acabas de decir? ¿*Ágape*?

—Por supuesto que no.

—Entonces —dijo Lilo mientras aceptaba el humeante huevo frito que acababa de salir de la cocina, con plato incluido— si nos invaden los huevos inteligentes, perderemos.

—Maldita seas —dijo él.

—Pero me quieres. En fin, no te importa; quiero decir que puedo ser lo que soy, y no lo aprobarás, pero aun así me permites ser así. ¿Beicon?

Lars pulsó más botones, para el beicon de Lilo y su tostada, además de compota de manzana, zumo de tomate, mermelada y cereales calientes.

—Así que —decidió Lilo, mientras la cocina empezaba a suministrar los alimentos, siguiendo las instrucciones— no sientes *ágape* por mí. Si, como dices, *ágape* significa «caritas» y *caritas* significa «caridad». No te compadecerías, por ejemplo, si yo... —Estuvo reflexionando en silencio durante un momento antes de volver a hablar—. Supon —dijo después— que decidiera volver al Sector Este, en vez de ponerme a dirigir tu delegación de París, como quieres que haga. Como no paras de insistir en que haga. Para que así la reemplace de forma más completa todavía —añadió con voz pensativa.

—No es por eso por lo que quiero que dirijas la delegación de París.

—Bueno... —Bebió, comió y siguió reflexionando—. Tal vez no, pero antes, cuando he entrado, estabas mirando por la ventana, pensando en qué pasaría si ella siguiera viva. ¿He acertado?

El asintió.

—Dios, espero que no me culpes por lo que hizo —dijo ella.

—No te culpo —dijo él, con la boca llena de cereales calientes—. Es solo que no entiendo adonde va a parar el pasado cuando se va. ¿Qué ha sido de Maren Faine? No me refiero a lo que ocurrió aquel día en la rampa de subida, cuando Maren se mató

con esa... —erradicó unas cuantas palabras que acudieron, salvajemente, a su cerebro — esa Beretta. Lo que quiero decir es... Bueno, ¿dónde está Maren Faine ahora? ¿Adonde ha ido?

—Esta mañana no estás despierto del todo. ¿Te has lavado la cara con agua fría?

—He hecho todo lo que voy a hacer. Es solo que no lo entiendo. Un día existía Maren Faine y luego, de pronto, ya no. Y yo estaba en Seattle, caminando. No vi cómo ocurría.

—Una parte de ti lo vio —dijo Lilo—. Pero aunque no fuera así, el caso es que ya no existe Maren Faine.

Lars dejó en la mesa la cuchara con la que se estaba comiendo los cereales.

—¿Y eso qué más me da? ¡Te quiero a ti! Y doy gracias a Dios, porque me parece increíble, que esa bala de fragmentación no te matara a ti, como pensé en un primer momento.

—Si Maren hubiera vivido, ¿habrías podido estar con las dos?

—¡Claro!

—No. Imposible. ¿Cómo?

—Ya habría encontrado la manera —dijo Lars.

—¿Ella de día y yo de noche? ¿O ella los lunes, miércoles y viernes, y yo...?

—La mente humana —dijo él— no podría ser derrotada por esa situación, si tuviera oportunidad. Una oportunidad razonable, sin esa Beretta y sin lo que hizo. ¿Sabes una cosa que me enseñó el Vincent Klug anciano, cuando regresó como ese supuesto viejo veterano de guerra, ese Ricardo Hastings? Que es imposible volver atrás. —Asintió.

—Por ahora —dijo Lilo—. Dentro de cincuenta años, tal vez.

—Me da igual —dijo él—. Solo quiero verla.

—¿Y qué harías después? —preguntó Lilo.

—Regresar a mi propia época.

—Y vas a quedarte cruzado de brazos durante cincuenta años o el tiempo que haga falta esperando a que inventen ese Generador de Distorsiones Temporales.

—Le he encargado a la KACH que indague. Sin duda, ya hay alguien realizando las investigaciones básicas. Ahora que saben que existe, no tardará mucho en estar disponible.

—¿Por qué no te reúnes con ella? —dijo Lilo.

Levantó la vista, sorprendido.

—No estoy bromeando —dijo Lilo—. No esperes cincuenta años.

—Calculo que más bien, cuarenta.

—Eso es demasiado tiempo. ¡Santo Dios, tendrías más de setenta años!

—De acuerdo —admitió.

—Mi medicamento —dijo Lilo en voz baja—. Acuérdate; es letal para tu

metabolismo cerebral o algo así. En cualquier caso, con tres de mis pastillas, tu nervio vago dejaría de funcionar y morirías.

Después de una pausa, él dijo:

—Eso es muy cierto.

—No pretendo ser cruel. Ni vengarme. Pero... me parece que sería más inteligente, más sensato, la mejor elección, hacer eso, tomar tres pastillas de formofano en vez de esperar entre cuarenta y cincuenta años, tener que seguir cargando con una vida que no significa absolutamente nada...

—Me lo pensaré. Dame un par de días.

—Verás —dijo Lilo—, no solo te reunirías con ella inmediatamente, sin tener que esperar más años de los que ya has vivido, sino que además... Bueno, resolverías tus problemas, tal como ella resolvió los suyos. Así que tendríais ese vínculo adicional. —Sonrió sombríamente, llena de odio.

—Ahora mismo te traigo tres pastillas de formofano —añadió, y desapareció en la otra habitación.

Lars se quedó sentado a la mesa de la cocina contemplando su cuenco lleno de cereales que iban enfriándose poco a poco, y de pronto Lilo volvió a estar ante él. Dándole algo.

Lars alzó la mano, cogió los comprimidos y se los guardó en el bolsillo de la chaqueta del pijama.

—Bien —dijo Lilo—. Así que ya está decidido. Ahora puedo ir a vestirme y prepararme. Me parece que iré a hablar con los de la embajada soviética. ¿Cómo se llamaba ese hombre? ¿Kerensky?

—Kaminski. Es el mandamás de la embajada.

—Preguntaré a través de él si estarían dispuestos a volver a aceptarme. Ahora tienen en Bulganingrado a unos cuantos idiotas a los que están utilizando como médiums, pero no valen nada; al menos, según la KACH.

Hizo una pausa.

—Pero, naturalmente, ya no es como antes. Nunca volverá a ser así.

TREINTA Y UNO

Lars, con las tres pastillas de formofano en la palma, contempló con expresión pensativa el vaso alto y frío, lleno de zumo de tomate, que había en la mesa, ante él. Trató de imaginar, como si fuera imaginable, cómo sería tragarse las pastillas allí mismo y en aquel preciso instante, mientras ella, la chica del dormitorio, cualquiera que fuese su nombre, se vestía para el día que tenía por delante.

Mientras ella se vestía, él murió. Así de sencillo. Así de sencillo, en todo caso, para la facultad de concebir escenas fácilmente de la que disponía cualquier mente humana psicopatológicamente simplista.

Lilo se detuvo en la puerta del dormitorio, descalza, con una falda de lana gris y una blusa.

—Si lo haces —dijo—, no me pasaré cuarenta años llorando mientras espero a que llegue ese Generador de Distorsiones Temporales para poder regresar a la época en que estabas vivo. Quiero que lo sepas sin lugar a dudas, Lars, antes de hacerlo.

—Está bien. —No esperaba que ella fuera a hacer tal cosa, por lo que aquello no cambiaba nada.

Lilo, sin moverse de la puerta y sin dejar de mirarlo, dijo:

—O quizá lo haga.

Su tono, le pareció a él, no era forzado. Lilo estaba pensando realmente en cómo se sentiría, en cómo sería aquello.

—No lo sé —continuó—. Supongo que dependerá de si el Sector Este vuelve a aceptarme. Y de ser así, de cómo transcurra mi vida allí. Si siguen tratándome como antes... —Reflexionó en silencio durante un momento—. No podría soportarlo, y empezaría a recordar cómo era estar aquí contigo. Así que quizá lo haría. Sí, creo que empezaría a llorarte, como tú a ella. —Alzó la mirada hacia él, en guardia—. Considera ese aspecto antes de tomarte esas tabletas de formofano.

Lars asintió; debía considerarlo.

—Aquí he sido realmente feliz —dijo Lilo—. Esto no se parece en nada a mi vida en Bulganingrado. Ese horrible piso «elegante» que tenía... No llegaste a verlo, pero era espantoso. El Sector Este es un mundo sin sentido del gusto.

Salió del dormitorio, todavía descalza, y fue hacia él.

—Te diré lo que voy a hacer. He cambiado de opinión. Si todavía quieres, me haré cargo de la delegación de París.

—¿Qué significa eso?

—Significa —dijo Lilo sin perder la calma— que haré exactamente lo que dije que no haría: sustituir a Maren. No por tu bien, sino por el mío, porque así no acabaré en un piso de Bulganingrado. —Tuvo un momento de vacilación y luego dijo—: Porque así no terminaré como tú, sentado ahí en pijama y con esas pastillas en la

mano, tratando de decidir si quieres cuarenta años o prefieres poner manos a la obra ahora mismo. ¿Comprendes?

—Comprendo.

—Instinto de conservación.

—Sí —dijo él, asintiendo.

—Yo lo tengo. ¿Tú no? ¿Dónde lo tienes?

—Ha desaparecido —dijo él.

—¿Aunque asuma la dirección de la delegación de París?

Lars alargó una mano hacia el vaso de zumo de tomate y se metió en la boca los tres comprimidos con la otra, levantó el vaso... Cerró los ojos, sintió el borde frío y mojado del vaso en los labios y pensó en la fría dureza de la lata de cerveza que le había entregado Lilo Topchev, hacía ya tanto tiempo, la primera vez que habían estado juntos en Fairfax, cuando se conocieron. «Cuando —pensó— intentó matarme.»

—Espera —dijo Lilo.

El abrió los ojos, con las tres pastillas, aún sin disolver porque disponían de un recubrimiento duro para que fueran más fáciles de tragar, encima de la lengua.

—Tengo —dijo Lilo— un artilugio aradeado procedente del artículo... bueno, no importa de cuál. Ya lo habías utilizado. En realidad, estaba aquí, en el piso. El Viejo Orville.

—Claro —dijo él, farfullando a causa de las pastillas—. Ya sé, me acuerdo del Viejo Orville. ¿Qué tal anda el Viejo Orville, últimamente?

—Pídele consejo antes de hacerlo —dijo Lilo.

Aquello parecía razonable, de modo que Lars escupió con mucho cuidado los comprimidos aún sin disolver y los devolvió, pegajosos, al bolsillo de la chaqueta del pijama. Después se quedó sentado, esperando mientras Lilo iba a buscar el otrora intrincado sistema electrónico de guía, convertido a la vez en diversión doméstica y en criptodeidad: el Viejo Orville. La pequeña cabeza sin facciones a la que, cosa que Lilo ignoraba, Lars había consultado por última vez en compañía de Maren Faine.

Lilo depositó al Viejo Orville ante él, en la mesa del desayuno.

—Viejo Orville —dijo Lars—, ¿cómo demonios estás hoy? —«Tú que fuiste el boceto de diseño armamentístico número 202 —pensó—. Puesto por primera vez ante mí, de hecho, por Maren. Tú y tus catorce mil, ¿o son dieciséis o dieciocho mil?, piezas miniaturizadas, pobre fenómeno de feria aradeado. Castrado, igual que yo, por el sistema.»

—Me encuentro estupendamente —replicó el Viejo Orville telepáticamente.

—Eres el mismo, el mismísimo Viejo Orville —dijo Lars— que Maren Faine...

—El mismo, señor Lars.

—¿Me vas a volver a citar a Richard Wagner en el alemán original? —dijo Lars

—. Porque si tienes esa intención, esta vez no bastará con eso.

—En efecto —graznaron los pensamientos del Viejo Orville dentro de su cerebro

—. Soy consciente de ello. Señor Lars, ¿le importaría hacerme una pregunta clara y concisa?

—¿Entiendes la situación a la que me enfrento?

—Sí.

—Dime qué debo hacer —dijo Lars.

Hubo una larga pausa mientras el enorme número de componentes superlativamente miniaturizados del sistema de guía original del artículo 202 crujía y chasqueaba. Lars esperó.

—¿Desea —le preguntó al fin el Viejo Orville— la respuesta elaborada, completamente documentada, con todas las citas, los originales en griego ático, alemán medio, bajo y alto, y latín del...?

—No —dijo Lars—. Redúcelo a lo esencial.

—¿Una frase?

—O menos. Si es posible.

—Llévese a esta chica, Lilo Topchev, al dormitorio, y mantenga relaciones sexuales con ella —respondió el Viejo Orville.

—En vez de...

—En vez de envenenarse —dijo el Viejo Orville—. Y también en vez de perder cuarenta años esperando por algo que ya había decidido abandonar, y eso es algo que ha pasado por alto, señor Lars, cuando fue a Fairfax para conocer a la señorita Topchev. En aquella época ya no quería a Maren Faine.

Se hizo el silencio.

—¿Es cierto eso, Lars? —preguntó Lilo.

Él asintió.

—El Viejo Orville es muy listo —dijo Lilo.

—Sí —confirmó Lars. Después se levantó, echó la silla hacia atrás y fue hacia ella.

—¿Vas a seguir su consejo? —dijo Lilo—. Pero ya estoy medio vestida; tenemos que estar en el trabajo dentro de cuarenta y cinco minutos. Los dos. No tenemos tiempo.

Rio alegremente y, sin embargo, con un inmenso alivio.

—Claro que sí —dijo Lars. La cogió en brazos y fue con ella hacia el dormitorio—. Por poco, pero tenemos justo el tiempo suficiente. —Mientras cerraba de una patada la puerta del dormitorio, a su paso, dijo—: Y justo el tiempo suficiente es suficiente.

TREINTA Y DOS

Muy por debajo de la superficie de la Tierra, en el apartamento 2A del edificio menos deseable del amplio anillo de viviendas de bajo precio que circundaba Festung (Washington DC), Surley G Febbs estaba de pie en un extremo de una vieja mesa desvencijada, alrededor de la cual estaban sentados cinco individuos que parecían salidos de un drama griego.

Cinco personas diferentes y sin nada de peculiar, además de él. No obstante, el Univox-50R, el ordenador oficial del Gobierno, las había considerado capaces de representar la totalidad de la auténtica tendencia de los hábitos de compra del Bloque Oeste.

Aquella reunión secreta de los seis nuevos proconsumios era tan ilegal que escapaba a cualquier posible descripción.

Febbs golpeó la mesa con los nudillos y dijo con voz estridente:

—Se da por iniciada esta sesión.

Sus ojos recorrieron la mesa con una mirada llena de severidad, para demostrar quién mandaba. A fin de cuentas, él era quien los había reunido en aquella habitación, de la manera más circunspecta posible y adoptando todas las precauciones que una mente humana dotada de una inteligencia realmente única (la suya) pudiera concebir.

—Como ya saben —dijo Febbs, con los brazos cruzados y los pies bien separados para demostrar de la manera más convincente posible que se hallaba sólidamente plantado allí, que no estaba a punto de ser capturado por los esbirros a sueldo de ninguna fuerza policial institucional—, es ilegal que cualquiera de los seis proconsumios sepa siquiera cómo se llaman los otros. Así pues, daremos comienzo a esta confabulación diciendo nuestros nombres. —Señaló a la mujer que estaba sentada más cerca de él.

—Martha Raines —dijo con voz temblorosa.

Febbs señaló a la siguiente persona.

—Jason Gilí.

—Harry Markison.

—Doreen Stapleton.

—Ed L. Jones. —El último hombre, sentado al otro extremo de la mesa, habló con firmeza. Y aquello fue todo. En abierto desafío a la legislación del Bloque Oeste y sus organismos policiales, a partir de aquel momento, todos se conocían por sus nombres.

Irónicamente, dado que la situación de emergencia había concluido, ya hacía días que el Consejo de Segnac de las NU-O les «permitía» entrar en el kremlin y participar oficialmente en sus reuniones. «Y eso se debe a que individualmente —comprendió Febbs mientras recorría la vieja mesa con la mirada— ninguno de

nosotros tiene nada. No es nada. Y el Consejo lo sabe. Pero los seis juntos...»

—Muy bien; empecemos —dijo imperiosamente—. Al entrar por esa puerta, cada uno de ustedes traía su componente de esa nueva arma, ese artículo 401, al que llaman *Inversor de Fase mediante Rayo de Restricción Molecular*. ¿Correcto? He visto que todos han venido con una bolsa de papel o cartón plastificado de aspecto normal y corriente debajo del brazo. ¿Correcto?

Los cinco proconsumios que se hallaban sentados ante él farfullaron un «Sí, señor Febbs», asintieron o hicieron las dos cosas. De hecho, todos habían depositado su paquete encima de la mesa, a la vista de los demás, como muestra de valor.

—Ábranlos —ordenó Febbs con voz cortante y cargada de emoción—. ¡Veamos el contenido!

Con dedos temblorosos y una nerviosa expectación, las bolsas de papel y los cartones plastificados fueron abiertos.

Los seis componentes reposaban en la mesa. Ensamblados, suponiendo que alguna de las personas presentes en aquella habitación fuera capaz de tal cosa, formarían el temible nuevo *Inversor de Fase mediante Rayo de Restricción Molecular*.

Las cintas que mostraban el arma disgregadora en acción en los enormes niveles de ensayos que Lanferman Asociados tenía bajo la superficie indicaban que no existía ninguna defensa posible contra ella.

Y la totalidad del Consejo de Segnac de las NU-O, incluidos los seis proconsumios a los que por fin se había permitido la entrada, había visto solemnemente aquellas cintas.

—Nuestra tarea —declaró Febbs—, que consiste en volver a montar todos estos componentes para formar el arma disgregadora original, recae, naturalmente, sobre mí. Asumiré personalmente toda la responsabilidad. Como saben todos ustedes, la próxima reunión oficial del Consejo tendrá lugar dentro de una semana. Así que disponemos de menos de siete días para montar el *Inversor de Fase mediante Rayo de Restricción Molecular*, el artículo 401.

—¿Quiere que nos quedemos por aquí mientras lo recompone, señor Febbs? —presunto Jason Gilí con voz chillona.

—Quédense si lo desean —dijo Febbs.

—¿Podemos hacer sugerencias? —dijo Ed Jones—. La razón por la que se lo pregunto es que, verá, mi trabajo en la vida real, quiero decir, antes de ser proconsumio, era el de electricista de reserva de G.E., en Detroit. Así que sé algo de electrónica.

—Pueden hacer sugerencias —decidió Febbs, después de habérselo pensado un poco—. Lo permitiré. Pero deben entender nuestro pacto secreto. En tanto que organización política, debemos permitir que las pautas sean decididas por el líder que

hemos elegido, sin que este se encuentre sometido a restricciones burocráticas de ninguna clase que dificulten su labor. ¿Correcto?

Todo el mundo dijo «Correcto».

Febbs era aquel hombre que no se encontraba sometido a restricciones burocráticas de ninguna clase que dificultaran su labor, porque había sido elegido líder. De la organización política clandestina revolucionaria a la que, tras un largo debate, Febbs había bautizado con el amenazador nombre de DdLCNeeGCpuPEmlFseN, Defensores de las Libertades Constitucionales Negadas en el Gobierno Contemporáneo por una Pequeña Élite mediante la Fuerza si es Necesario, Célula Uno.

Febbs cogió su componente y el de Ed Jones, tomó asiento y metió la mano en la cubeta llena de herramientas nuevas que la organización se había procurado a alto coste. Sacó de ella un destornillador largo y estrecho, fabricado en Alemania y provisto de un rotor autónomo de sentido horario o antihorario (según en qué dirección se apretara el mango de plástico), y se puso manos a la obra.

Los otros cinco miembros de la organización lo observaron con reverencia.

Una hora después, Surley G. Febbs gruñó y se enjugó el sudor de la frente con el pañuelo mientras se detenía para tomarse un descanso, y dijo:

—Esto llevará su tiempo. No es fácil. Pero lo conseguiremos.

—Espero —dijo nerviosamente Martha Raines— que ningún dispositivo de vigilancia de la policía pase justo por aquí durante sus patrullas de superficie aleatorias y capte nuestros pensamientos.

Muy educadamente, Jones señaló con un dedo y dijo:

—Ummm, me parece que ese cachivache de ahí encaja en ese hueco. ¿Ve esos agujeros para los tomillos?

—Es muy posible —dijo Febbs—. Eso me lleva a un asunto que tenía intención de atender después. Pero dado que he decidido hacer un descanso, supongo que da igual que se lo diga ahora. —Volvió a recorrer la mesa con la mirada para asegurarse de que contaba con toda la atención de los presentes, y luego habló con la máxima autoridad posible. La cual era mucha, ya que procedía de un hombre dotado de su habilidad y conocimientos—. Quiero que todos los integrantes de la Célula Uno tengan muy claro cuál es el tipo exacto de estructura sociopolítico-económica que vamos a instaurar en lugar de la tiranía ademocrática que ejerce la élite privilegiada de cogs que ostenta el poder en la actualidad.

—Suéltelo, Febbs —lo animó Jones.

—Sí —dijo Jason Gilí—. ¡Vamos a oírlo otra vez! Me encanta la parte de lo que ocurre después de que los hayamos puesto a todos de patitas en la calle gracias a este artículo 401.

Con inmensa calma, Febbs siguió hablando:

—Naturalmente, todos los miembros del Consejo de Segnac de las NU-0 serán juzgados como criminales de guerra. Eso ya lo hemos acordado.

—¡Sí!

—Es el Artículo A de nuestra Constitución. En cuanto al resto de los cogs, sobre todo esos bastardos comunistas del Sector Este con los que tan bien se lleva el traidor del general Nitz, como ese mariscal Paponovich o como quiera que se llame... Bien, como ya les he explicado en nuestras anteriores reuniones secretas celebradas aquí abajo...

—¡Así se habla, Febbs!

—... también recibirán su merecido. Son los peores. Pero sobre todo tenemos que hacernos, y exijo absoluta obediencia en esto, porque es tácticamente crucial, inicialmente tenemos que hacernos con el control de todas las instalaciones subsuperficiales de Lanferman Asociados en California, porque, como todos sabemos, es de ahí de donde salen las armas nuevas. Como este artículo 401 que nos entregaron estúpidamente para... ja, ja, para aradearlo. En fin, no queremos que construyan más dispositivos de estos.

—¿Y qué haremos después de haber... eh... tomado el control de Lanferman Asociados? —preguntó Martha Raines tímidamente.

—Acto seguido detendremos a su títere a sueldo, ese tal Lars Powderdry —dijo Febbs—. Y lo obligaremos a que empiece a diseñar armas para nosotros.

Harry Markison, un hombre de negocios de mediana edad dotado de cierta cantidad de sentido común, habló:

—Pero el arma mediante la que ganamos la que ahora llaman *Gran Guerra*, con...

—Vaya al grano, Markison.

—No... uh... no se diseñó en Sr. Lars, S. A. En origen, era una especie de laberinto inventado por Empresas Klug, una fábrica de juguetes que no pertenece a los cogs. Así que, bueno, ¿no debemos tener cuidado de que el tal Klug...?

—Oiga —dijo Febbs en voz baja—, ya le diré la verdad sobre eso. Pero ahora estoy ocupado.

Cogió un pequeño destornillador de relojero, fabricado en Suiza, y reanudó la tarea de montar el arma 401, como si los otros cinco proconsumios no se encontraran presentes. No quedaba tiempo para charlar; había que hacer el trabajo si querían que tuviera éxito el golpe rápido como el rayo contra la élite cog que se disponían a asestar. Y lo tendría.

Tres horas después, con la mayoría de los componentes (de hecho, con todos, excepto un cachivache de una pieza y de aspecto strafalario, que parecía un matraz de cuello de cisne) ya montados y listos para empezar a funcionar, con Febbs empapado de sudor y los otros cinco proconsumios muertos de impaciencia,

aburridos o nerviosos, según sus respectivas naturalezas, sonó sorprendentemente, haciendo que la habitación quedara silenciosa como una tumba, una llamada a la puerta.

—Yo me encargo —gruñó Febbs lacónicamente. Sacó de la cubeta de herramientas un martillo suizo de acero cromado magníficamente equilibrado y atravesó lentamente la habitación, pasando junto a los otros cinco proconsumios, rígidos y pálidos. Desbloqueó, deselló y deshebilló la puerta triplemente asegurada, la entreabrió una rendija y dirigió la mirada hacia el pasillo lleno de sombras.

Un reluciente e impoluto autómeta de reparto de correo instantáneo esperaba inmóvil en el umbral.

—¿Sí? —dijo Febbs.

—Un paquete para el señor Surley Grant Febbs —zumbó el autómeta de reparto de correo instantáneo—. Certificado. Firme aquí si es usted el señor Febbs; si no es el señor Febbs, firme en la línea dos. —Acto seguido le entregó un impreso, un bolígrafo y la plana superficie de sí mismo para escribir.

Febbs dejó el martillo, se volvió brevemente hacia los otros cinco proconsumios y dijo:

—No pasa nada. Probablemente son más herramientas que hemos pedido. —Firmó el impreso, y el autómeta de reparto de correo instantáneo le entregó un paquete envuelto en papel marrón.

Febbs cerró la puerta, se quedó inmóvil con el paquete en las temblorosas manos y se encogió de hombros en un valeroso gesto de desafío. Después volvió a su asiento con naturalidad.

—Tiene usted agallas, Febbs —declaró Ed Jones, expresando los sentimientos del grupo—. Estaba seguro de que se trataba de un *Einsatzgruppe* de la KACH.

—En mi opinión —dijo Harry Markison, con un abrumador alivio—, parecía que era la dichosa policía secreta soviética, la KVB. Tengo un cuñado en Estonia...

—Simplemente, carecen de la inteligencia necesaria para detectar nuestras reuniones —dijo Febbs—. La historia se ocupará de ellos, aplicando el principio de la evolución para abrir paso a formas superiores.

—Sí. —Jones se mostró de acuerdo—. No hay más que ver lo que tardaron en dar con un arma para derrotar a esos esclavistas alienígenas de Sirio.

—Abra el paquete —dijo Markison.

—A su debido tiempo —dijo Febbs. Puso en su sitio el cachivache parecido a un matraz y se secó la frente, que humeaba y chorreaba sudor.

—¿Cuándo actuamos, Febbs? —preguntó Gilí. Todos mantenían los ojos fijos en Febbs, a la espera de su decisión. Consciente de aquello, Febbs se sintió relajar. La presión se había desvanecido.

—He estado pensando —dijo Febbs, más fébbico que nunca. Había estado

sumido en profundas cavilaciones, ciertamente. Alargó la mano para coger el arma, el artículo disgregador 401, y la sostuvo frente al pecho con el dedo en el gatillo.

—Ustedes cinco me hacían falta —dijo— porque necesitaba los seis componentes que constituyen el arma. No obstante...

Apretando el gatillo, Febbs desmolecularizó, mediante la configuración de máxima apertura de ángulo del rayo de inversión de fase que emanaba del cañón del arma, a sus cinco compañeros de proconsumismo, sentados en sus sillas alrededor de la vieja mesa desvencijada.

Fue insonoro. Instantáneo. Tal como había previsto Febbs. Las cintas audiovisuales de Lanferman Asociados, exhibidas ante el Consejo, mostraban aquellos aspectos tan útiles de la acción del artículo 401.

Ya solo quedaba Surley G. Febbs. E iba armado con el arma más moderna, elegante, avanzada, insonora e instantánea de la Tierra. Contra la que nadie conocía aún defensa alguna... ni siquiera Lars Powderdry, quien se ganaba la vida conjurando semejantes cosas.

«Y usted, señor Lars —se dijo Febbs— será el próximo.»

Dejó el arma en la mesa con mucho cuidado y, con pulso tranquilo, encendió otro cigarrillo. Lamentó que ya no hubiera nadie en la habitación para presenciar la precisa racionalidad de cada uno de sus movimientos; nadie, en todo caso, aparte de él mismo.

Y entonces, porque obviamente ya disponía de tiempo que dedicar a otras cosas, Febbs alargó la mano, cogió el paquete envuelto en papel marrón que le había llevado el autómata repartidor de correo instantáneo y lo puso ante sí. Lo desenvolvió lenta y pausadamente mientras su cerebro infinitamente sutil meditaba sobre el futuro que tenía tan cerca.

Lo que encontró dentro del envoltorio lo dejó francamente perplejo. No se trataba de herramientas adicionales. No era nada que él, ni la recientemente sumida en la inexistencia DdLLCNeeGCpuPEmlFseN, Célula Uno, hubiera encargado.

De hecho, era un juguete.

Para ser exactos, como descubrió Febbs en cuanto levantó la tapa de aquella graciosa caja de vivos colores, era el producto de aquel juguetero marginal, el propietario de Empresas Klug. Algún juguete.

Un laberinto para niños.

Febbs sintió inmediatamente y de forma instintiva, ya que, a fin de cuentas, no era un hombre corriente, una consternación intuitiva, intensa y precisa. Aunque no suficientemente intuitiva, intensa y precisa para que arrojara bien lejos la caja. El impulso existía, pero no se dejó guiar por él, ya que sentía curiosidad.

Ya había visto que no se trataba de un laberinto normal. Aquello intrigaba al cerebro incomparablemente sutil y ágil de Febbs. Lo mantuvo bastante interesado

para que siguiera contemplándolo durante un rato, y luego lo llevó a mirar las instrucciones del interior de la caja.

—Usted es el más importante proconsumio del mundo —resonó dentro de su mente una voz telepática que emanaba del mismo laberinto—. Usted es Surley Grant Febbs. ¿Correcto?

—Correcto —dijo Febbs.

—Usted es —continuó diciendo la voz telepática— quien toma la decisión principal en lo relativo a los méritos de cada producto de consumo que se introduce en el mercado. ¿Correcto?

Febbs asintió, a pesar de que ya sentía la fría mordedura de la cautela en el corazón.

—Sí, así es. Antes tienen que llegar a mis manos. Ese es el trabajo que desempeño en el Consejo. En estos momentos soy el proconsumio A, así que me dan los componentes importantes.

—Por ello, a Vincent Klug, de Empresas Klug —dijo la voz telepática—, una pequeña empresa, le gustaría que examinara usted este nuevo juego, El Hombre en el Laberinto. Tenga la amabilidad de determinar si, en su experta opinión, está listo para ser lanzado al mercado. Se acompaña un impreso en el cual puede transcribir sus reacciones.

—¿Me está diciendo que quieren que juegue con esto? —preguntó Febbs con voz titubeante.

—Eso es exactamente lo que queremos que haga. Tenga la amabilidad de pulsar el botón rojo que hay en el lado derecho del laberinto.

Febbs pulsó el botón rojo.

Una diminuta criatura dejó escapar un chillido de terror dentro del laberinto.

Febbs dio un respingo, sobresaltado. La diminuta criatura era regordeta y tenía un aspecto francamente adorable. Por algún motivo, resultaba entrañable incluso para él; y eso que normalmente detestaba a los animales, por no mencionar a las personas. La diminuta criatura empezó a corretear frenéticamente por el laberinto, buscando la salida.

La plácida voz telepática continuó hablando.

—Se dará usted cuenta de que este producto, concebido para el mercado doméstico y que no tardará en ser producido en grandes cantidades si supera pruebas iniciales, como la que está realizando usted ahora, guarda un asombroso parecido con el famoso Laberinto Empático-Telepático Seudonohomo Ludens, desarrollado por Empresas Klug y que fue utilizado recientemente como arma de guerra. ¿Correcto?

—S-sí. —Pero Febbs mantenía toda su atención concentrada en los denodados esfuerzos de la diminuta criatura regordeta. Lo estaba pasando espantosamente mal, un poco más confusa y enredada en los tortuosos caminos y recovecos del laberinto

con cada segundo que transcurría.

Cuanto más se esforzaba por escapar del laberinto, más atrapada se encontraba en él. «Y eso no está bien», pensó Febbs. Más que pensarlo, de hecho, lo sintió. Estaba experimentando el tormento de la criatura, y era un tormento sobrecogedor. Había que hacer algo, y había que

—Eh —dijo con un hilo de voz—. ¿Cómo saco de ahí a ese animal, lo que quiera que sea?

—En el lado izquierdo del laberinto encontrará un botón pintado de un alegre color azul —lo informó la voz telepática—. Pulse ese botón, señor Febbs.

Febbs se apresuró a pulsarlo.

Sintió inmediatamente, o imaginó que sentía (¿de cuál de las dos cosas se trataba?; la distinción parecía haberse evaporado) una disminución del terror que hervía en el animal atrapado.

Pero el terror regresó casi de inmediato, con renovada, incluso incrementada, severidad.

—Le gustaría sacar al hombre del laberinto —dijo la voz telepática—. ¿Verdad que le gustaría, señor Febbs? Sea sincero. No nos engañemos. ¿No es así?

—Sí —susurró Febbs al tiempo que asentía—. Pero esa cosa no es un hombre, ¿verdad? Quiero decir que, bueno, no es más que un bicho o un animal o algo por el estilo. ¿Qué es?

Necesitaba saberlo. De pronto, tener una respuesta se había convertido algo apremiante. «Igual puedo sacarlo del laberinto levantándolo —pensó Febbs—. O podría gritarle. Comunicarme con él de alguna manera para que vea cómo salir del laberinto y sepa que estoy aquí arriba, cavilando por su bien.»

—¡Eh! —le dijo a la criatura, que no paraba de rebotar de una barrera a la siguiente a medida que la estructura, la pauta del laberinto, se modificaba y volvía a modificarse una y otra vez, ganándola siempre por la mano—. ¿Quién eres? ¿Qué eres? ¿Tienes nombre?

«Tengo nombre», pensó frenéticamente la criatura, conectándose a sí misma y sus ímprobos esfuerzos con él. Compartiendo sus apuros, desesperadamente y de buena gana, con Surley G. Febbs.

Febbs se sentía atrapado. Ya no miraba hacia abajo, contemplando el laberinto desde lo alto, sino que veía las barreras que se elevaban a su alrededor.

Había pasado a ser la criatura, dentro del laberinto.

—Me llamo —graznó, apelando a la enorme y no del todo comprensible entidad que se alzaba sobre él y cuyo rostro, cuya presencia, había percibido durante un instante... pero que de pronto parecía haberse esfumado. Ya no podía situarla. Volvía a estar solo mientras hacía frente a las paredes que cambiaban de posición rápidamente por todas partes.

—¡Me llamo —gritó—. Surley G. Febbs, y quiero salir de aquí! ¿Puedes oírme, quienquiera que seas, ahí arriba? ¿Puedes hacer algo por mí?

No hubo respuesta. No había nada, nadie, allí arriba.

Febbs siguió correteando, solo.

TREINTA Y TRES

A las cinco y media de aquella mañana, Don Packard, director de la Decimoséptima División de Nueva York de la KACH, todavía estaba frente a la mesa del despacho de su piso, dictando, micrófono en mano, los memorandos que constituían la documentación que se iba a entregar durante del día que, para los hombres y mujeres corrientes, acababa de comenzar.

—Con respecto a la conspiración organizada por los seis proconsumios que se incorporaron recientemente al Consejo de Segnac de las NU-0 —declaró en el micrófono, antes de hacer una breve pausa para beber un trago de café—, dicha organización conspirativa ya no existe. Sus cinco miembros fueron brutalmente exterminados por su líder, Surley G. Febbs, quien se encuentra en la actualidad en un estado permanente de retraimiento psicótico inducido.

Aunque aquella era la información que quería el cliente, el general George Nitz, no parecía suficiente. Así que Don Packard la amplió.

—A las once de la mañana de ayer, doce de mayo del 2004, según revelaron los distintos sistemas de vigilancia de la KACH, los conspiradores se reunieron en el apartamento subsuperficial 2A de Festung (Washington DC), edificio 507969584. Se trataba de su cuarta reunión, pero esa fue la primera y única ocasión en que todos los proconsumios se presentaron con el componente del arma artículo 401 que les había correspondido.

»No transcribiré los nombres de los seis conspiradores, habida cuenta de que estos ya son conocidos por el Consejo.

»La tarea de ensamblar el arma artículo 401, que es la primera arma no *b* de la nueva línea, fue realizada por S.G. Febbs con herramientas de extraordinaria precisión adquiridas a un enorme coste.

»Mientras estaba montando el arma artículo 401, S.G. Febbs expuso a sus compañeros de conspiración la base política y económica del sistema radicalmente nuevo que se proponía erigir en sustitución del antiguo, la cual incluía el asesinato de ciertas personalidades ampliamente conocidas.

Don Packard volvió a detenerse para tomar un poco más de café. Después reanudó su dictado; a medida que hablaba, el aparato que tenía delante iba transcribiendo sus palabras.

—A las cuatro de la tarde, un autómatas ordinario de reparto de correo instantáneo entregó un paquete certificado envuelto con papel normal de embalar en el apartamento 28 del edificio de apartamentos 507969584. S.G. Febbs aceptó el paquete y reanudó su labor de montaje del arma sin abrirlo.

»Cuando terminó de montar el arma, S.G. Febbs, como ya se ha expuesto, (véase más arriba) exterminó a sus cinco compañeros de conspiración, dejándose

únicamente a sí mismo en posesión de un modelo del arma 401 ya puesto a prueba y operativo, el único modelo operativo que se conoce.

Don Packard volvió a hacer una pausa para tomar un poco más de café. Estaba muy cansado, pero su trabajo ya casi estaba terminado. Después le llevaría al general Nitz una copia del documento que estaba dictando. Todo era una cuestión de rutina.

Packard se dispuso a acabar:

—S.G. Febbs fue víctima del Laberinto Empático-Telepático Comosellame y no tardó en sucumbir; de hecho, sucumbió en un tiempo récord, inferior al periodo más reducido establecido hasta el momento por prisioneros voluntarios de la penitenciaría federal del Bloque Oeste en Calisto.

»En estos momentos, S.G. Febbs —declaró Packard en el micrófono a modo de conclusión— se encuentra ingresado en la Clínica Wallingford, donde permanecerá indefinidamente. No obstante...

Llegado a aquel punto, interrumpió el dictado y contempló su taza de café con expresión pensativa. Dado que su cliente era el general Nitz, decidió concluir su informe con una nota a pie de página, con sus observaciones.

—Cabe suponer —comenzó a decir, pensativo— que ahora que, a causa de la reciente situación de emergencia, Vincent Klug dispone de acceso legal y permanente a la red de fábricas automatizadas de Lanferman Asociados, en California, y puede producir mediante ellas en cualquier cantidad que desee esos condenados laberintos suyos que constituyen variaciones del arma que tan eficaz resultó ser contra los alienígenas de Sirio, podría ser aconsejable otorgar a Vincent Klug el instrumento que ha resultado de tan gran ayuda para el Consejo en el pasado: un cargo, honorífico pero jurídicamente vinculante, en las Fuerzas Armadas del Bloque Oeste. De esa manera, en caso de que alguna vez surgiera la necesidad de...

Packard hizo una nueva pausa, pero en aquella ocasión, involuntaria.

Increíblemente, el timbre de su piso de eminente alquiler y altura, que no figuraba en la guía, acababa de sonar, poco antes de las seis de la mañana. Una hora muy rara.

Bueno, sin duda sería un mensajero del Consejo, que estaba impaciente por recibir su informe sobre la conspiración de los seis proconsumios.

Sin embargo, al abrir la puerta, Packard no se encontró a un ayudante de campo. En el pasillo había un reluciente e impoluto autómatas de reparto de correo instantáneo, con un paquete envuelto en papel marrón debajo del brazo.

—¿El señor Don Packard? Le traigo un paquete certificado.

«¿Qué diablos será esto?», se dijo Packard con irritación. Justo cuando al fin se disponía a dar por concluida su noche de trabajo y descansar un poco.

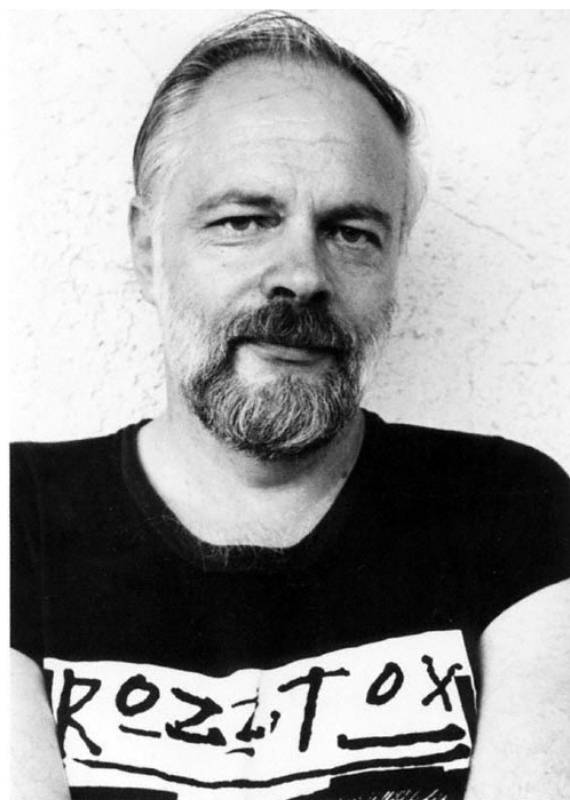
—Firme aquí —dijo el autómatas de reparto de correo instantáneo— si es usted el señor Packard, o en la línea dos si no es el señor Packard. —Le entregó un impreso, un bolígrafo y la plana superficie de sí mismo para escribir.

Con los ojos legañosos y el cerebro embotado por una larga noche de trabajo incesante en la cual había sucedido un montón de cosas, Don Packard, de la agencia policial privada KACH, firmó y aceptó el paquete. «Supongo que será más equipo de grabación o vigilancia —se dijo—. Siempre están “mejorando” esos dichosos artilugios tecnológicos con los que tenemos que cargar.»

Se llevó el paquete a la mesa con expresión malhumorada.

Y lo abrió.

NOTA ACERCA DEL AUTOR



Philip K. Dick nació en 1928 en Chicago (Illinois) y falleció de un ataque cardíaco en Santa Ana (California) en 1982. La muerte de su melliza Jane a las seis semanas, junto con una vida familiar difícil, acabó permeando todos los aspectos de su vida. A los cinco años, tras el divorcio de sus padres, se trasladó con su madre a Berkeley (California). Empezó a trabajar en una tienda de discos, actividad que compaginó con una intensa formación autodidacta. En 1949 inició los estudios de filosofía en la Universidad de California en Berkeley, que abandonó a los pocos meses al negarse a seguir el curso de formación de oficiales de reserva del Ejército. Sus intereses abarcaban todo el espectro del conocimiento, con especial énfasis en la filosofía presocrática, y tenía entre sus lecturas predilectas a Joyce, Proust y Balzac. Ya de muy joven experimentó episodios psicóticos y, marcado por estos problemas, desarrolló una personalidad fuerte, compleja e inestable (como atestiguan sus cinco divorcios), que aun así no eclipsó al hombre cariñoso y desprendido que conocieron sus allegados. Después de fracasar como escritor de *mainstream*, a principios de los cincuenta empezó a escribir para revistas *pulp* de ciencia ficción por consejo de Anthony Boucher. Alentado por las primeras ventas, abandonó el trabajo en la tienda de discos y se dedicó por completo a la escritura. Sus recurrentes episodios psíquicos hacían que alternase períodos de trabajo extenuantes con estados de angustia y bloqueo creativo, cuando no acababan convertidos en el cuerpo central de sus novelas. Tremendamente prolífico, en su producción se cuentan cinco tomos de

cuentos y un total de cuarenta y cinco novelas, algunas de las cuales, no encuadrables dentro de la ciencia ficción, se publicaron postumamente.

Su voz única, inusitadamente franca y ácida como reflejo de su decepción vital, se alimentó y es a la vez fiel reflejo de las contradicciones de una sociedad convulsa que supo transliterar a la perfección. En la ciencia ficción encontró el terreno idóneo para volcar sus obsesiones, en particular el papel del hombre en una civilización abocada a una debacle entrópica, la estructura íntima de la realidad y la posibilidad de las distintas percepciones de esta. El premio Hugo concedido en 1962 a *El hombre en el castillo* le dio un primer espaldarazo a su carrera en el ámbito del género; pero su salto definitivo a la fama, que se produjo en 1982 gracias a la adaptación cinematográfica de *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* en *Blade Runner*, ya no lo encontró en este mundo.

NOVELAS DE CIENCIA FICCIÓN

1955 — *Solar Lottery*

—*Lotería solar*, Ed. Cénit, col. Ciencia Ficción núm. 4, Barcelona, 1960, trad. Mariano Orta

—id., Ed. Minotauro, Barcelona, 2001, trad. Marcelo Tombetta, rev. Manuel Figueroa

—id., Ed. Minotauro, col. Biblioteca Philip K. Dick, Barcelona, 2003, trad. Marcelo Tombetta, rev. Manuel Figueroa

1956 — *The World Jones Made*

—*El tiempo doblado*, Ed. Cénit, col. Ciencia Ficción núm. 3, Barcelona, 1960, trad. Mariano Orta

—*The Man Who Japed*

—*Planetas morales*, Ed. Cénit, col. Ciencia Ficción núm. 6, Barcelona, 1960, trad. Mariano Orta

1957 — *Eye in the Sky*

—*Ojo celeste*, Ed. Rumeu, Barcelona, 1969, trad. Manuel Bartolomé

—*Ojo en el cielo. Nueva Dimensión Extra 11*, Ed. Dronte Argentina, Buenos Aires, 1976, trad. M. Blanco

—id., Ed. Orbis, col. Biblioteca de Ciencia Ficción núm. 22, Barcelona, 1985, trad. M. Blanco

- id., Ed. Hyspamerica, col. Biblioteca de Ciencia Ficción (serie azul) núm. 22, Buenos Aires, 1985, trad. M. Blanco
- id., Ed. Edhasa, col. Clásicos Nebulae núm. 16, Barcelona, 1991, trad. Rubén Masera
- The Cosmic Puppets*
- Muñecos cósmicos*, Ed. Vértice, col. Galaxia núm. 46, Barcelona, 1966, trad. F. Sesén
- 1959 — *Time Out of Joint*
- Tiempo desarticulado*, Ed. Edhasa, col. Clásicos Nebulae, Barcelona, 1988, trad. Rubén Masera
- id., Ed. Gigamesh, en preparación
- 1960 — *Dr. Futurity*
- Vulcan 's Hammer*
- 1962 — *The Man in the High Castle*
- El hombre en el castillo*, Ed. Minotauro, col. Otros Mundos, Buenos Aires, 1974, trad. Manuel Figueroa
- id., Ed. Minotauro, Barcelona, 1986, trad. Manuel Figueroa
- id., Ed. Orbis, col. Ciencia Ficción núm. 98, Barcelona, 1986, trad. Manuel Figueroa
- id., Ed. Hyspamerica, col. Biblioteca de Ciencia Ficción (serie blanca) núm. 2, Buenos Aires, 1987, trad. Manuel Figueroa
- id., Ed. Minotauro, col. Biblioteca Philip K. Dick, Barcelona, 2002, trad. Manuel Figueroa
- 1963 — *The Game-Players of Titan*
- Torneo mortal*, Ed. Edhasa, col. Nebulae I núm. 106, Barcelona, 1965, trad. Francisco Cazorla
- Los jugadores de Titán*, Ed. Edhasa, col. Clásicos Nebulae núm. 6, Barcelona, 1989, trad. Elena Rius
- 1964 — *The Penultimate Truth*
- La penúltima verdad*, Ed. Martínez Roca, col. Super Ficción núm. 2, Barcelona, 1976, trad. Antonio Ribera
- id., Ed. Minotauro, col. Biblioteca Philip K. Dick, Barcelona, 2004, trad. Antonio Ribera
- Martian Time-Slip*
- *Tempo marciano*, Ed. Vértice, col. Galaxia núm. 62, Barcelona, 1967, trad. F. Sesén
- *Tiempo de Marte*, Ed. Edhasa, col. Nebulae II núm. 24, Barcelona, 1978, trad. Norma B. de López
- id., Ed. Sudamericana, col. Nebulae núm. 18, Buenos Aires, 1979, trad.

- Norma B. de López
 —id., Ed. Minotauro, col. Biblioteca Philip K. Dick, Barcelona, 2002, trad. Marcelo Cohén
- *The Simulacra*
 — *Los simulacros*, Ed. Martínez Roca, col. Super Ficción núm. 109, Barcelona, 1988, trad. Rafael Marín
 — *Simulacra*, Ed. Minotauro, col. Biblioteca Philip K. Dick, Barcelona, 2003, trad. Rafael Marín
- *Clans of the Alphane Moon*
 — *Los clanes de la luna Alfana*, Ed. Miraguano, col. Futurópolis núm. 25, Madrid, 1990, trad. Francisco Arellano
 —id., Ed. Minotauro, col. Biblioteca Philip K. Dick, Barcelona, 2003, trad. Estela Gutiérrez
- 1965 — *The Three Stigmata of Palmer Eldritch*
 — *Los tres estigmas de Palmer Eldritch*, Ed. Martínez Roca, col. Super Ficción núm. 43, Barcelona, 1979, trad. Jordi Arbonés
 — *Los tres estigmas de Palmer Eldritch*, Ed. Minotauro, col. Biblioteca Philip K. Dick, Barcelona, 2003, trad. Marcelo Tombetta
- *Dr. Bloodmoney, or How We Got Along after the Bomb*
 — *Dr. Bloodmoney o Cómo nos las apañamos después de la bomba*, Ed. Acervo, col. Ciencia-ficción núm. 34, Barcelona, 1979, trad. Domingo Santos
 — *El doctor Moneda Sangrienta* (incluye epílogo del autor), Ed. Edhasa, col. Clásicos Nebulae, Barcelona, 1988, trad. Rubén Maserá
- 1966 — *Now Waitfor Last Year*
 — *Aguardando el año pasado*, Ed. Júcar, col. Etiqueta Futura núm. 2, Gijón, 1988, trad. Domingo Santos
- *The Crack in Space*
 — *The Unteleported Man*
- 1967 — *The Zap Gun*
 — *La pistola de rayos*, Ed. Gigamesh, Barcelona, 2005, trad. Albert Solé y Eva Feuerstein
- *Counter-Clock World*
 — *El mundo contra reloj*, Ed. Edaf, col. Ciencia Ficción núm. 25, Madrid, 1980, trad. Ana María Aznar
- *The Ganymede Takeover (con Ray Nelson)*
- 1968 — *Do Androids Dream of Electric Sheep?*
 — *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, Ed. Edhasa, col. Nebulae II núm. 53, Barcelona, 1981, trad. César Terrón

- id., Ed. Orbis, col. Biblioteca de Ciencia Ficción núm. 80, Barcelona, 1986, trad. César Terrón
- id., Ed. Círculo de Lectores, Barcelona, 1991, trad. César Terrón
- Blade Runner: ¿sueñan los androides con ovejas eléctricas?, Ed. Edhasa, col. Pocket núm. 95, Barcelona, 2000, trad. César Terrón
- id., Ed. Planeta, col. Obras Maestras de la Ciencia Ficción, Barcelona, 2001, trad. César Terrón
- id., Ed. MDS Books Mediasat, col. Biblioteca El Mundo, núm. 46, Barcelona, 2002, trad. César Terrón
- id., Ed. Círculo de Lectores, col. Robot, Barcelona, 2004, trad. César Terrón
- 1969 — *Galactic Pot-Healer*
- Gestarescala*, Ed. Intersea, col. Azimut, Buenos Aires, 1975, trad. Andrés Esteban Machalski
- Ubik*
- Ubik*, Ed. Martínez Roca, col. Super Ficción núm. 13, Barcelona, 1976, trad. Manuel Espín
- id., Ed. Orbis, col. Biblioteca de Ciencia Ficción núm. 17, Barcelona, 1985, trad. Manuel Espín
- id., Ed. Hyspamerica, col. Biblioteca de Ciencia Ficción (serie azul) núm. 17, Buenos Aires, 1985, trad. Manuel Espín
- id., Ed. La Factoría de Ideas, col. Solaris Ficción núm. 3, Madrid, 2000, trad. Manuel Espín
- id., Ed. La Factoría de Ideas, col. Ventana Abierta núm. 6, Madrid, 2004, trad. Manuel Espín
- id., Ed. Puzzle, Barcelona, 2005, trad. Manuel Espín
- 1970 — *A Maze of Death*
- Laberinto de muerte*, Ed. Plaza & Janés, col. Mundos Imaginarios núm. 3, Barcelona, 1999, trad. Carlos Gardini
- Our Friends from Frolix 8*
- Nuestros amigos de Frolix 8*, Ed. Martínez Roca, col. Super Ficción núm. 103, Barcelona, 1987, trad. Miguel Giménez
- id., Ed. Minotauro, col. Biblioteca Philip K. Dick, Barcelona, 2004, trad. Miguel Giménez
- 1972 — *We Can Build You*
- Podemos construirle*, Ed. Martínez Roca, col. Super Ficción núm. 111, Barcelona, 1988, trad. Rafael Marín
- 1974 — *Flow my Tears, the Policeman Said*
- Fluyan mis lágrimas, dijo el policía*, Ed. Acervo, col. Ciencia-ficción

- núm. 11, Barcelona, 1976, trad. Domingo Santos
—id., Ed. Gigamesh, en preparación
- 1976 — *Deus Irae* (con Roger Zelazny)
—*Deus Irae*, Ed. Bruguera, col. Nova Ciencia Ficción núm. 12, Barcelona, 1977, trad. Beatriz Podestá
—id., Ed. B, col. Libro Amigo núm. 22, Barcelona, 1987, trad. Beatriz Podestá
- 1977 — *A Scanner Darkly*
—*Una mirada a la oscuridad*, Ed. Acervo, col. Ciencia-ficción núm. 38, Barcelona, 1980, trad. César Terrón
—id., Ed. Minotauro, col. Biblioteca Philip K. Dick, Barcelona, 2002, trad. Estela Gutiérrez
- 1981 — *VALIS*
—*Sivainvi*, Ed. Adiax, col. Fénix núm. 38, Barcelona, 1981, trad. Rubén Masera
—id., Ed. Ultramar, col. Ciencia Ficción núm. 72, Barcelona, 1988, trad. Rubén Masera
—*VALIS*, Ed. Minotauro, Barcelona, 2001, trad. Rubén Masera, rev. Manuel Figueroa
—id., Ed. Minotauro, col. Biblioteca Philip K. Dick, Barcelona, 2004, trad. Rubén Masera, rev. Manuel Figueroa
—*The Divine Invasión*
—*La invasión divina*, Ed. Ultramar, col. Ciencia Ficción núm. 96, Barcelona, 1990, trad. Albert Solé
—id., Ed. Minotauro, col. Biblioteca Philip K. Dick, Barcelona, 2004, trad. Albert Solé
- 1982 — *The Transmigration of Timothy Archer*
—*La transmigración de Timothy Archer*, Ed. Edhasa, col. Nebulae II núm. 65, Barcelona, 1984, trad. Carlos Peralta
- 1985 — *Radio Free Albemuth*
—*Radio Libre Albemuth*, Ed. Ultramar, col. Ciencia Ficción núm. 93, Barcelona, 1990, trad. José Sampere
- 1988 — *Nick and the Glimmung*, novela juvenil
- 2004 — *Lies, Inc.* [Versión íntegra de *The Unteleported Man*]

NARRATIVA GENERAL:

1975 — *Confessions of a Crap Artist*

—*Confesiones de un artista de mierda*, Ed. Valdemar, col. Avatares núm. 4, Madrid, 1992, trad. Sara Aguinaco

1984 — *The Man Whose Teeth Were All Exactly Alike*

1985 — *Puttering About in a Small Land*

—*Ir tirando*, Ed. Alcor, col. Narrativa Contemporánea, Barcelona, 1988, trad. Eduardo G. Murillo

—*In Milton Lumky Territory*

1987 — *Mary and the Giant*

—*Mary y el gigante*, Ed. Edivisión, México D.F., 1989, trad. Angelika Scherp

1986 — *Humpty Dumpty in Oakland*

1988 — *The Broken Bubble*

1994 — *Gather Yourselves Together*

RECOPIILACIONES:

1955 — *A Handful of Darkness*

1957 — *The Variable Man*

—*Guerra con Centauro*, Ed. Cénit, col. Ciencia Ficción núm. 14, Barcelona, 1961, trad. Mariano Orta^[1]

—*El hombre del pasado*, Ed. Edhasa, col. Nebulae I núm. 117, Barcelona, 1966, trad. Francisco Cazorla; y *Un mundo de talento*, Ed. Edhasa, col. Nebulae I núm. 126, Barcelona, 1967, trad. Francisco Cazorla

1969 — *The Preserving Machine*

—*La máquina preservadora*, Ed. Edhasa, col. Nebulae II núm. 23, Barcelona, 1978, trad. Norma B. de López; y *En la tierra sombría*, Ed. Edhasa, col. Nebulae II núm. 26, Barcelona, 1979, trad. Norma B. de López

—*La máquina presentadora*, Ed. Sudamericana, col. Nebulae núm. 22, Buenos Aires, 1979, trad. Norma B. de López^[2]

1973 — *The Book of Philip K. Dick*

- 1977 — *The Best of Philip K. Dick*
- 1980 — *The Golden Man*
- 1984 — *Robots, Androids, and Mechanical Oddities*
- 1985 — *I Hope I Shall Arrive Soon*
- 1997 — *The Philip K. Dick Reader*
- 2001 — *La mente alien*, Ed. Colihue, col. Nave Madre, Buenos Aires, trad. Luis Pestarini
- 2002 — *The Minority Report and Other Classic Stories*
 —Minority Report y otras historias, *Ed. B*, Barcelona, 2002, trad. Carlos Gardini
 —*Minority Report* [Versión abreviada, contiene: “El informe de la minoría”, “Podemos recordarlo por usted al por mayor” e “Impostor”] Ed. Círculo de Lectores, Barcelona, 2002, trad. Carlos Gardini
 —*Selected Stories of Philip K. Dick*
- 2003 — *Paycheck and 24 Other Classic Stories* (reimpresión de *The Collected Stories*, vol. 1)
 —*Paycheck y otros relatos* [Versión abreviada, contiene: “Paycheck”, “Colonia” y “Roog”], Ed. Círculo de Lectores, Barcelona, 2004, trad. Eduardo G. Murillo

CUENTOS COMPLETOS:^[3]

- 1987 — *Vol 1, Beyond Lies the Wub*
 —*Aquí yace el wub*, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Ficción, Barcelona, 1991, trad. Eduardo G. Murillo
 —*Cuentos completos I*, Ed. Minotauro, col. Biblioteca Philip K. Dick, Barcelona, 2005, trad. Eduardo G. Murillo
- 1987 — *Vol. 2, Second Variety*
 —*La segunda variedad*, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Ficción, Barcelona, 1991, trad. Eduardo G. Murillo
 —*Vol. 3, The Father-Thing*
 —*El padre-cosa*, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Ficción, Barcelona, 1992, trad. Eduardo G. Murillo

—Vol. 4, *The Days of Perky Pat*

—Vol. 5, *The Little Black Box*

CORRESPONDENCIA Y ENSAYO:

1988 — *The Dark-Haired Girl*, recopilación postuma de ensayos y otros escritos

1991 — *The Selected Letters of Philip K. Dick, 1974*

—Lawrence Sutin (rec.), *In Pursuit of VALIS. Selections from the Exegesis*

1992 — *The Selected Letters of Philip K. Dick, 1975-1976*

1993 — *The Selected Letters of Philip K. Dick, 1977-1979*

1994 — *The Selected Letters of Philip K. Dick, 1972-1973*

1995 — Lawrence Sutin (rec.), *The Shifting Realities of Philip K. Dick, Selected Literary and Philosophical Writings*

1996 — *The Selected Letters of Philip K. Dick, 1938-1971*

—*The Selected Letters of Philip K. Dick, 1980-1982*

SOBRE EL AUTOR:

Biografías:

1975 — Bruce Gillespie, *Philip K. Dick: Electric Shepherd*

1985 — Gregg Rickman, *Philip K. Dick, The Last Testament*

1986 — Paul Williams, *Only Apparently Real, The World of Philip K. Dick*

1988 — Douglas A. Mackey, *Philip K. Dick*

1989 — Lawrence Sutin, *Divine Invasions. A Life of Philip K. Dick*

— Gregg Rickman, *To the High Castle, Philip K. Dick, A Life 1928-1982*

1995 — Anne R. Dick, *The Search for Philip K. Dick, 1928-1982. A Memoir and Biography*

1997 — Emmanuel Carrère, *Je suis vivant et vous êtes morts. Philip K. Dick 1928-*

1982

—*Yo estoy vivo y vosotros estáis muertos. Philip K. Dick, 1928-1982*, Ed. Minotauro, col. Biblioteca Philip K. Dick, Barcelona, 2002, trad. Marcelo Tombetta.

2006 — Anne Mini, *A Family Darkly: Love, Loss, and the Final Passions of Philip K. Dick*

—Darryl Masón, *The Biography of Philip K. Dick*

OTROS TEXTOS:

1982 — Daniel J.H. Levack, *A Philip K. Dick Bibliography*

—*Nueva Dimensión* 145, Especial Philip K. Dick, Ed. Nueva Dimensión, Barcelona

1983 — Martin H. Greenberg y Joseph D. Olander (recs.), *Philip K. Dick*

1984 — Gregg Rickman, *Philip K. Dick, In His Own Words*

—Kim Stanley Robinson, *The Novéis of Philip K. Dick*

1986 — *Science Fiction* #7/8, Special Philip K. Dick, Ed. Denoél, París, 1986.

1987 — Gwen Lee y Doris Elaine Sauter (recs.), *What if Our World Is Their Heaven? The Final Conversations of Philip K. Dick*

—D. Scott Apel, *Philip K. Dick, The Dream Connection*

—Patricia S. Warrick, *Mind in Motion. The fiction of Philip K. Dick*

1992 — R.D. Mullen (rec.), *On Philip K. Dick: 40 Articles from Science-Fiction Studies*

1994 — Phil Stephensen-Payne y Gordon Benson Jr., *Philip Kindred Dick, Metaphysical Conjure A Working Bibliography*

1995 — Samuel J. Umland (rec.), *Philip K. Dick, Contemporary Critical Interpretations*

—Pablo Capana, *Philip K. Dick. Idios Kosmos* —Ed. Almagesto, col. Perfiles núm. 24, Buenos Aires

—*Idios Kosmos: Claves para Philip K. Dick*, Ed. Grupo Editorial AJEC, col. Tycho núm 1, Granada, 2005

2000 — Andrew M. Butler, *Philip K. Dick*

2003 — Christopher Palmer, *Philip K. Dick: Exhilaration and Terror of the Postmodern*

- 2003 — Aaron Barlow, *How Much Does Chaos Scare You?: Politics, Religión, And Philosophy in the Fiction of Philip K. Dick* [Inédito en inglés hasta el 2005]
 —¿Cuánto te asusta el caos? Política, religión y filosofía en la obra de Philip K. Dick, Ed. Grupo Editorial AJEC, col. Albemuth Bolsillo núm. 7, Granada, 2003, trad. Eva Verloop van der Meij
- 2004 — Gabriel McKee, *Pink Beams of Light from the God in the Gutter: The Science-Fictional Religión of Philip K. Dick*
- 2005 — Gigamesh 39, Especial Philip K. Dick, Ed. Gigamesh, Barcelona
 —Brian J. Robb, *Counterfeit Worlds: Philip K. Dick on Film*

HOMENAJES DICKIANOS:

- 1991 — Uwe Antón (rec.), *Welcome to Reality. The Nightmares of Philip K. Dick*
- 1994 — Michael Bishop, *The Secret Ascensión, or Philip K. Dick Is Dead, Alas*
 —*La ascensión secreta o Llorad, Philip K. Dick ha muerto* Ed. Alcor, col. Narrativa Fantástica, Barcelona, 1991, trad. Eduardo G. Murillo
- 2000 — David Bischoff, *Philip K. Dick High*

PREMIOS:

- 1962 — Hugo por *El hombre en el castillo*
- 1974 — John W. Campbell Memorial por *Fluyan mis lágrimas, dijo el policía*
- 1978 — British SF por *Una mirada a la oscuridad*
- 1985 — Kurd LaBwitz (Alemania) por *VALIS*
 —Gigamesh (España) por *La transmigración de Timothy Archer*
- 1989 — Gigamesh (España) por *Aguardando el año pasado*
- 1990 — Gigamesh (España) por *Aquí yace el wub*
- 1993 — Gigamesh (España) por *El padre-cosa*

Notas

[1] Omite un relato del original. <<

[2] Reedición argentina del primer volumen de la edición española. <<

[3] Edición a cargo de Paul Williams. Omite los relatos que fueron incorporados a novelas:

1944—“Santa’s Return”, incluido en *To the High Castle* —“The Slave Race”, id.

1953 —“Vulcan’s Hammer”, ampliado a la novela homónima

—“El martillo de Vulcano”, en *Antología de novelas de anticipación. Tercera selección*, Ed. Acervo, Barcelona, 1965, trad. José María Aroca

—id., *Antología de novelas de anticipación*, Ed. Orbis, col. Biblioteca de Ciencia Ficción núm. 60, Barcelona, 1986

1954—“Time Pawn”, incorporado a *Dr. Futurity*

1956—“A Glass of Darkness”, incorporado a *Muñecos cósmicos*

1963— “Cantata 140”, incorporado a *The Crack in Space*

—“Cantata 140”, en *Ciencia ficción, selección 10*, Ed. Bruguera, col. Libro Amigo núm. 257, Barcelona, 1974, trads. C. Alemán, R. García, I. Roger

— “All We Marsmen”, versión seriada de *Tiempo de Marte*

1964— “The Unteleported Man”, incorporado a *Lies, Inc.*

1967 —“Warning: We Are Your Pólice”, relato guión para la serie *Los invasores*

1969—“A. Lincoln, Simulacrum”, versión seriada de *Podemos construirle* 1972

—“Goodbye, Vincent”, incluido en *The Dark-Haired Girl* <<